

5
CC

G. 6100

AMOR

CIENCIA

PQ6555

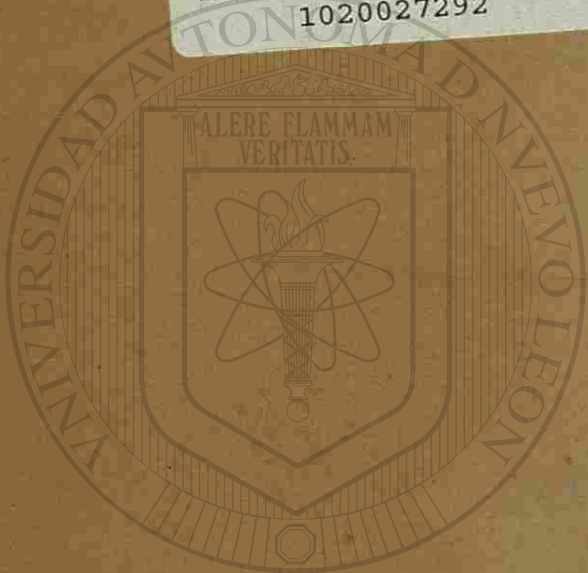
A562

100036

100036



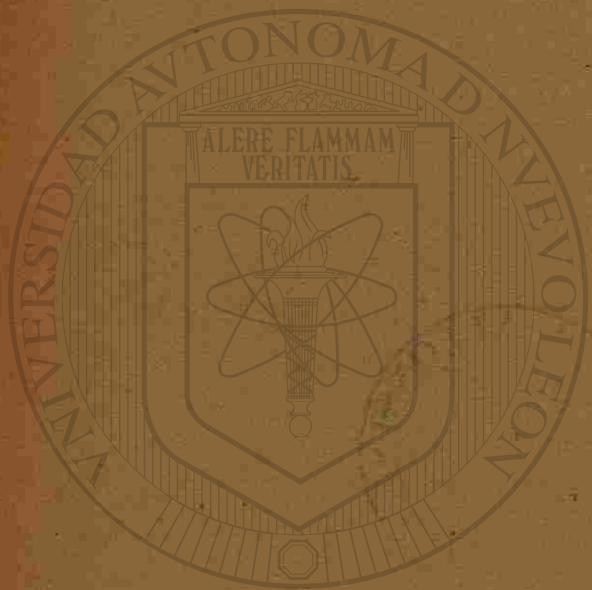
1020027292



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



AMOR Y CIENCIA

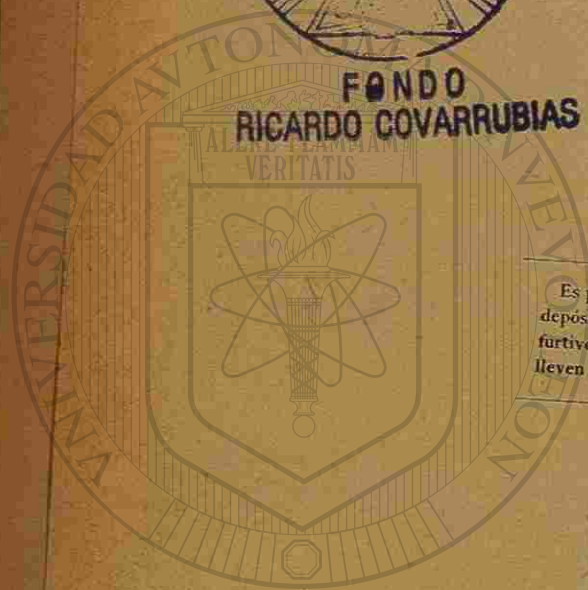
UANL

862.62

Núm. Clas	D 4381 w
Núm. Autor	32809
Núm. Adg.	32809
Procedencia	LIBRERIA
Precio	A. U.
Fecha	6/4
Clasificó	
Catalogó	



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

NO
RE
GIST

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

AMOR Y CIENCIA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro de la Comedia,
de Madrid, el 7 de Noviembre de 1905.



100052

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1905

32809

PAULINA.—(Consteñada.) Ay, Elisea, divina mujer, aparta de mi cabeza estos terribles pensamientos.

ELISEA.—Hazte á la idea de que Guillermo ha olvidado sus agravios; de que es benigno, no rencoroso.

PAULINA.—Más fácil me será resolver en mi mente todos los problemas del Universo, que ordenar aquí mis ideas para creer lo que me dices.

ELISEA.—Tu mente está turbada. Esa locura no es más que un estado de conciencia.

PAULINA.—(Afligida, llorosa.) Ayúdame tú, Elisea, á combatir esta locura y á dar paz á mi conciencia.

ELISEA.—Nada te dará tanta paz como atender á la salvación de tu hijo.

PAULINA.—(Con grandísima emoción.) Sí, sí. (Abrazándose á Elisea.) Pidamos á Dios tú y yo, con todo el fervor de nuestras almas, que nos deje á Cristín, que no nos quite á Cristín... Pero que le salve Él solo, Dios solo... sin que intervenga ese hombre. ¿Para qué necesita Dios del auxilio de Guillermo?

ELISEA.—No es que necesite... Pero Guillermo es la ciencia.

PAULINA.—¿Y qué es la ciencia más que vanidad? (Pasa á la izquierda.)

ELISEA.—La ciencia es de Dios.

PAULINA.—No, no: pidamos á Dios que venga á nosotros Él solo... Dios solo... sin nadie... Ese no... la ciencia no.

NICOLÁS.—(En la puerta.) Un señor... (Súbitamente se desprende Paulina de los brazos de Elisea, mirando á la puerta. Aparece Guillermo Bruno, que aparta al criado con gesto de impaciencia, y entra. Al verle, Paulina lanza un grito de terror, y huye despavorida por la derecha. Da algunos pasos Guillermo en ademán de interrogar á Elisea acerca de la fuga de Paulina.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO, SOR ELISEA, en la misma actitud que tenían al terminar el acto primero.

GUILLERMO.—Si la señora de la casa se espanta de mí, ¿para qué me han llamado?

ELISEA.—(Sin saber qué decir.) Ella no quería. Tiene sus razones. Los demás... hemos creído que en estas graves circunstancias era forzoso acudir á usted, mirando á su fama, sin acordarnos de... de... Dispénseme, señor, si me obstino en no ver hoy en usted más que al gran médico... sapientísimo... y de ninguna manera al esposo de Paulina.

GUILLERMO.—Está bien. Quédese en la calle el que padeció mal de matrimonio amarrado á esa loca, y entre en la casa el que supo echarla de su lado para poder consagrarse libremente al estudio.

ELISEA.—Señor, yo le suplico que deje en paz á mi sobrina...

GUILLERMO.—Sí, sí: en paz la dejo como á los difuntos... ¿Y usted es Elisea Mora, tía carnal de...?

ELISEA.—Para servir á Dios y á usted.

GUILLERMO.—Recuerdo cuando entró usted en el Noviciado de San Vicente...

ELISEA.—A usted le conocía yo de nombre. Ya era profesor notable cuando yo entré en religión, ocho años há...

GUILLERMO.—¿No estuvo usted en el Hospital de Niños de Madrid?

ELISEA.—Sí, señor. Luego fui trasladada al General de aquí. A esta casa me ha traído la grave enfermedad del niño...

GUILLERMO.—No ha sido poca suerte para esa mujer... (Sin atender la conversación, observa toda la estancia, y principalmente los juguetes esparcidos en ella.)

ELISEA.—No hable usted de ella con menosprecio, sino con lástima... Y bien merece mis cuidados el pobre Cristín, que es un ángel. (Cándidamente.) ¿Le incomoda á usted oírme decir que es un ángel?

GUILLERMO.—No me importa. Llámeme usted como quiera. Pero ese niño, ¿dónde está?

ELISEA.—Aguarde usted un momento. (Inquieta, se asoma á la puerta de la derecha.) Siento la voz de Paulina.

GUILLERMO.—Y yo. La reconozco. (Brusco y severo.) Es el tonillo de la mujer impertinente y mimosa que, cuando no puede imponer su voluntad con razones, quiere imponerla con chillidos y lloriqueos...

ELISEA.—(Asustada.) Señor, no se incomode. (Escuchando.) Ya, ya se calma...

GUILLERMO.—Es que no quiere verme... no quiere poner al chiquitín en mis manos. (Enojado.) Ea, ya estoy de más aquí. (Dirigese á coger su sombrero.)

ELISEA.—Señor, no tenga mal genio... ¿Pero qué hace usted?

GUILLERMO.—Marcharme.

ELISEA.—(Quitale el sombrero.) No, por Dios. Paulina es muy nerviosa...

GUILLERMO.—Esas, esas son las peores: las que con la pantalla de los nervios encubren sus ideas infames y sus veleidades caprichudas... Esperaré un poco. (Examina los juguetes: coge algunos, los deja, y se asombra de ver más y más.) ¡Qué sorprendente variedad de juguetes! ¡Y algunos qué magníficos! Dígame usted, Hermana Elisea: ¿juegan aquí á los caballitos y á los soldaditos las personas mayores?

ELISEA.—No, señor... El niño... el niño es el que juega.

GUILLERMO.—¡Niño de príncipes! Pues ese Marqués de Abdalá, por quien estoy aquí, tampoco quiere verme...

ELISEA.—Sin duda, una delicadeza extremada le retrae...

GUILLERMO.—Ya...

ELISEA.—No mire usted al Marqués con malos ojos, doctor. Es

un hombre excelente, aunque esté en pecado mortal. Quiero decir que...

GUILLERMO.—Mucho.

ELISEA.—¿Se incomoda usted porque le digo que es el Marqués una bellísima persona, adornada de las más hermosas cualidades que Dios concede á las criaturas?

GUILLERMO.—No me incomoda... Ya tenía yo noticia...

ELISEA.—Es benigno sin zalamería, generoso sin despilfarro; tiene talento, don de gobierno, energía...

GUILLERMO.—Y con tantas perfecciones, pecador y condenado...

ELISEA.—Dios permite que el mal y el bien anden alguna vez por el mundo cogidos del brazo. Con su talento y su bondad, este señor ha transformado á Paulina, haciendo de ella una mujer honrada; es decir, que sería ó acabaría de ser honrada si ella y él estuvieran unidos con el santo vínculo...

GUILLERMO.—¡Lástima que no pudieran...!

ELISEA.—¡Sí, señor, que es lástima...!

GUILLERMO.—Y ello no es difícil. Con que yo me muriera ó me mataran.

ELISEA.—(Retrocediendo asustada.) ¡Ay, ay, qué tonta he sido! Perdóneme, señor: no quise decir...

GUILLERMO.—Pues viviendo yo, ¿cómo lo va usted á arreglar?

ELISEA.—De ninguna manera... Yo no pretendo arreglarlo, ni esto tiene arreglo... ¡Qué complicación, qué laberinto!... Lo que es bueno para unos, es para otros detestable.

GUILLERMO.—Y todos descontentos, desquiciados, ¿no es eso? Todos en pecado mortal. ¿De quién es la culpa?

ELISEA.—¡Ay, no lo sé! Créame, señor: es lástima que usted no pueda enterarse de la buena conducta de mi sobrina, de su transformación.

GUILLERMO.—¿Y para qué quiero yo enterarme de eso?

ELISEA.—(Confusa.) Pues... para su satisfacción... para...

GUILLERMO.—(Con desabrimiento.) Más satisfecho estoy ignorándolo.

ELISEA.—(Aparte, asustada.) ¡Ay, qué genio, Señor, qué genio!

ESCENA II

Los mismos.—JUANA, SOLÍS, NICOLÁS;
después ADOLFO.

JUANA.—(En la puerta de la derecha.) Ya pueden pasar.

ELISEA.—¿Habéis podido convencerla?

JUANA.—Nosotras, no. El señor Marqués la sacó casi á viva fuerza del cuarto del niño, y la llevó á las habitaciones altas.

SOLÍS.—(Por el fondo, presuroso.) Aquí estoy, maestro. (Tras él entra Nicolás á recibir órdenes.)

GUILLERMO.—¿Terminó usted en el Hospital?

SOLÍS.—De prisa y corriendo, por no hacer esperar á usted.

GUILLERMO.—¿Podemos pasar ya?

ELISEA.—Sí, señor. La pobre Paulina, débil y temerosa, retrocede ante el dolor.

GUILLERMO.—La debilidad y el miedo nada tienen que hacer aquí. Nosotros, Hermana, nosotros los fuertes, haremos frente al mal humano.

SOLÍS.—¿Lo derrotaremos?

GUILLERMO.—Veamos ante todo el campo de batalla. (Se van por la derecha; les sigue Juana; Elisea va la última. En la puerta da órdenes á Nicolás.)

ELISEA.—Esté usted al cuidado para todo lo que ocurra. (Aparece Adolfo por el fondo; se queda en la puerta atisbando el paso de los médicos.)

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Marcha al sacrificio... coro de sacerdotes! (Alto.) Nicolás.

ESCENA III

ADOLFO, NICOLÁS; después NATALIA.

NICOLÁS.—Señorito.

ADOLFO.—¿Está el Marqués?

NICOLÁS.—Subió con la señora á las habitaciones altas. Al poco rato salió. Debe de estar en su casa.

ADOLFO.—Era para decirle que hemos acordado suspender las carreras de motocicletos... hasta que él pueda asistir.

NICOLÁS.—¿Quiere que se lo diga por teléfono?

ADOLFO.—No, no... sería impertinencia... en día de tanta inquietud.

NATALIA. (Por el fondo.) ¿Tampoco está aquí tu padre?

ADOLFO.—Ya ves, mamá: no está. (A Nicolás.) ¿Saldría con el Marqués?

NICOLÁS.—No, señor. El señor de Varona está en la Cantina Americana. (Indicando un sitio próximo en la misma calle.) Ahí, á dos pasos.

ADOLFO.—¿Solo?

NATALIA.—No preguntes tal tontería, hijo. Estará en compañía de una botella de coñac.

NICOLÁS.—Perdóneme la señora: la botella que le hace compañía no es de coñac, sino de *champagne*, de la señora viuda de Clicquot. Con su permiso... (Se retira.)

NATALIA.—¿Ves? Lo que te dije. Y menos mal que busca su alegría en un licor noble... He conseguido curarle del coñac, que le inclinaba locamente al Socialismo y al Politéismo.

ADOLFO.—¿Y crees tú que con el *champagne*...?

NATALIA.—Siempre será menos disolvente en sus desvaríos.

ADOLFO.—¿Quieres que vaya por él?

NATALIA.—No; dejémosle que busque su alegría insana, menospreciando la que yo le ofrezco con mi trato dulce,

festivo, cariñoso... La grosería que hoy me ha hecho es imperdonable. Sabes que salimos de aquí para ir á la iglesia... Pues en cuanto me dió agua bendita, hizo el quiebro, diciendo *hasta ahora*, y no he vuelto á verle... De la ira no he podido rezar. Salí á buscarle... Te encontré en la puerta del Casino...

A DOLFO.—(Bajando la voz y señalando á la derecha.) ¿Sabes, mamá, que ya...?

NATALIA.—Al pasar por aquí ví entrar al tigre científico... Habrá carnicería. (Suenan timbres en el interior de la casa.)

ADOLFO.—No olvides, mamá, lo que nos encargó el Marqués.

NATALIA.—Sí, sí: que al empezar la tragedia, cojamos á Paulina y nos la llevemos á casa. (Ven salir á Teresa por la izquierda.) ¿Tu señorita, dónde está?

ESCENA IV

NATALIA, ADOLFO, TERESA.

TERESA.—Arriba. Ya se va sosegando.

NATALIA.—Nos encargó el Marqués que la lleváramos á casa.

TERESA.—Sacarla de aquí me parece difícil, diré más bien imposible. No quiere estar junto á su hijo, ni tampoco demasiado lejos.

NATALIA.—¿Qué hace arriba?

TERESA.—Llora tranquilamente, reza...

ADOLFO.—En casa tenemos oratorio. (Suenan timbres.)

NATALIA.—¿Sabrá que estamos aquí, que la esperamos?

TERESA.—Yo se lo diré luego... Dispensenme... llaman. (Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA V

NATALIA, ADOLFO.

ADOLFO.—¿Qué hacemos, mamá? ¿No crees que debemos retirarnos?

NATALIA.—(Con resolución, después de corta duda.) No: aquí me planto. (Se sienta.)

ADOLFO.—¿Importunaremos?

NATALIA.—El espíritu de observación, que tanto ayuda al conocimiento humano, tiene derecho á entrar y permanecer en todas partes.

ADOLFO.—¿El espíritu de observación?

NATALIA.—Sí, hijo mío: esa preciosa cualidad y yo somos como las moscas. Nos espantan, y volvemos.

ADOLFO.—Pero no picamos.

NATALIA.—Observamos.

ADOLFO.—Por el momento, no parece que ha y cosa de interés. (Acércase á la puerta de la derecha, y escucha.) Los médicos y Sor Elisea están de conversación.

NATALIA.—Los farsantes científicos no dan comienzo á sus manipulaciones sin un poco de *pose* y *mise en scene*.

ADOLFO.—(Vuelve junto á ella.) Dí, mamá, ¿no deseas tú que esos doctores acierten?

NATALIA.—Hijo, sí: ¡qué duda tiene! Pero yo digo: pregúntese á las criaturas qué prefieren entre este mundo miserable y la gloria celestial; déseles discernimiento para exponer con sinceridad su deseo, y ya se verá lo que responden. Para ellos, la elección no puede ser dudosa.

ADOLFO.—Mamá, mejor será que las criaturas no nazcan... ó al menos no traérlas á la vida sin pedirles antes su consentimiento. Se les preguntaría: «¿señoritos, quieren ustedes que les traigamos del otro mundo á éste?» Yo te apuesto lo que quieras á que todos dirían que sí.

NATALIA.—(Burlándose.) ¿Es chiste, Adolfo?

ADOLFO.—Me ha salido mal.

NATALIA.—¡Tonto!

ADOLFO.—En fin, mamá, yo deseo á Guillermo Bruno un éxito feliz. Me interesa mucho Cristín, y también su pobre madre.

NATALIA.—Más la madre que el hijo. (Adolfo deniega con fingido asombro.) Sí... Cristín no es más que un juguete. No te importaría que Dios lo rompiera, con tal que Paulina jugara contigo á los amorcitos.

ADOLFO.—¡Mamá...!

NATALIA.—Ya ves con qué fina puntería he dado en el blanco de tus pensamientos. (Se levanta.)

ADOLFO.—No aciertas... mala puntería tienes hoy.

NATALIA.—La moralidad no es en tí más que un vestido, un uniforme de gala, con sombrero y plumacho muy altos. Mas por dentro chorroa en tí la corrupción de los tiempos.

ADOLFO.—Te equivocas... yo...

NATALIA.—Eres como tu padre, que prefiere la espuma del *champagne* á mi dulce compañía; como tu padre, que preside congregaciones piadosas y vería con gusto mi muerte para quedarse libre y correr la pólvora de los amoríos fáciles. Pero se fastidia, porque yo pido á Dios que me conceda larga vida; ¿y qué ha de hacer Dios más que concedérmela?

ADOLFO.—¡Oh, qué mala idea tienes hoy de tu hijo! ¿Me has tomado por un yerno, mamita? ¿Merezco yo ese juicio pesimista?

NATALIA.—No es pesimismo: es observación, es convencimiento, dominio de todo el campo de la maldad humana. (Entra por el fondo Varona, risueño y animado. Hállase en un estado psicológico de alegría, conservando su dignidad y modos corteses.)

ESCENA VI

NATALIA, ADOLFO, VARONA.

VARONA.—¡Me gusta, me gusta la santa pachorra! Aquí descansaditos, y yo loco buscándoos por toda la ciudad.

NATALIA.—¡Farsante, vicioso! ¡El perdido se atreve á decir que nos busca!

VARONA.—Te pierdes tú, cara esposa, para darme el gusto de hallarte.

NATALIA.—¡Esquinazo me diste en la santidad del templo!

VARONA.—Te dije: «perdóname un momento, dulce Nata, que mi espíritu, vacilante y triste, se cae de un lado, y necesito... apuntalarlo.»

NATALIA.—¡Indigno!

ADOLFO.—Mamá, sé indulgente...

VARONA.—Me apuntalé... volví desalado á la iglesia, y no encontrándote en ella, hablé con el Rector, y juntos dispusimos el alumbrado...

NATALIA.—Calla, idiota.

VARONA.—El alumbrado de imágenes, como se había convenido. Innumerables luces aparecieron, una tras otra, en la obscuridad, imitando á las constelaciones del cielo. Con gozo inefable las miraba yo, y mi dicha habría sido completa si allí estuviera mi amable esposa.

NATALIA.—(Iracunda.) Calla, serpiente: tu alegría repugnante profanó la iglesia, y ahora profana esta casa del dolor.

VARONA.—Mujer, esposa mía, no podrás negarme que esta alegría, que en mí resplandece con la dignidad más noble sostiene mi vida, entona mis facultades. Ella me ilumina el entendimiento, y me mete aquí toda la Filosofía aristotélica y el *Novum organum* del amigo Bacon. Puedes creérmelo... (Ríe. Abre los brazos, llamando á ellos á su hijo.) Adolfo, niño frígido y pudoroso... (Adolfo vacila en dejarse abrazar.) Abrazame... Hijo del alma, tu padre se felicita de tu virtud. (Queriendo abrazar á Natalia, que le re-

chaza.) Esposa dulcísima, espejo de la sabiduría, archivo de la benignidad, piedra angular de la rectitud, de la...
(Paulina entreabre la puerta de la izquierda, y asoma la cabeza y busto con precaución y recelo.)

ESCENA VII

Los mismos.—PAULINA.

PAULINA.—¿Quién está ahí?

VARONA.—¡Oh, Paulina!

ADOLFO.—Aquí están sus buenos amigos... (Paulina entra des-
pacio, recelosa.)

NATALIA.—(Avanzando hacia ella.) Veo que es usted más valien-
te de lo que creíamos.

ADOLFO.—(A su padre, que quiere hablar.) Papá, silencio ahora.

PAULINA.—El miedo me hizo cobarde... pero ya... mi cobardía
se ha vuelto animosa.

ADOLFO.—¿Querrá usted venir con nosotros?

NATALIA.—A nuestra casa dijo el Marqués.

VARONA.—O á la iglesia.

PAULINA.—(Con desvario.) ¿Para qué? Dios no me quiere á mí.
Cuando le pido mi tranquilidad y la salvación de mi hi-
jo, ¿qué hace Dios? Coger mi pasado y arrojármelo á la
cara, vivo, candente.

NATALIA.—(Aparte.) Mal anda esa cabeza.

VARONA.—(Carifoso.) Paulina, Paulinita, no hay motivo para
tanta aflicción.

PAULINA.—¿Y saben ustedes lo que es mi pasado? Mi pasado
es la ciencia, que quiere arrebatarme á mi hijo para lle-
várselo al Cielo. Al Cielo lleva la ciencia todos los hijos
que roba.

VARONA.—¡Oh! no...

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Cómo delira la infeliz!

VARONA.—(Con vehemencia, á Natalia y á su hijo.) ¿Pero qué ha-
céis? Consoladla... Llevad á su mente ideas de esperanza.

NATALIA.—(Acariciando á Paulina.) Yo también desconfío de la

ciencia, porque veo privados de virtud á los hombres
orgullosos que la cultivan. Santos, digo yo; santos de-
bieran ser los cultivadores de la ciencia, para que ésta
fuese eficaz en sus manos.

PAULINA.—(Con estupor, apagada la voz.) Y no son santos: son
demonios. (Pasa á la derecha. Se sienta, mirando al suelo con
expresión tétrica.)

ADOLFO.—(Aparte á Natalia.) Háblale con menos desaliento,
mamá.

VARONA.—(Aparte á Natalia y Adolfo.) Vosotros los de la cáscara
dulce, fortalecedla, levantad su espíritu.

ADOLFO.—(Aparte á Natalia.) Es más cristiano inspirarle con-
fianza en la ciencia.

NATALIA.—Paulina es mujer fuerte. No quiero fascinarla con
espejismos engañosos.

PAULINA.—Natalia tiene mucho talento. Me enseña el pesimis-
mo; prepara mi alma para el dolor.

VARONA.—(A Natalia.) Tú, dale ánimos.

NATALIA.—Es tontería sembrar de flores un camino en cuyo
término está el desengaño.

ADOLFO.—(A Paulina, muy afectuoso.) No haga usted caso. Mi
madre se pone siempre en lo peor. Luego celebramos
sus equivocaciones.

VARONA.—Se equivoca siempre... No dude usted, Paulina; no
tema nada...

ADOLFO.—Confíe en la ciencia.

PAULINA.—La ciencia me aborrece.

VARONA.—(Con arranque.) No, no; mil veces no. Cristín se sal-
vará... Créalo usted como lo creo yo... que veo claro...
clarísimo... Mi mente es un foco de luz... Esta no ve
nada: su mente es un desván tenebroso sin ningún res-
quicio por donde pueda entrar claridad del cielo ni de
la tierra.

NATALIA.—(Aparte, indignada.) ¿Hase visto majadero semejante?

VARONA.—Crea usted en mí, Paulina... Me siento filósofo, me
siento adivino. El niño vivirá... y que rabie el Purga-
torio, digo, el Infierno.

ADOLFO.—(Argumentando á Natalia.) Debemos decírselo así, aun-
que no lo creamos.

PAULINA.—(A Varona.) No creo... no espero nada.

VARONA.—(Alto, á Paulina.) *Sursum corda...* Arriba los corazones.

NATALIA.—(A la izquierda, con Adolfo.) No puedo ver esta burla que hace tu padre de las soberanas leyes del espíritu... Con tales tonterías, le cerráis el camino para un hermoso arrepentimiento.

VARONA.—(A Paulina.) No haga usted maldito caso de esta sibila fúnebre.

NATALIA.—(Desabrida, orgullosa.) Esto es intolerable, hijo. Vámonos de aquí.

ADOLFO.—(Desconsolado.) ¿Ahora...?

NATALIA.—(Impaciente.) Acompáñame á casa.

ADOLFO.—¿No va papá contigo?

NATALIA.—¿Conmigo ese bufón? Su alegría nos envilece. Ven. (Le coge del brazo.)

ADOLFO.—(Queriendo despedirse de Paulina.) Déjame que...

NATALIA.—(Despótica.) Suprime las despedidas. (Adolfo se resiste. Tira de él Natalia con gesto iracundo.) Desobediente... Si entenderás lo que te mando.

ADOLFO.—Oye una razón.

NATALIA.—No hay razones... Yo soy la verdad, la única verdad. (Se le lleva rápidamente por el fondo, cogido del brazo.)

ESCENA VIII

**PAULINA, VARONA.—TERESA; después JUANA,
GUILLERMO, NICOLÁS.**

VARONA.—La sibila funeraria levanta el vuelo hacia las tumbas. Queda aquí la esperanza.

PAULINA.—(Sombriamente.) No hay esperanza: la esperanza no existe, no existió jamás.

TERESA.—(Por la derecha. Asombrada de ver á Paulina, corre hacia ella.) Señora, ¿qué hace aquí? (Cogiéndola suavemente del brazo, la lleva hacia la izquierda.)

PAULINA.—(Alelada.) No sé: déjame. (Se sienta junto á la puerta.)

TERESA.—¿Por qué no vuelve la señora á las habitaciones altas?

PAULINA.—Déjame aquí. Ya no tengo miedo.

VARONA.—(Llevando aparte á Teresa, le pregunta si ha empezado la intervención quirúrgica.) ¿Ya...?

TERESA.—(Aparte á Varona.) No, señor. Aún tardarán. (Entra Juana por la derecha. Detrás Guillermo.)

JUANA.—Aquí puede el señor escribir. (Siéntase Guillermo junto á la mesa, y escribe. Varona y Teresa se agrupan junto á Paulina para ocultarla de la vista de Guillermo. Juana va hacia el fondo y llama á Nicolás, que entra luego.)

PAULINA.—(Sobrecogida y trémula, bajando la voz.) Es el monstruo, es el verdugo...

TERESA.—(Aparte á Paulina.) Señora, no tema nada.

PAULINA.—(Temblando.) Teresa, Varona... acercarse más á mí... Taparme bien para que no me vea.

GUILLERMO.—(Cierra la carta que ha escrito, y la da á Nicolás.) Lleve usted esta carta á mi casa... Ya sabe.

NICOLÁS.—Sí, señor.

GUILLERMO.—Allá le darán lo que pido. Vuelva sin tardanza. (Vase Nicolás. Habla Guillermo con Juana.) No hay peligro inminente. Podemos aguardar sin cuidado alguno... Que sigan formando la atmósfera húmeda. (Notando algo extraño en el otro grupo.) ¿Quién está ahí?

JUANA.—(Timidamente.) Es la señora... (Detiéndose un rato en la puerta de la derecha.)

GUILLERMO.—¡Ah! (Se levanta; da algunos pasos; toma un acento bondadoso.) ¿Pero aún tiene miedo esta buena señora? ¡Miedo!... ¿de qué? (Vase Juana; Teresa y Varona se apartan. Paulina conserva su actitud de terror, sin mirarle.)

VARONA.—Señor Doctor, yo procuro tranquilizarla.

GUILLERMO.—¿Es usted amigo de la casa?

VARONA.—Joaquín Varona, amigo íntimo de Alberto Abdalá. Hoy... siento que un generoso altruismo inunda mi alma... soy un poco filósofo...

GUILLERMO.—El Marqués me autoriza hoy, por conducto de Solís, para cerrar la puerta á las visitas... sin exceptuar las filosóficas.

VARONA.—(Turbado.) ¡Oh! no importuno... Gracias... digo... usted dispense. (Se retira hacia el fondo, haciendo cortesías.)

TERESA.—(Aparte á Varona.) Don Joaquín, su simpática señora le aguarda en la iglesia.

VARONA.—Me voy á la iglesia de esta calle. (Vase por el fondo. Con un gesto despide Guillermo á Teresa.)

ESCENA IX

GUILLERMO, PAULINA.

GUILLERMO.—(Sin dar un paso más hacia su mujer, dice en tono natural.) Paulina. (Esta continúa inmóvil, sin mirarle. Guillermo, alzando más la voz, pronuncia el nombre con enérgica rotundidad.) ¡Paulina! (Esta se levanta lentamente, permaneciendo rígida, sin mirarle.) ¿Aún me tienes miedo? (Pausa.) Responde... Mirame frente á frente, como yo á tí. El miedo se quita fijando la mirada en lo que nos asusta, en lo que odiamos. (Pausa. Paulina vuelve despacio la cabeza, y le mira.) Así... Ahora dime: ¿por qué me has recibido con tanta descortesía, huyendo de mí?

PAULINA.—(Balbuciente.) Porque... no quería... no quiero que tú...

GUILLERMO.—Dame una razón clara.

PAULINA.—La... la terrible discordia que nos separó... la idea que tengo de tu malquerencia... son razones bastantes para que yo te diga: «Guillermo, no pongas tus manos en mi hijo inocente...»

GUILLERMO.—¡Pobre mujer! Al cabo de seis años, encuentro en tí el mismo desconocimiento de la vida y de los fines humanos, la misma costumbre insana de dar giros fantásticos á las ideas más vulgares y sencillas. Eres lo mismo, Paulina: no has cambiado nada.

PAULINA.—Déjame como soy. Yo no te llamé.

GUILLERMO.—(Serenó.) No quieres verme. Pues yo celebro esta fatalidad que hoy nos pone frente á frente... Acérate... No temas nada. Podemos hablar un buen rato. La ciencia, que tanto te aterra, no puede hacer nada hasta dentro de media hora. Verás... De lo que hablemos hoy

podrá resultar tu tranquilidad... y también la mía... porque yo también temo, Paulina: te temo á tí, y á mí mismo. Siéntate. (Paulina permanece inmóvil.) ¿No me oyes? (Alzando la voz y golpeando fuertemente la silla próxima.) ¡Siéntate te digo! (Pausa. Corrige la aspereza de su tono.) Vamos, mujer, te lo suplico. (Siéntase Paulina en el borde de la silla; Guillermo donde estuvo antes.) En estos seis años, sobre las vidas deshechas, cada uno ha labrado nueva vida... Es natural... En este tiempo nunca me habrás echado de menos.

PAULINA.—Nunca. Ni tú á mí tampoco.

GUILLERMO.—Una prueba más de que estábamos locos ó tontos de remate cuando nos casamos. ¿Pero cómo, he dicho yo mil veces, se nos pudo ocurrir tal desatino? ¿No te espantas ahora de que dos seres racionales perdieran el sentido hasta lanzarse al abismo sin fondo? ¿No te espantas como yo...?

PAULINA.—(Serenándose.) Lo mismo. Mayor, mayor que el tuyo es mi espanto.

GUILLERMO.—Aberración fué de tus padres, alucinados por mis primeros éxitos. A poco de casarnos, estalló la guerra. En nada concordábamos.

PAULINA.—En todo disentíamos. (Con viveza.) En todo absolutamente, porque desde los primeros días...

GUILLERMO.—Habla, no te turbes...

PAULINA.—(Animándose.) Eras un hombre insufrible.

GUILLERMO.—Un hombre insufrible. Adelante.

PAULINA.—Querías que tu mujer se encerrara contigo en aquel laboratorio...

GUILLERMO.—Triste, feísimo... Sigue. Yo quería que estuvieras siempre muy seria, con tu delantalito hasta los pies...

PAULINA.—Que te copiara fórmulas antipáticas con terminachos científicos... que aborreciera los teatros y todas las artes que recrean el espíritu.

GUILLERMO.—Esa ha sido tu principal queja. ¿Qué más?

PAULINA.—Nada... que tu afán era hacer de mí una sabia inaguantable.

GUILLERMO.—Alto ahí. Yo no quería hacer de tí una sabia. Me contentaba con que dieras á mi hogar el ambiente necesario para mis estudios, labor áspera, cada día más

32809

penosa. No pretendía yo que sacrificaras todo tu ser voluble, imaginativo, fantasioso, sino una parte de él. Quería yo que te asomaras conmigo á la ciencia, no más que para tener yo el gusto de mostrarte sus maravillas más visibles, y para hacerte comprender que hay en el mundo algo más que modas, pasatiempos y frivolidades.

PAULINA.—En ese empeño fracasaste por tu genio durísimo, por el enojo con que calificabas la diferencia de nuestros gustos.

GUILLERMO.—(Vivamente.) No fracasé por eso, sino por tu educación deplorable. Tu padre, uno de estos españoles criados en la burocracia, y que en ella, á fuerza de no hacer nada, conquistó elevadas posiciones, tenía el flaco de las grandezas, no pensaba más que en alternar con los aristócratas y en imitarles como podía. Te puso en un colegio extranjero, donde se educan las hijas de los próceres y millonarios. De allí saliste sin saber cosa alguna de fundamento, y creyéndote igual á las señoritas nobles que fueron tus condiscípulas. Casada conmigo, seguías corriendo tras de aquel señorío elegante, pidiéndole un puesto en sus diversiones y tratando de rivalizar con él. No reparabas en que eras la mujer de un pobre aprendiz de la ciencia, que trabajaba sin descanso para atender á los apremios de nuestra vida. En esta disparidad de necesidades y de medios, llegaste á odiarme, Paulina; á renegar de todo lo que á mí me encantaba: mis estudios, mis libros, mis experimentos, mis preparaciones...

PAULINA.—Por nobleza de temperamento, por distinción natural de mi espíritu, á que yo no podía sobreponerme.

GUILLERMO.—¡Qué necedad! Cuanto más benigno y tolerante era yo contigo, transigiendo con eso que llamas nobleza y distinción de espíritu, más desabridamente y con más acrimonia te revolvías contra mí. Llegamos al mutuo aborrecimiento. Tus rebeldías se agravaban; iban de lo inconveniente á lo ilícito, y por fin... faltaste gravemente, descaradamente á la fe jurada.

PAULINA.—(Con acento de sinceridad.) No lo niego, no puedo negarlo.

GUILLERMO.—¿Qué atenuación das á tus errores?

PAULINA.—(Sombriamente.) Ninguna: tu carácter tal vez, tu dureza... Estalló entre nosotros una guerra formidable.

GUILLERMO.—Y desigual. Por la condición propia de la mujer, tus armas eran más aceradas y hacían más daño. Las heridas que yo recibí fueron para mi honor mortales de necesidad.

PAULINA.—(Abrumada, sin aliento, se levanta.) Sí... es verdad... Guillermo, no renueves la lucha... Yo no diré una palabra más... Retírate de mi casa.

GUILLERMO.—Eso no: mi deber profesional aquí me ha conducido.

PAULINA.—Guillermo, tú no has venido aquí más que á mortificarme, quizás á... (Asaltada de una idea terrible.) Esta idea me enloquece. ¡Vienes, sin duda, con el propósito de hacer en mí una justicia terrible... ¿qué digo justicia?... venganza!

GUILLERMO.—(En pie.) En mi profesión no soy justo ni injusto, y menos vengativo. Soy hábil ó soy torpe.

PAULINA.—(Asaltada de terror.) Torpe serás ahora, porque te mueve el rencor, te mueve la ira contra mí. Yo te ofendí, Guillermo. Buscas la revancha.

GUILLERMO.—Por tu debilidad, por tus torpezas, no mereciste de mí más que una compasión viva.

PAULINA.—(Iracunda, alejándose de él.) Falso... Me aborrecías, deseabas mi muerte.

GUILLERMO.—(Perdiendo por un momento su severidad.) Nunca. Aborrecí... no quiero ni debo negártelo, al hombre execrable, mil veces maldito, que te corrompió, y fué principal causante de nuestras desdichas.

PAULINA.—(Sobrecogida, alejándose más.) Le aborreciste. No niegues que también á mí me odias, que odias á mi hijo. (Con exaltación.) Fué criminal; pero adoro á mi hijo, y la ley de maternidad me obliga á defenderle. Guillermo, no pondrás en mi hijo tus manos. (Corre hacia la derecha, colocándose ante la puerta.)

GUILLERMO.—Mira lo que dices.

PAULINA.—(Desconcertada, delirante.) Vete... Sal de mi casa, ¡vengador... asesino!

GUILLERMO.—(Con acento firme.) Mujer sin juicio, calla... No

habla en tí la pasión, ni el despecho, ni el odio, sino una conciencia alborotada que se espanta de su propia sombra. Temes el mal porque tu conciencia te dice que lo mereces.

PAULINA.—(Aturdida.) Conciencia turbada soy: todo lo temo.

GUILLERMO.—(Imponiéndose con la voz, con la mirada.) Cref poder devolvarte la serenidad. Veo que es imposible. Oye mi última palabra, y decide lo que quieras. (Con solemnidad y grandeza.) Ante Dios, que á tí y á mi nos oye, y ante mi conciencia, que quisiera yo sacar de mí y darle forma corporal para que la vieses, declaro que en mí nõ hay más ideal que el bien, ni otra pasión que la de la ciencia. La profesión que ejerzo me da grandes satisfacciones, y me impone deberes penosos que cumplo con firme voluntad. En tu niño no veo más que un caso científico. Por serlo, y además niño inocente... es sagrado para mí. (Pausa.) ¿Crees lo que digo? Pues dentro de un instante pondré mis manos en tu hijo. ¿No lo crees? Pues me retiraré ahora mismo. Contesta pronto. (Larga pausa. Aparecen Elisea y Solís en la puerta de la derecha, y observan sin entrar.)

PAULINA.—(Pasa por diferentes estados de angustiosa vacilación. La afirmativa y la negativa asoman á sus labios. Por fin, como movida de una voluntad superior, responde con gesto expresivo y débil voz.) Entra. (Guillermo se va por la derecha en ademán resuelto. Con él desaparece Solís. Cierran la puerta por dentro. Elisea corre á estrechar en sus brazos á Paulina.)

ESCENA X

PAULINA, SOR ELISEA.

ELISEA.—Ten confianza.

PAULINA.—(Llorando.) ¿La tienes tú?

ELISEA.—Tengo confianza y fe.

PAULINA.—¿Crees que Guillermo salvará á mi hijo?

ELISEA.—Así lo creo.

PAULINA.—¿Crees en su ciencia?

ELISEA.—Tengo en ella toda la fe que podemos poner en las cosas humanas.

PAULINA.—¿Y confías en que mi pobre Cristín vivirá?

ELISEA.—(Como inspirada.) Sí.

PAULINA.—¿Quién te lo dice... quién te lo asegura?

ELISEA.—Una voz secreta, lejana. Dios.

PAULINA.—¡Oh, qué aliento me das! Venga á mí la fe; venga la esperanza.

ELISEA.—Para hacerles sitio en tu alma, arroja de ella tus rencores.

PAULINA.—Atrojaré todo lo que pesa en mi pobre alma, fatigada de aborrecer. (Mirando temerosa á la puerta de la derecha.) Ya...

ELISEA.—Ya... sí.

PAULINA.—(Con voz queda y medrosa.) Más allá de esa puerta, la ciencia y la muerte forcejean... ¿No te sobrecoge ese silencio? ¿No oyes en él los latidos de nuestros corazones?

ELISEA.—Sí.

PAULINA.—¿No ves, sin ver nada, el acto doloroso?

ELISEA.—Veo las manos de Dios descender á las manos del hombre.

PAULINA.—(Atrofillándose ante Elisea y besándole las manos.) ¡Oh, santa mía! Ante tí, conciencia pura, virtud inmaculada, que ahora me pareces la imagen de Dios, pongo mi corazón, pongo mi alma. Seas tú testigo de esta ofrenda, que es también juramento, y obligame á cumplir lo que ofrezco y juro. Si el saber humano salva de la muerte á mi querido niño, olvidaré mis agravios, menores que los de Guillermo, y le estimaré y le perdonaré, aunque él á mí no me perdone ni me estime; creeré que mías son todas las culpas, y tuyas todas las perfecciones. Mi gratitud hará de él el primero y más grande hombre del mundo, aunque él á mí me considere la más indigna de las mujeres.

ELISEA.—¡Hermosa ofrenda, Paulina! Reciba Dios tu corazón y bendígalo.

PAULINA.—(Poseída súbitamente de ansiosa curiosidad, mirando á la derecha.) ¿Y ahora? ¿No habrán concluido ya? (Se levanta.)

ELISEA.—No, hija mía. Ahora empiezan. Sólo han pasado minutos.

PAULINA.—Siglos dirás.

ELISEA.—Ten calma... no tiembles.

PAULINA.—(Rehaciéndose.) ¡Si ya soy fuerte! ¿No me ves? (En voz alta y briosa, mirando á la puerta.) Hijo mío, ya tenemos valor... y esperanza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

SOR ELISEA, sentada, distribuyendo en papeletas de un gramo una sal en polvo; á su lado, ADOLFO; SOLÍS y VARONA paseándose.

SOLÍS.—Sí: puede asegurarse que el niño está salvado.

VARONA.—¡Qué triunfo! Esta mañana, cuando lo supe, al volver del monte, brincaba yo de alegría.

ADOLFO.—(Ayudando á Elisea.) Todo se debe al prodigioso médico Guillermo Bruno. El día 14, Cristín estaba casi ahogado.

ELISEA.—Ya le vimos aleteando para remontarse al Cielo.

ADOLFO.—Y el grande hombre procedió con mano segura y rápida.

ELISEA.—Empleó el *termocauterio* con tan grande habilidad y prontitud, que me dejó maravillada. Acción soberana, obra de segundos... ¡Qué arte, qué prodigio!

ADOLFO.—Y ya tenemos á Paulina loca de contento.

ELISEA.—Yo le digo que se modere y ponga frenos á su felicidad. No hay dicha sin frenos.

ADOLFO.—Cierto. La armonía social impone los tonos grises. Tristeza y alegría deben ser decorosas.

ELISEA.—En porciones bien mediditas (Aludiendo á lo que hace), en papeletas de un gramo.

VARONA.—Querido Pepe, no dudes que el júbilo multiplica los encantos de Paulina. Ni ella ni yo hemos nacido para la tristeza.

ELISEA.—No, hija mía. Ahora empiezan. Sólo han pasado minutos.

PAULINA.—Siglos dirás.

ELISEA.—Ten calma... no tiembles.

PAULINA.—(Rehaciéndose.) ¡Si ya soy fuerte! ¿No me ves? (En voz alta y briosa, mirando á la puerta.) Hijo mío, ya tenemos valor... y esperanza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

SOR ELISEA, sentada, distribuyendo en papeletas de un gramo una sal en polvo; á su lado, ADOLFO; SOLÍS y VARONA paseándose.

SOLÍS.—Sí: puede asegurarse que el niño está salvado.

VARONA.—¡Qué triunfo! Esta mañana, cuando lo supe, al volver del monte, brincaba yo de alegría.

ADOLFO.—(Ayudando á Elisea.) Todo se debe al prodigioso médico Guillermo Bruno. El día 14, Cristín estaba casi ahogado.

ELISEA.—Ya le vimos aleteando para remontarse al Cielo.

ADOLFO.—Y el grande hombre procedió con mano segura y rápida.

ELISEA.—Empleó el *termocauterio* con tan grande habilidad y prontitud, que me dejó maravillada. Acción soberana, obra de segundos... ¡Qué arte, qué prodigio!

ADOLFO.—Y ya tenemos á Paulina loca de contento.

ELISEA.—Yo le digo que se modere y ponga frenos á su felicidad. No hay dicha sin frenos.

ADOLFO.—Cierto. La armonía social impone los tonos grises. Tristeza y alegría deben ser decorosas.

ELISEA.—En porciones bien mediditas (Aludiendo á lo que hace), en papeletas de un gramo.

VARONA.—Querido Pepe, no dudes que el júbilo multiplica los encantos de Paulina. Ni ella ni yo hemos nacido para la tristeza.

SOLÍS.—(Jovial.) Mi querido tío, llamo á usted la atención sobre el tufillo de inmoralidad que se desprende de lo que acaba de decirme.

VARONA.—Déjame: la inmoralidad es... un descanso.

SOLÍS.—(Preguntándole si ha bebido.) Tío... con franqueza... ¿hoy...?

VARONA.—No, hijo: no he puesto luminarias en mi espíritu. La melancolía me agobia. Contra ella no tengo más defensa que la idea de las gracias de Paulina... Es el único rayo de luz que desvanece las tinieblas de esa noche teológica que se llama mi mujer.

SOLÍS.—(Riendo.) ¡Vaya, tío, que salirnos ahora calavera y seductor!

VARONA.—Y la ocasión no puede ser más propicia. (Con misterio.) Sabrás que Paulina estará muy pronto en disponibilidad...

SOLÍS.—¿Qué me cuenta? (Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA II

Los mismos.—PAULINA, NATALIA, JUANA.

PAULINA.—(Muy alegre, entra por la derecha con Natalia.) Sí, Natalia: doy gracias á Dios con toda mi alma. Me confunde pensar que careciendo yo en absoluto de merecimientos, me haya concedido el Señor favor tan grande.

NATALIA.—Las alegrías, fijese usted, no son más que dedadas de miel con que se nos endulza la boca, para que soportemos mejor los tragos de amargura que han de venir detrás.

VARONA.—(Aparte, burlándose.) Ya escampa...

PAULINA.—¡Ay, ay, no me hable usted de nuevas amarguras!...

VARONA.—¡Fuera penas! ¡Alegría, felicidad!

ADOLFO.—No hay mal que cien años dure. (Entra Juana por el fondo seguida de una modista que trae caja, muestrarios y un envoltorio de ropa.)

JUANA.—Señora...

PAULINA.—Pasen ahí. (Les señala la habitación de la derecha.) Voy en seguida.

ELISEA.—(Recogidas las papeletas, toca en el brazo á Solís.) Doctor... SOLÍS.—Vamos... (Vanse Elisea y Solís por la derecha.)

PAULINA.—¿Me dispensan un momento? Voy á escoger telas y á probarme un traje. (A Natalia.) ¿No quiere usted acompañarme?

NATALIA.—No sé yo apreciar esas lindezas, que á usted le quitan el sentido. Soy muy torpe... Vaya, vaya.

PAULINA.—Vuelvo al instante. (Se va con paso ligero por la izquierda.)

ESCENA III

NATALIA, VARONA, ADOLFO; después SOLÍS.

NATALIA.—En cuanto se ha visto libre de aquellas angustias, recae en su frivolidad.

ADOLFO.—Es hermosa...

VARONA.—Elegante...

NATALIA.—Es graciosa y vana. Los trapos la enloquecen. (Recordando.) ¡Ah! sabréis que el curandero científico viene aquí un día sí y otro no, como director médico. (Se sienta.)

ADOLFO.—Pero Paulina y él apenas se hablan. Así me lo han dicho.

NATALIA.—Ella, según entiendo, ha encontrado una fórmula espiritual para combinar la gratitud con el aborrecimiento.

SOLÍS.—(Sale por la derecha.) Adiós, tía... Tengo mucha prisa.

NATALIA.—Cristín me ha parecido muy bien. (Adolfo, apartándose de su madre, recorre inquieto la escena y atisba por la puerta de la izquierda.)

SOLÍS.—Admirablemente. Furioso porque no le damos de comer. (Se despide de sus tíos Varona y Natalia.)

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Si le habrá dado Teresa mi carta!

VARONA.—(Cogiendo á Solís del brazo y siguiéndole.) Oye, sobriño... verás. (Se va con él.)

ESCENA IV

NATALIA, ADOLFO.

NATALIA.—Hijo, ¿qué haces? Ven acá.

ADOLFO.—(Acudiendo a ella.) ¿Qué quieres, mamá...?

NATALIA.—No debo ocultarte que desde que ví la salvación y mejoría de Cristín, temblé por tí.

ADOLFO.—Mamá, ¿ya vuelves con esa historia?

NATALIA.—No es historia todavía: lo será... Estamos ahora en la leyenda.

ADOLFO.—(Desenmascarándose.) Bueno, mamita; hablemos claro. Soy joven; mi posición me señala un papel importante en la sociedad. Yo desempeño ese papel difícil con bastante acierto; tú me has aplaudido. Cierto que la moralidad es un prestigio... pero observémosla evitando siempre la ridiculez... Con que deja á un lado las disciplinas... Y si las coges, que sean las de seda, blandas, flexibles...

NATALIA.—De seda son, tontaina. Tu madre amantísima no será tan necia que despliegue ante tí una severidad y un rigor que resultarían desproporcionados... Adolfo mío, no confíes en que achicarás tu pecado con la magnitud de los que ella tiene sobre sí... Evita el escándalo, por pequeño que sea... Caballero de principios, tú procederás como tal... Serás bueno... (Acariaciéndole.) ¿Verdad que será bueno mi niño?

ADOLFO.—¡Ah, sí! seré bueno y sensato. (Apartándose de ella.) Mamá no se enfada porque yo...

ESCENA V

Los mismos.—VARONA, PAULINA.

VARONA.—(Aparte, volviendo por el fondo.) Acecho á Teresa para...

PAULINA.—(Por la derecha, con un traje muy elegante.) Natalia, ¿qué me dice usted de este traje?

ADOLFO.—¡Ideal!

VARONA.—¡Precioso!

NATALIA.—Muy bien, hija. Pero no me haga usted caso. Soy lega en trapos.

VARONA.—(Aparte á su hijo.) Un chiste, Adolfin. Dí que tu madre es lega trapense.

ADOLFO.—(Aparte á Varona.) No está mal.

PAULINA.—Hace usted bien en reirse de mí, Natalia. Soy vanidosilla, fantasiosa. ¡Pero qué quiere usted...! Sin esta fascinación de la moda, de elegir lo que á mi parecer me sienta mejor, me aburriría, y yo no quiero aburrirme.

ADOLFO.—Mala cosa es el tedio.

VARONA.—(Aparte, melancólicamente, mirando al techo.) *Tedium vitæ.*

NATALIA.—Decid que debemos tener en constante acción el pensamiento...

ADOLFO.—Esa, esa es la doctrina de Guillermo Bruno.

PAULINA.—Como suya, buena doctrina será.

NATALIA.—Y el gran médico y filósofo la practica, según dicen, en la colonia de mujeres que trae consigo.

PAULINA.—(Sorprendida.) Pero esas mujeres de que oigo hablar, ¿existen de verdad? La belleza helénica, las muchachas pizpiretas y juguetonas, ¿no serán invención ó sueño de ustedes?

ADOLFO.—No, Paulina, no.

VARONA.—Son bellezas palpitantes de un museo vivo.

PAULINA.—Será museo patológico.

ADOLFO.— Hay, según dicen, niños degenerados; pero las mujeres son género sano y fresco.

VARONA.— Más que materia médica, entiendo que es materia medicinal.

PAULINA.— Sean enfermos ó sanos los acompañantes de Guillermo, no puede haber en ello ninguna malicia. ¿Qué cree usted, Natalia... usted que de todo sabe?

NATALIA.— ¿Qué malicia ha de haber, hija mía? Al sabio, al investigador del mundo microscópico que se esconde en los senos profundos de la naturaleza física, no le basta la observación: necesita también la experimentación. Acecha, escudriña, sorprende los fenómenos vitales, intentando llegar hasta el punto invisible en que la materia y el alma se confunden. ¿No experimentan otros en animales vivos? Pues éste experimenta en mujeres. Por eso lleva consigo ese lindo ganado, lozano y fresco. Es el gran libro femenino en que estudia la sensibilidad, las pasiones, los apetitos, los devancos amorosos, y todo lo que forma el reino inmenso de la fragilidad humana.

PAULINA.— (Displicente.) Todo eso lo sabe muy bien Guillermo. No necesita estudiarlo... (Les interrumpe la entrada del Marqués.)

ESCENA VI

Los mismos.—El MARQUÉS, por el fondo.

MARQUÉS.— Varón, Varona y Varonita... Dios les guarde.

VARONA.— (Aparte al Marqués, corriendo á su encuentro.) Llegas á tiempo.

MARQUÉS.— ¿Para qué? (Natalia y Adolfo se disponen para retirarse.)

VARONA.— Para cortar una de las más tremendas erupciones volcánicas de la sabiduría de mi mujer.

PAULINA.— (Avanzando hacia el Marqués.) No te esperaba tan pronto.

MARQUÉS.— Cristín tan famoso, según me ha dicho Solís.

PAULINA.— ¿No entras á verle?

MARQUÉS.— (Despidiéndose de los amigos.) Queridos amigos, nos veremos luego. (Vase por la derecha.)

NATALIA.— (Aparte á Adolfo.) Vámonos. Viene á darle la cicuta. ¡Pobre mujer: tras una desdicha, otra!

VARONA.— Vámonos... (Alegre.) El cataclismo es inminente.

PAULINA.— (Después de dejar al Marqués en la puerta de la derecha.) ¿Volverá usted, Natalia?

NATALIA.— Sí; que he prometido á usted traerle hoy mismo los caramelos de violeta, que hacen las monjas Clarisas.

PAULINA.— ¡Ah, sí!

ADOLFO.— Allá vamos ahora.

NATALIA.— También traeré á usted las medallas de la Virgen, de gran eficacia para Cristín en su convalecencia.

PAULINA.— Sí, sí.

VARONA.— Todo endulza: caramelos y medallitas.

NATALIA.— Adiós, querida...

PAULINA.— Hasta después. (Despidense. Salen los tres por el fondo.)

ESCENA VII

PAULINA; EL MARQUÉS, que vuelve por la derecha.

MARQUÉS.— ¡Qué bien está el chiquillo, qué vividor, qué gracioso!

PAULINA.— (Un poco inquieta.) Me dijiste anoche que hoy tenías que hablarme.

MARQUÉS.— A eso vengo... ¿Estás intranquila?

PAULINA.— Sí. Un presentimiento que desde ayer me ronda... Hoy, medias palabras de Natalia... me hacen temer... no sé qué...

MARQUÉS.— Sentémonos aquí. (Se sientan ambos.)

PAULINA.— (Temerosa, impaciente.) Pienso que es penoso lo que tienes que decirme.

MARQUÉS.— Penoso es... para mí al menos. (Cariñoso.) Y he de empezar por el principio, por la primera página de nuestra vida común...

PAULINA.— (Alarmada.) ¡Ay, ay, ay! Amigo del alma, te ruego

que abrevies mi suplicio... Salta de las primeras páginas á la página presente. ¿Acaso vienes á decirme que es la última?

MARQUÉS.—Sí, querida Paulina: mi unión contigo, que de apasionada se ha ido trocando en paternal, ha llegado á su término. La edad me lo impone; me lo imponen otros motivos...

PAULINA.—(Conmovida, sollozando.) ¡Oh, mi buen Alberto, qué pronto se ha nublado mi felicidad!

MARQUÉS.—A tí me llevaron tus encantos, Paulina; tu gracia. Pero algo más hubo en el fundamento de esta unión irregular.

PAULINA.—Sí, sí: la soledad en que vivías.

MARQUÉS.—La ingratitud, el desafecto de mi propia familia. Mis hijos, el uno residente en Cuba, otros en Madrid, me amargaban la existencia con sus desórdenes, ó con exigencias seguidas de litigios. Yo no podía vivir con ninguno de ellos. En sus casas, la paz y la alegría del hogar no existían para mí. Sólo me era fiel y adicta mi hija Pilar, que residía en Bélgica con su marido.

PAULINA.—Y ahora Pilar vuelve á España. Su marido establece en Valencia no sé qué negocio industrial.

MARQUÉS.—¿Lo sabías?

PAULINA.—Lo supe. Pero no sospeché...

MARQUÉS.—Me propuse no decirte nada hasta que tuviéramos la seguridad de la mejoría de Cristín...

PAULINA.—(Secando sus lágrimas.) Antes que me lo preguntes, debo decirte que me parece muy razonable tu propósito de vivir con tu hija. Me has enseñado la serenidad, el juicio claro de las cosas. Créeme, Alberto: con gran dolor mío, apruebo tu resolución.

MARQUÉS.—Es natural y lógico que acabe mis días al lado de mi hija... Tu conformidad con esta idea me quita del alma un enorme peso... Me das la mejor prueba de tu excelente corazón... (Emocionado, le besa las manos. Paulina enmudece.) Al separarme de tí por tan razonables motivos, dejo asegurada tu existencia. La renta vitalicia que ha s constituido con tus ahorros, te basta para vivir holgadamente. Este hotel, ya sabes que es tuyo.

PAULINA.—Aunque al determinar la separación no lo hicieras

con tan extremada generosidad, mi querido Alberto, yo tendría siempre por tí una devoción ferviente. Eres un hombre extraordinario.

MARQUÉS.—Un hombre que se somete á la verdad creada por la Naturaleza y las leyes... Espero que tú harás lo mismo.

PAULINA.—(Confusa.) ¡La verdad... las leyes! todo eso me llama... siento que me llama... No sé si podré acudir sin que tú me aconsejes, me guíes...

MARQUÉS.—¿Consejo y guía quieres? Pues oye: no esperes, como yo, á la vejez para entrar de lleno en un camino de rectitud... Y una vez en ese camino, no te desvíes de él. Procura tomar gusto á cosas amargas que has probado pocas veces.

PAULINA.—(Vivamente.) ¿Qué?

MARQUÉS.—La paciencia, la vida monótona, la soledad...

PAULINA.—Ponme delante la esperanza, y probaré esas amarguras. Pero esperanza no me das, Alberto.

MARQUÉS.—Sí, sí... (Sin atreverse á expresar su pensamiento.) Te doy esperanza, te señalo un fin de reparación... de paz...

PAULINA.—Fin hermoso, pero lejano, ¿no es eso?

MARQUÉS.—Está... al término de un camino muy derecho, muy derecho...

PAULINA.—(Desalentada.) ¡Ah, no podré recorrerlo todo! La distancia es enorme... Me cansaré... Necesito un guardián, un mentor, un maestro que en tan larga caminata me aleccione...

MARQUÉS.—¿Maestro pides? Tendrás uno irremplazable, que de tí no se separará ni un momento...

PAULINA.—¿Quién?

MARQUÉS.—¡El tiempo, el tiempo!... el que lima toda aspereza, el que amansa los rencóres, el que hace posible lo imposible, el que nos desengaña, el que nos instruye, y calladito, calladito, andando siempre, nos enseña todas las verdades.

PAULINA.—¡El tiempo! ¿Y á ese solo maestro entregas mi existencia?

MARQUÉS.—A ese y á otros dos: tu buen corazón, tu buen juicio. Paulina, no puedo decirte más.

PAULINA.—Pero es poco. Háblame, explícame...

MARQUÉS.—No es necesario. Sé que me has comprendido. (Con ademán de retirarse.) Dicho lo más importante que debías saber, me voy á disponer algunas cosas...

PAULINA.—¡Pero te vas, Alberto... tan pronto...!

MARQUÉS.—No. Ya vendré á despedirme de tí...

PAULINA.—¿Y me explicarás...? (Queriendo retenerle.)

MARQUÉS.—Con lo dicho, basta... Tu buen corazón, tu buen juicio... el tiempo...

PAULINA.—Sí... pero... soy muy torpe... Dime...

MARQUÉS.—(Retirándose.) No es preciso, no es preciso...

PAULINA.—(Va tras él.) Oye...

MARQUÉS.—Adiós, adiós... (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

PAULINA, SOR ELISEA.

PAULINA.—(Abatidísima.) ¡Oh! sola otra vez. ¡Triste destino!

ELISEA.—(Entreabriendo la puerta de la derecha.) ¿Se fué? ¿Puedo pasar?

PAULINA.—Pasa, Elisea.

ELISEA.—(Acudiendo á consolarla.) Ya sé... Me lo dijo ayer Alberto. Es triste cosa, pero justa y necesaria. Su hija le ha exigido...

PAULINA.—Ya me lo figuro. (Suspirando fuerte.) Sea lo que Dios quiera.

ELISEA.—Y tus desdichas no vienen nunca solas, porque yo... siento decírtelo... también te dejo.

PAULINA.—(Asustada.) ¡Elisea, también tú...!

ELISEA.—La Superiora me reclama. Tu niño está fuera de cuidado. Nada tengo que hacer aquí.

PAULINA.—Todos me abandonan. Mis ángeles tutelares levantan el vuelo...

ELISEA.—Ausentes, velaremos por tí, tontuela. Pero yo no saldré de aquí sin recordarte la obligación en que está todo buen cristiano de cumplir sus promesas.

PAULINA.—No necesitas recordármelo.

ELISEA.—Como testigo que fuí de aquel compromiso, debo cuidar de que no se quede á medio camino entre tu memoria y tu voluntad. En aquel tremendo instante, cuando el pobre Cristín se ahogaba, y viste á Guillermo Bruno entrar por esa puerta, dijiste, de rodillas ante mí...

PAULINA.—(Quitándole la palabra.) Dije que si Guillermo salvaba á mi hijo, yo le estimaría, aunque él no me estimase ni me perdonase... Pues lo que prometí, Elisea, cumplido está.

ELISEA.—Pero hay más, Paulina. Salvado el niño de la asfixia, cuando tú y yo nos quedamos solas con él, y le vimos descansadito, respirando con facilidad, tuve yo que contentar tu alegría para que con tus cariños locos no hicieras daño á la criatura. La esperanza de verle salvo te enloquecía. Cristín, con semblante risueño y los ojos llenos de luz, confirmaba nuestra esperanza, ofreciéndonos cinco besos por cada uno que nosotras le diéramos. Tú, llorando á raudales, dijiste: «¿Qué alma tan noble la de Guillermo! En vez de hacer daño á mi hijo, al hijo de mi crimen, le ha dado la vida; en vez de castigarme, me devuelve mi alegría y mi consuelo.»

PAULINA.—(Con viva emoción.) Así lo dije.

ELISEA.—Tus manos y las mías juntas sobre el pecho de Cristín, yo te recordé tu promesa. Tú la repetiste, la confirmaste, dándole más fuerza y valor. Dijiste: «A ese hombre tan grande y bueno, yo le amaré, aunque él á mí no me ame.»

PAULINA.—(Con acento firme y sereno, altos los ojos, la mano en el pecho.) Es verdad.

ELISEA.—Paulina, me hiciste tu confesora. Sé también ahora sincera y leal, y revélame todo lo que sientes.

PAULINA.—Ahora, como entonces, te descubro mi alma. Guillermo no me inspira miedo ni aversión. Sus brusquedades y sus gritos, que antes me aturdían, ahora me agradan. Cuando viene á ver á Cristín, deseo que sea menester extender muchas recetas para que tarde en salir... A veces se me ocurre decir tonterías, de las que sé que á él le incomodan, para ver si me riñe. Pues digo mis tonterías, y él nada... no me dice nada. No hace

ningún caso de mí. Con que ya ves lo que me pasa... que es bien poco. (Pausa.)

ELISEA.—(Con inocencia.) Sí que es poco... Pero ya será más.

ESCENA IX

Las mismas.—JUANA, con paquetes y cajas.

JUANA.—Señora, esto ha traído el de la tienda de juguetes.

PAULINA.—Todavía no se cansa la infinita bondad de Alberto.

ELISEA.—(Abriendo las cajas y sacando algunas cosas.) Más juguetes. ¡Y qué lindos!

JUANA.—Y aquí están los encajes que quería la señora: *guipure inglés*. (Destapa una caja.)

PAULINA.—Déjalos ahí. (Saca algunos encajes que deja sobre la mesa, sin mostrar interés.)

JUANA.—(Recordando.) ¡Qué cabeza! Me olvidaba de lo mejor. He encontrado al señor doctor don Guillermo...

PAULINA.—(Vivamente.) ¿Dónde?

JUANA.—Aquí cerca, y me dijo... Dice que aunque no le toca venir hoy, sino mañana, vendrá hoy.

PAULINA.—¿De veras? Viene, Elisea; viene hoy.

ELISEA.—¡Anticipa la visita!

PAULINA.—¿Por qué será? Da que pensar.

ELISEA.—No pienses, no pienses nada... y á tu obligación, que es bien sencilla.

PAULINA.—¿Cuál es?

ELISEA.—Amar á quien no te ama. Lo prometiste.

PAULINA.—Y lo cumplo. Pero el alma de Guillermo no tiene para mí más que aversión, menosprecio...

ELISEA.—Mejor. Así harás lo que nos ordenó Jesucristo: amar á los que nos aborrecen.

JUANA.—(Que ha mirado por el fondo.) Aquí viene don Guillermo... Ya entra en el jardín. (Corren presurosas al ventanal — Paulina y Elisea.)

PAULINA.—(Mirando.) Viene despacio, meditabundo.

ELISEA.—Ya nos ha visto... Doctor... ¡eh!... (Ambas le saludan, Elisea en primer término.)

PAULINA.—Ya sube.

ESCENA X

PAULINA, SOR ELISEA, JUANA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—(Brusco, jovial.) ¡Pues no hacen pocos aspavientos para recibirme! ¿Qué es esto?... ¿qué les pasa?

ELISEA.—No esperábamos verle hoy.

GUILLERMO.—¿Y qué? Porque adelanto un día, ya se alborotan... La curiosidad las saca de quicio. ¡Casquivanas, noveleras... mujeres al fin!

PAULINA.—(Timidamente.) Es que...

ELISEA.—¿Y á qué se debe...?

GUILLERMO.—(Con mucha viveza.) Callen, callen, que quiero decirlo antes que me lo pregunten... Me ha dicho Solís que el niño está muy bien. Vengo á darle de alta.

PAULINA.—Cristín está bien; pero no tan bien que...

GUILLERMO.—Veámosle por última vez. (Indicando á Paulina que vaya delante.)

ELISEA.—Y yo por última vez le daré de comer. (Paulina y Guillermo se van por la derecha.)

ESCENA XI

SOR ELISEA, JUANA; después TERESA. ®

ELISEA.—¿Traerás tú la comida del niño?

JUANA.—Teresa la trae... Oígame, hermana. (Con misterio.) Cuando encontré á don Guillermo, iba con él el señor Solís, médico de casa... hablando, parlotando...

ELISEA.—¿Y qué? ¿Es novedad que hablen los doctores?

JUANA.—Por las caras de ellos entendí que su conversación no era de Medicina... Se regalaban con lo que es hoy comida de todo el pueblo.

ELISEA.—¿Qué, mujer?

JUANA.—Lo primero, que el señor Marqués se retira á la vida de familia. Lo segundo, que á la señora, ¡pobrecita! me la encierran en un convento.

ELISEA.—Paulina es libre. No la veo inclinada á la vida de recogimiento...

JUANA.—Es que la obligarían...

ELISEA.—¿Quién?

JUANA.—Autoridad tiene el señor don Guillermo... Influirán con la señora las familias principales del pueblo, pongo por caso, los señores de Varona...

ELISEA.—Esos, por meterse en lo que no les importa, serían capaces de... No hagas caso de habladurías. Cállate. (Viendo venir á Guillermo y Paulina.) Ya vuelven. (Entra Teresa por la izquierda con la comida de Cristín en una bandeja.)

ESCENA XII

Las mismas.—PAULINA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—Muy bien. Ya pueden levantarle.

ELISEA.—(Que ha cogido la bandeja de la comida.) ¿Le da usted de alta, doctor?

GUILLERMO.—Al niño de alta y á usted de baja.

ELISEA.—Señor, ¿qué dice?

GUILLERMO.—Que la hermanita curandera no me sale de aquí.

PAULINA.—(Batiendo palmas.) ¡Oh, qué alegría!

ELISEA.—Señor, la Superiora me ha llamado. (Guillermo, jovial, le impone silencio.) Otros enfermos me reclaman. Bien sabe usted que hay tantos...

GUILLERMO.—Y aquí no faltan. Infinito es el número de enfermos. ¿Qué es la humanidad más que una inmensa

clínica, con apariencias de escuela y de presidio? Curar, educar, corregir, todo es lo mismo.

ELISEA.—¡Quiere retenerme aquí! (Asombrada.) Y dice que esto es escuela, clínica...

PAULINA.—Y presidio, Elisea... ha dicho presidio...

GUILLERMO.—Cárcel, fortaleza de corrección. De todo se asustan... ¡qué simples! (Imperioso.) ¡Ea, presidiarias de Dios, cada cual á su obligación... pronto! (Les ordena que lleven al niño su comida.)

ELISEA.—(Asustada.) ¡Jesús, qué hombre! (Vase por la derecha; tras ella las dos criadas.)

ESCENA XIII

PAULINA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—(Despidiéndose.) Y ahora...

PAULINA.—(Con gran timidez.) No, no. Dispensa si...

GUILLERMO.—¿Tienes algo que decirme? (Paulina afirma con la cabeza.) Volveré.

PAULINA.—(Balbuciente.) No, no: ahora... Es cosa de esas que... que no admiten aplazamiento.

GUILLERMO.—Bueno: tú dirás.

PAULINA.—(Medrosa.) Hazme el favor de sentarte un ratito.

GUILLERMO.—(Se sienta junto á la mesa en que están los juguetes.) Me siento... A ver... dí.

PAULINA.—Pues... (Coge una silla para sentarse próxima á Guillermo; pero al ver el rostro serio y adusto de éste, retrocede.) Estoy muy agradecida. (Siéntase á distancia.)

GUILLERMO.—Ya me lo has dicho. He cumplido un deber, y nada más.

PAULINA.—Pero yo no merecía que cumplieses ese deber.

GUILLERMO.—También me lo has dicho. Y ya lo sabía yo... Sigue.

PAULINA.—(Con supremo esfuerzo.) Pues... aparte del deber profesional, hay... hay ciertas relaciones entre el médico y el enfermo... Naturalmente, el médico vive de su traba-

jo. En nombre de mi hijo, que no puede mostrarte su gratitud sino con su cariño... yo estoy obligada...

GUILLERMO.—No sigas... Me pides la cuenta de mis honorarios. ¿No es eso? (Se levanta.) Te diré. Por más que hayamos llegado á ser extraños el uno para el otro, ante la ley y ante la religión padecemos la horrible desgracia de ser marido y mujer. No está bien que yo te cobre honorarios.

PAULINA.—¡Ah! no puedo admitir eso.

GUILLERMO.—Si es cierto, como han dicho, que estás arrepentida del mal que me hiciste...

PAULINA.—(Vivamente.) Cierto es, te lo juro.

GUILLERMO.—Pues con tu arrepentimiento me basta.

PAULINA.—Lo tomas como moneda corriente...

GUILLERMO.—Moneda fiduciaria. (Examina diversos juguetes.)

PAULINA.—¿Papel?

GUILLERMO.—Papel, sí, que no tiene valor mientras no lo garanticen grandes cantidades de oro en las arcas de la conciencia.

PAULINA.—Oro... sí: te entiendo. Tengo que acuñar oro, muchísimo oro... La plata no sirve.

GUILLERMO.—La plata no. (Da vueltas á la mesa, poniendo toda su atención en los juguetes.)

PAULINA.—Necesito que mi conciencia sea un crisol ardiente; mi voluntad un troquel muy duro...

GUILLERMO.—(Sin atender á Paulina, admira el juguete que tiene en la mano.) ¡Qué gracioso! Los que inventan estas cosas tienen mucho talento.

PAULINA.—Imitan la vida humana, para encanto de los chiquillos.

GUILLERMO.—(Cogiendo otro juguete.) ¿Y esta colección de Historia Natural? ¡La girafa, qué monada!... Y el elefante... Es muy conveniente dar á los chicos, sin fatigar su entendimiento, las primeras nociones de la ciencia.

PAULINA.—Mi Cristín tiene predilección por los juguetes instructivos. Enredando con ellos, hace mil preguntas que yo no sé contestarle.

GUILLERMO.—(Examinando con admiración una figurita.) ¿Y esto? ¡qué preciosidad! Mira, mira.

PAULINA.—Creo que anda.

GUILLERMO.—(Mueve el resorte; la figurilla se mueve.) ¡Oh, qué gracia! Esto es un encanto.

PAULINA.—Si te gusta, llévate.

GUILLERMO.—(Con espontáneo alborozo, guardando la figura en su bolsillo.) Paulina, por mis honorarios. Además de tu arrepentimiento, me llevo esto.

PAULINA.—Mira otro. ¿No te hacen gracia estos patitos? (Los muestra.)

GUILLERMO.—Delicioso. (Guardándoselos.) Por mis honorarios.

PAULINA.—Todo lo que ves aquí es tuyo.

GUILLERMO.—Me cautivan estas cosas que hacen felices á los pequeñuelos. (Rebuscando en la mesa.)

PAULINA.—(Con gran curiosidad.) ¿Tienes niños?

GUILLERMO.—(Sin mirarla, vuelto de espalda.) Sí.

PAULINA.—¿Quieres que te mande aquel caballo grande, aquel cañoncito...?

GUILLERMO.—Gracias. Tengo toda el Arma de Artillería... y todo el Cuerpo de Caballería. (Examinando lo que hay en la mesa, se fija en los encajes.)

PAULINA.—¿Quieres barcos, soldaditos...?

GUILLERMO.—(Desdoblado algunos encajes.) Vamos, si no te enfadas, me llevo también esto.

PAULINA.—(Asombrada.) Pero esto no es juguete. Es un adorno para vestidos de señora ó señorita.

GUILLERMO.—(Escoge dos encajes.) Juguete de niños, juguete de mujeres, todo es igual. (Los dobla y se los guarda.) Por mis honorarios.

PAULINA.—¿Tienes mujer, mujeres?

GUILLERMO.—Tengo familia.

PAULINA.—(Con vivo interés.) Guillermo, yo quiero ver tu casa.

GUILLERMO.—No será de tu gusto. Mi casa es un pobre taller...

PAULINA.—¿De qué? ¿Elaboras la vida, la salud? ¿Eres acaso artista?

GUILLERMO.—Mi arte se parece al del herrero. En un yunque muy duro enderezo los cuerpos mal formados... y las almas torcidas.

PAULINA.—¡Oh, qué prodigio!... Yo quiero ver tu casa, que parece un convento; tu familia, que parece una comunidad. (Guillermo deniega con la cabeza; Paulina se aflige.)

¡Triste de mí! Nada me concedes. No merezco de ti más que una indulgencia fría, semejante á las preces de la Iglesia por los difuntos.

GUILLERMO.—Algo más mereces, Paulina, ó algo más, sin mirar á tus méritos, te concedo yo.

PAULINA.—(Con interés, levantándose.) ¿Qué?... Dímelo... ¿Qué me concedes?

GUILLERMO.—Como es cosa que no depende de mí, no puedo contestarte ahora.

PAULINA.—Anúnciame lo que es. La curiosidad me abrasa.

GUILLERMO.—¿Para qué anunciar lo que quizás no pueda realizarse? (Con ademán de retirarse.)

PAULINA.—¿Pero te vas? ¿Me dejas en esta incertidumbre?

GUILLERMO.—Me voy precisamente para sacarte de ella.

PAULINA.—Según eso, volverás.

GUILLERMO.—Naturalmente.

PAULINA.—¿Cuándo?

GUILLERMO.—He dicho que volveré.

PAULINA.—(Mirándole fijamente.) ¡Oh, tú me engañas!

GUILLERMO.—(Sulfurándose.) ¡Que te engañe... yo!

PAULINA.—Usas un ardid caritativo... La amargura de ausentarte, de huir de mí... la endulzas con una promesa tan falsa como generosa.

GUILLERMO.—Digo que volveré... (Con severidad, alzando la voz.) ¿Dudas de lo que digo?

PAULINA.—(Asustada.) No, no.

GUILLERMO.—Siempre lo mismo. Crees todas las mentiras... no crees al hombre sincero y leal. (Alejándose sin dejar de mirarla.)

PAULINA.—(Corriendo á él.) Guillermo... no, no dudo... te creo, te creo... ¿A quién he de creer yo?... Sí, sí... volverás... (Síguele hasta la puerta.)

GUILLERMO.—Así me gusta. Creer es preciso, Paulina; creer, creer. (Dice esto en la puerta del fondo, mirando á Paulina. Esta le sigue con la vista hasta que desaparece.)

ESCENA XIV

PAULINA; después NATALIA y VARONA.

PAULINA.—(Vuelve al proscenio.) Terror siento, sí... como ante la majestad del mar tempestuoso y de los vientos desencadenados... En mí, todo es debilidad y pequeñez; en él, todo es grandeza... Antes, seis años há, ¿qué sentía yo? Horror de lo desconocido. (Se sienta meditando.) Ahora lo desconocido se abre, descubre su interior luminoso. Tengo miedo á la claridad... que me ciega. (Con esfuerzo mental.) ¿Cómo razonaré yo esto? (Entran Natalia y Varona por el fondo, pisando quedo. Detiéndose en la puerta, contemplando á Paulina... Hablan aparte.)

VARONA.—¡Pobrecilla... bien se ve que el bárbaro la ha tratado con dureza!

NATALIA.—Para esta desgraciada no hay más solución que entrar en un recogimiento...

VARONA.—Sí, mujer... cambiar de vida, de...

PAULINA.—(Para sí.) No puedo razonarlo... Soy muy torpe...

NATALIA.—Vengo decidida á proponérselo. ¿No te parece que en ninguna casa religiosa estaría tan bien como en la *Esclavitud del Calvario*?

VARONA.—¡Oh, sí... lo mejor... la *Esclavitud*...!

NATALIA.—¿Serás tú capaz, hombre de poca fe, de ayudarme á convencerla?... pero con seriedad.

VARONA.—¡Oh, sí!... Traigo aquí multitud de argumentos de mucha fuerza... Verás...

NATALIA.—(Dirigese á Paulina con ademán compasivo.) ¡Hija del alma, pobre víctima! (La besa.)

PAULINA.—(Componiendo su rostro.) ¡Ah, Natalia!

VARONA.—A tiempo llegamos para consolarla.

NATALIA.—¡Infeliz mujer! Dios la trata á usted cruelmente.

VARONA.—Apenas ve salvado á Cristín, Alberto se... vamos, que presenta la dimisión.

NATALIA.—Y acto continuo, su esposo de usted... parece que

se complace en mortificarla... (Recordando.) ¡Ah! los caramelos de violeta.

VARONA.—Obra de las monjitas de Santa Clara, regalo y ali-
vino de convalecientes... (Da un paquete á Paulina, que lo
abre; coge dos: uno para sí, otro para Varona.)

NATALIA.—Y las medallitas. (Las saca del bolsillo; las muestra á
Paulina.)

PAULINA.—(Con el caramelo en la boca.) ¡Qué preciosas! Por aquí
la Virgen, por aquí San Rafael...

NATALIA.—¿Se las pongo á Cristín?

VARONA.—(Deseando que se vaya Natalia.) Sí, sí: no tardes en
ponérselas.

PAULINA.—Tome usted un caramelo, y llévele otro á Cristín,
uno solo.

NATALIA.—(Que estaba ya junto á la puerta, vuelve.) ¿Verdad que
son muy ricos?

PAULINA.—Riquísimos.

NATALIA.—(Junto á Paulina, desenvolviendo el caramelo.) Se me
olvidó decir á usted una cosa que le interesará. Ya sabe
que las Clarisas están pared por medio con la colonia de
Guillermo Bruno, que á unos les parece taller, á otros
convento.

VARONA.—Taller de artes diabólicas y gimnasio de livian-
dades.

NATALIA.—Por su organización, es al modo de convento.

VARONA.—Lo mismo que un convento; sólo que es todo lo
contrario.

NATALIA.—Quiere decir que allí no se da culto á Dios, sino á
la alegría y al desenfreno del vivir.

VARONA.—(Con exageración que encubre la ironía.) Viven consa-
grados á la filosofía materialista, ó sea la constante fran-
cachela.

PAULINA.—¿Por las noches?

VARONA.—No; que celebran sus ritos ante el Sol.

NATALIA.—Y desde que Dios amanece empiezan las risotadas
y el bullicio.

VARONA.—(Siempre con sutil ironía.) Allí no se oyen más que
címbalos y crótalos, flautas de Pan, cánticos de muje-
res y de niños, como un coro de faunos y bacantes.

NATALIA.—No exageres, Varona.

VARONA.—Y cuando niños y mujeres callan, óyense cánticos
de viejas, con notas de aquellarre.

NATALIA.—No es tanto, no.

PAULINA.—¿Y ven las monjas lo que pasa en la vecindad?

VARONA.—Ven horrores gentílicos y filosóficos: mujeres her-
mosísimas que imitan á las estatuas griegas, y señoritas
al fresco que hacen mil cabriolas y se suben á los ár-
boles.

PAULINA.—¡Jesús!

VARONA.—(Aparte.) Aquí que no peco.

NATALIA.—(Que se ha dirigido á la puerta y retrocede.) Varona, no
apruebo que pintes la colonia con colores tan fuertes...
Creerá Paulina que queremos presentar á Guillermo
como un sér depravado.

VARONA.—La bestia científica y filosófica, ¿qué puede ser?

NATALIA.—Pues un hombre de excelente corazón... Demos á
cada uno lo suyo.

PAULINA.—Guillermo adora los niños. Esto puedo atesti-
guarlo.

NATALIA.—Dicen las monjas que entre los chiquillos que allí
tiene, hay uno preferido. Le ama con idolatría, le lleva
en sus brazos, le mima, le agasaja. Es criatura desme-
drada, raquítica. (Vuelve á la puerta.)

VARONA.—Iremos... sin más objeto que el de satisfacer una cu-
riosidad... de artistas.

PAULINA.—(Muy nerviosa.) ¿Me llevarán ustedes?

VARONA.—¡Oh! sin duda. (Para que lo oiga su mujer.) Le con-
viene á usted un recogimiento... la *Esclavitud*; quiero
decir, un lugar sosegado para... para...

NATALIA.—(Aparte, en la puerta.) Para evitar escándalos... Bueno
es que pasen por arrepentidas las que nunca se arre-
pienten. (Vase por la derecha. Varona, muy nervioso, vigila
la puerta; vuelve junto á Paulina agitado y temeroso.)

ESCENA XV

PAULINA, VARONA.

VARONA.—Ya habrá usted comprendido, Paulina. He dicho tanta simpleza para disimular mi pasión delante de la sibila tonta y fúnebre.

PAULINA.—(Con idea fija.) ¿Y cuándo me llevarán ustedes á... á la colonia...?

VARONA.—No haga usted caso de colonias ni bobadas... No hay más sino que su marido de usted es un apóstol de la libertad de costumbres. No cuente con él para nada, y decidase... ¡Paulina! ¿Recibió usted mi carta?

PAULINA.—Sí. Me ha dejado atónita. No esperaba de usted tanto atrevimiento.

VARONA.—(Muy inquieto, va y viene, se sienta y se levanta.) Audacias me ha dado mi desesperación. He suprimido la última letra de mi apellido ilustre. Hoy me llamo *Varón*... Me enfadaba el *Varona*, que en mí desvirtúa el eterno masculino. (Paulina ríe.) Yo había manifestado á usted, por diferentes modos, mi adoración platónica. No podía ser de otro modo. Pero retirado mi amigo Abdalá, me presento candidato. Un amor ardiente, Paulina; riqueza no inferior á la de Alberto. Sea usted piadosa; redíma, por Dios, á este cautivo, á este condenado, á este mártir...

PAULINA.—(Risueña, pasando los ojos por la carta.) ¡Y que no se anda usted con bromas! ¡Me propone la fuga! Eso ya es perder el juicio.

VARONA.—Si acepta usted mi amor, esconderemos nuestra felicidad en una isla deliciosa: en Corfú, ó en cualquier otra isla de Grecia ó del Asia Menor... ó en la Mesopotamia, donde dicen que estuvo el Paraíso Terrenal.

PAULINA.—Amigo Varona, ó *Varón*...

VARONA.—¡*Varón!*

PAULINA.—Sepa que he recibido otra carta... ¿de quién creerá? De su hijo Adolfo. Me propone también...

VARONA.—¿Amor y fuga?

PAULINA.—Fuga no. Me propone un amor recatado, sin escándalo.

VARONA.—Ese niño gótico es de la escuela de su madre... agüita mansa... los pecados en silencio... nada de escándalo... Pero en sus verdes años, Nata no era fúnebre, ni se asustaba del ruido de sus pasos inciertos sobre el entarimado social. (Con brío y audacia.) Pues yo, harto de sufrir, me río del escándalo, abomino de la sensatez, desprecio todo respeto social, pisoteo el convencionalismo. ¡Falsa virtud, vete al Infierno! ¡Cadenas forjadas con tanta y tanta mentira, rompeos en mil pedazos!

PAULINA.—¡Ay, ay! (Riendo), que está usted tremendo. Pero, Joaquín...

VARONA.—(Vehemente.) Aborrezco á mi mujer, que es un monstruo apocalíptico; es aquella bestia engendrada por la noche, y que tenía siete cabezas, diez cuernos, y en cada uno de ellos un nombre sacrilego. (Repitiendo el texto.) «Le es dada una boca que profiere discursos llenos de orgullo y de blasfemias.»

PAULINA.—¡Pobre Natalia! Bonito retrato hace usted de ella.

VARONA.—Lo ha hecho San Juan Evangelista, Capítulo V, Versículo 33 del *Apocalipsis*... Paulinita del alma, decídase pronto. Usted está sola. Ya no tiene ni marido ni amante. ¿Quién mejor que yo...?

PAULINA.—¡Eh... juicio... moralidad!

VARONA.—(Con gran viveza.) A Corfú... á Corfú, ó al suicidio

PAULINA.—Loco, disoluto. ¡Vaya unos ejemplos que da usted á su hijo! (Viendo entrar á Adolfo.) ¡Ah!... (Adolfo, entrando por el fondo, queda suspenso al ver á su padre.)

ESCENA XVI

PAULINA, VARONA, ADOLFO; después NATALIA.

VARONA.—El niño gótico...

ADOLFO.—(Aparte, á distancia.) Nos hemos caído... Creí que estaba sola.

VARONA.—Me ha fastidiado este tontaina... (Alto.) Pasa, hijo...

ADOLFO.—¿Está aquí mamá?

VARONA.—Sí, hijo: aquí la tienes. No vayas á perderte por no estar arrimadito á las faldas del monstruo apocalíp... digo, de tu madre.

PAULINA.—Adolfo, dice su papá que es usted un prodigio de sensatez. Pero yo no soy de la misma opinión.

ADOLFO.—(Aparte.) ¿Bromitas? Ya me lo dirás... porque tú has de caer... caerás en silencio. Si el secreto duplica la virtud, pecar sin escándalo es pecar á medias.

NATALIA.—(Por la derecha.) ¡Ay, qué cosas me ha dicho Cristín! Es muy pícaro, muy pícaro... pero ¡qué saladol!... Cuando le puse las medallas, cantó *couplets*... Después dijo que él se casará con Elisea, y su mamá con Guillermo. (Se sienta junto á Paulina.)

PAULINA.—(Riendo.) Esos casorios le tienen muy preocupado.

VARONA.—(Aparte, paseándose agitado.) Corfú... Corfú, ó el suicidio.

ADOLFO.—(Aparte, contrariado.) Se sienta... (Aparte á su padre.) Dí, ¿mamá y tú no pensábais ir á...?

VARONA.—A Corfú... digo, al cementerio... déjame... al cementerio.

NATALIA.—(A Paulina.) Hablemos un ratito ahora, amiga mía. Ya sabe cuánto me intereso por usted. Creo que en esta situación tristísima debe usted resolverse á... (Entra Guillermo; se planta y fija en los Varonas una mirada dura.)

ESCENA XVII

Los mismos.—GUILLERMO.

VARONA.—(Aparte.) ¡Y ahora éste!

ADOLFO.—(Aparte.) Este nos faltaba.

NATALIA.—Señor don Guillermo, estamos acompañando á Paulina.

GUILLERMO.—(Secamente.) A eso mismo vengo yo. Sola dejé á Paulina, y sola creí encontrarla.

NATALIA.—(Aparte á Adolfo.) ¿Qué quiere decir esto?

ADOLFO.—Quiere decir... que estamos de más aquí.

VARONA.—(Aparte.) ¡Horrible, horrible!

NATALIA.—(Aparte á Varona.) Y tú, majadero, ¿toleras este ultraje?

VARONA.—(Come trastornado.) He vuelto á poner en mi apellido la letra que quité, y ahora me digo: «Fragilidad, tu nombre es Varona.»

ADOLFO.—(Con dignidad, á sus padres.) Vámonos.

NATALIA.—Sí, sí; tanta grosería es insoportable. Vámonos á casa.

VARONA.—Yo más lejos... á Corfú...

NATALIA.—(Cogiéndole del brazo.) ¿Qué dices, idiota?

VARONA.—A Corfú, digo... al cementerio... Un tiro, un tiro. (Vanse los tres por el fondo.)

ESCENA XVIII

PAULINA, GUILLERMO; al fin SOR ELISBA. ®

GUILLERMO.—(Viéndoles salir.) ¡Imbéciles! Y ella la más refinada hipócrita del mundo. No creí tener tanta prudencia y blandura para echarles de aquí.

PAULINA.—Guillermo, tú me proteges, tú alejas de mí las amistades molestas...

GUILLERMO.—Y dañinas.

PAULINA.—¿Y lo que pensabas hacer por mí sin decirme lo que era... ese favor desconocido que tanto me ha dado que pensar?...

GUILLERMO.—Está hecho. He hablado con la Superiora de las Hermanas para que permita á Elisea seguir en tu compañía.

PAULINA.—¿Hasta cuándo?

GUILLERMO.—Hasta que yo quiera.

PAULINA.—(Con efusión de gratitud.) ¡Oh, qué inmenso beneficio! ¡Elisea conmigo! ¡Aquí!...

GUILLERMO.—Y tendrás tu recogimiento en tu propia casa.

PAULINA.—¿Tú lo quieres?

GUILLERMO.—Lo quiero, lo mando.

PAULINA.—Ese interés tuyo por mí es señal de que tus rigores ceden al fin...

GUILLERMO.—Mis rigores se suavizan; pero no ceden, no pueden ceder. El perdón está lejos, Paulina. Recuerda la gravedad de tu ofensa, y verás que mi decoro se ha de mantener dentro de esta torre inexpugnable.

PAULINA.—Derríbala. ¿Mis súplicas constantes no podrán siquiera quebrantarla?

GUILLERMO.—No. Yo me voy de aquí, y no me verás en mucho tiempo.

PAULINA.—(Afligida.) ¡Ah, Guillermo! Lejos de tí, mi salvación será difícil.

GUILLERMO.—O no te salvas, ó has de ser tú tu propia redentora.

PAULINA.—¿Cómo?

GUILLERMO.—Elevando tu mente á un ideal de vida, y aplicando toda tu voluntad á realizarlo.

PAULINA.—Sola no podré. En mi alma ha echado raíces la debilidad. (Márcase en ella un gran desaliento.)

GUILLERMO.—La debilidad no tiene raíces. Sólo las tiene el árbol de la fuerza. Planta ese árbol.

PAULINA.—Quisiera obedecerte... pero... (Cae de rodillas.) Desfallezco. Mi alma se dobla, se cae... Guillermo, ten piedad de mí.

GUILLERMO.—(Con voz imperiosa.) Paulina, ármate de fortaleza... no te arrodilles ante mí, ni ante nadie. (Al-

zando más la voz.) Levántate... (Paulina se levanta despacio.)

PAULINA.—Me levanto. En todo te obedezco... Inspíreme Dios. (Reza en voz baja.)

GUILLERMO.—No reces de carretilla... Dirige á Dios tus pensamientos propios. Si no los tienes, yo te los dictaré. Dile: «Señor, dame una conciencia fuerte. Pon en mi mano una espada contra el mal que me acecha.»

PAULINA.—(Después de repetirlo entre dientes.) Esto digo, esto diré siempre.

GUILLERMO.—Dile á Dios: «Señor, líbrame de la degeneración. Da vigor y consistencia así á mi cuerpo como á mi espíritu.»

PAULINA.—(Repite el concepto elevando su mirada, cruzadas las manos.) «Líbrame de la degeneración...» (Continúa entre dientes.)

GUILLERMO.—(Con mayor imperio y brío.) Ten alma de mujer, no mecanismo de muñeca de lujo. Vive en tu propio sér, no en la imitación de vanidades y pasatiempos frívolos... No alimentes tu espíritu con golosinas, sino con el manjar fuerte de la verdad, y aparta tus ojos de todo lo que no sea un ideal grande... (Acércase á ella, agarrándola por un brazo.) Hazlo así. Yo te lo mando.

PAULINA.—(Con voz apenas perceptible.) Y yo... obedezco.

GUILLERMO.—(Sacudiéndole el brazo.) Es que si no me obedeces, te mato, Paulina.

PAULINA.—Mátame de una vez, antes que yo pueda desobedecerte.

GUILLERMO.—Sí, te mato. Me debes tu vida, que pude quitarte cuando me ofendiste.

PAULINA.—Tómala, si quieres, ahora mismo.

GUILLERMO.—No, porque espero tu enmienda. Te condeno á vivir... á vivir... porque el vivir es lección continua, cátedra eterna, yunque donde forjamos el mal y el bien...

PAULINA.—Viviré... forjaré el bien... desconfiando de conseguirlo sola.

GUILLERMO.—Sola y firme. De la soledad nace la fuerza.

PAULINA.—Eres duro, Guillermo.

GUILLERMO.—Duro como la ley que rige nuestras almas. ¿Querías ganarme con mimos? No: mi dureza es la del herre-

ro, que en la fragua, á golpes de martillo, temple y vigoriza los caracteres.

PAULINA.—Pues forja tú, tú, esa conciencia fuerte que deseas en mí.

GUILLERMO.—Hoy sería vano intento. Aún no estás preparada.

PAULINA.—Si me dejas sola, ¿cómo he de prepararme? (Aparece Elisea en la puerta derecha.)

GUILLERMO.—No quedas sola... Ahí tienes á tu guardiana y amiga. (Señalando á Elisea, que se adelanta.)

PAULINA.—Elisea, ven en mi ayuda.

GUILLERMO.—(Retirándose.) Ten valor, ten alma... Adiós.

PAULINA.—Adiós... ¿Volverás algún día por mí?

GUILLERMO.—(Desde la puerta, con voz solemne, persuasiva.) Paulina, no volveré por ti hasta que sobre tus propias ruinas edifiques una existencia nueva. (Vase por el foro.)

ELISEA.—Es terrible.

PAULINA.—Justiciero.

ELISEA.—Ha dicho que debes prepararte.

PAULINA.—(Con gran resolución.) Ya lo estoy. (Llamando.) Teresa... Juana...

ELISEA.—Ten calma... Dime...

PAULINA.—Mi alma anhela la reparación... la busco... no la rehusaré aunque la encuentre entre llamas como las del Purgatorio. (Recorre muy agitada la escena. Teresa le trae un sombrero.)

ELISEA.—¿Qué haces? No te precipites, hija.

PAULINA.—(Poniéndose el sombrero.) Si allá me dan tormento, mejor. Venga mi destrucción, venga mi ruína.

ELISEA.—¿Pero estás loca?

PAULINA.—Cogeré mis escombros, y con ellos haré una Paulina nueva.

ELISEA.—¿A dónde vas?... dímelo.

PAULINA.—Al convento, ó lo que sea... al taller, al yunque.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín del Asilo donde está instalada la colonia de Guillermo Bruno.—A la izquierda, la fachada del edificio, con ventanas y puerta practicable en el piso bajo; toda la pared cubierta con frondosos rosales de emedadera, que trepan hasta el piso superior.—A la derecha, vegetación de arbustos, rosales trepadores y jazmines, que se agarran al tronco de corpulentos árboles. Entre dos de éstos, hacia el fondo, paso á la calle.—Al fondo, seto de ciprés recortado, con un arco que da paso á la huerta. Tras esto, higueras corpulentas, palmeras y otros ejemplares de la flora mediterránea en gran desarrollo.—En todos los sitios donde no estorban el paso, tiestos con plantas florecidas. En primer término, un banco rústico.—Es de tarde.—A telón corrido, el coro, con voces de hombres, mujeres y niños, canta en la escena, alejándose, el Himno á la alegría (allegro de la 9.^a sinfonía de Beethoven). Se alza el telón cuando el coro termina, y aparece la escena vacía.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, por la derecha.

PAULINA.—El cántico alegre que oí desde la calle se apaga, se pierde... ¡Qué silencio! Retiro misterioso, ya estoy en tí... ¡Cosa más rara! El viejecito portero no me ha puesto ningún obstáculo, ni me ha preguntado quién soy. (Avanza hacia el proscenio, esparciendo sus miradas.) La casa, modesta, grandona... El jardín, ¡qué bonito!... libre, lozano, tirando á silvestre. (Mirando al fondo.) Se extiende

ro, que en la fragua, á golpes de martillo, temple y vigoriza los caracteres.

PAULINA.—Pues forja tú, tú, esa conciencia fuerte que deseas en mí.

GUILLERMO.—Hoy sería vano intento. Aún no estás preparada.

PAULINA.—Si me dejas sola, ¿cómo he de prepararme? (Aparece Elisea en la puerta derecha.)

GUILLERMO.—No quedas sola... Ahí tienes á tu guardiana y amiga. (Señalando á Elisea, que se adelanta.)

PAULINA.—Elisea, ven en mi ayuda.

GUILLERMO.—(Retirándose.) Ten valor, ten alma... Adiós.

PAULINA.—Adiós... ¿Volverás algún día por mí?

GUILLERMO.—(Desde la puerta, con voz solemne, persuasiva.) Paulina, no volveré por ti hasta que sobre tus propias ruinas edifiques una existencia nueva. (Vase por el foro.)

ELISEA.—Es terrible.

PAULINA.—Justiciero.

ELISEA.—Ha dicho que debes prepararte.

PAULINA.—(Con gran resolución.) Ya lo estoy. (Llamando.) Teresa... Juana...

ELISEA.—Ten calma... Dime...

PAULINA.—Mi alma anhela la reparación... la busco... no la rehusaré aunque la encuentre entre llamas como las del Purgatorio. (Recorre muy agitada la escena. Teresa le trae un sombrero.)

ELISEA.—¿Qué haces? No te precipites, hija.

PAULINA.—(Poniéndose el sombrero.) Si allá me dan tormento, mejor. Venga mi destrucción, venga mi ruína.

ELISEA.—¿Pero estás loca?

PAULINA.—Cogeré mis escombros, y con ellos haré una Paulina nueva.

ELISEA.—¿A dónde vas?... dímelo.

PAULINA.—Al convento, ó lo que sea... al taller, al yunque.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín del Asilo donde está instalada la colonia de Guillermo Bruno.—A la izquierda, la fachada del edificio, con ventanas y puerta practicable en el piso bajo; toda la pared cubierta con frondosos rosales de emedadera, que trepan hasta el piso superior.—A la derecha, vegetación de arbustos, rosales trepadores y jazmines, que se agarran al tronco de corpulentos árboles. Entre dos de éstos, hacia el fondo, paso á la calle.—Al fondo, seto de ciprés recortado, con un arco que da paso á la huerta. Tras esto, higueras corpulentas, palmeras y otros ejemplares de la flora mediterránea en gran desarrollo.—En todos los sitios donde no estorban el paso, tiestos con plantas florecidas. En primer término, un banco rústico.—Es de tarde.—A telón corrido, el coro, con voces de hombres, mujeres y niños, canta en la escena, alejándose, el Himno á la alegría (allegro de la 9.^a sinfonia de Beethoven). Se alza el telón cuando el coro termina, y aparece la escena vacía.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, por la derecha.

PAULINA.—El cántico alegre que oí desde la calle se apaga, se pierde... ¡Qué silencio! Retiro misterioso, ya estoy en tí... ¡Cosa más rara! El viejecito portero no me ha puesto ningún obstáculo, ni me ha preguntado quién soy. (Avanza hacia el proscenio, esparciendo sus miradas.) La casa, modesta, grandona... El jardín, ¡qué bonito!... libre, lozano, tirando á silvestre. (Mirando al fondo.) Se extiende

por ahí... Detrás el mar. (Oyendo el ruido del mar.) ¡Cómo zumba, cómo canta... con voz solemne y mística!... ¡Qué turbación siento! Al entrar aquí pareceme que he pasado de un mundo á otro. Todos los sonidos de la Naturaleza me hablan, todos los objetos me miran. (Llevándose las manos á la cabeza.) No, no tengo yo en mi cabeza la debida serenidad. (Mira al interior de la casa.) Y las moradoras, dónde están?... ¿qué hacen?... ¿Entraré? Siento voces lejanas en el jardín. (Al volverse hacia el fondo, aparece Lucinda por un hueco de follaje. Viste de blanco, traje de gran sencillez y clásica elegancia; zapatos azules. Adorna su seno y cabeza con rosas. Lee un libro. Anda despacio, embebecida en la lectura.) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Una mujer? No, no es persona humana, sino visión mentirosa, hechura de los rayos del sol, ó de mi mente abrasada. (Da algunos pasos hacia Lucinda, que avanza muy despacio, sin alzar del libro los ojos.) Es persona real, sí... la perfecta hermosura de que me hablaron. (Alto.) Mujer... (Lucinda se para y fija sus ojos en Paulina.) Señora...

ESCENA II

PAULINA, LUCINDA.

LUCINDA.—(Saluda á Paulina con naturalidad y exquisita compostura.) ¡Ah!... perdone usted... No la había visto.

PAULINA.—Pensé que era usted una imagen, un fantasma. Su extremada hermosura me alucinó.

LUCINDA.—(Modesta.) ¡Oh, señora...!

PAULINA.—No me pareció criatura mortal. Permítame que la felicite por su belleza.

LUCINDA.—Ni yo por mi belleza... insignificante, ni usted por la suya... que es espléndida, merecemos alabanza, pues lo que somos no es obra nuestra, sino de Dios.

PAULINA.—(Aparte, pasmada.) También discreta. (Alto.) ¿Querrá usted decirme...? Yo vengo á... ¿Podré ver al Doctor Guillermo Bruno?

LUCINDA.—No está en casa... Pero no tardará... ¿Le conoce usted?

PAULINA.—No, señora. (Dudando.) ¡Pero de él he oído encarecimientos tan extremados...!

LUCINDA.—¿Quiere usted tomar asiento? (Se sientan las dos en el banco.) La fama de Guillermo vuela más alto que la envidia; mas no llega á las alturas del águila, donde él está.

PAULINA.—Es realmente un hombre sin par. (Tratando de inquirir.) Nadie apreciará sus grandes méritos y cualidades como usted, unida á él por lazos tan estrechos, por... por...

LUCINDA.—Estrechos lazos, sí: la obediencia...

PAULINA.—¿Y nada más?

LUCINDA.—La gratitud... y sobre la gratitud, un cariño que se adormece en el tiempo y no distingue las horas, porque todas son igualmente dulces... Nada más hermoso para la mujer que reposar á la sombra de una voluntad superior; coadyuvar, aunque en mínima parte, á una obra sublime; sostener á esa gran voluntad cuando desfallece; participar de sus alegrías cuando triunfa...

PAULINA.—¡Oh, sí que es hermoso! ¿Y eso lo hace usted?

LUCINDA.—Decir que lo hago sería jactancia. Debo decir que lo intento... (Saca de su bolsillo la labor de *frivolité*.) ¿Me permite usted, señora, que...?

PAULINA.—Sí, sí, trabaje... Sin duda Guillermo detesta la ociosidad, y á las personas que más ama las hace andar de coronilla...

LUCINDA.—Cierto... De mí sé decir que por esta virtud, la laboriosidad, se compenetran el alma de Guillermo y la mía, ó ha venido á ser mi alma como una proyección de la suya.

PAULINA.—(Aparte.) ¡Qué remilgada sutileza! (Alto.) ¿Y todo el día se lo pasa usted leyendo y haciendo *frivolité*?

LUCINDA.—Señora, no. Esto es un ratito de ociosidad disimulada. En Madrid trabajo en la Biblioteca y en el Laboratorio; allá y aquí, en todos los menesteres de la casa: lavar, cocinar...

PAULINA.—¡Cocinar con esas manos tan finas!

LUCINDA.—(Mostrando sus manos pulcras, delicadas.) Aquí donde

usted las ve, ellas cosen y arreglan la ropa de Guillermo y de los niños, escriben cartas que Guillermo me dicta, limpian y desinfectan los instrumentos de cirugía...

PAULINA.—¡Oh, lindas manos, qué útiles son y qué bellas!

LUCINDA.—Tocan el piano, riegan las flores...

PAULINA.—¿Y qué más, qué más? Porque no trabajarán sólo las manos, sino el entendimiento.

LUCINDA.—Claro. ¿Quién, sino yo, repasa á las niñas la Física elemental?

PAULINA.—¡Jesús! ¿Y tiene usted cabeza...?

LUCINDA.—Y á ratos discuto con Guillermo algún punto de Filosofía... como aprendizaje, como ejercicio mental...

PAULINA.—¡También filosofía! (Irónica.) Comprendo que Guillermo esté encantado con usted.

LUCINDA.—Sí que lo está...

PAULINA.—Y que sea usted la preferida, la más amada...

LUCINDA.—Naturalmente... (Paulina se levanta inquieta, displicente; se pasea.)

PAULINA.—(Aparte.) ¡Y que oiga yo estol... ¡Y qué bien se armonizan su hermosura y su pedantería! Ambas me destrozan el alma.

LUCINDA.—(Levantándose también.) Pues si usted me lo permite, señora, le preguntaré si viene á consultar con Guillermo alguna dolencia...

PAULINA.—¿Pues á qué se viene á casa de los médicos?

LUCINDA.—Ciertamente... Las señoras de la buena sociedad disponen para su uso particular de una colección de enfermedades elegantes que no matan ni afean...

PAULINA.—(Aparte.) ¡Y ahora se burla! (Se pasea. Lucinda la sigue, continuando su labor.) Ha entendido usted mal, señora. Yo no estoy enferma. He venido aquí por...

LUCINDA.—(Sospechando.) Ya... Por alguien que aquí vive. Entendido. No está usted enferma del cuerpo; del alma, sí.

PAULINA.—(Sorprendida de la penetración de Lucinda.) Muy bien.

LUCINDA.—¿He sido impertinente?

PAULINA.—No, no. Siga.

LUCINDA.—Es usted un espíritu fatigado de esa vida social, vertiginosa y febril, totalmente empleada en pasatiempos y goces. ¿Acierito?

PAULINA.—Así, así... Diga todo lo que piense.

LUCINDA.—Viene usted aquí en busca de un afecto intenso y puro.

PAULINA.—Tal vez.

LUCINDA.—Viene con la idea, muy noble y muy santa, de reparar el error más grave de su vida.

PAULINA.—No está mal. Adelante. Adivine más.

LUCINDA.—Falta lo más difícil... (Observándola, sondándola con la mirada.) Adivinar quién atrae á usted... quién la llama á esta pobre casa.

PAULINA.—Vamos á ver.

LUCINDA.—Nosotras, las mujeres que aquí vivimos, nada interesamos á usted...

PAULINA.—Muy pronto lo ha dicho.

LUCINDA.—Pero aquí también hay niños...

PAULINA.—Niños hay... Y entre ellos uno, que es el preferido de Guillermo, el que más ama. Hábleme usted de esa criatura.

LUCINDA.—(Aparte, gozosa de su descubrimiento.) ¿No lo decía yo? ¡Cómo voy acertando! (Alto.) Es un sér contrahecho, deforme, con quien la Naturaleza se ha mostrado cruel.

PAULINA.—¿Cómo se llama?

LUCINDA.—(Maliciosa.) ¿De veras ignora su nombre?

PAULINA.—Aseguro á usted que lo ignoro. (Con vivo interés.) Dígamelo.

LUCINDA.—Su nombre es Salvador; pero solemos llamarle *Niño Dios*.

PAULINA.—¿Sabe usted quién es la madre de ese niño?

LUCINDA.—Sí... digo, no: lo sospecho no más. Guillermo, cuando le hablamos del *Niño Dios* y le preguntamos su origen, suele decirnos que se lo entregó una hermosa mujer, desconocida, errante, que á su lado pasó como una tempestad...

PAULINA.—(Absorta.) ¡Cosa más rara... pasó... como tempestad!...

LUCINDA.—Dice también que llegará un día en que la mujer hermosa y errante se arrepienta de haber abandonado á su hijo, y venga por él.

PAULINA.—(Como atelada.) No entiendo nada. Todo esto me parece una leyenda, un cuento de niños.

LUCINDA. — ¿No le interesa á usted?

PAULINA. — No... Si algo me interesa es por la relación que pueda existir entre ese niño y Guillermo... no por lo que usted cuenta de madres errantes, de mujeres tempestuosas.

LUCINDA. — (Aparte.) ¡Qué bien disimulal... Pero no hay duda, es la madre de Salvador.

PAULINA. — ¿Qué dice usted?

LUCINDA. — No digo nada... pienso muchas cosas. Pienso que en el alma de usted han entrado, tarde sí, pero á tiempo, el amor al bien y el gusto de la virtud.

PAULINA. — (Ingenua, conmovida.) ¿Cree usted que aún es tiempo?

LUCINDA. — Sí, y pienso que ha sido feliz inspiración de usted venir acá.

PAULINA. — ¿Verdad que sí?

LUCINDA. — Sus faltas serán perdonadas... Pienso también que si asegura usted la paz de su conciencia, será feliz.

PAULINA. — (Incrédula.) ¡Feliz yo! ¡Ay!... otra leyenda como la que usted cuenta del *Niño Dios* y la mujer que pasa.

LUCINDA. — No es leyenda... Usted verá que no es leyenda.

PAULINA. — (Confusa y triste.) Esta mujer me consuela... y me aturde... Admiro su talento, tan grande como su belleza... Pero es la leyenda, es el dorado ensueño que habita en esta casa del misterio...

ESCENA III

Las mismas. — OCTAVIA. Es una jovencuela graciosa y linda, vestida con sencillez elegante; traje de color. Trae una canastilla y coge flores.

OCTAVIA. — Lucinda, María te espera. Hoy te toca dar la merienda á los niños.

LUCINDA. — Voy. (Guarda en el bolso el libro y la *frivolité*.) ¿Y tu hermana?

OCTAVIA. — Está cogiendo fruta. Yo cojo flores para adornar la mesa.

LUCINDA. — Esta señora espera á Guillermo. (Vase por el foro izquierda.)

OCTAVIA. — (Cogiendo flores.) No puede tardar ya. Tenga la bondad de tomar asiento.

PAULINA. — (Aparte, observando con asombro en Octavia los encajes que dió á Guillermo.) ¡Mis encajes! Otro misterio... Sigue la leyenda, el cuento de niños. Veré si de ésta saco más luz que de la otra. (Alto.) ¡Qué linda es usted, señorita, y cuánto me agrada la sencillez de su traje!

OCTAVIA. — La sencillez es nuestro adorno.

PAULINA. — ¿Tiene usted una hermana?

OCTAVIA. — Sí, señora; se llama Celia, y yo me llamo Octavia, para servir á usted. (Canturrea en voz baja.)

PAULINA. — ¿Son ustedes hijas del Doctor Bruno?

OCTAVIA. — No, señora; no tenemos ese honor.

PAULINA. — Según he oído, aquí están ustedes muy divertidas.

OCTAVIA. — El maestro nos manda estar alegres... gusta de vernos reír.

PAULINA. — Y según parece, no consiente la holgazanería.

OCTAVIA. — Nunca estamos ociosas.

PAULINA. — ¿Y qué hacía usted antes de venir á coger flores?...

OCTAVIA. — Cogiámos estos encajes que nos trajo el maestro.

PAULINA. — ¿Y antes de eso?

OCTAVIA. — Dí con Lucinda mi lección de Música, y mi hermana repasó la Física.

PAULINA. — Bien, bien. ¿Son ustedes huérfanas?

OCTAVIA. — De padre.

PAULINA. — ¿Y su mamá de usted, vive en la casa?

OCTAVIA. — (Recelosa, después de una pausa.) No, señora.

PAULINA. — Y ese niño, tan amado del maestro, ¿es hermanito de usted?

OCTAVIA. — (Sorprendida.) ¿Hermano nuestro Salvador...? No, señora.

PAULINA. — Oigo ruido de pequeñuelos... ¿Son enfermitos?

OCTAVIA. — Algunos han venido muy desmedrados... poco á poco sanan y se robustecen.

PAULINA. — ¿Y vienen chiquitos, muy chiquitos?... Quiero decir, si vienen de París.

OCTAVIA. — No, señora.. Son de Madrid casi todos. (Se acerca

mostrando una flor.) Vea usted qué rosa tan bonita. Suplico á usted que la acepte.

PAULINA.—Gracias... ¡Qué amable! (Se pone la rosa en el pecho.) Ya tiene usted para adornar su comedor... ¿Y cantan ustedes de sobremesa?

OCTAVIA.—Y á veces mientras comemos. Cantamos, y todos se alegran, chicos y grandes; todos se ríen.

PAULINA.—¿Y no rezan ustedes?

OCTAVIA.—Sí, señora. Al anochecer, y cuando nos levantamos. (Se oye el canto de Celia acercándose.) ¡Celia! estoy aquí.

ESCENA IV

Las mismas.—CELIA. Es bonita, algo más pequeña que su hermana. Los trajes se diferencian en el color. Entra con un cestito lleno de uvas.

OCTAVIA.—Celia, ten juicio... ¿No ves que hay visita?

CELIA.—(Haciendo una reverencia.) Señora, perdóneme. No la había visto.

OCTAVIA.—(Mirando al cesto.) ¿Traes muchas?

CELIA.—Dulces como la miel. (Ofrece á Paulina.) Pruébe usted, señora.

PAULINA.—Gracias.

OCTAVIA.—Acepte usted. Son muy ricas.

PAULINA.—(Aceptando.) Por complacer á ustedes. Ya sé por su hermanita que estudian ustedes mucho: la Física, la Música, la Historia... ¡Oh, qué niñas tan aplicadas! Y con tan variadas ocupaciones, la salud será excelente.

OCTAVIA.—Ya usted nos ve.

PAULINA.—Sanas, alegres y lindísimas.

OCTAVIA.—Acepte usted también estos jazmines. (Se los ofrece.)

CELIA.—Dámelos. Yo se los pondré en el cabello.

PAULINA.—Gracias. Pero no me enramen, como la Cruz de Mayo.

CELIA.—(Poniéndole los jazmines.) Así... ¡qué bien!

OCTAVIA.—Y aquí esta rosa. (Se la pone en la cintura.)

PAULINA.—Basta, no más. Cuando me vea el Doctor Bruno, ¿qué dirá?

CELIA.—La encontrará á usted muy bella.

OCTAVIA.—Un día estubo aquí una señora guapísima... La cubrimos de flores.

CELIA.—¡Cómo se reían ella y el maestro!

PAULINA.—¿Una señora? ¿No sería la esposa de Guillermo?

OCTAVIA.—¿Qué dice usted? ¡Si Guillermo no tiene esposa!

PAULINA.—(Protestando.) ¡Que no tiene esposa!

OCTAVIA.—No, no. El maestro es viudo.

PAULINA.—¡Viudo!

CELIA.—Sí, señora: es viudo todo hombre casado á quien se le muere su mujer.

PAULINA.—¡Muerta su mujer! (Consternada, se aleja de ellas.)

ESCENA V

Las mismas.—MARÍA, GERVASIA.

MARÍA.—(Por la izquierda.) Pero, hijas, ¿por qué no habéis llevado á esta señora á la sala de recibir? Parecéis tontas.

PAULINA.—(Secamente.) No las riña usted. Estoy bien aquí. (Aparte, retirándose más á la derecha.) ¡Muerta yo! (Entra Gervasia por el foro derecha con niños y niñas que vuelven de paseo, y una criadita. Esta conduce á los pequeños al interior de la casa por el foro izquierda. Gervasia se dirige al centro y habla con María. Octavia y Celia, desde la izquierda, contemplan á Paulina meditabunda.)

MARÍA.—(Respondiendo á una pregunta de Gervasia.) Una visita.

GERVASIA.—(Que ha mirado atentamente á Paulina.) Yo conozco á esta señora.

MARÍA.—¿Quién es?

GERVASIA.—(Observándola más.) ¿Me equivocaré...? No: es ella.

MARÍA.—¿Quién?

GERVASIA.—Paulina; la esposa del señor.

MARÍA.—¡Jesús! Me has asustado. ¿Y á qué vendrá aquí esa mujer?

GERVASIA.—A mortificar al señor, á turbar su tranquilidad. Si hay justicia en el mundo de los sabios, oírás sus embustes y la pondrá en la calle... ¿No creés tú...? Es hombre duro...

MARÍA.—Pero es también piadoso, es humano.

GERVASIA.—Sea como quiera, no puede acogerla bien. El delito de esta mujer es horrible...

MARÍA.—¡Horrible! Ya me has contado...

PAULINA.—(Aparte.) Hablan de mí. Su mirada me aterra.

OCTAVIA.—(A la izquierda, con Celia.) Verás cómo resulta lo que te digo.

CELIA.—Que es la mamá de Salvador. ¡Cosa más rara!

OCTAVIA.—Sí que es raro. La madre tan bella, y el hijo tan desgraciadito.

PAULINA.—(Que ha mirado atentamente á Gervasia, dirigiéndose á ella.) ¿Estoy alucinada, ó es usted Gervasia? (María se une al grupo de las niñas.)

GERVASIA.—(Secamente.) Gervasia soy, sí, señora.

PAULINA.—Vengo á ver á Guillermo... Tengo que hablarle.

GERVASIA.—El señor dispone de poco tiempo. No gusta de conversaciones inútiles. (Le vuelve la espalda.)

PAULINA.—(Aparte, atribulada.) ¡Que soporte yo estas groserías! (Retírase á la derecha.)

OCTAVIA.—Es elegantísima. (A la izquierda forman grupo las dos muchachas con Gervasia y María.)

CELIA.—Bella y simpática.

MARÍA.—Una de estas fantasiosas que vienen á marear al maestro.

GERVASIA.—No debéis hablar con ella, ni responder á sus preguntas.

ESCENA VI

Las mismas.—LUCINDA.

LUCINDA.—Ya he dado la merienda á los niños. ¿Pongo la mesa?

MARÍA.—(Por Octavia y Celia.) La pondréis vosotras.

LUCINDA.—Desde que entró la conocí. Es la mujer errante...

PAULINA.—(Aparte.) El desvío de estas mujeres me oprime el corazón... Siento impulsos de huir... No, no: pase lo que pase, y digan lo que dijeren, aquí espero á Guillermo.

MARÍA.—(A Lucinda.) Acompañe usted á esta señora.

OCTAVIA.—(Aparte á Gervasia.) ¿Y no nos despedimos de ella?

GERVASIA.—Hacedle una reverencia, y nada más. (Las muchachas hacen á Paulina una reverencia. Se retiran cantando entre dientes el *Himno á la alegría*. En el foro, únese á la voz de ellas el coro lejano. Tras de las muchachas se van María y Gervasia.)

ESCENA VII

PAULINA, LUCINDA. Paulina se quita algunas flores de las que le han puesto las muchachas, y las arroja.

LUCINDA.—¿Qué hace usted?

PAULINA.—Quitarme estos emblemas de alegría, que no cuadran á mi tristeza. (Se desvanecen las voces del coro.)

LUCINDA.—¡Desgraciada señora!

PAULINA.—¿Y ese canto de júbilo, himno de la juventud dichosa y de la niñez florida...?

LUCINDA.—Es la voz divina del gran Beethoven, que nos acompaña y nos ilumina en nuestros quehaceres.

PAULINA.—Pues en mi alma se vuelve quejumbroso y lúgubre.

LUCINDA.—La alegría es el premio de las conciencias puras y de las voluntades que han sacudido la pereza.

PAULINA.—¡Idea hermosa! Como que es de Guillermo. Mil veces la oí de sus labios.

LUCINDA.—¿Usted?

PAULINA.—(Con arrogancia.) Yo. Las ideas que usted repite como una lección de carretilla, yo las bebí en la fuente.

LUCINDA.—¿Antes que yo? Permítame que lo dude.

PAULINA.—(Muy excitada, recorriendo la escena.) Dúdelo usted todo lo que quiera. Diré la verdad de una vez, á boca llena, para que usted se asombre ó se indigne, para que lllore ó patee. Soy la esposa de Guillermo.

LUCINDA.—¡Su mujer! Por segunda vez, señora, me tomo la libertad de poner en duda lo que usted dice.

PAULINA.—¡Que lo duda, que lo niega!

LUCINDA.—Negar, no... Pero... con profundo convencimiento, insisto en que usted padece una equivocación.

PAULINA.—La equivocada es usted... (Enerespándose.) Pues no faltaba más.

LUCINDA.—No me ponga en el caso de faltar á la cortesía diciéndole...

PAULINA.—¿Qué?

LUCINDA.—Diciéndole que no parece estar en su sano juicio.

PAULINA.—¿Que estoy loca?... ¡Loca porque digo...! ¿Pero se atreve á sostener?...

LUCINDA.—(Impávida, guardando su dignidad.) Aunque usted falte á las conveniencias, yo no me ofendo... veo en usted un cerebro perturbado.

PAULINA.—(Fuera de sí.) ¡Loca yo!... ¿Y se atreve á negar...? (Amenazando.) ¡Que no lo sufro... que no lo aguanto!

LUCINDA.—(Alzando la voz.) Repórtese.

PAULINA.—Usted es la que falta. (Entra Guillermo por la derecha. Se detiene observándolas.)

LUCINDA.—(Excitada.) ¡Usted, usted, intrusa en esta casa!

PAULINA.—(A gritos.) La intrusa es usted. (Suben de tono las voces.)

LUCINDA.—Estoy en mi casa. (Paulina ve á Guillermo. Corre hacia él. Las dos quedan suspensas.)

ESCENA VIII

PAULINA, LUCINDA, GUILLERMO.

PAULINA.—Guillermo, ¡ay! ven... Dime, ¿cuál de estas dos mujeres está loca?... ¿Esa ó yo?

GUILLERMO.—Tú... (Se ríe.) Serénate. (Pausa.) Lucinda, ven... acércate. (Lucinda se acerca despacio, medrosa.) ¿Verdad que no estás enojada con esta señora? ¿Verdad que la quieres?

LUCINDA.—(Bajando los ojos.) Si tú lo mandas...

GUILLERMO.—(En tono paternal.) Yo á tí te quiero... (Familiar.) Ve y dí á María y Gervasia que pongan un cubierto más en la mesa, que esta señora cenará con nosotros.

LUCINDA.—(Aparte, alejándose.) ¿Cómo puede ser esposa de Guillermo la madre desnaturalizada...? (Parándose y mirándola.) Inmenso enigma, yo te descifraré. (Desaparece por el foro izquierda.)

ESCENA IX

PAULINA, GUILLERMO; después CELIA.

PAULINA.—La loca es ella, no yo.

GUILLERMO.—Las dos.

PAULINA.—¿Qué mujer es esa?

GUILLERMO.—Tus locuras te han hecho también desmemoriada. ¿Pero no reconoces á Lucinda?

PAULINA.—Lucinda... (Recordando.) La hija del Marqués de Criptana... ¡Si no la ví más que una vez, á la salida de un teatro!... Ya voy recordando. Supe que se trastornó.

GUILLERMO.—Maltratada por su marido, se hizo estudiosa, taciturna, contemplativa, extremando la vida ideal. Per-

didada la razón, su padre me la entregó para que la curase. Tenía visiones, delirios, accesos epilépticos. Al fin, á fuerza de paciencia y observación, he puesto el orden en su mente, y esa serenidad poética que has visto. Es mujer de muchísimo talento y de copiosa lectura.

PAULINA.—Ya, ya lo he notado.

GUILLERMO.—Es un poquito filósofa... de imaginación. Tiene, como tú, la facultad de dar giro fantástico á las cosas más naturales y sencillas.

PAULINA.—Ya, ya.

CELIA.—(Por el fondo.) ¿Puedo pasar?

PAULINA.—¿Y esta niña graciosa y su linda hermana?

GUILLERMO.—Celia... puedes pasar... acércate. Ponte ahí, delante de esa señora. (Celia se coloca frente á Paulina.) Mírala bien, Paulina; lee en esas facciones.

PAULINA.—(Mirando atentamente.) Me parece... creo recordar...

GUILLERMO.—(Imperioso.) Paulina, despierta. Tu mente vagabunda vuela por los espacios y se pierde en el olvido... Deletrea esa cara. ¿De quién es hija esta preciosa niña?

PAULINA.—(Dulosa, recordando.) ¿Es hija de Daniel Fons, militar muerto en Cuba?

CELIA.—Para servir á usted, señora.

PAULINA.—La ví tan niña... Sí, ella es. Reconozco el aire de familia... Dé usted á Guillermo el recado que trae. (Se aparta.)

GUILLERMO.—No te apartes.

CELIA.—Si ponemos la mesa al aire libre.

GUILLERMO.—Claro.

CELIA.—Podía molestar á esta señora el aire libre.

PAULINA.—Al contrario... me gusta mucho, mucho.

GUILLERMO.—El aire libre despeja la memoria y aviva el entendimiento. Dale un beso y refrate. (Se besan. Sale Celia muy ligera.)

ESCENA X

PAULINA, GUILLERMO; después OCTAVIA.

GUILLERMO.—Abandonadas de su madre, que era una mala mujer...

PAULINA.—¡Pobres niñas!

GUILLERMO.—Quedaron solitas y en la mayor pobreza. En memoria de su padre, mi grande amigo, las recogí. Vinieron á mi poder raquíticas, melancólicas, desmedradas de cuerpo, los entendimientos atestados de ineptias farragosas. En poco tiempo he fortalecido los cuerpos, he alegrado las almas, les he infundido el poder mental y el poder de voluntad.

PAULINA.—¡Qué triunfo, qué maravilla!

GUILLERMO.—No hay maravilla en lo que sólo es obra de la paciencia. Estos y otros seres desvalidos, dañados por la naturaleza ó abandonados de los hombres, son mi familia, mi única familia, porque no tengo otra.

PAULINA.—Aquí todos los corazones son tuyos. Te rodean mujeres que no son tus mujeres; amas á niños que no son tus hijos... que lo son quizás... no sé. Este es un mundo extraño, desconocido para mí; pero yo entro en él animosa. (Con ardorosa curiosidad.) ¿Es esto la ciencia pura, ó es una familia creada por el amor para el servicio de la ciencia?

GUILLERMO.—La ciencia crea; el amor embellece.

OCTAVIA.—(Por la izquierda.) ¿Puedo pasar?

GUILLERMO.—Adelante.

OCTAVIA.—Maestro, tu *Niño Dios* te sintió entrar. No tiene consuelo, porque no has ido á cogerle en brazos como acostumbrabas. ¿Le traigo?

PAULINA.—(Vivamente.) Sí.

GUILLERMO.—No; entreténle; pásale un rato bajo las higueras... (Se va Octavia.)

ESCENA XI

PAULINA, GUILLERMO.

PAULINA.—(Impaciente.) Yo quiero verle.

GUILLERMO.—Te causará pena, quizás espanto. En ese desdichado ser puso Dios el sello de la degeneración humana. Yo amo con ardiente pasión á ese niño porque es el más débil, porque además es mi pensamiento, mi voluntad... porque á él debo mi vida, como él á mí la suya.

PAULINA.—(Después de mirar hacia el foro izquierda, retráese asustada.) ¡Oh! ya le veo... Lastimosa figura humana... ángel deforme.

GUILLERMO.—Pues ese ángel deforme tiene contigo más relación de lo que tú crees.

PAULINA.—¡Conmigo! ¡Relación conmigo!

GUILLERMO.—Contigo. Vas á saberlo. En aquella noche tristísima en que tú, alzándote ante mí con arrogancia de mujer emancipada, que cifra su orgullo en el oprobio...

PAULINA.—(Aterrada.) No sigas... por Dios te lo pido. Viviendo cien siglos no borraría de mi memoria la mancha de ese recuerdo.

GUILLERMO.—En aquella ocasión terrible, saliste de mi casa y me quedé solo, sin ver junto á mí más que mi dignidad y mi corazón pisoteados...

PAULINA.—Basta... no más.

GUILLERMO.—Mi desesperación me igualaba á los condenados del Infierno. Por primera vez en mi vida me sentí caído en la vulgaridad de la envidia, del despecho, del rencor... Yo no era yo, sino una bestia desatada, capaz de todas las violencias. Corrí fuera de mi casa, me lancé á la calle con ansias de matar. ¿A quién? A mí mismo, porque sólo acabando conmigo aniquilaba mi deshonor.

PAULINA.—¡Quisiste matarte!... Esa vida gloriosa y santa estuvo á punto de perderse por mí, que soy una miserable, una mujer indigna.

GUILLERMO.—Loco y ciego iba yo á la muerte... Verás cómo esta fatalidad fué desviada de su camino por otra fatalidad. Corriendo, como te digo, de calle en calle, fui á parar á las afueras de la Villa... Llegué á un sitio desamparado... Casuchas miserables y tapias rotas distinguí en la obscuridad... Oí ruido de pendencia, voces airadas, soeces... Ví sombras que se agitaban con furor de pelea, entre un zumbido de imprecaciones y blasfemias horribles... Después las sombras huían, se alejaban las voces... Llanto de mujeres era el último rumor que se alejaba. Avancé yo, y mis pies dieron en un bulto... de aquel bulto saltó un quejido lastimero... Al inclinarme sobre él, creí encontrar un perrito abandonado. Esto me pareció cuando ví una forma animal queriendo moverse á cuatro pies sobre una tela deshilachada, que debía de ser su envoltura. Fijé toda mi atención... El animal... era un pobre niño escuálido, desnudo, hambriento...

PAULINA.—Le recogiste...

GUILLERMO.—(Con emoción.) Y lo mismo fué tenerle entre mis manos, que sentirme inundado de piedad, y disiparse, como por milagro, todo aquel furor de suicida que yo llevaba al salir de mi casa. Aquel mezquino ser que del suelo recogí, el último, el más despreciable y deslucido de toda la humanidad, hizo brotar en mí nuevo raudal de amor... todos los amores que yo había perdido, que tú me quitaste. (Pausa. Paulina llora, el rostro entre las manos.) Me le llevé á casa. Al día siguiente fué bautizado. Y ya no pensé más que en sacar á salvo aquella infeliz vida, para mí la más preciosa del mundo. A esa criatura consagré todo lo que sé... y todo mi cariño encima. En él ví el hijo que tú no me habías dado, y que á mí venía caído del Cielo ó abortado por la tierra, deforme y contrahecho, como nuestro desdichado matrimonio.

PAULINA.—Su aparición fué mi ingratitud materializada ante tus ojos. Mirando á ese pobre engendro, me aborrecías más, ¿verdad?

GUILLERMO.—No: ya no me cuidaba de aborrecer á nadie. En la deformidad de Salvador, no ví nunca un castigo. (Con

entusiasmo profesional.) Era una prueba, era como un desafío de la Naturaleza, para que en aquel cuerpo miserable probáramos ella y yo nuestras armas. (Orgulloso.) ¡Lucha titánica! Para lanzarse á ella resucitó mi espíritu muerto.

PAULINA.—En esa lucha pusiste toda tu ciencia.

GUILLERMO.—La ciencia y un amor entrañable. (Va relatando sus triunfos con orgullo y alegría.) El pobre esqueleto de ese animalito yo lo fortifiqué... Su cuerpo no quería crecer... yo lo impulsé al crecimiento. Yo he regenerado su sangre viciada. No tenía más que instintos, y yo he desarrollado en él la inteligencia. Era cruel, y yo le he enseñado la piedad, el amor. Carecía del don de la palabra, y yo he convertido sus mugidos en expresiones claras. Era torvo, ceñudo, y yo le he enseñado la risa. Era, en fin, una bestezuela, y en esa bestezuela he infundido un espíritu, que quiero sea cristiano y ame la verdad, la justicia... Puedo decir que lo he creado, que es obra mía, hechura de mi pensamiento y de mi amor.

PAULINA.—(Desconcertada.) Todos tus cariños se cifran en él, y poco queda para los demás, nada para mí.

GUILLERMO.—Yo te adoraba, Paulina: bien lo sabes.

PAULINA.—Sí; no debo quejarme. Dueña fuí de un tesoro, y lo arrojé en medio de la calle.

GUILLERMO.—En la calle se pierden los tesoros y en la calle se encuentran... Así encontré yo el mío... Nuestra separación, Paulina; el divorcio de hecho, ha sido consagrado por absoluta disparidad entre los pobres seres que son objeto de nuestro cariño. Mi *Niño Dios* y tu *Cristín* no pueden ser hermanos.

PAULINA.—(Suplicante.) ¡Que lo sean, Guillermo; que lo sean!

GUILLERMO.—Imposible. ¿Cómo hacerte comprender esta diferencia, fundada, más que en la Naturaleza, en el origen de los seres humanos?... Tú y tu hijo pertenecéis á otro mundo, al mundo en que los goces ahogan los deberes. Vuélvete allá, Paulina, y quédese el hombre solitario recluido en su caverna, entre lástimas y miserias humanas. El vacío que tú dejaste, lleno está de rudas obligaciones y de tristezas. No es éste tu sitio.

PAULINA.—(Con gran efusión.) Sí lo es. Admíteme, Guillermo. La piedad que en tí despertó Salvador, concédela á esta miserable. Deforme y monstruosa soy también: necesito de tu inteligencia y de tu amor.

ESCENA ÚLTIMA

PAULINA, GUILLERMO, OCTAVIA, SALVADOR; después CELIA y LUCINDA. Aparece Octavia por el fondo con Salvador en brazos. Es un sér desmembrado y raquíctico, de ojos negros y vivos, el cuerpo encorvadito, esmeradamente vestido con franelas blancas.

OCTAVIA.—Maestro, no puedo contenerle... Tu *Niño Dios* no vive lejos de tí.

PAULINA.—Desgraciado niño, por ser como eres; feliz, porque te ama el grande hombre. (El niño alarga sus brazos hacia Guillermo.)

GUILLERMO.—Ven, hijo mío... ven... ¡Pobrecito, que no puede vivir sin mí! ¿Has llorado? (El niño responde que sí con la cabeza.) Ven acá. (Le coge en brazos.) ¿Ves esa señora? (Señalándola.) ¿Te gusta esa señora? (El niño mira á Paulina como asustado; después se abraza al cuello de Guillermo.) Quiere decir que le gustas; pero que todo su cariño es para mí, para mí solo.

PAULINA.—(Con viva emoción.) Quiéreme á mí también, criatura de Dios, porque yo quiero fervorosamente á tu padre. Madre soy de otro niño desvalido, á quien Guillermo salvó de la muerte. Los dos le debéis la vida.

GUILLERMO.—Oye, Salvadorín: ésta señora quiere que la admitamos en nuestra familia. ¿Qué te parece á tí?

PAULINA.—Dí que sí, que me admita... Yo seré buena. (Salvador, sonriendo, mira alternativamente á Paulina y á Guillermo.)

GUILLERMO.—¿Qué dices?... A ver... decide pronto.

PAULINA.—Sí, dice que sí.

GUILLERMO.—No dice nada.

PAULINA.—Niño mío, traeré á Cristín, que será tu hermanito.
Seré tu madre.

SALVADOR.—(Extiende su brazo hacia Paulina; la llama con movimiento gracioso de la mano.) *Ma... dre.*

PAULINA.—(Corre hacia Guillermo; se arrodilla.) Maestro, admíte-me, hazme tuya.

GUILLERMO.—¿Amarás á este pobre niño tanto como al tuyo?

PAULINA.—(Con grande efusión.) Sí: á los dos amaré lo mismo.

GUILLERMO.—(Aparecen Lucinda y Celia.) La mujer errante vuelve á su casa para no salir más. Festejémosla. (Coro lejano.)

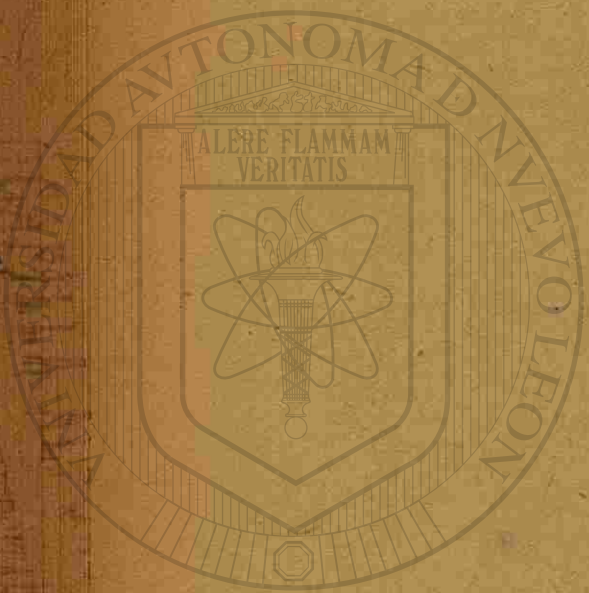


FIN DE LA COMEDIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PEDRO MINIO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.



PEDRO MINIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el 15 de Diciembre de 1908.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA

(Sucesores de Hernando)

Arenal, 11

1909

PERSONAJES

PEDRO MINIO, asilado (65 años).....	Sr. Rubio.
LADISLAVA, asilada (60).....	Sra. Rodríguez.
ABELARDO (40).....	Sr. Puga.
HORTENSIA, su esposa (50).....	Srta. Alba.
FANNY, hija de Hortensia (20).....	Srta. Latorre.
PEPE TERRANOVA (25).....	Sr. Barraycoa.
EL MARQUÉS DE LOS PERDONES, Patrono y Director del Asilo (60).....	Sr. Pacheco.
EL DOCTOR (40).....	Sr. Mata.
LA SUPERIORA (Madre Luisa) (40).....	Sra. Ortiz.
SOR BONIFACIA (25).....	Srta. Moreno.
SOR VIGENTA (25).....	Srta. Pardo.
LA MILAGROS, asilada (98).....	Srta. Toscano.
PASCASIA, idem (65).....	Srta. Acebedo.
EVELINA, idem (60).....	Srta. Otero.
POLIDURA, asilado (70).....	Sr. Mora.
DON TELEMACO, idem (70).....	Sr. Romea.
BERDEJO, idem (70).....	Sr. Simó Raso.
Viejas y viejos, Hermanas de la Caridad.	

La acción en Madrid, en el Asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

C. de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Primer patio de recreo en el Asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia.—A la izquierda, primer término, puerta grande que comunica con el locutorio, salas de recepción y con el exterior del edificio.—A la derecha, primer término, puerta pequeña y ventanas que corresponden á las habitaciones del Patrono y Director, Marqués de los Perdones. En último término, derecha, un arco ó puerta grande que conduce á diversas dependencias del edificio; en último término, izquierda, un arco que conduce á la enfermería.—En el fondo, valla verde de madera, con puerta central practicable, que da paso á un segundo patio ajardinado y á la huerta de recreo.—Arboles corpulentos dan apacible sombra á la escena.—Banco fijo á la derecha; tras él un velador ó mesilla; otra mesa rústica mayor á la izquierda; sillas rústicas.—Es de día.—Izquierda y derecha se entienden del espectador.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, LA SUPERIORA, EL DOCTOR, que salen de la casa de la Dirección; HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, SOR BONIFACIA, que entran por la izquierda.

MARQUÉS.—(Gozoso, guardando un manuscrito que han leído los tres.)
Resulta de esta Memoria que en el quinto aniversario de su fundación, nuestro Asilo de Ancianos se halla en estado por demás próspero y floreciente.

DOCTOR.—Glorioso, señor Marqués. Diga usted que es el mayor éxito del siglo.

SUPERIORA.—Éxito de fe y caridad.

DOCTOR.—Y de administración, Madre Luisa.

MARQUÉS.—En nuestras manos fructifica el árbol plantado por la santa fundadora. Reventaríamos de orgullo si fuera lícito envaneceerse por el cumplimiento del deber.

SUPERIORA.—Y ahora, cada cual al suyo, Doctor.

DOCTOR.—Yo á mi enfermería.

SUPERIORA.—Yo á distribuir los servicios de la tarde. (Al dirigirse á la izquierda ve venir gente.) ¡Ay! visita tenemos.

DOCTOR.—(Mirando.) Son las norte-americanas, mis pomposas clientes.

MARQUÉS.—¿Otra vez? ¿Vienen la madre y la hija?

DOCTOR.—Y el prometido de ésta, Pepe Terranova, hijo del Marqués de Costafirme. Creo que han ajustado ya la boda...

MARQUÉS.—Las riquezas buscan blasones... y los encuentran al primer ojeo.

SUPERIORA.—Ayer, al despedirse, anunciaron que hoy repetirían la visita. Parece que quieren fundar una institución como ésta.

MARQUÉS.—(Inerédulo.) Habrá que verlo.

DOCTOR.—Estos pobres millonarios aburridos se distraen imitando lo inimitable. (Entran por la izquierda Hortensia, Fanny, Terranova y Sor Bonifacia. Hortensia es aparatosa, corpulenta; viste con recargado lujo. Fanny, jovencita espigada, viste con elegancia. Su prometido, Terranova, es un distinguido aristócrata. Sor Bonifacia es joven y bella.)

HORTENSIA.—Señor Marqués, otra vez nos tiene aquí... ¿Qué tal?

MARQUÉS.—Señora y señorita, encantado de ver á ustedes.

HORT.—A usted, Doctor, ya le vimos en casa. (Saludando.) Madre Luisa...

TERRANOVA.—No he podido contenerlas, Marqués. No se han avenido á poner media semana entre la primera y la segunda visita.

HORT.—Perdone usted nuestra impertinencia. Somos entrometidas, molestas, pegajosas. Queremos ver todo.

FANNY.—Nuestro fisgoneo no se satisface con ver: queremos el examen minucioso, la comparación...

MARQUÉS.—Mucho me agrada.

DOCTOR.—(Aparte á la Superiora.) No las crea usted. Sus ojos ven mucho; sus almas nada.

FANNY.—Nuestro objeto es ilustrarnos, aprender.

MARQUÉS.—Este Asilo de *Nuestra Señora de la Indulgencia*, fundado por mi esposa, no tiene secretos para nadie, y menos para los que vienen á estudiar su admirable organización.

DOCTOR.—Yo, con permiso de ustedes, voy á mi visita en la enfermería. Luego nos reuniremos... Y á propósito de enfermos, Hortensia, ¿no ha venido su esposo?

HORT.—¡Pobrecillo! Con nosotras entró... Pero como buen artrítico y cardíaco, no puede andar á prisa. Ya llegará.

DOCTOR.—¿Habrá ido al masaje, como le ordené esta mañana?

SOR BONIFACIA.—No, señor; está en casa. Entró en la farmacia para tomar una medicina.

DOCTOR.—Luego le veré. Con su permiso... (Vase por la izquierda, segundo término.)

ESCENA II

Los mismos, menos El Doctor.

MARQUÉS.—Empezarán ustedes por esta parte, todo lo que comprende la vida material, desde los dormitorios á las cocinas.

SUPERIORA.—(Señalando al fondo.) Más adentro verán la capilla, las salas y jardines de recreo.

FANNY.—(A Sor Bonifacia.) ¿Según parece, están aquí los asilados muy divertidos?

SOR BONIFACIA.—De algún modo hemos de aliviar las tristezas de la vejez.

MARQUÉS.—No me corresponde ni una parte mínima en la gloria de esta fundación. Todo es obra de mi santa esposa, que ya goza de Dios. Los mejores años de su vida consagró Mercedes á planear y realizar este soberano instituto. Y al darle el título y advocación de *Nuestra Señora de la Indulgencia*, nos dejó un emblema de la grandeza de su sentir divino, de su pensar humano. (Colocación de las figuras de izquierda á derecha: Terranova, Sor Bonifacia, Fanny, Hortensia, el Marqués, la Superiora.)

SUPERIORA.—No ha nacido mujer que se le iguale. En su alma sublime, la piedad religiosa dejaba largo espacio á la piedad humana, y aun lugar para el sentido de la organización y del método y para el exquisito gusto en todas las cosas.

TERRANOVA.—Fué sin duda mujer extraordinaria, genial.

FANNY.—¡Lástima que abandonara el mundo tan pronto!

SOR BONIFACIA.—La santa Madre Mercedes vive siempre en nuestros corazones.

HORT.—Virtud, pasión de la beneficencia, inmenso caudal, todo lo tuvo esa señora, y todo lo aplicó á dar sustento y amparo á la vejez desvalida.

SUPERIORA.—El recreo es aquí tan importante como el alimento y el abrigo. Con él se procura dar satisfacciones á los que ó no las tuvieron nunca, ó las olvidaron al caer en la extrema pobreza.

HORT.—¿Y trabajan?

MARQUÉS.—Trabajo poco, y sólo en concepto de entretenimiento. En las horas de expansión, que son las más del día, se les permite divagar en grupos por éste y otros patios y jardines, sin separación de sexos. Todo tiende á mantener en los veteranos de la vida la placidez del ánimo. Por este medio fomentamos la cordialidad entre ellos y el amor á la institución. Se alienta todo sentimiento noble y todo estímulo de distracción inofensiva.

FANNY.—Nos han dicho que fuman y beben... que tienen billares, café, tío-vivo, juegos no prohibidos, estanco y algo de taberna...

SUPERIORA.—De todo hay un poco.

HORT.—(Sorprendida.) Y habiendo todo eso, ¿hay paz?

MARQUÉS.—Una paz admirable.

HORT.—Señor Marqués, yo quisiera comprobarlo. Perdóne mi desconfianza.

MARQUÉS.—Cuando usted guste.

HORT.—Por ahora, veremos el local, éste y el otro departamento, todo muy limpio, ya se sabe.

FANNY.—Todo muy bonito. Pero es ver simplemente la mitad ó parte mínima de las cosas.

HORT.—Quisiéramos ver lo principal, el funcionamiento de esta enorme máquina.

TERRANOVA.—La vida, el alma de la institución.

MARQUÉS.—Para eso necesitamos tiempo. Mañana, pasado mañana, cuando gusten, venganse á pasar un día con nosotros... A las doce les daré de almorzar, aquí, en mi residencia.

FANNY.—(Gozosa.) Sí. Mamá, dí que sí.

HORT.—Vendremos, sí, señor.

MARQUÉS.—Yo vivo aquí como un ermitaño, humildemente, sobriamente. Pero trataré de que la penitencia que les impongo sea moderadita.

TERRANOVA.—Diga usted, Hortensia, que el ermitaño nos dará un trato de príncipes.

MARQUÉS.—Eso no: trato de medianía decente. ¿Aceptan?

HORT.—Sí, señor, y muy agradecidas.

MARQUÉS.—Pues ahora sigan su visita, para conocer todo el cuerpo de esta gran alma de *la Indulgencia*.

SUPERIORA.—La Hermana Bonifacia les acompañará. (Cuando se disponea á salir, entra por la izquierda Abelardo, sostenido por la Hermana Vicenta.)

ESCENA III

LOS MISMOS. — ABELARDO, SOR VICENTA. Abelardo es hombre como de cuarenta años, atrozmente envejecido, trémulo, de andar inseguro. La Hermana Vicenta, joven y linda, le trae cogido del brazo.

HORT.—Abelardo, eres una impedimenta horrible.

ABELARDO.—No puedo... me canso... Esta bondadosa Hermanita me llevó á la Farmacia para darme las gotas de estrofantó.

HORT.—¿Vienes con nosotras?

ABELARDO.—Seguid, seguid. Yo me tomaré aquí otro descanso.

FANNY.—Y aquí tienes al Doctor, que pronto saldrá de la enfermería.

MARQUÉS.—(Llevándole al banco, á la derecha.) Aquí estará muy bien.

ABELARDO.—Gracias, señor, por su bondad.

HORT.—Luego te recogeremos.

ABELARDO.—No estoy para ver una sala y otra sala, y subir y bajar escaleras. Me mareo, me rindo... Luego me contaréis. (Se van por la derecha Hortensia, Fanuy, Terranova y Sor Bonifacia.)

MARQUÉS.—Nosotros, con su licencia, nos retiramos... Sor Vicenta le acompañará hasta que vuelva su familia. Puede pasar á mis habitaciones, si gusta.

ABELARDO.—Gracias; estoy aquí muy bien, al fresco. Gracias.

MARQUÉS.—Hasta después.

SUPERIORA.—(Aparte al Marqués, retirándose lentamente.) ¡Desdichado señor! La fatua de su mujer le trata como á un niño molesto... ¿Pero no sabe, señor Marqués? (Sigue contándole en voz baja un caso extraordinario.)

SOR VICENTA.—(En pie, junto á don Abelardo.) Señor, la continua ingestión de medicamentos es cosa mala.

ABELARDO.—¿Es usted médica?

SOR VICENTA.—Ya sabe que soy la farmacéutica de la casa.

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora, muy sorprendido.) ¿Pero es cierto?

SUPERIORA.—El Doctor me lo ha dicho. (Siguen comentando el extraño caso.)

ABELARDO.—Por primera vez veo reunidas la Farmacia y la Belleza. La compañía de usted es para mí un dulce sedante.

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora, ya en la puerta.) ¿Y dice que este pobre ricacho?...

SUPERIORA.—Es, si no entendí mal, sobrino de...

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora.) Pues me alegro lo que usted no puede imaginar. (Se van por la izquierda.)

ESCENA IV

ABELARDO, SOR VICENTA; después EL DOCTOR.

ABELARDO.—¿Me pide usted noticia completa y detallada de mis padecimientos? Pues allá va. Padezco del estómago, del corazón, del hígado, de los bronquios y pulmones, de la médula, de los nervios, del encéfalo, del cuero cabelludo. Soy, en fin, un índice, un programa de Medicina.

SOR VICENTA.—Y un Profesor de Patología imaginaria.

ABELARDO.—Pues aún padezco dolencia más cruel que las que pongo en la lista. Y de esa no dirá usted que es imaginaria.

SOR VICENTA.—¿Cuál es? Si puedo saberlo, dígamelo.

ABELARDO.—Mi mujer.

SOR VICENTA.—¿Y llama enfermedad á una señora tan guape-tona, tan elegante?

ABELARDO.—¿Elegante? Para mí es una enfermedad de muy mal gusto, que amarga mis horas y me atormenta lo indecible.

SOR VICENTA.—¡Ay, qué malo, qué malo! ¡Hablar así de su digna esposa!

ABELARDO.—Mis sufrimientos, Hermana Boticaria, me hicieron primero estóico, después clínico. El horrible martirio matrimonial no se me alivia sino desahogando mi espíritu con el jay, ay, ay! de los que padecen un dolor agudísimo... pero no delante de ella... eso no. Me dolería más.

SOR VICENTA.—Si no es indiscreción, señor, quisiera hacerle una pregunta.

ABELARDO.—Diga.

SOR VICENTA.—¿La señora doña Hortensia es efectivamente yanqui?

ABELARDO.—¡Oh, sí!... yanqui... de Mondoñedo. Allí nació. Sus padres, que eran muy pobres, emigraron á los Estados Unidos. Hortensia se llamaba entonces Farruca. Debía de ser una chicuela que andaba en pernetas detrás

de una vaca. Para mí que era bonita, y suave como los retoños de la ortiga... En Nueva York fué bailarina; casó primero con un domador de potros y potrancas que no pudo domarla á ella...

SOR VICENTA.—Por Dios, no bromea, no desbarre. Un caballero no debe hablar así.

ABELARDO.—Yo no soy caballero. Soy un enfermo desesperado y enloquecido... de tanto padecer.

SOR VICENTA.—Dígame, y perdone otra vez. ¿La señorita Fanny es hija del primer matrimonio de doña Hortensia?

ABELARDO.—(Conluso, perplejo.) Sí. No, no. La verdad, no me acuerdo si es del primero ó del segundo marido. (Quedándose como lelo.) Ya sabe usted que el estrofanto, que acabo de tomar, ataca la memoria. Todo se me olvida, hasta mi número de orden en la serie de los maridos de mi mujer.

SOR VICENTA.—(Aparte.) ¡Pobre señor, cómo tiene la cabeza!

ABELARDO.—Pues ahora me toca á mí preguntar á usted... Pero ¡ay! ya se me ha ido del pensamiento...

SOR VICENTA.—Párese un poquito y haga memoria.

ABELARDO.—(Reflexionando.) Pues era... era... ¡Ah! ya me acuerdo. A ver: dígame. ¿Conoce usted aquí á un sujeto...?

SOR VICENTA.—¿Asilado?

ABELARDO.—Sí, señora.

SOR VICENTA.—¿Su nombre?

ABELARDO.—(Recapacitando.) El nombre, el nombre... Mi madre se llamaba Jesusa Minio. Tenía dos hermanos...

DOCTOR.—(Entra por la izquierda, segundo término.) ¿Aquí de parola con la Hermana Boticaria?

ABELARDO.—Sí, Doctor. No podía seguir á mi cara esposa, que va siempre al trote largo... me metí en la Farmacia... Diga, hermana: ¿cuánto hace que tomé el estrofanto?

SOR VICENTA.—Un cuarto de hora.

ABELARDO.—Doctor, ¿puedo ya tomar el glicerofosfato de litina? (Además de sacar algo del bolsillo.)

DOCTOR.—No, por Dios. Lo que tiene usted que hacer ahora es venir conmigo al masaje.

ABELARDO.—(Con alegría.) ¿De modo que no tengo que esperar á Hortensia?

DOCTOR.—No.

ABELARDO.—¡Qué alegría!

DOCTOR.—Al masaje, Hortensia me ha encargado que le lleve yo mismo... que le cuide y le zarandee, que le mime como á un chiquitín. ¡Cómo le quiere á usted!

ABELARDO.—(Burlón.) ¡Cómo me quiere! ¡Qué cacho de ángel!

DOCTOR.—Con que andando. Fuera pereza.

ABELARDO.—(Levántase.) Vamos. La Hermana Boticaria me acompañará hasta la salida. Voy muy á gusto entre mis dos amores: la Medicina y la Farmacia. (Empiezan á salir por el fondo viejas y viejos parlotando. Oyense risas.) ¡Qué bullanga! ¡Cómo alborotan esos chicos!

SOR VICENTA.—No son chicos. Son los viejos.

ABELARDO.—¡Ah! los viejos. (Les mira con asombro.) Doctor, no olvide usted mi encargo.

DOCTOR.—Hoy quedará cumplido. (Sale Abelardo entre los dos por la izquierda.)

ESCENA V

ETELVINA, vieja negrucha, espigada, de pelo aborascado, voz ronca y modales desenvueltos; DON TELÉMAGO, alto, huesudo, flaquísimo; OTRO VIEJO; BERDEJO, viejecito pequeño y calvo, la cabeza como un huevo; PEDRO MINIO, viejo avellanado, muy erguido, risueño, vestido con decencia pobre, bien afeitado, dejándose bigote corto; LADISLADA, vieja de agraciado rostro, color encendido, cabellos blancos. Van entrando por el orden que se indica. A mitad de la escena, entra y sale brevemente PASCASIA.

ETELVINA.—(Andando con agilidad, dirigese al velador de la derecha, seguida de don Telémago y el otro viejo.) Aquí echaremos un tute. (Arroja la baraja en la mesa.)

DON TELÉMAGO.—Se entretiene uno mirando el entrecejo de la estinga. Yo soy mano. (Comienzan á jugar.)

BERDEJO.—(Entra con un muñequito de masilla. Se ríe contemplándolo.) Aquí podré rematar tranquilamente mi obra de arte. ¡Qué lindo me ha salido, ji, ji!... (Retírase á la izquierda sin reparar en la entrada de don Pedro. Saca del bol-

sillo unos crayones de color y se ocupa en pintar la cara del muñeco).

DON PEDRO.—(Entra fumando un puro de estanco. Mira á todos lados.) No está aquí. Juraría que la ví entrar en este patio. (Por don Telémaco y compañía.) Allí los vagos... aquí este pobre chillado de Berdejo. ¿Qué haces, Berdejo?

BERDEJO.—Dar color á este lindo bebé. (Con risa infantil.) ¿Verdad que es monísimo? Luego le vestiré con lujosos trapitos, y quedará muy majo... ¡ji, ji!... No he olvidado mi oficio.

DON PEDRO.—(Gozoso, viendo entrar á Ladislada.) Ya está aquí.

LADISLADA.—En este patio descanso del barullo... Aquí viene mi don Pedro. Le gusta á una el trato de las personas bien criadas. (Dirigese al banco y se sienta.)

DON PEDRO.—(Con galán contoneo se acerca.) Ya estaba yo en ascuas, señora mía. Como ayer no bajó usted, pensaba que...

LADISLADA.—Estuve mala, sí. La condenada reuma no me suelta, y ayer me saltó el dolor á esta paletilla, cogiéndome hasta el codo, ¡ay! Estaba como envarada y sin juego del brazo.

DON PEDRO.—Pues con haberme llamado para darle una frotación...

LADISLADA.—¡Quítese! No fué menester. Achantadita en el dormitorio, con el agasajo de unas bayetas, y por dentro mis buenas sopas de puchero y dos cortadillos del blanco de Mudela, se me pasó. ¿Y usted, qué tal se encuentra? (Saca de un bolsón su labor de media y trabaja.)

DON PEDRO.—Yo, como siempre, más duro que el roble y más templado que el acero. Y con la salud conservo mi... mi golpe de vista, mis corazonadas. Cuando la ví á usted entrar en la *Indulgencia*, tres semanas há, me pareció que la había tratado toda la vida. ¡Tal fué la simpatía...!

LADISLADA.—¡Engañador, ponderativo! Bien se ve que es usted de Madrid.

DON PEDRO.—Pedro Minio es mi nombre; nací en la Mancha, país del ensueño.

LADISLADA.—Yo soy de Yebra, en la Alcarria.

DON PEDRO.—¡Oh, el país de la miel! Bien se le conoce á usted por la dulzura. (Ladislada suelta la risa.) Y á propósito: la

llaman á usted Ladislada; pero yo creo, con perdón, que siendo ese nombre el femenino de Ladislao, San Ladislao, Rey de Hungría, debemos llamar á usted Ladisla...a, y así resulta el nombre de una suavidad, de una finura exquisita. No sé qué dulzura siente el alma y la lengua al pronunciarlo así. Todo el nombre es poesía, y las últimas letras parece que gotean almíbar. (Como en éxtasis.) Ladisla... a...

LADISLADA.—(Risueña.) ¡Qué risa con el mancheguito éste! (Inquietada por la presencia de los tres jugadores y de Berdejo, que admira y celebra con risas infantiles su obra.) Esos vagos... ¿qué hacen?

DON PEDRO.—Matar el tiempo. Ni don Telémaco y compañía, ni el angelón de Berdejo, nos estorban. Sigamos.

LADISLADA.—Dígame otra cosa: ¿no ha dejado familia en la Mancha ó en Madrid?

DON PEDRO.—No, señora; el sobrino que me vive es como si no existiera para mí. Hace veinticinco años que emigró á los Estados Unidos. Nunca me ha escrito. Oí que se ha hecho millonario y que casó con una mostrenca también millonaria. No sé más.

LADISLADA.—Pues yo tengo dos sobrinas, guapitas ellas, alocadas y escandalosas. Vinieron del pueblo á servir. Del servicio pasó una á la casa de Maternidad, la otra á las Arrepentidas. Después... no le cuento más porque me... me aflige, me da vergüenza. Vea cómo se me pone la cara.

DON PEDRO.—Terriblemente ruborizada. Pasemos á otro asunto.

BERDEJO.—(Les interrumpe Berdejo mostrándoles el muñequito.) Mira, Perico; mire, Ladislada... ¡ji, ji!...

LADISLADA.—¡Ay, qué preciosidad... qué rico!

BERDEJO.—Lo ofreceré á las señoras ancianas para que lo rifen. Ya me darán una parte de lo que recauden.

LADISLADA.—Lo rifaremos, ¡vaya! Acaba de adornarlo.

DON PEDRO.—Déjanos, honrado Berdejo. No interrumpas. (Retirase Berdejo con su obra á la mesa de la izquierda.)

LADISLADA.—Cuénteme usted ahora y dispéñeme... Soy muy curiosa... ¿Qué desgracias le han traído á este Asilo? ¿Malos negocios tal vez...?

DON PEDRO.—Los negocios no eran malos de suyo... psch... lo

malo era mi cabeza. (Sorpresa de Ladislada.) Espérese un poco. Mala cabeza quiere decir, en lenguaje fino, que yo era un soñador, un enamorado del ideal.

LADISLADA.—¿Y qué dedal era ese?

DON PEDRO.—Ideal, i...deal.

LADISLADA.—Ya, ya entiendo. Cosa de idea. Usted llevaba una buena idea... ganar dinero para mantener a la familia... ¿Fue usted casado?

DON PEDRO.—No, señora. Mi familia... ha sido todo el sexo femenino, digamos bello sexo; mi flaco, mi debilidad, mi dicha y mi desdicha, Ladisla...a. Desde mi tierna infancia, desde mi florida juventud hasta mis años maduros, no ha hecho este cura más que enamorar a toda mujer que veía.

LADISLADA.—(Que ha oído con la boca abierta, prorrumpe en exclamaciones.) ¡Jesús! ¿Y lo dice tan fresco? ¡Vaya un peine! (Se santigua.) ¡A toda mujer que veía!

DON PEDRO.—A toda, gorda ó flaca, noble ó plebeya.

LADISLADA.—No sé cómo le oigo con calma. Mire cómo me he puesto. (Señalando su rostro.)

DON PEDRO.—Ya lo veo: encarnadísima. Así está usted más bella.

LADISLADA.—Cállese por Dios. ¿Y qué hacía con tantas mujeres? Más le valiera escoger entre tantas una sola y vivir como Dios manda.

DON PEDRO.—Es que en ninguna encontraba mi ideal.

LADISLADA.—Porque no tenía usted pupila para buscarlo. Yo he sido más afortunada, don Pedro... Yo me casé tres veces.

DON PEDRO.—¿Tres veces? Es poco. Yo me he casado más de mil y nunca he sido viudo.

LADISLADA.—¡Bonita cosa! ¡Vaya con el mancheguito! (Receñosa de los testigos importunos.) Y ¡vaya con el cuajo de estos simplones! No se van.

DON PEDRO.—Trataré de echarles... (Dirigese a la mesilla.) ¿Qué hacen los vagos de oficio?

ETELVINA.—(Enojada, soltando las barajas.) Don Pedrín ó don Gaita, hamos jugado un tute. Ya se echaron los calculorios. Don Teleme es mágico, brujo y negromante, que sabe averiguar lo que ha de venir.

DON PEDRO.—Y ya sabrán el número de la Lotería que ha de salir premiado.

ETELVINA.—Lo sabemos, y aquí está el número. (Lo saca del seno.)

DON TELÉMACO.—Dámelo. (Lo coge de manos de Etelvina.) Quiero repetir el cálculo para comprobar...

PASCASIA.—(Aparece en la puerta de la valla del fondo.) Venid, venid, para que veáis una señorona inflá como un pavo, toa diamantes, plumas y fachenda, hacia la huerta va. Venid pronto.

ETELVINA.—Vamos.

VIEJO.—Vamos á verlo.

PASCASIA.—Venga, Ladislada.

LADISLADA.—Ahora voy...

DON PEDRO.—(Empujándole.) Ve tú también, Berdejo. (Vanse presurosos por el fondo los tres. Don Telémaco permanece inmóvil. Saca un papel lleno de garabatos, y se enfrasca en sus cálculos. Don Pedro vuelve junto á Ladislada.) Al fin nos dejan solos. Ya podemos hablar con libertad.

LADISLADA.—Vayan con Dios.

DON PEDRO.—Este marmolillo de don Telémaco es como si no existiera. Véale usted. Montado en sus números, se pasea por las estrellas... Con que quiere usted saber...

LADISLADA.—Rabiando estoy porque me diga cuál era su ocupación, su oficio. Siéntese.

DON PEDRO.—Célebre, más que célebre ha sido Pedro Minio en toda la Mancha. Le contaré á usted lo principal de mi historia. (Tira el puro y se sienta.) ¡Oh, Mancha, tierra del ideal, del ensueño sin fin!... Pues verá usted. Muy joven me estrené yo en el comercio, trabajando en el azafrán, granjería que me dejó mi padre. Después emprendí el negocio de vinos y aguardientes. Pronto gané mucho dinero. ¿Pero de qué me valía si en cuanto veía yo una mujer bonita, me emborrachaba...?

LADISLADA.—¿De aguardiente?

DON PEDRO.—No, señora: de idealismo... y adiós mis vinos y alcoholes...

LADISLADA.—(Suspira fuerte.) Pero esas bobaliconas, sabiendo que era usted tan calaverón, ¿le hacían caso?

DON PEDRO.—¡Que si me hacían caso, María Santísima! Cuan-

do yo no las buscaba, corrían ellas tras de mí como cabras desmandadas. En fin, yo recorría todos los pueblos de la Mancha, comprando vinos y vendiendo amores. En todo aquel país ancho y tendido, tierra de ilusión sin término, Pedro Minio estuvo *pedrominando*, ó predominando, que de entrambos modos puedo decirlo, como galán y como vinatero, durante largos años; y tan desdichado fué al cabo mi *pedrominio*, que un día, al llegarle á una de las principales poblaciones manchegas, salieron contra mí armados de garrotes y escopetas todos los maridos del pueblo.

LADISLADA.— ¡Virgen del Carmen! ¿Y cómo escapó?

DON PEDRO.— Por pies.

LADISLADA.— ¿Y así podía vivir?

DON PEDRO.— No, Ladisla...a. Tan no podía vivir, que tuve que abandonar mi país y me vine á Madrid, y aquí me establecí con el mismo negocio.

LADISLADA.— Y con los mismos vicios. Bien merecida le está su ruína... Tome ilusioncitas, tome *ideiles* y monsergas. Y en esa vida de calavera infundioso, le cogió á mí don Pedro la vejez, perdió hasta el último real, le embargaron, le persiguieron, le plantaron en medio de la calle.

DON PEDRO.— En la calle me ví sin una mota, pero con bríos para seguir luchando. Con dinero prestado, puse un *Salón para peinar señoras*, luego una *Agencia para colocar criadas*. Allí, con tanta señora despeinada y tanta criada bonita, se me fué otra vez la cabeza, y como al propio tiempo no sabía yo corregir el peor de mis vicios, que era dar mi dinero á todo el que á mí acudía con alguna necesidad, vino el trueno gordo y batacazo final.

LADISLADA.— ¡Ay, qué pena!

DON TELÉMACO.— (Desesperado porque no le sale bien el cálculo.) ¿Pero qué tienen estos perversos números que no dan la verdad? (Hablando con los números y golpeando la mesa.) No es eso, no es eso, ¡jinojo! (Reanuda su trabajo.) Vamos... Otra vez.

DON PEDRO.— (Continúa sin hacer caso de don Telémaco.) Hoy comía las sobras de un hospital, mañana las de un cuartel.

LADISLADA.— (Afligida.) ¡Ay, no sigal! Se me parte el corazón oyéndole.

DON PEDRO.— Pues... asómbrese, Ladisla...a... Al bello sexo, á mi adorado bello sexo, debí la salvación. De la calle me recogieron unas señoras pías, y me trajeron á este santo Asilo, que es para mí la ciudad encantada, porque aquí como, bebo, fumo, voy bien vestido y me divierto... Y además, aquí me encuentro con lo que creí dejar en el mundo: el divino, el santo ideal.

LADISLADA.— (Asustada.) ¿Aquí esas cosas mundanas?

DON PEDRO.— Aquí... (Poniéndose tierno.) ¡Oh, Ladisla...a, mi sino es amar, y ha llegado el momento de ver realizado el ensueño de toda la vida!

LADISLADA.— (Tomándole á broma.) A buena hora, mangas verdes.

DON PEDRO.— (Con afectada timidez.) ¿Quién puede ser la persona que...? No acierto á nombrarla... Hasta el mirarla tan de cerca me encandila... me turba... Y ahora, ahora soy yo el que se ruboriza.

LADISLADA.— (Turbadísima.) ¡Ay, Dios mío! ¿Por mí lo dice?... ¡Qué vergüenza! ¡Valiente pillito!... Míreme á la cara. ¿Cómo la tengo?

DON PEDRO.— Como el propio sol. Toda luz, toda llamas.

LADISLADA.— (Levántase.) Déjeme, déjeme. ¡Ay qué bochorno!

DON PEDRO.— Amiga mía, sosiéguese. (Quiere obligarla á que se siente.) ¡Si lo he dicho con buen fin!

LADISLADA.— Quite allá... Está usted más loco que...

DON PEDRO.— Conservo mi sano juicio: óigame.

LADISLADA.— Ni con bueno ni con mal fin puedo hacerle caso.

DON PEDRO.— Siéntese y escuche. Yo se lo suplico.

LADISLADA.— (Transigiendo.) Me sentaré; pero sepa que me ofende. Con todos los fines es imposible que yo... Y hay una razón.

DON PEDRO.— ¿Cuál?

LADISLADA.— ¿Se hace el bobito? (Se burla de él con mueca graciosa.) ¿Pero no ve que soy una vieja?

DON PEDRO.— (Enfático.) Protesto, y me permito desmentir á usted terminantemente. Yo, gran conocedor de mujeres, afirmo y declaro por mi honor que es usted una soberbia jamona, y que tiene un aire de majestad que ya lo quisieran más de cuatro.

LADISLADA.— (Gradación de enojo á la risa.) ¡Ay, no se burle, no me haga reír! ¡Embustero, mala persona! Vieja soy,

aunque no mal conservada. Tengo mi dentadura bien entera. (Enseña los dientes.) Cuando yo era muchacha, daba gusto verme, según decían. ¡Anda, anda! Salía yo de paseo los domingos, ¡ay, qué Madrid éste! y por las calles iba pisando las flores que me echaban los señoritos. Pero ya pasó todo; ya no soy más que una ruina. Con esta reuma y esta pesadez, ¿de qué le vale á una conservar la caída de ojos y el blanco dentamen? Mire usted. Cuando cerró la pestaña mi tercer marido, aún tenía yo buen ver. Como que estuve apalabrada para casarme con un mayordomo de la casa en que fui cocinera.

DON PEDRO. — (Con júbilo.) ¡Cocinera!

LADISLADA. — ¿Qué? ¿Le gusta ese oficio?

DON PEDRO. — Me entusiasma.

LADISLADA. — Pues he sido cocinera de casa grande. Ganaba mis doce duros.

DON PEDRO. — ¡Maestra de arte culinario! ¡Si es el complemento de la felicidad! El hombre que posea tal gloria, puede contar con que cada día le ponga su esposa un platito fino y succulento.

LADISLADA. — No me haga usted reír, don Pedro, que con la risa me salta el dolor á la paletilla y veo las estrellas.

DON PEDRO. — La estrella de Oriente, la que nos trajo á los Reyes Magos, vi yo cuando usted entró en esta casa.

LADISLADA. — ¡Ay, ya no estamos más que para que Dios nos lleve á su santo seno!

DON PEDRO. — (Galleando.) ¡Oh, no, Ladislada! Soy un hombre en buena edad. (Se pasea haciendo el pollo.)

LADISLADA. — ¡Pobre señor, si no puede ya con los calzones!

DON PEDRO. — Se equivoca usted, amiga mía. Conservo mi salud de hierro, mi temple fogoso.

DON TELÉMACO. — (Furioso con los números, dando fuertes palmadas sobre el papel.) No, no; habéis de darme una cifra de once números acabada en dos ochos... dos ochos y no tres. (Airado, vuelve á calcular.) Otra vez.

DON PEDRO. — (Tranquilizando á Ladislada.) No haga caso del pobre mágico.

LADISLADA. — Venga acá, don Perico. Hagamos trato de amistad honrada, como de señora á caballero.

DON PEDRO. — De caballero á señora. Bien (Suspirando), accedo. Amistad... pero con confianza.

LADISLADA. — Confianza decente, ¡cuidado!... Y para que vea que le estimo de veras, empezaré yo (Risueña y algo picaresca) revelándole un secretillo.

DON PEDRO. — Venga, venga pronto.

LADISLADA. — Guárdeme el secreto, don Perico.

DON PEDRO. — De caballero á señora.

LADISLADA. — Es cosa de mis sobrinas. Pues aunque las pobres son... ya usted sabe...

DON PEDRO. — Traviesas...

LADISLADA. — Me quieren. Son muy cariñosas... Verá usted. Vienen á verme todas las semanas. Un día me traen cerezas, otro pastelitos muy ricos...

DON PEDRO. — ¿No le queda alguno?

LADISLADA. — ¡Goloso! Pues el domingo me obsequiaron con unas ligas. ¡Ay qué ligas! Son de lo más elegante... ¿Quiere que se las enseñe?

DON PEDRO. — ¿Las tiene puestas?

LADISLADA. — ¡Ay, qué malo y qué resaca de vergüenza! ¡Cómo había yo de ponerme lo que es tan fuera de mi condición! Las tengo guardadas... Y cuidado con hablar de esto. (Don Pedro hace signos de discreción caballeresca.) Bueno: pues ayer, ayer me trajeron una cosa que á mí me gusta mucho, ¡ay! pero mucho, ¡ji... ji!...

DON PEDRO. — ¿Puedo verla?

LADISLADA. — No es cosa para ver. Adivínelo.

DON PEDRO. — (Pensando.) ¿Cosa que no se ve? Ya... una moneda de cinco duros.

LADISLADA. — ¡Ay, que no lo acierta!... Es un perfume. Yo me piro por los buenos olores, de esos que se le meten á una en el sentido. Es un saquito chiquirritín que tiene dentro una cosa que huele á gloria divina. Ello debe de ser de los moros ó de los chinos.

DON PEDRO. — (Con fatuidad.) Soy muy entendido en perfumes elegantes.

LADISLADA. — Pues á ver si conoce éste. Envuelto en un pañuelo, he metido aquí el saquito. (Señala el pecho por la clavícula izquierda.) Acérquese con disimulo.

DON PEDRO. — (Acércase discretamente, aspirando.) ¡Oh, qué aro-

mal... ¡Perfume delicioso, embriagador! Lo conozco perfectamente. Es el que usan las odaliscas en los harenes. (Aspirando de nuevo.) ¡Ay, qué delicia! (Suenan dos toques de campana.)

LADISLADA.—(Siente voces por el fondo.) No más, no más. Ya vienen los compañeros.

DON PEDRO.—(Con solemnidad enfática.) Hermosa Ladislada, queda sellado el pacto, el compromiso de ideal amistad. (Empiezan a entrar los que se indican.)

ESCENA V

LADISLADA, D. PEDRO.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, SOR BONIFACIA, LA MILAGROS, ETELVINA, POLIDURA, VIEJAS y VIEJOS, que se van esparciendo por derecha é izquierda. D. PEDRO se retira á la derecha, junto á DON TELÉMACO. LADISLADA se incorpora á las VIEJAS.

FANNY.—Todo es admirable, mamá, y responde á un alto pensamiento de humanidad.

TERRANOVA.—Se ve el intento de dar á los viejos la ilusión de la vida general.

HORT.—Dispéñeme la ilustre fundadora de *La Indulgencia*: yo veo en su obra tanta extravagancia como virtud. Sobra esplendidez en la organización doméstica; falta austeridad. La vida moral aparece aquí embarullada dentro de un laberinto de recreos y distracciones.

FANNY.—El teatrillo y el cine son una preciosidad.

HORT.—(A Sor Bonifacia.) En este teatro, ¿dan funciones los viejos de la casa?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora. Estudian y representan comedias de risa, y se divierten como criaturas. Algunos se pelean por los papeles de galán joven.

FANNY.—¡Qué monada!

HORT.—Aberraciones, hija mía. Pero nada me ha sorprendido como el café.

FANNY.—Un café chiquitín, con sus mesitas, su mostrador, sus botellas de licores...

TERRANOVA.—Y sus parroquianos y parroquianas.

HORT.—Advertí que se convidaban unos á otros; que éste reía, el otro pagaba.

TERRANOVA.—Diga, Hermana: ¿pero estos desgraciados llevan dinero en el bolsillo?

SOR BONIFACIA.—Sí, señor: el numerario de la casa.

HORT.—Será moneda figurada, que se les da para que gocen la ilusión del dinero.

POLIDURA.—(Es un viejo de buena presencia. Con más arrogancia que timidez, se acerca.) Véanlo, señoras. Es dinero, tan dinero como el del Gobierno. (Saca y muestra un puñado de monedas de níquel.)

HORT.—(Coge y examina una moneda.) Chápititas de níquel. (Lee.) *Nuestra Señora de La Indulgencia... cincuenta céntimos.*

FANNY.—(Que ha cogido otra monedita.) Esta dice: *una peseta.*

TERRANOVA.—(Lo mismo.) *Dos pesetas.*

SOR BONIFACIA.—Cuando entran aquí, se les da una cantidad...

HORT.—Ya me lo dijo el Capellán: cantidad que pueden aumentar ó disminuir...

SOR BONIFACIA.—Como que hay trabajos remunerados, hay Caja de ahorros... Y para gastar tienen café, billares, teatro, juegos lícitos...

HORT.—(A Polidura.) ¿Y estas chapas son para ustedes lo mismo que plata?

POLIDURA.—Lo mismo. Viéndolas correr... allí cobró, aquí gasto, acabamos por darles tanto valor como á las chapas del Gobierno ó más.

FANNY.—¿Y usted qué oficio tuvo antes de ser recogido aquí?... ¿Qué era?

POLIDURA.—Desgraciado.

HORT.—¿Comerciaba usted?

POLIDURA.—Quebraba; ese era mi oficio: quebrar. Parece que fué maldición. Mi padre me dejó una tienda de bragueros... Quebré á los seis meses, y luego emprendí varias industrias, que fueron otros tantos quebraderos de cabeza y de bolsillo. En sin fin de tiendas puse mi nombre y rótulo: *Cabrería, Café económico, Aguardiente*

mal... ¡Perfume delicioso, embriagador! Lo conozco perfectamente. Es el que usan las odaliscas en los harenes. (Aspirando de nuevo.) ¡Ay, qué delicia! (Suenan dos toques de campana.)

LADISLADA.—(Siente voces por el fondo.) No más, no más. Ya vienen los compañeros.

DON PEDRO.—(Con solemnidad enfática.) Hermosa Ladislada, queda sellado el pacto, el compromiso de ideal amistad. (Empiezan a entrar los que se indican.)

ESCENA V

LADISLADA, D. PEDRO.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, SOR BONIFACIA, LA MILAGROS, ETELVINA, POLIDURA, VIEJAS y VIEJOS, que se van esparciendo por derecha é izquierda. D. PEDRO se retira á la derecha, junto á DON TELÉMACO. LADISLADA se incorpora á las VIEJAS.

FANNY.—Todo es admirable, mamá, y responde á un alto pensamiento de humanidad.

TERRANOVA.—Se ve el intento de dar á los viejos la ilusión de la vida general.

HORT.—Dispéñeme la ilustre fundadora de *La Indulgencia*: yo veo en su obra tanta extravagancia como virtud. Sobra esplendidez en la organización doméstica; falta austeridad. La vida moral aparece aquí embarullada dentro de un laberinto de recreos y distracciones.

FANNY.—El teatrillo y el cine son una preciosidad.

HORT.—(A Sor Bonifacia.) En este teatro, ¿dan funciones los viejos de la casa?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora. Estudian y representan comedias de risa, y se divierten como criaturas. Algunos se pelean por los papeles de galán joven.

FANNY.—¡Qué monada!

HORT.—Aberraciones, hija mía. Pero nada me ha sorprendido como el café.

FANNY.—Un café chiquitín, con sus mesitas, su mostrador, sus botellas de licores...

TERRANOVA.—Y sus parroquianos y parroquianas.

HORT.—Advertí que se convidaban unos á otros; que éste reía, el otro pagaba.

TERRANOVA.—Diga, Hermana: ¿pero estos desgraciados llevan dinero en el bolsillo?

SOR BONIFACIA.—Sí, señor: el numerario de la casa.

HORT.—Será moneda figurada, que se les da para que gocen la ilusión del dinero.

POLIDURA.—(Es un viejo de buena presencia. Con más arrogancia que timidez, se acerca.) Véanlo, señoras. Es dinero, tan dinero como el del Gobierno. (Saca y muestra un puñado de monedas de níquel.)

HORT.—(Coge y examina una moneda.) Chápititas de níquel. (Lee.) *Nuestra Señora de La Indulgencia... cincuenta céntimos.*

FANNY.—(Que ha cogido otra monedita.) Esta dice: *una peseta.*

TERRANOVA.—(Lo mismo.) *Dos pesetas.*

SOR BONIFACIA.—Cuando entran aquí, se les da una cantidad...

HORT.—Ya me lo dijo el Capellán: cantidad que pueden aumentar ó disminuir...

SOR BONIFACIA.—Como que hay trabajos remunerados, hay Caja de ahorros... Y para gastar tienen café, billares, teatro, juegos lícitos...

HORT.—(A Polidura.) ¿Y estas chapas son para ustedes lo mismo que plata?

POLIDURA.—Lo mismo. Viéndolas correr... allí cobró, aquí gasto, acabamos por darles tanto valor como á las chapas del Gobierno ó más.

FANNY.—¿Y usted qué oficio tuvo antes de ser recogido aquí?... ¿Qué era?

POLIDURA.—Desgraciado.

HORT.—¿Comerciaba usted?

POLIDURA.—Quebraba; ese era mi oficio: quebrar. Parece que fué maldición. Mi padre me dejó una tienda de bragueros... Quebré á los seis meses, y luego emprendí varias industrias, que fueron otros tantos quebraderos de cabeza y de bolsillo. En sin fin de tiendas puse mi nombre y rótulo: *Cabrería, Café económico, Aguardiente*

higiénico, Jeringas y lacre, La Evidencia en calzado, El Desengaño en gorras. En todas quebré. Y cuando ya tenía preparado mi gran negocio de Vinos á domicilio por un sistema de tubos desde el depósito á las casas, por falta de capital se me vino todo á tierra. Después la ruina, la vejez, la miseria, el asilo... (Saludando.) Isidro Polidura, para servirles.

TERRANOVA.—Aquí no hay quiebras, amigo. Aquí está usted en grande.

FANNY.—(Volviéndose hacia el grupo de las viejas que están detrás.) ¿Y las ancianitas...? A ver: cuéntennos.

PASCASIA.—(Desgarradota, achulada.) Señoras serenísimas: Pascasia me llamo, cigarrera fui... treinta años y más en la Fábrica... calculen. Por marido tuve á un guapo gandul, comparando mal, que me zurraba y me tiraba del moño por un sí como por un no. El hijo se me hizo carterista... La niña mayor, que era un granito de mostaza, se me escapó á la Habana con un lipendi... Seis hijos más, todos muertos en la flor... Mis ojos llorando, mis dedos soltando pitillos, así se me ha ido la vida... vida de perros... No respiré, no viví hasta que las olas de Dios, pum, me trujeron á esta playa.

FANNY.—¡Pobrecilla! Aquí hallaste la paz.

SOR BONIFACIA.—(Presentando á Ladislada.) Esta ha sido cocinera de casa grande.

FANNY.—Vaya, vaya...

HORT.—Y aquí ayudará usted á las Hermanas que trabajan en la cocina.

LADISLADA.—No, señora, porque con el calor de las hornillas se me sube la sangre á la cabeza y me pongo muy mala.

SOR BONIFACIA.—Cuando la Hermana Cocinera no está muy fuerte en algún guisado, ésta le explica, le da lecciones.

HORT.—Buena maestra será. Y la más anciana de esta Comunidad, ¿cuál es?

SOR BONIFACIA.—(Abrese el grupo y Sor Bonifacia saca de la mano á la Milagros.) Aquí la tiene usted... La Milagros... Noventa y ocho años. (Saluda la Milagros con reverencia. Trémula, se apoya en un palo. Trae flores en la cabeza.)

FANNY.—¡Y qué bien se adorna la cabeza!

MILAGROS.—Ya de tan vieja soy como un altar.

HORT.—Y tan famosa, tan animada.

FANNY.—Casi un siglo. ¡Qué asombro! ¡Y qué de cosas habrá usted podido hacer en un siglo!

MILAGROS.—He sido lavandera. Estas manos han lavado la ropa de Mendizábal, de Espartero, de Narváez; la ropa de Julián Romea, de Sagasta, del padre Claret y de don Emilio Castelar. (Risas y exclamaciones de asombro.)

TERRANOVA.—Eso es refregar con agua y jabón un siglo de Historia.

HORT.—Como es tan viejecita, no trabajará usted ni ganará chapas ó dinero.

MILAGROS.—No lo necesito, porque cada uno de estos señores y señoras tiene que darme, según reglamento, diez céntimos cada domingo, por el achaque de ser la más vieja. Todos los días me tomo mi café y mi copa. Soy de las que tienen bula para una copita cada día... Sí, señoras, y tan contenta. Luego tengo entrada gratis y asiento de preferencia en el teatro.

HORT.—¿Y qué días hay función?

MILAGROS.—Ciertos días no más... Ya lo pone el periódico.

HORT.—(Asombrada.) ¿Pero también hay aquí periódico?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora: el periódico de la casa.

FANNY.—¿Y lo escriben los viejos?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora. Se entretienen. Ingenios hay en la casa para todo. Tratan unos de los grandes beneficios de *La Indulgencia*. (Risueña mira hacia don Pedro, como queriendo llamarle.)

DON PEDRO.—(Que está á la derecha hablando con don Telémaco.)

Sor Bonifacia habla de mí, del periódico... No estoy en traje conveniente para presentarme á esas señoras. (Se escabulle, desaparece por el fondo.)

TERRANOVA.—Es admirable.

FANNY.—Meritorio hasta no más.

SOR BONIFACIA.—Otros cultivan el género de pura amenidad, anécdotas, versitos... También refiere el periódico las visitas de personas ilustres; trae reseñas de las funciones de nuestro teatro, y la lista de los premios de la Lotería.

HORT.—(Aterrada.) ¡Lotería! ¿aquí Lotería?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora.

PASCASIA.—Pues aviadas estaríamos sin esa distracción...

SOR BONIFACIA.—Es uno de los puntos en que puso todo su cuidado la santa fundadora.

TERRANOVA.—Para dar á estos infelices la completa ilusión de vida española.

FANNY.—Y arrullarles en dulces esperanzas.

POLIDURA.—Todo lo hacemos como en la Lotería del Gobierno.

ETELVINA.—Yo pregonó y vendo la Lista Grande... Es mi alegría el pregonar.

MILAGROS.—Y todas jugamos.

PASCASIA.—Soñamos con el premio.

LADISLADA.—Y cuando no hay ganancia, volvemos á soñar.

PASCASIA.—Ganando y perdiendo nos divertimos la mar.

HORT.—Esto es un delirio.

FANNY.—Para que el espejismo sea completo, sólo falta aquí...

HORT.—Ya lo estaba yo pensando: una plaza de toros.

SOR BONIFACIA.—Eso no tenemos. Únicamente se les permite jugar al toro alguna vez.

HORT.—(Burlona.) ¿Con la cesta cornuda y...? (Sale por la izquierda Sor Vicenta, que llama á Sor Bonifacia.)

SOR BONIFACIA.—Permitanme... (Retírase á la izquierda.)

FANNY.—Mamá, no niegues que esto es interesantísimo.

HORT.—Veo todas las licencias y malos hábitos incompatibles con el recogimiento... En la fundación que proyectamos Abelardo y yo, seguiremos mejor camino.

FANNY.—Dí, mamá: ¿se sabe ya si es aquí donde está el tío de Abelardo?

TERRANOVA.—Creo que es aquí.

HORT.—Ya nos lo dirá el Doctor. Vámonos.

FANNY.—¿No vemos algo más?

HORT.—Basta, hija. Los viejos me entristecen. Esto me hace el efecto de un osario que se mueve, y de calaveras que ríen á carcajadas.

FANNY.—(A Sor Bonifacia.) Hermana, ¿se queda usted?

SOR BONIFACIA.—Dispénsenme que no salga con ustedes. Esta Hermana las acompañará. (Hacen reverencias viejas y viejas.)

HORT.—Adiós, y gracias mil.

SOR BONIFACIA.—Siempre á sus órdenes. (Salen Hortensia, Fanny y Terranova seguidos de la Hermana.)

ESCENA VI

Los mismos, menos HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA. Las viejas forman á la izquierda un corro en derredor de una mesa; trabajan todas, menos Etlvina, en labores de aguja ó gancho. Pascasia hace pitillos.

POLIDURA.—¿Qué me decís de esta panfilona?

ETELVINA.—Que está más pintá que el Museo.

POLIDURA.—La mar de rica será, con más billetes y más oro que la Lonja del Almidón.

PASCASIA.—Pa mí que todo lo tiene postizo: el moño, las muelas y el tabernáculo. La hija es monilla.

SOR BONIFACIA.—(Pasando junto á ellas.) Señoras, charlen y ríen cuanto quieran; pero no hagan befa de las personas que nos visitan.

MILAGROS.—Gozo de viejos es quitar pellejos.

SOR BONIFACIA.—Dé usted ejemplo, Milagros.

MILAGROS.—Hermanita salada, ¿me deja fumar un pitillo?

PASCASIA.—(Cogiendo un pitillo de la cajita en que tiene su obra.) ¿Se lo doy?

SOR BONIFACIA.—Dáselo: que fume y calle.

MILAGROS.—(Tomando el pitillo.) Ven aquí, mi alegría.

POLIDURA.—(Ofrece á Milagros un fósforo encendido.) ¿Y á mi no me da otro, *seña* Pascasia?

PASCASIA.—So fresco, ¿no tiene allí el estanco?

POLIDURA.—Ea, no es para chillar tanto. (A una *seña* de Sor Bonifacia, Pascasia da el pitillo á Polidura.)

MILAGROS.—(Chupando y fumando.) Una chupadita y dos y tres, saben mejor que el vino y que la miel.

ETELVINA.—(Viendo venir por el fondo á don Pedro y á Berdejo.) Ya vienen aquí esos pintureros.

PASCASIA.—A ver qué farsa nos traen hoy.

ESCENA VII

LOS MISMOS.—DON PEDRO, BERDEJO y otros ANCIANOS.
Berdejo trae su lindo muñequito vestido de trapos.

DON PEDRO.—(Con rendimiento y finura.) Señoras Marquesas y Condesas: tengo el honor de presentarles al Chico de Berdejo, que acaba de llegar de Francia con las últimas novedades en niños de París... (Risas de las viejas.)

PASCASIA.—Adelante, pollos.

BERDEJO.—(Mostrando el muñeco, se expresa con timidez; sus palabras se enreden en la risa infantil.) Lo hice en París, á donde he trasladado jji, jil los grandiosos talleres que aquí tuve, Carnero, 4, jji, jil el de niños de cartón, y el otro de soldados y cañoncitos de plomo, jji, jil.. *Competencia con Krupp.*

MILAGROS.—Asiéntense donde puedan, criaturas, y alternen.

DON PEDRO.—El honrado Berdejo quiere que las venerables niñas rifen el nene.

MILAGROS.—¡Ay! no: el nene no se rifa. (Lo coge.) Es para mí, (Lo agasaja contra su seno.) Aquí, rico mío; al calorcito de tu madre. (Da dinero á Berdejo.)

POLIDURA.—(A Ladislada.) Excelentísima Marquesa de la Cacerola, ¿puedes decirme si para cenar tendremos *batallón*?

LADISLADA.—Vizconde, tendremos un regimiento de judías verdes, y arroz con longaniza.

DON PEDRO.—Fea y vulgar conversación para visitas de etiqueta.

ETELVINA.—(Pasando por detrás de sus compañeras, se acerca á don Telémaco.) Dígame, don *Tele*, ¿el número que compramos va bien con lo que dicen sus jirigoncios?

DON TELÉMACO.—Mis cábalas, quieres decir. (De mal talante.) Pues no sé, no sé. Estos cochinos números se burlan de mí. Son las muecas de la cara del diablo. ¡Por más que les castigo, los arrastrados guarismos dicen que el gordo tendrá dos ochos, dos...!

ETELVINA.—¿Y el nuestro?

DON TELÉMACO.—(Iracundo.) ¡Rejinojo!... se descuelga con tres.

ETELVINA.—¡Por vida de los jirigoncios! ¿Y para esto se ha refrito la sesera?

POLIDURA.—(Que se ha acercado al grupo.) ¿Decís que el gordo vendrá montado en dos ochos? Pues el billete que tomaron esas pécoras tiene en medio ocho y ocho. ¡Ja, ja!... Pues no me voy á reir poco. Daré un bromazo á las viejas y un susto á don Pedro... veréis. (Pasa al corro de las viejas.) A ver, cotorronas, ¿no me habéis dicho que tenéis un número con dos ochos en medio?

PASCASIA.—Lo llevamos la señá Milagros y yo.

POLIDURA.—(Echa mano al bolsillo.) ¿Queréis venderlo? Al momento os lo compro.

MILAGROS.—Para tí estaba, gandulón.

PASCASIA.—¿Vendértelo? ¡Qué brutal! ¿Y si cae?

POLIDURA.—¿Qué ha de caer? Es que tengo yo capricho por ese número.

MILAGROS.—Límpiate, que estás de huevo, Polidura.

POLIDURA.—¿Y para qué quiere usted el premio, doña Siglos, si está ya, como aquel que dice, para que la embalsamen?

PASCASIA.—Sin vergüenza, no despotriques, no insultes.

DON PEDRO.—(Serio y enfático.) Amigo Polidura, es de mala educación mentar, y más aún, discutir la edad de las señoras.

POLIDURA.—Pues la discuto, ca...ramelos... me da la gana. (Enardeciéndose.)

DON PEDRO.—¡Eh, Polidura, á mí no me alce usted la voz!

POLIDURA.—A usted y al Verbo divino le alzo yo la voz cuando me faltan.

DON PEDRO.—(Petulante.) Yo no falto; instruyo, enseño la buena educación. Esto debe ser una sociedad decente. Basta de groserías. Planteo resueltamente la cuestión personal. (Las viejas rien.) A quince pasos.

POLIDURA.—A quinientos pasos, ó á paso redoblado para llegar más pronto.

PASCASIA.—(Llama á Sor Bonifacia, que está en la puerta de la derecha.) Venga, Hermana, que estos niños quieren armar camorra.

MILAGROS.—Dejarlos. Así nos divertiremos.

- SOR BONIFACIA.—(Acercándose presurosa.) ¿Qué es esto?
- DON PEDRO.—A quince pasos, avanzando. (Escándalo y chillería de las viejas.)
- LADISLADA.—Nada, Hermana Bonifacia: hablaban de los pasos de Semana Santa.
- DON PEDRO.—Señora Hermana, no puede uno contener sus ímpetus naturales. (Se pasea.)
- PASCASIA.—Azoritos merecen.
- DON PEDRO.—(En su paseo se encuentra con Polidura.) Estoy á sus órdenes, Polidura.
- POLIDURA.—Pues que usted lo pase bien.
- SOR BONIFACIA.—Don Pedro, que le veo y le oigo; que voy á darle un tirón de orejas.
- PASCASIA.—Y otro tirón al deslenguado de Polidura.
- SOR BONIFACIA.—Ya les arreglaré á los dos. (A Ladislada.) Vaya usted á la cocina. La Hermana Cocinera tiene que hablarle.
- LADISLADA.—Voy al momento. (Vase presurosa por la derecha. Suena una campana: tres toques.)
- SOR BONIFACIA.—Ea, damas y galanes, llegó la hora gimnástica. Ya declina el sol. A la huerta grande todo el mundo. Ya sabéis lo que dice el Doctor: no emperezarse, no apoltronarse. Ejercicio, actividad. (Se levantan viejas y viejos, dirigiéndose al fondo.) Don Telémaco, tiene usted que dar la vuelta grande diez veces. Le permito que vaya después al café.
- MILAGROS.—Y yo, del brazo de Pascasia, mis seis paseitos cortos. (Don Telémaco da el brazo á Etevína y salen juntos.)
- SOR BONIFACIA.—(Cogiendo por un brazo á don Pedro.) Usted se queda aquí conmigo.
- DON PEDRO.—(Sorprendido.) ¡Yo, Hermana!
- SOR BONIFACIA.—(Le tira de la oreja.) Aquí, digo. (Del dolor del estirón chilla don Pedro.) Picarillo, ¿con que desafío tenemos?... (Le suelta.)
- DON PEDRO.—Señora, yo...
- SOR BONIFACIA.—¿Qué ha sido? ¿Broma, chiquillada?
- DON PEDRO.—Juego social por lo elegante... ilusión de vida.
- SOR BONIFACIA.—Bueno... Está usted perdonado. (Van desapareciendo todos los viejos.)

ESCENA VIII

DON PEDRO, SOR BONIFACIA; al fin de la escena, LADISLADA.

- SOR BONIFACIA.—(Severa.) No piensa usted más que en jugar. ¡Vaya con el chiquitín! (Vuelve á tirarle de la oreja.) Venga usted aquí. Siéntese.
- DON PEDRO.—(Dolorido de la oreja.) ¡Ay!
- SOR BONIFACIA.—¿Duele?
- DON PEDRO.—Me duele y me da gusto. Tireme de la otra.
- SOR BONIFACIA.—He dicho que se siente.
- DON PEDRO.—¡Perdón, Hermana! Mi educación me prohíbe sentarme delante de una señora que está en pie. Mándeme que me arrodille. De rodillas ante la señora y la santa; señado, no.
- SOR BONIFACIA.—Es que es usted viejo, y la vejez reclama comodidades.
- DON PEDRO.—(Queriendo protestar.) Viejo, hasta cierto punto no más.
- SOR BONIFACIA.—¿Ya viene presumiendo...?
- DON PEDRO.—La cortesía y la gratitud me mandan acatar todo lo que usted dice. Estoy frente á una santa y noble dama, que al propio tiempo es un dechado de hermosura.
- SOR BONIFACIA.—(Severa.) Mil veces le he reprendido sus irreverencias... y usted incorregible.
- DON PEDRO.—Señora, no hago más que alabar la obra de Dios.
- SOR BONIFACIA.—Don Pedro, mire que... (Le amenaza.) En fin, no me irrite.
- DON PEDRO.—Yo veo perfecta armonía entre la santidad y la hermosura. Fijese usted en los altares, Hermana Bonifacia. No verá usted en ellos ninguna santa fea... Y de menos nos hizo Dios... Yo podría ser también figura religiosa.
- SOR BONIFACIA.—(Burlona.) ¿Usted? ¡Qué gracia!
- DON PEDRO.—Yo imagino por un momento que somos Abelardo y Heloisa.

SOR BONIFACIA.—(Tapándose los oídos.) ¡Jesús, Jesús! ¡Qué desatino!

DON PEDRO.—Perdone usted. Debi decir Heloísa y Abelardo. La señora primero.

SOR BONIFACIA.—¡Ay, qué hombre más tonto! Ea, basta de simplezas, y oiga lo que tengo que comunicarle. Y como es cosa de gravedad, le recomiendo que no se altere, que no se arrebate.

DON PEDRO.—Mala noticia tal vez. (Queda suspenso.)

SOR BONIFACIA.—No: es buena. Pero no quiero dársela de golpe y porrazo. Las impresiones fuertes, aun siendo buenas, trastornan á las personas débiles.

DON PEDRO.—Soy de bronce. Venga el escopetazo.

SOR BONIFACIA.—¿Tiene usted familia?

DON PEDRO.—¿Familia? Como no me haya salido algún hijo... No sería extraño. ¡Podrían salirme tantos!...

SOR BONIFACIA.—De hijos no se trata. ¿No tiene usted algún sobrino?

DON PEDRO.—Abelardo. ¡Qué coincidencia! Hace un momento nombré al otro Abelardo... el de doña Heloísa... Pues mi sobrino está en América. De él he sabido que vivió y trabajó en Nueva York; luego en Chicago, donde ha ganado millones en el comercio de cerdos y en la fabricación de embutidos. Es el rey del chorizo. ¿Se ha sabido de él?

SOR BONIFACIA.—Se ha sabido que está en Madrid.

DON PEDRO.—(Estupefacto.) ¡En Madrid mi sobrino!

SOR BONIFACIA.—Hoy estuvo aquí, sentado en ese banco. Su señora visitó detenidamente todas las dependencias de esta casa.

DON PEDRO.—¿Aquella tarasca... digo, aquella dama tan elegante...? Parece cuento... ¿Y vienen de paso?

SOR BONIFACIA.—No, no. Se establecen en España.

DON PEDRO.—Y dígame: traen... Dispéñeme, Hermana. Estoy como atontado. ¿Mi sobrino trae...? (Indicando dinero.)

SOR BONIFACIA.—Sí, hombre, sí. Es millonario. Millones de pesos, según dicen. El es riquísimo, su esposa también. No tienen hijos.

DON PEDRO.—Hacen bien en no tenerlos. Los hijos no sirven más que para dar disgustos. ¿Y esa señorita...?

SOR BONIFACIA.—Es hija de esa señora y de su primero ó de su segundo marido. ¿Qué más quiere saber? (Recordando.) ¡Ah! Don Abelardo está enfermo... es un catálogo de enfermedades. Da lástima verle.

DON PEDRO.—(Con súbito arrebató.) ¡Abelardo, hijo mío! ¿Y él... mi propio sobrino encargó á usted que me notificara...?

SOR BONIFACIA.—Directamente, no. Lo ha hecho por mediación del Doctor.

DON PEDRO.—(Muy agitado.) ¡Hijo de mi alma! Reparas al fin tu olvido... deseas que tu tío carnal, el hermano de tu madre, viva con el decoro que le corresponde por su educación, por su brillante historia, por su...

SOR BONIFACIA.—En buena ley, don Abelardo debe mirar por usted. Esta mañana decía nuestro Doctor: «Lo menos, lo menos que le ha de tocar á don Pedro, es un milloncito de pesetas.»

DON PEDRO.—¡Ay, ay! Hermana, su boca de ángel canta las alabanzas del Eterno.

SOR BONIFACIA.—Ya está usted barbarizando.

DON PEDRO.—No barbarizo... bendigo á Dios, bendigo á usted, bendigo á Nueva York y Chicago... y á mi sobrino y á la Marcolfa... digo, á la excelentísima dama hermosa. ¡Ay! me canso, no sé lo que digo. La sorpresa me ha herido como un rayo. (Cae desfallecido en el banco.)

SOR BONIFACIA.—¡Ay, que se ha sentado! ¿No decía que...?

DON PEDRO.—(Levantándose de un brinco.) No, no me siento; me arrodillo. (Se arrodilla.) ¡Gloria in excelsis!... ¡Viva España! ¡Vivan las monjas bonitas!

SOR BONIFACIA.—(Conteniendo la risa.) Basta, señor. No haga más locuras.

DON PEDRO.—(Se pone en pie.) Es que... el suceso es de los que hacen época... suceso histórico... más, más que histórico, bíblico... Estamos en el Paraíso terrenal. Por un momento no más, me figuro que usted y yo somos Adán y Eva.

SOR BONIFACIA.—(Tapándose la cara.) Cállese, indecente.

DON PEDRO.—Personas decentísimas son Adán y Eva, y yo los invoco para expresar que...

SOR BONIFACIA.—Cállese ó me voy, desvergonzado. Bien se ve

que la perspectiva del millón le ha trastornado el juicio... Pues su sobrino se ha hecho rico y quiere dejar memoria eterna de su paso por el mundo... Ya le dirá á usted que se propone fundar á todo gasto un Asilo de Ancianos como nuestra *Indulgencia*, ó mejor, mejor...

DON PEDRO.—¿De veras? Pues ahora veo claro los pensamientos de Abelardo con respecto á mí. Me favorece y al propio tiempo utiliza mis conocimientos en la materia, mi saber teórico y práctico. (Vivamente.) Hermana, recomiende usted á mi sobrino y á su esposa que lean mis artículos *Adorad á los Viejos* y *Caridad Integral*. El que tenemos impreso pueden leerlo en pruebas.

SOR BONIFACIA.—Los tres artículos leyó don Abelardo hace un rato, y los ha elogiado mucho.

DON PEDRO.—¿Y no dijo que seré Director?

SOR BONIFACIA.—Todavía es pronto, señor de Minio.

DON PEDRO.—Para mí no hay, no puede haber duda: Dirección tenemos... (Aparece Ladislada por la derecha.)

LADISLADA.—¿Por qué grita, don Pedro? ¿Qué le pasa?

SOR BONIFACIA.—Las venturas inesperadas le han incendiado la mollera. (Dirigese hacia Ladislada.)

DON PEDRO.—(Disparado, paseándose en el proscenio, monologuando de un modo incoherente.) Director técnico, facultativo, administrativo, etcétera. Grandes edificios; pabellones aquí, pabellones allá. Vida integral, caridad integral. No ambiciono riquezas, no ambiciono más que gloria. Mi estatua en el patio de honor. (Ladislada, después de oír á Sor Bonifacia, corre á los patios del foro á contar la buena nueva. Sor Bonifacia, risueña, contempla las locuras de don Pedro.) Arquitectos, venid; filántropos, venid; venid, jardineros, mecánicos, decoradores. Aquí hay dinero sin tasa para todo lo bueno y grandioso... Y yo en automóvil, y Ladislada...a conmigo, en busca de todos los adelantos: la ilusión de la vida integral, la ilusión del placer, de la felicidad. (Empiezan á entrar por el fondo algunos viejos y viejas, que ya, por Ladislada, saben la noticia.)

SOR BONIFACIA.—Don Pedro, pobrecito don Pedro, chiquillo inocente y juguetero, vuelva en sí... Tenga juicio.

DON PEDRO.—(Dándose golpes en el cráneo.) Cabeza directo-

ra, discurre, inventa. Ideas grandiosas, venid, alumbradme.

SOR BONIFACIA.—Si sigue así, tendremos que ponerle chichonera.

ESCENA IX

DON PEDRO, SOR BONIFACIA, POLIDURA, DON TELÉMACO, ETELVINA, LADISLADA, PASCASIA, MILAGROS, BERDEJO; otros viejos y viejas. Van saliendo conforme indica el diálogo.

POLIDURA.—(Que corre derecho á don Pedro y le abraza efusivamente.)

Don Pedro de mi alma, soy el primero en darle las albricias. Por mil años sea. De la alegría no puedo hablar.

DON PEDRO.—(Con protección afectuosa.) Gracias, buen Polidura. Ya sabe cuánto le estimo.

POLIDURA.—La bronca de hace un rato, ya lo comprenderá usted, fué comedia, farándula para divertirnos.

DON PEDRO.—Sí, sí: pura broma, juego de muchachos.

POLIDURA.—(Abrazándole de nuevo.) Siempre amigos de corazón.

ETELVINA.—(Que entra con don Telémaco.) Se ha calzado el gordo y cica gordos sin comprar billete.

TELÉMACO.—Felicitemos al favorito de la fortuna, que la encuentra sin buscarla.

ETELVINA.—Que sea enhorabuena, don Pedrín.

DON TELÉMACO.—En mi pueblo hay un refrán que dice: *A quien Dios le quiere bien, la perra le pare lechones.*

DON PEDRO.—Gracias, y manden lo que gusten.

ETELVINA.—(Zalamera.) Rico, ¿verdad que harás algo por los probes?

DON PEDRO.—Sí, sí.

POLIDURA.—(Aparta bruscamente á Etelevina.) Vaya, no hay que arrimarse tanto.

ETELVINA.—¡Ay, qué tío! ¿Es usted del orden?

POLIDURA.—Es que estáis molestando, mujer.

DON PEDRO.—Déjales, Polidura. (Entran Berdejo y Ladislada con Milagros, que se apoya en Pascasia.)

MILAGROS.—Goce de la buena suerte, y no se nos infle de vanidad.

LADISLADA.—(Carifosa.) ¡Qué alegría, don Pedro, cuando me lo dijo la Hermana! Usted se lo merece todo, porque es bueno, generoso y delicado.

DON PEDRO.—(Aparte á Ladislada.) Amiga del alma, tenemos que hablar...

LADISLADA.—(Como avergonzada.) ¡Ay! déjeme.

PASCASIA.—Démosle la enhorabuena, y pidámosle los agüenaldos.

POLIDURA.—(Interponiéndose.) Adiós, Madrid. Lluven pediguños.

BERDEJO.—Yo sólo le pido que proteja la honradez.

ETELVINA.—Y yo que me proteja á mí, que soy honrada callejera. Consiga d el señor Marqués y de la Madre que quiten el estanco y me den á mí la venta ambulante de tabaco y cerillas. ¡Y viva don Pedrín, el lucero de España! (Rien todos.)

DON PEDRO.—Vaporosa Etelevina, tendrás lo que deseas.

POLIDURA.—Pide más gollerías, cabra loca.

LADISLADA.—¡Po bre señor, cómo me le marean estos moscones! (Tirando todos de don Pedro, le llevan de una parte á otra, acosándole con peticiones.)

DON PEDRO.—(Atacado de alegría delirante.) Amigos... venid... Mis oídos y mi corazón se abren á vuestras amables peticiones...

POLIDURA.—(Tirándole del brazo, le lleva al centro.) Haga el favor. Como sabe, para montar mi negocio de vinos á domicilio por medio de tubos, muy poco dinero me bastará... Poco dinero, amigo Minio... unos cinco mil duros... Negocio loco, rendimientos colosales...

DON PEDRO.—(Estrechándole la mano.) Cuente con ellos...

BERDEJO.—(Tira del brazo á don Pedro y le lleva para otro lado.) Respetable y queridísimo paisano y amigo, ¡ji, jil... Ya sabes que cuando perdí mi taller de muñecas y el otro de soldados y cañoncitos de plomo...

DON PEDRO.—Competencia con Krupp... Ya sé...

BERDEJO.—Me meti á polvorista con mi primo Vicente, á quien desde entonces debía y debo seis mil reales. A dos dedos de su ruína ha estado el pobre, por no poder yo cum-

plir... ¡ji, jil... Cree, amigo del alma, que esta deuda ha sido y es mi suplicio, mi pesadilla... Me amarga la vida, me quita el sueño... De tí, de tu grandeza de alma espero que saldes esa cuenta... Seis mil reales, Perico, que no van á ninguna parte... ¡ji, ji, jil! ¿Podrás, querrás?

DON PEDRO.—(Abrazándole.) Sí, sí: ¿qué menos puedo hacer por tan entrañable amigo?

BERDEJO.—(Lloroso.) Eres mi padre, ¡ji, jil... no, mi hijo... no, ¡ji, jil! mi nieto.

DON TELÉMACO.—(Apoderándose de don Pedro, le lleva á otro lado.) Mis pretensiones son harto modestas... Ya sabe... Por amor propio, por revestirme de algún decoro en esta casa, quisiera que el señor Marqués me nombrase *Director de espectáculos públicos*... administrador de la Lotería, administrador también de... Fompas fúnebres... Pero fíjese bien, señor de Minio, que todo sea puramente honorífico. En esos cargos no haré más que inspeccionar, dirigir... De trabajo, nada. ¿No le parece razonable mi pretensión?

DON PEDRO.—Razonable y muy práctica...

DON TELÉMACO.—¿Puedo contar...?

DON PEDRO.—Puede, sí, darlo por concedido. El Marqués no me negará nada.

DON TELÉMACO.—¡Bien por los hombres de poderío!

ETELVINA.—¡Viva España con honra! (Se agrupan todos en detras de don Pedro.)

PASCASIA.—Al buen señor, con estas satisfacciones se le quitan diez años de encima.

BERDEJO.—¡Si está hecho un pollo!

POLIDURA.—¿Y no veis lo guapa que está Ladislada?

DON TELÉMACO.—Tan coloradita y con ese ángel...

POLIDURA.—¡Viva doña Ladislada!

TODOS.—¡Que viva! (Burlas de viejas. Espantada, Ladislada se lleva las manos al rostro.)

PASCASIA.—¡Ay, la niña vergonzosa!

LADISLADA.—¿Pero es tiempo de máscaras?... Pues sepan que yo no admito bromas.

POLIDURA.—¡Viva Pedro Minio, el opulento caballero!

BERDEJO.—El protector de la honradez... ¡ji, jil...

PASCASIA.—¡Y viva la *señá* Directora!

LADISLADA.—Cállese usted, so bruta.

DON PEDRO.—(Conmovido, radiante.) Gracias, gracias, amigos del alma. (Todos aplauden y chillan. Aparecen por la izquierda el Marqués y la Superiora. Los viejos se contienen, asustados.)

ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, LA SUPERIORA.

SUPERIORA.—¿Qué es esto?

MARQUÉS.—¿Qué ocurre?

SOR BONIFACIA.—Nada, señor... les he permitido que se embriáguen de ilusiones... por un momento no más.

SUPERIORA.—¿Qué escándalo!

MARQUÉS.—No se asuste, Madre. Es la hora de Carnaval que, según la fundadora, debe concedérseles una vez por semana.

POLIDURA.—¡Aúpa! (Le cogen por las piernas y le levantan en alto, aclamándole.)

DON PEDRO.—Pueblo mío, honrado pueblo, gracias. Pedro Minio os promete consagrar toda su vida á vuestra felicidad.

Todos.—¡Viva Pedro Minio! (Responden con ruidosa exclamación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la vivienda privada del patrono de La Indulgencia.—

El fondo de la estancia es todo de cristales, con las ventanas del centro abiertas; al extremo de la izquierda, puerta practicable.—Forillo de jardín.—A la derecha, dos puertas: la de segundo término comunica con el comedor y habitaciones altas de la casa; la de primer término, con la cocina y dependencias inferiores. A la izquierda, primer término, puerta que da al patio; en el testero, un armario grande practicable.—Mesa en el centro; sillones y sillas.—Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

LA SUPERIORA, SOR VICENTA, EL DOCTOR;
después SOR BONIFACIA.

SUPERIORA.—¿Sacó usted ya la mantelería?

SOR VICENTA.—Sí, señora: ya está en el comedor.

SUPERIORA.—(Señalando al armario.) La cristalería fina está aquí.

DOCTOR.—(Entrando por la izquierda.) Buenos días, Madre y Hermana.

SUPERIORA.—Dios le guarde, Doctor.

DOCTOR.—¿El Marqués ha bajado?

SUPERIORA.—No tardará.

DOCTOR.—Me citó para revisar juntos la Estadística sanitaria. (Reparando en el traje de Sor Vicenta.) ¿Afanaditas, eh... preparando una linda mesa?

SUPERIORA.—Sí, señor... Y que en esta choza del señor Mar

LADISLADA.—Cállese usted, so bruta.

DON PEDRO.—(Conmovido, radiante.) Gracias, gracias, amigos del alma. (Todos aplauden y chillan. Aparecen por la izquierda el Marqués y la Superiora. Los viejos se contienen, asustados.)

ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, LA SUPERIORA.

SUPERIORA.—¿Qué es esto?

MARQUÉS.—¿Qué ocurre?

SOR BONIFACIA.—Nada, señor... les he permitido que se embriáguen de ilusiones... por un momento no más.

SUPERIORA.—¿Qué escándalo!

MARQUÉS.—No se asuste, Madre. Es la hora de Carnaval que, según la fundadora, debe concedérseles una vez por semana.

POLIDURA.—¡Aúpa! (Le cogen por las piernas y le levantan en alto, aclamándole.)

DON PEDRO.—Pueblo mío, honrado pueblo, gracias. Pedro Minio os promete consagrar toda su vida á vuestra felicidad.

Todos.—¡Viva Pedro Minio! (Responden con ruidosa exclamación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la vivienda privada del patrono de La Indulgencia.—

El fondo de la estancia es todo de cristales, con las ventanas del centro abiertas; al extremo de la izquierda, puerta practicable.—Forillo de jardín.—A la derecha, dos puertas: la de segundo término comunica con el comedor y habitaciones altas de la casa; la de primer término, con la cocina y dependencias inferiores. A la izquierda, primer término, puerta que da al patio; en el testero, un armario grande practicable.—Mesa en el centro; sillones y sillas.—Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

LA SUPERIORA, SOR VICENTA, EL DOCTOR;
después SOR BONIFACIA.

SUPERIORA.—¿Sacó usted ya la mantelería?

SOR VICENTA.—Sí, señora: ya está en el comedor.

SUPERIORA.—(Señalando al armario.) La cristalería fina está aquí.

DOCTOR.—(Entrando por la izquierda.) Buenos días, Madre y Hermana.

SUPERIORA.—Dios le guarde, Doctor.

DOCTOR.—¿El Marqués ha bajado?

SUPERIORA.—No tardará.

DOCTOR.—Me citó para revisar juntos la Estadística sanitaria. (Reparando en el traje de Sor Vicenta.) ¿Afanaditas, eh... preparando una linda mesa?

SUPERIORA.—Sí, señor... Y que en esta choza del señor Mar

qués no faltan medios para obsequiar decorosamente á una familia millonaria.

DOCTOR.—¡Calamidad como ella!

SUPERIORA.—Perdone un momento. (A la Hermana.) Los búcaros de porcelana y los centros de plata están aquí. (Vuelve frente al Doctor.) ¿Les ha hecho usted ya la visita de médico?

DOCTOR.—Sí, por mis pecados. Por cierto que tomarán al pie de la letra los términos de la invitación. A las diez estarán aquí.

SUPERIORA.—Es mucho madrugar para un convite.

DOCTOR.—Ya he dicho á usted que esa borrega de oro es un conglomerado de insubstancialidad y egoísmo. Ahora le da por engalanarse de religiosidad. Farsa, moda. Y hoy viene á oír en nuestra capilla la misa de las diez y media.

SUPERIORA.—Ya.

SOR BONIFACIA.—(Entra por la izquierda con una carga de flores y ramaje.) ¿Será bastante? (Lo pone en la mesa.)

DOCTOR.—A mí me parece demasiado, Hermanita. No se trata de adornar altares.

SUPERIORA.—Nada de aglomeración de ramilletes, ni ponerlos en alto, estorbando que los comensales se vean unos á otros.

DOCTOR.—Pues me desligo. Ponga usted un gran ramo de altar entre mis ojos y el bulto imponente de doña Marcolfa. (Rien las Hermanas.)

SOR BONIFACIA.—Déjenme á mí. (Clasificando las flores por clases y tamaños.) Yo se dar al altar lo que es del altar y á la mesa lo que es de la mesa.

SUPERIORA.—(Al Doctor.) No se escapa usted, porque la tendrá á su derecha.

DOCTOR.—Dios sea conmigo.

SUPERIORA.—(A Sor Vicenta.) Ya puede llevar esto al comedor. (Sor Vicenta, llevándose la cristalería y bandejas de plata, se va por la derecha, segundo término.)

DOCTOR.—Oiga, Madre Luisa. Ya se va clareando el misterio de la fundación que proyectan esos pobres ricos. Las medias palabras de Hortensia y el silencio de Abelardo dejan traslucir que su idea es entregar el mi-

llón de pesetas á un Instituto similar ya creado y en funciones.

SUPERIORA.—El nuestro no será. El Marqués no admite donativos, que siempre traen imposiciones y exigencias.

DOCTOR.—Estos dineros locos van por otros caminos, á lo que he podido entender.

SOR VICENTA.—(Que vuelve del comedor.) Ya llega el automóvil de esos señores.

SUPERIORA.—Pues no hemos sentido... (El Doctor se asoma al ventanal.) Y seguramente, Doctor, algo harán por Pedro Minio.

DOCTOR.—¿Cómo no? Eso es elemental. Hoy hablé de ello con Abelardo. Paréceme que nuestro viejo Tenorio, caballeresco y popular, está de enhorabuena. (Aparece Hortensia en el centro del ventanal.)

ESCENA II

Los mismos.—HORTENSIA; después FANNY y TERRANOVA.

HORT.—(Abanicándose.) Aquí me tienen, Superiora y Hermanas.

SUPERIORA.—¡Ah, señora!... ¿No pasa, no quiere descansar un ratito?

HORT.—No, gracias. Ya han tocado á misa.

DOCTOR.—No se entretenga. Aguardamos aquí, con sumo interés, la hora feliz de tener á usted en nuestra compañía.

HORT.—Yo también aguardo esa hora feliz. ¡Noticia! Hoy daré parte al señor Marqués y á ustedes de la boda de mi Fanny con Pepe Terranova, de ilustre familia.

SUPERIORA.—¡Oh, mil enhorabuenas!

DOCTOR.—¿Y será pronto?

HORT.—Espero que coincida con la inauguración del Asilo, de nuestro Asilo...

SUPERIORA.—Doble motivo de júbilo...

DOCTOR.—De júbilo privado... y nacional.

HORT.—Otra cosa. Tenía usted razón, amigo mío: viene á estas misas mucha gente elegante.

DOCTOR.—Ya lo he dicho á usted. Para misas de buen tono no hay como *La Indulgencia*.

HORT.—Al entrar, he visto algunas damas que descendían de sus automóviles en la puerta que la iglesia tiene á la calle.

DOCTOR.—A todo ese señorío eclipsa usted por su elegancia y su majestad.

HORT.—¡Ay, qué adulón y qué zalamero es este hombre! Otra cosa: á usted y á las bondadosas Hermanas quiero pedir un favor.

DOCTOR.—Un favor es poco; pida usted veinte.

HORT.—Nos hemos dejado atrás la impedimenta... Abelardo. Figúrense que en el momento de salir le da por cambiar de traje...

SUPERIORA.—Pero al almuerzo vendrá.

HORT.—Seguramente. El automóvil ha vuelto á casa.

DOCTOR.—Y usted desea que le recibamos aquí y le encaminemos á la Capilla...

HORT.—No, por Dios. A la Capilla, no. Dice que, cuando se arrodilla, le duelen las muelas y le zumban los oídos. Con estas ridículas aberraciones me sofoca, me amarga la vida.

SUPERIORA.—Disculpa tiene quien tanto padece.

FANNY.—(Aparece con Terranova en el ventanal.) Madre, Doctor, se les saluda.

SUPERIORA.—Felices días, señorita y caballero.

FANNY.—Mamá, han entrado en la iglesia los Duques de la Reconquista.

TERRANOVA.—Y los de Mulberg con sus preciosos niños.

HORT.—(Impaciente.) Voy... Quedamos en que cuidarán de mi pobre maníático.

DOCTOR.—Vaya tranquila y oiga la misa con devoción, (Saludan todos.)

SUPERIORA.—Hasta luego... A las doce.

ESCENA III

LA SUPERIORA, EL DOCTOR, LAS HERMANAS.—EL MARQUÉS.
Ha entrado por la derecha, segundo término, poco antes, y permanece en el fondo esperando á que se vaya Hortensia.

DOCTOR.—Ha hecho usted bien en no presentarse. Bastante hemos de aguantarla después.

MARQUÉS.—Para mí no son desagradables ella y su marido, ni la pareja menor... No les hago caso. Me mantengo con ellos en un régimen de cortesía elemental y desinteresada, pues para nada les necesito, y sus riquezas pasan junto á mí como otros espectáculos de la vanidad que en nada me afectan. Convidé á esa señora porque me mostré deseos de ver y examinar despacio el vivir íntimo de *La Indulgencia*, con fines de comparación, de estudio...

DOCTOR.—Sí, sí: para estudios estamos. Ellos mismos contarán á usted cómo se han calentado la cabeza para dar aplicación caritativa á un millón de pesetas.

MARQUÉS.—Dueños son de hacer lo que les dicte su pereza ó su frivolidad. Nosotros á lo nuestro.

DOCTOR.—¿Nos vamos al despacho? (Echando mano al bolsillo.) Aquí traigo los datos recientes.

MARQUÉS.—Aún tenemos tiempo. ¿Cómo van esos preparativos, Madre Luisa? ¿Quedaremos bien?

SUPERIORA.—¿Qué duda tiene?

MARQUÉS.—¿Ha venido Ladislada?

SUPERIORA.—En la cocina está dando órdenes, como un general en jefe en día de batalla. Ya le advertí que en cuanto sintiera bajar al señor Marqués, pasara á darle cuenta de lo que ha dispuesto.

SOR VICENTA.—(Llamando por la puerta de la derecha, primer término.) A Ladislada que venga. (Las dos Hermanas ponen las flores en recipientes de cristal.)

MARQUÉS.—No habrán olvidado que hoy es día extraordinario para toda la familia. Cuando yo banqueteo, es de rigor que mis queridos ancianos participen...

SUPERIORA.—En su comida tienen hoy un plato más, de los de la mesa del señor Marqués, y aquí, en el jardín, les serviremos café, dulces y copas de *champagne*.

MARQUÉS.—Bien, muy bien. (Entra Ladislada por la derecha, primer término, con amplio delantal blanco, muy limpio.)

ESCENA IV

Los mismos.—LADISLADA.

LADISLADA.—Aquí me tiene, señor.

MARQUÉS.—Vamos á ver, ¿qué almuerzo tenemos?

LADISLADA.—Verá, señor. Después de los huevos, que serán *pochados*, pongo el *Lenguado á la normanda*...

DOCTOR.—Adelante.

LADISLADA.—Luego doy los *Riñones á la odalisca*.

SOR VICENTA.—¡Ay, qué nombre!...

LADISLADA.—Con el nombre de *odalisca* me enseñó este guiso el cocinero de la Embajada de Francia.

MARQUÉS.—Y con eso y un buen asado y postres, redondeamos el almuerzo.

SUPERIORA.—Ya lo creo: es bastante.

DOCTOR.—Pido la palabra... para manifestar que cualquiera de nosotros se daría por muy satisfecho y por muy harto con el programa ó *menú* que hemos oído... Pero, Hortensia... yo lo aseguro, porque he comido tres veces en su casa y la he visto engullir; Hortensia, digo, con eso no tiene ni para empezar.

MARQUÉS.—Por Dios, Mariano...

SUPERIORA.—¡Jesús del alma! ¿Tan tragona es?...

DOCTOR.—Hagan caso de un testigo ocular, y digan á Ladislada que se corra un poco más.

MARQUÉS.—(A Ladislada.) Conforme... Ya sabe usted.

LADISLADA.—Dispénsenme los señores si les digo que yo, por

mi propio motivo de mí misma, pensé y dije... un suponer: «Tal y como tiene esa señora las anchuras, debe de tener las tragaderas...»

MARQUÉS.—Muy bien.

LADISLADA.—Y á la buena de Dios, dispuse que entre los riñones y el asado diéramos los platos siguientes: *perdices á la palaciega*, *mollejas de gallina á la Colberte*, *manos de cerdo á la huertana*, *coles de Bruselas*, *langostinos*, *patalitas salteadas* y otras frioleras...

DOCTOR.—¡Qué barbaridad!

SUPERIORA.—Eso ya es gula, mujer.

MARQUÉS.—Trátase de un caso excepcional, en que debemos pecar por carta de más antes que por carta de menos.

DOCTOR.—¡Buena se va á poner la Marcolfa!

LADISLADA.—(Aparte, retirándose.) No reventará la condenada.

SUPERIORA.—Aguarda un momento. Por ahora, supongo que no harás falta en la cocina.

LADISLADA.—En un buen rato no haré falta.

SUPERIORA.—Pues mejor ocasión... El señor Marqués tiene algo que decirte... y algo quizás que reprenderte.

LADISLADA.—(Asustada.) ¿Por qué, señora Madre? ¿En qué ha podido faltar esta pobre?

MARQUÉS.—No se asuste... Sé que usted y el fantástico viejo Pedro Minio se entretienen en conversaciones demasiado largas y un poquito mundanas.

LADISLADA.—(Turbada.) Señor...

MARQUÉS.—(Tranquilizándola.) Me figuro que es broma, pasado tiempo.

LADISLADA.—Por la Virgen Santísima, no vean en mí una desalmada.

MARQUÉS.—No es eso. Ya suponemos que no habrá malicia... Pero como ese viejo simpaticón y alegre saldrá quizás muy pronto de nuestra casa, quiero saber qué intención pone en sus coloquios con usted.

DOCTOR.—Podría suceder que fuera de aquí se permitiera el galán habladurías y jactancias indecorosas.

MARQUÉS.—Justamente. La verdad, Ladislada; hábleme usted como hablaría con un amigo, con un hermano.

SUPERIORA.—Ella es buena, sincera, y nada ocultará.

SOR BONIFACIA.—Ladislada, dí al señor Patrono lo que me has dicho á mí.

LADISLADA.—(Cortada al principio, recobra su aplomo á medida que se explica.) Pues... Señor Padre, señora Madre... con toda la verdad del mundo, como si lo que digo lo dijera delante de Dios Trino y Uno... declaro que... nada... que entre los viejos que aquí tenemos distingo á don Pedro, porque es el más adecentado, el más caballeroso, el que se explica con más fiatura y con más salero... Y aunque él es un vejete, todavía presume, por aquello de *Locura tarde cura*. La verdad de Dios por delante. Una servidora es mujer, y el natural de la mujer, aunque vaya para momia, es que agradezca y que se pague de las atenciones. (El Doctor y las Hermanas asientan expresivamente.) Dios, que ve mi conciencia, sabe que no hay en esto más que un poco de melindre. Si esto es malo, repréndanme, castiguenme.

SUPERIORA.—Castigarte, no... No es para tanto. (Ladislada mira al Marqués, como esperando un fallo.)

MARQUÉS.—(Bondadoso.) No me mire á mí. La Superiora es la que ha de sentenciar.

SUPERIORA.—Oigamos antes á la abogada defensora... Yo sé que lo es la Hermana Bonifacia.

SOR BONIFACIA.—Yo, como siempre, pido absolución.

SUPERIORA.—(Al Marqués.) Decida el que es aquí la autoridad suprema.

MARQUÉS.—(Benévolo, sonriente.) Absolveremos. Es lo más fácil. ¿No le parece á usted, Mariano?

DOCTOR.—Creo lo mismo. El que no tenga pecado de ilusión, tire la primera piedra.

SUPERIORA.—Pronto te han absuelto, mujer. No puedes quejarte. (Ladislada besa la mano de la Superiora para retirarse.)

MARQUÉS.—Pero hay más, Ladislada.

LADISLADA.—(Con nuevo susto, deteniéndose.) ¿Más?

MARQUÉS.—(Su indulgencia tiende al humorismo.) Queda por examinar una ilusión más grave. Sé que gasta usted un perfumillo mundano, y que el viejo galante se acercaba á usted para recrear su olfato, quedándose como en éxtasis. (Las Hermanas y el Doctor sonríen; Ladislada queda estupefacta.)

SUPERIORA.—A ver qué dices á eso.

LADISLADA.—Pues... Dios conmigo y la verdad por delante. Pecadora soy; me confieso, me acuso de llevar conmigo un perfume rico. (Saca del seno el saquito.) Ello no debe ser cosa buena, porque mis sobrinas, que me lo trajeron, son... lo diré todo... son... algo cascabeleras.

DOCTOR.—(Festivo.) Examínese el cuerpo del delito.

LADISLADA.—Hice mal, lo reconozco, en tomar de manos de ellas tal regalo... pero... no puedo negarlo... me gustaba el olorrico. Pecado es, díganlo. Pues ahí va el pecado para que lo echen al fuego, y mí á un calabozo. (Da el saquito á la Superiora.)

SUPERIORA.—(Oliendo.) Es buen olor, (Pasa el saquito de mano en mano.)

SOR VICENTA.—Es rico... elegante.

SOR BONIFACIA.—No es perfume de gente fina.

DOCTOR.—(Con repugnancia.) ¡Uy, si es el perfume que usa Hortensia... el mismo!

LADISLADA.—(Vivamente.) Pues dénselo á ella, que á la cuenta ya está condenada.

SUPERIORA.—(Al Marqués.) Decida el Patrono.

MARQUÉS.—(Conteniendo la risa.) ¿Que sentencie? Allá voy. Considerando... que estoy constipado y no tengo olfato... absuelvo.

SUPERIORA.—Pues yo también. Toma. (Alargando el saquito á Ladislada.)

MARQUÉS.—Tome, Ladislada, su pecado, y cuando vengan sus sobrinas devuélvaselo. (Ladislada recobra el saquito.)

SUPERIORA.—Y no te entretengas más aquí. Vuelve á la cocina.

LADISLADA.—(Gozosa.) Todo irá bien. Señor Marqués de los Perdones, si buen sofoco me ha dado, buen almuerzo le serviré. ¡Cocinera, á tu cocina! (Vase muy gozosa por la derecha, primer término.)

ESCENA V

LA SUPERIORA, SOR BONIFACIA y SOR VICENTA;
EL MARQUÉS, EL DOCTOR.

MARQUÉS.—Por su inocencia y su bondad merece que se le aplique todo el rigor de *La Indulgencia*. (Se levanta.) Y ahora, Mariano...

DOCTOR.—Vamos.

SOR VICENTA.—(Mira por el ventanal.) Por ahí va solito, contemplando las flores, el marido de doña Hortensia.

SOR BONIFACIA.—¿Le traemos aquí?

DOCTOR.—Vale más que le dejen divagando en el jardín.

SUPERIORA.—Os haría perder tiempo.

MARQUÉS.—(Al Doctor.) Ea, no nos entretengamos.

SUPERIORA.—(Vanse el Marqués y el Doctor por la derecha, segundo término.) Hermanas, dense prisa. Ya es hora de decorar la mesa... Yo, á la cueva. (Vase por la izquierda, primer término.)

ESCENA VI

SOR BONIFACIA, SOR VICENTA, ABELARDO.

SOR BONIFACIA.—(Aderezando los ramitos, mira desde el interior de la estancia.) Ya no veo al pobre enfermo.

SOR VICENTA.—Se habrá ido á la capilla.

ABELARDO.—(Entreabriendo la puerta del ventanal.) Dispénsenme, Hermanas. Me cuelo sin prevenirlas. Esto es un abuso, una frescura.

SOR BONIFACIA.—Está usted dispensado.

SOR VICENTA.—(Se adelanta y le coge del brazo para llevarle á un sillón.) Pase y tome asiento.

SOR BONIFACIA.—¿Quiere que le llevemos á la capilla?

ABELARDO.—¡Oh, no! la capilla muy fea; esto muy bonito.

Aquí están las imágenes bellas, aquí los ángeles, aquí la verdadera santidad. (Se sienta.)

SOR VICENTA.—(Con ademán de cerrar la vidriera.) ¿Le incomoda el aire?

ABELARDO.—No cierre usted. Ni el aire ni la luz me incomodan. Por patios y jardines he divagado un rato con la idea de encontrar á los viejos y de reconocer entre ellos á mi pariente ilustre, el gran Pedro Minio.

SOR VICENTA.—Luego se le traeremos. (Sigue recogiendo y apilando cubiertos de plata.)

ABELARDO.—Hoy no me voy de aquí sin verle. Estará muy viejo.

SOR BONIFACIA.—Su genio festivo disimula su edad. Es bueno, dócil, bien criado; pero atrocemente fantástico.

ABELARDO.—Imaginativo. Vivirá en este mundo y en otros diferentes mundos que inventa para su recreo.

SOR BONIFACIA.—Y cuenta unas historias de galanteos, que dejan tamaño á don Juan Tenorio...

SOR VICENTA.—Alas pobres viejas les emboba con mentiras graciosas.

ABELARDO.—¡Oh! hay que mentir algo... He observado que los imaginativos alcanzan una vejez larga, saludable y feliz... Me ha dicho el Doctor que mi tío vino á la miseria por su prodigalidad sin freno y por sus locuras amorosas...

SOR VICENTA.—Pues todavía el hombre...

SOR BONIFACIA.—¡Vaya! Toma actitudes interesantes y hace el galán de comedia.

ABELARDO.—¡Demonio de viejo! Es graciosísimo. Esto me divierte, me conforta, me da la vida. (La risa y el hablar demasiado le sofocan.) Dispensen, Hermanas: cuando hablo con alguna viveza, me falta la respiración...

SOR VICENTA.—Descanse un poquito. Tome aliento.

SOR BONIFACIA.—Lo que á usted le conviene es hacer vida de campo.

ABELARDO.—¡Ay! no; me aburriría. El campo es un terreno triste por donde se va á las ciudades.

SOR BONIFACIA.—Pues si el campo no le conforta, busque el alivio de sus males en la vida de familia.

ABELARDO.—¡Oh... la familia! Esa es la última trinchera. ¡La

familia! Mi mujer ha venido á ser una bola de plomo que pesa sobre mi corazón... baja luego á mi estómago...

SOR VICENTA.—(Escandalizada.) ¡Virgen Santísima!

ABELARDO.—Creo que me pondría bueno si consiguiera vomitarla. (Escándalo y risa de las Hermanas.)

SOR VICENTA.—¡Infeliz señor! De veras le compadecemos.

SOR BONIFACIA.—No tiene usted fe en la Naturaleza ni en la familia. Enorme desdicha es no creer, que es lo mismo que no amar.

ABELARDO.—(Con alegría y misterio.) Pues ahora sentó en mí algo...

LAS DOS.—¿Qué?

ABELARDO.—No es creer todavía, no es tampoco amar. Es como un vago deseo de fe, y una esperanza de... Nada, que siento vivas ganas de creer en ese perdulario gracioso de mi tío... deseos de admirar sus extravagancias, de recrearme con sus invenciones... Me seduce su generosidad sin freno, su salud que parece milagrosa, el culto que consagra al amor aun en sus años maduros... (Queda meditabundo.)

SOR VICENTA.—(Recogiendo la vajilla en una gran bandeja, se dispone á llevarla á jardín.) Don Pedro es como un niño, y los niños alegran y distraen.

SOR BONIFACIA.—Hermana, en cuanto deje usted eso en el jardín, tráigase á Pedro Minio. (Sor Vicenta se retira por la puerta del ventanal llevándose la bandeja.)

ABELARDO.—Que venga, sí. No sólo admiro á mi tío y empiezo á creer en él, sino que además le envidio por vivir dichoso, rodeado de amigos y de personas solícitas. Mi tío, pobre y arruinado, ha venido á tener familia. ¡Qué suerte la suya! Aquí le asisten y le aman; aquí, entre otros bienes inapreciables, tiene los inocentes goces que le sugiere su imaginación, en medio de esta paz placentera.

SOR BONIFACIA.—Señor, no se impaciente, no desconfíe de encontrar la paz que anhela. (Entra por la izquierda Pedro Minio.)

SOR BONIFACIA.—Aquí tiene usted á su tío, Pase, don Pedro. (Retírase la Hermana.)

ESCENA VII

ABELARDO, PEDRO MINIO.

ABELARDO.—(Queda suspenso mirando á su tío. Este avanza risueño, despacio.) El hermano de mi madre...

DON PEDRO.—Ese soy... ¡Abelardo, hijo mío! (Le abraza. Abelardo, afectadísimo, no acierta á ponerse en pie.)

ABELARDO.—Tío... (Balbuciente.) Creí encontrarle más caduco, más agobiado.

DON PEDRO.—¡Caduco yo! Por fuera un poco de nieve en la cabeza... Por dentro todo ardor, hijo, todo fuego. Así son, según dicen, los volcanes de América.

ABELARDO.—Así son.

DON PEDRO.—¿Y tú? Enfermo, delicadillo...

ABELARDO.—Soy volcán apagado... casi muerto. (Don Pedro le mira fijamente.) ¿Se espanta usted de mi rostro demacrado, de mi vejez prematura?

DON PEDRO.—No, hijo; no era eso. Es que veo en tí el retrato de tu madre, mi pobre hermana Jesusa.

ABELARDO.—(Afectado por el recuerdo.) ¡Mi madre! Aunque viuda y sin fortuna propia, tenía para vivir y para darme una carrera, por lo menos un oficio... porque usted cuidaba de que nada le faltase... Pero yo era rebelde, avieso. Me consumía la ambición de ser rico. Tanto me trastornó aquella comezón, que un día me escapé de la casita del Tomelloso, abandonando á mi buena madre, y en Cádiz me embarqué... Iba sin remordimiento, alocado, ardiendo en la fiebre de riquezas... Fué una mala acción. (Suspirando.) Sin duda, mi madre murió del disgusto que le di con mi fuga.

DON PEDRO.—(Dándole cariñosas palmadas.) Vamos, hijo, que no estás ahora para revolver amargores pasados. Abelardo, para tener salud, lo primero es dejar ir las cosas por donde Dios quiere llevarlas. Toma mi ejemplo.

ABELARDO.—Pues deme la receta de la eterna juventud.

DON PEDRO.—Es muy sencilla: vivir descuidado, sin contar el dinero ni los años... conformarse con el Destino. ¿Que viene pan duro? Pues dientes en él. ¿Que vienen tortas de manteca? Pues á ellas. Aligerar el peso de la vida con el trato del bello sexo, sin distinguir morenas de rubias, ni señoras de criadas; poner á todas cara tierna, y si á mano viene rendir á la que se descuide, ó á la que se enamora locamente de por sí, que de esto he visto mil casos.

ABELARDO.—Brava filosofía para quien pueda practicarla.

DON PEDRO.—(Bruscamente, movido de comeción ó estímulo gimnástico.) Perdóname: no me levanto por apartarme de tí. Mucho me gusta estar á tu lado; pero necesito andar, moverme. He pasado toda la mañana en el café y en el periódico. (Se pasea; hace flexiones de brazos con movimientos de acróbata.)

ABELARDO.—(Gozoso.) Me encanta su agilidad, tío. ¡Cuánto envidio su fortaleza!

DON PEDRO.—(Sin interrumpir su ejercicio.) Es que te has acostumbrado al encogimiento. Desperézate, sacúdete; echa brazos y piernas por alto. Llena de aire tus pulmones; habla, ríe, canta.

ABELARDO.—Probemos. (Levántase con menos dificultad que de ordinario, movido de su excitación nerviosa. Lánzase á andar, apoyado en su bastón.) Pues sí puedo. Todo es querer.

DON PEDRO.—Claro. ¡Si la mitad de tus males es pereza! ¡Anda, valiente!

ABELARDO.—Pues no me canso mucho... (Ríe.) Me asombro de verme tan ágil. Mire, mire, tío. Ando solo, sin apoyarme. (Vacila un poco; se tambalea.) Poco á poco... tengamos juicio.

DON PEDRO.—(Le da el brazo.) Agárrate... valiente.

ABELARDO.—Más despacio, tío. Me falta la respiración.

DON PEDRO.—(Moderando el paso.) Hasta que te vayas acostumbrando... Aquí donde me ves, yo me siento con cuerda para muchos años.

ABELARDO.—Por de contado, aunque en este asilo está usted muy bien, deseará salir...

DON PEDRO.—Te diré. Aquí tenemos vida cómoda, casi regada. Pero yo soy hombre de altas miras... Me duele,

créelo, me duele que mis facultades de inteligencia estén ociosas... y naturalmente, mirando al bien de la Humanidad antes que al mío, no tengo inconveniente en ser Director.

ABELARDO.—(Aprobando sin comprender.) Director, sí; dirigir...

DON PEDRO.—Bien sabes que no soy egoísta; que mi deseo, mi deber, es coadyuvar á tus planes grandiosos.

ABELARDO.—Bien, tío: volverá usted á la vida activa...

DON PEDRO.—Más que activa, será, lo que se dice, vertiginosa. Será preciso andar de cabeza, recorrer la Europa entera en busca de todo adelanto, de toda innovación, de todo progreso.

ABELARDO.—(Compadecido.) ¡Pobre tío! ¿Pero no se cansará demasiado?

DON PEDRO.—¿Cansarme yo? No tienes ni remota idea de mi vigor físico y moral.

ABELARDO.—Sin duda ha estudiado usted bien la materia.

DON PEDRO.—¿La materia? Y tanto como la materia, el espíritu... Ya lo habrás notado en mis escritos. (Detiéndose Abelardo con muestras de confusión.) ¿Pero no has leído mis artículos...? Mis artículos *Caridad integral*, *La vejez*, *ilusión de vida*.

ABELARDO.—¡Ah, sí! (Dándose un golpe en la frente.) Sí, tío, sí. ¡Pero qué tonto yo! Los leí. ¡Admirables trabajos! ¡Qué elevación, qué profundidad!

DON PEDRO.—Pues yo te aseguro que tendrás en mí el auxiliar más entusiasta de tu grandiosa idea.

ABELARDO.—Lo creo. (Abstraído.) Las ideas grandiosas, ¿dónde están?

DON PEDRO.—En lo que llamaremos la ciudad encantada.

ABELARDO.—Aquí...

DON PEDRO.—No, allá. Lo que tú imaginas, yo lo ejecutaré. Tú eres la idea, yo la forma...

ABELARDO.—(Fascinado por el lenguaje de don Pedro.) Sí, sí: maestros seremos de la ilusión que imita la vida.

DON PEDRO.—Y á donde no alcance tu voluntad, alcanzará la mía. Sé dirigir, sé organizar, sé dar carpetazo á los años, y animar la vejez.

ABELARDO.—Mucho saber es ese, tío. ¿Cómo puede hacer tanto en tan corto tiempo?

DON PEDRO. — ¡Ah! yo me multiplico. El tiempo es mi esclavo. Yo discurro, yo escribo, yo invento historias y hago la historia real; yo amenizo la vida mía y la de los que me rodean; yo reparto la felicidad; yo convierto el cobre en oro, las penas en goces, y en medio de esta acción febril, mi descanso es hacer alguna conquistilla... ¿sabes? con fines de dulce amistad... El ideal, chico, el ideal. No puedo olvidar que soy profesor de juventud.

ABELARDO. — ¡Ay, tío de mi alma! (Con reír franco y placentero.) Me río. Hace cuatro años, digo, seis, que no he gozado el bien de la risa tonificante. Abrácame. (Don Pedro abraza con fuertes apretones.) Más, más. No sé qué tiene usted. Sus gracias y sus disparates, si lo son, que aún no lo sé, me subyugan... me confortan.

DON PEDRO. — Como que oyéndome te has remozado, Pareces otro.

ABELARDO. — Y lo soy. ¿Es ilusión, ó me siento en realidad aliviado de mis dolencias?

DON PEDRO. — Respiras mejor.

ABELARDO. — Sí. (Tentándose el cuerpo.) Y dolores que me atormentaban, se esconden, se disipan, huyen.

DON PEDRO. — (Con entusiasmo.) Hijo mío, mi contacto dulcifica tus males.

ABELARDO. — Sí, sí: yo también soy Minio.

DON PEDRO. — Tu apellido materno, el mío, es un emblema, un color, el rojo de la sangre.

ABELARDO. — El glóbulo rojo... Eso necesito. (Ríe con mayor efusión.) La risa me sofoca. (Requiere la silla.)

DON PEDRO. — Ríete, alégrate... descansa. (Abelardo se sienta.)

ESCENA VIII

Los mismos. — **LADISLADA**, que entra por la derecha.

LADISLADA. — ¡Ah, don Pedro!... Venía en busca de la Madre.

DON PEDRO. — Pase... ¡Oh, Ladisla...!

ABELARDO. — ¡Ah! ¿Es esa Ladislada, la novia de usted?

DON PEDRO. — (Dándose tono.) Sí. Lo sabes por Sor Bonifacia; por el Doctor, quizás. (Acércase á ella y le acaricia la barbilla.) ¿Verdad que es bonita?

LADISLADA. — (Avergonzada rechaza la mano de Minio.) ¡Ay, quite allá! ¡Qué descaró!... Señor, no haga caso. Este don Pedro desagera la mar. Es medio loco, y como aquél que dice, poeta.

ABELARDO. — Y de los buenos.

DON PEDRO. — Yo digo que Ladisla...a es la poetisa del buen comer.

LADISLADA. — ¡Qué pesadito se pone! Déjeme saludar á su sobrino para que no diga. ¿Cómo está, señor?

ABELARDO. — Yo... aliviadito... Parece que voy mejorando.

LADISLADA. — Pediremos á Dios que le dé completa salud.

ABELARDO. — Y que me dé la paz... junto á seres queridos...

LADISLADA. — Eso deseamos todos... paz y alegría junto á personas que nos agradan. (Con súbita idea y efusión.) Señor, si no se enfada, yo le pediré que no nos quite á don Pedro, que es aquí como aquél que dice popular; es la alegría, el tono fino y el alma de este cotarro de la vejez.

ABELARDO. — (Aparte meditabundo.) ¡La vejez dichosa!... Escarnio es esto de la juventud miserable. (Queda hondamente abstraído.)

DON PEDRO. — (Aparte á Ladislada.) Hicimos pacto de ideal amistad, de vida común en las adversidades y en las venturas. Y pues la suerte ha favorecido á Pedro Minio, Ladislada debe seguirle.

LADISLADA. — Quite, quite. Ni yo me voy de esta casa, ni usted tampoco. Ya me arreglaré para retenerle aquí. (La Her-

mana Vicenta entra por la derecha con una bandeja llena de copas, y pasa al jardín por la puerta del ventanal.)

ABELARDO.—(Recobrándose de su abstracción.) ¿Qué es eso?

LADISLADA.—El señor Marqués quiere que los viejos participemos de su banquete. Nos servirán un plato extraordinario, y en el jardín seremos obsequiados con café, dulces y *champagne*.

ABELARDO.—(Se levanta, va hacia el ventanal para mirar hacia afuera.) ¡Bendita casa, en que mora la suprema piedad!

LADISLADA.—¿Pues qué creía usted?

DON PEDRO.—Fíjate en estos ejemplos de misericordia para imitarlos, y si es posible superarlos.

LADISLADA.—(Viendo venir a Hortensia por la izquierda.) Silencio, que viene Marcolfa. (Al oír esto, Abelardo cae desplomado en un sillón.)

ESCENA IX

LOS MISMOS.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, que entran por la izquierda; SOR BONIFACIA, que viene del comedor. Asustados, Pedro Minio y Ladislada se retiran á la derecha.

HORT.—(Destemplada, impertinente.) Aquí estoy. ¿Y tú qué tal? Un siglo te estuve esperando. A poco más perdemos la misa. (Abelardo permanece taciturno.)

SOR BONIFACIA.—El señor Marqués y el Doctor están en el despacho terminando un trabajo. Bajarán en seguida.

HORT.—Les aguardaremos aquí. (A su marido.) No me has contestado á lo que te pregunté. ¿Cómo te encuentras?

ABELARDO.—(Mirando al suelo.) Mal... Tengo frío.

HORT.—¿Si hace calor!

ABELARDO.—Al abrirse la puerta para entrar tú, entré contigo una ola de frío.

HORT.—(Tocándole el rostro.) ¡Bah!... Imposible que sientas frío.

FANNY.—Es miedo... sensación refleja.

TERRANOVA.—Autosugestión.

ABELARDO.—Ahora tengo calor.

HORT.—(Tocándole otra vez.) Tampoco es verdad. Estás de buen temple.

FANNY.—Mamá, él sabrá lo que siente.

HORT.—No, hija, no lo sabe. Hasta para sentir dolores, necesita que yo se los apunte... ¿Has tomado la taza de caldo?

ABELARDO.—(Timidamente.) ¡Ay! se me pasó.

HORT.—¿Lo ves? No puedo dejarte solo.

SOR BONIFACIA.—Si nos hubiera pedido el caldo, al instante...

ABELARDO.—Ya es tarde.

HORT.—Tarde es ya para el caldo. Ya veo que con tu memoria no hay que contar. ¿A que no has hecho lo que te mandé al salir de casa?

ABELARDO.—(Como atelado.) Ya no me acuerdo.

HORT.—Que aprovecharas el pasar aquí la mañana para ver á tu tío, á ese tío casquivano y mujeriego que...

ABELARDO.—Si le tienes aquí. No me acordé de presentártelo. (Don Pedro avanza en actitud ceremoniosa: hace una reverencia.)

HORT.—¿Es este viejecito?... ya.

DON PEDRO.—(Iguándose.) Con perdón, mi vejez es como quien dice relativa, ó hasta cierto punto.

HORT.—Vamos, que usted se ha plantado... Hace bien. (Fijándose en Ladislada.) ¿Y aquella señora anciana?

FANNY.—Es Ladislada, la gran cocinera.

HORT.—Buena mujer, ¿está usted á gusto en la *Indulgencia*?

LADISLADA.—Sí, señora: esto es la gloria.

FANNY.—Como que viven en plena ilusión.

LADISLADA.—Según como se mire, señorita. Aquí está la verdad; fuera de aquí la mentira.

HORT.—¿Cómo es eso?

LADISLADA.—Dígolo porque aquí los viejos parecemos lo que somos, y en el mundo no son lo que parecen.

TERRANOVA.—¡Pero si aquí, según dicen, se pasan ustedes la vida en simulacros divertidos, parodiando la alegría, la riqueza, la juventud!

DON PEDRO.—(Queriendo intervenir.) Déjenme que explique...

LADISLADA.—(Con mirada y gesto le impone silencio.) Cállese el viejo zangolotino. (Alto.) En la *Indulgencia* comediamos, pero no engañamos.

FANNY.—¿Y esa ráfaga de Carnaval con que se divierten un día sí y otro no?

LADISLADA.—Carnaval hay por acá; pero no nos ponemos ca-reta, quiere decir, rostros postizos.

HORT.—¡Vaya que es desenvuelta y redicha la cocinera!

DON PEDRO.—(Asustado, aparte á su amiga.) Ladislada de mis entretelas, mire que esta Marcolfa es muy mala, y si nos peleamos con ella, ni á usted ni á mí nos llevará...

LADISLADA.—(Vivamente.) ¡Ni falta!

HORT.—(A su marido.) ¿Qué dices á esto, Abelardo?

ABELARDO.—(Completamente abrumado y sin voluntad.) No me entero de nada. Me he quedado sordo.

ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, EL DOCTOR, LA SUPERIORA, que entran por la derecha, segundo término.

MARQUÉS.—Señora mía, dispéñeme.

HORT.—Marqués, usted siempre trabajando. No sé si admirarle ó compadecerle.

FANNY.—Las dos cosas.

HORT.—Un hombre independiente, riquísimo...

MARQUÉS.—¿Pero cree usted que un régimen como el de esta casa, y sus complejos organismos, no dan mil quehaceres y cavilaciones?

HORT.—Sí, sí, lo comprendo. Y yo sería muy dichosa si pudiera imitarle. ¿Verdad, Abelardo, que le imitaríamos si pudiéramos? (Abelardo, medio alelado, mira á su mujer y vuelve el rostro.) ¿Verdad que tus dolencias nos embargan la atención, y no podemos pensar en otra cosa?

ABELARDO.—(Seca y lúgubrememente, sentado junto á la mesa central.) Mi trabajo es padecer.

FANNY.—(Con Terranova, detrás de la mesa.) Ninguna ilusión le arrastra, ningún estímulo le saca de su inercia.

HORT.—Vean ustedes por qué desmayamos en nuestro propósito.

MARQUÉS.—Pero me ha dicho Mariano que no desisten...

HORT.—Desistir, nunca.

FANNY.—Continuamos observando, aprendiendo.

HORT.—Hoy precisamente, después de misa, hemos recorrido algunas salas, y los recreos de la huerta. Por cierto que... Dispéñeme si le digo mi opinión con toda claridad. Soy muy franca.

LADISLADA.—(Aparte.) Dí que eres más fresca que la Cibeles.

MARQUÉS.—Diga usted cuanto piense.

HORT.—No acaban de gustarme las licencias que aquí disfrutaban los asilados, ni la imitación de los regocijos y locuras del mundo.

MARQUÉS.—Los huéspedes de la *Indulgencia* no son criminales; son pobres viejos inútiles y desamparados. En esta idea se inspiró la santa fundadora. ¿Que este sistema no es el único; que hay otros? Ya lo sé. Los respetamos sin entablar disputa sobre las excelencias del nuestro.

LADISLADA.—(Aparte.) Toma, y vuelve por otra.

HORT.—Perfectamente, Marqués. Usted proclama la libertad de opiniones; yo la libertad de planes. Los nuestros no son propiamente un sistema. Circunstancias alictivas nos han determinado á simplificar nuestro proyecto. ¡Ay! Después de mucho meditar, hemos acordado... lo primero evitarnos molestias, desazones y quebraderos de cabeza.

DOCTOR.—Muy bien. Es lo más humano.

HORT.—Lo segundo, no construir edificio. ¿Qué falta nos hace construir, si en España sobran locales para éste y otros objetos píos? Tampoco necesitamos personal, porque nos lo darán ya constituido.

DON PEDRO.—(Aparte, escamado.) Oído á la caja, que esto es grave.

HORT.—El millón de pesetas que destinamos á esta magna obra en servicio de Dios, lo entregaremos á los Reverendos Padres Capuchinos de la Paciencia (Súbita mueca y ceño fosco de don Pedro), los cuales se encargan de organizar y de instalar la institución en su propia casa, de adquirir el preciso material, de recoger los primeros asilados; todo ello bajo la inspección y consejo de un patrono, que podremos llamar *Director* (El rostro de don Pedro se ilumina), ó llamémosle *Comisario General*.

FANNY.—¿Y esa ráfaga de Carnaval con que se divierten un día sí y otro no?

LADISLADA.—Carnaval hay por acá; pero no nos ponemos ca-reta, quiere decir, rostros postizos.

HORT.—¡Vaya que es desenvuelta y redicha la cocinera!

DON PEDRO.—(Asustado, aparte á su amiga.) Ladislada de mis entretelas, mire que esta Marcolfa es muy mala, y si nos peleamos con ella, ni á usted ni á mí nos llevará...

LADISLADA.—(Vivamente.) ¡Ni falta!

HORT.—(A su marido.) ¿Qué dices á esto, Abelardo?

ABELARDO.—(Completamente abrumado y sin voluntad.) No me entero de nada. Me he quedado sordo.

ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, EL DOCTOR, LA SUPERIORA, que entran por la derecha, segundo término.

MARQUÉS.—Señora mía, dispéñeme.

HORT.—Marqués, usted siempre trabajando. No sé si admirarle ó compadecerle.

FANNY.—Las dos cosas.

HORT.—Un hombre independiente, riquísimo...

MARQUÉS.—¿Pero cree usted que un régimen como el de esta casa, y sus complejos organismos, no dan mil quehaceres y cavilaciones?

HORT.—Sí, sí, lo comprendo. Y yo sería muy dichosa si pudiera imitarle. ¿Verdad, Abelardo, que le imitaríamos si pudiéramos? (Abelardo, medio alelado, mira á su mujer y vuelve el rostro.) ¿Verdad que tus dolencias nos embargan la atención, y no podemos pensar en otra cosa?

ABELARDO.—(Seca y lúgubrememente, sentado junto á la mesa central.) Mi trabajo es padecer.

FANNY.—(Con Terranova, detrás de la mesa.) Ninguna ilusión le arrastra, ningún estímulo le saca de su inercia.

HORT.—Vean ustedes por qué desmayamos en nuestro propósito.

MARQUÉS.—Pero me ha dicho Mariano que no desisten...

HORT.—Desistir, nunca.

FANNY.—Continuamos observando, aprendiendo.

HORT.—Hoy precisamente, después de misa, hemos recorrido algunas salas, y los recreos de la huerta. Por cierto que... Dispéñeme si le digo mi opinión con toda claridad. Soy muy franca.

LADISLADA.—(Aparte.) Dí que eres más fresca que la Cibeles.

MARQUÉS.—Diga usted cuanto piense.

HORT.—No acaban de gustarme las licencias que aquí disfrutaban los asilados, ni la imitación de los regocijos y locuras del mundo.

MARQUÉS.—Los huéspedes de la *Indulgencia* no son criminales; son pobres viejos inútiles y desamparados. En esta idea se inspiró la santa fundadora. ¿Que este sistema no es el único; que hay otros? Ya lo sé. Los respetamos sin entablar disputa sobre las excelencias del nuestro.

LADISLADA.—(Aparte.) Toma, y vuelve por otra.

HORT.—Perfectamente, Marqués. Usted proclama la libertad de opiniones; yo la libertad de planes. Los nuestros no son propiamente un sistema. Circunstancias alictivas nos han determinado á simplificar nuestro proyecto. ¡Ay! Después de mucho meditar, hemos acordado... lo primero evitarnos molestias, desazones y quebraderos de cabeza.

DOCTOR.—Muy bien. Es lo más humano.

HORT.—Lo segundo, no construir edificio. ¿Qué falta nos hace construir, si en España sobran locales para éste y otros objetos píos? Tampoco necesitamos personal, porque nos lo darán ya constituido.

DON PEDRO.—(Aparte, escamado.) Oído á la caja, que esto es grave.

HORT.—El millón de pesetas que destinamos á esta magna obra en servicio de Dios, lo entregaremos á los Reverendos Padres Capuchinos de la Paciencia (Súbita mueca y ceño fosco de don Pedro), los cuales se encargan de organizar y de instalar la institución en su propia casa, de adquirir el preciso material, de recoger los primeros asilados; todo ello bajo la inspección y consejo de un patrono, que podremos llamar *Director* (El rostro de don Pedro se ilumina), ó llamémosle *Comisario General*.

- DON PEDRO.—(Con llaneza y alegría.) Es lo mismo.
- HORT.—Y la persona más indicada para ese alto cargo... ya lo adivinarán... (Expectación.) Es Abelardo, mi amado esposo.
- DON PEDRO.—(Aparte arrugando el ceño.) Abelardo. No está mal... Pero...
- HORT.—Pero como su delicada salud no le permite atender asiduamente á las obligaciones del patronato, dirección, ó como se llame... (A su esposo.) Sigue, Abelardo, que á tí te corresponde este nombramiento, para darle más autoridad.
- ABELARDO.—(Atalado.) ¿A mí?
- HORT.—Habla, hombre... (Despótica.) ¿No te acuerdas? Es lo convenido.
- ABELARDO.—(Con gran esfuerzo, vacilando.) Pero como mi delicada salud *etcétera*... me impide *etcétera*... vengo en disponer que me asista un secretario activo, inteligente...
- DON PEDRO.—(Aparte alegre, esperanzado.) Activo, experto... que posea la teoría y la práctica...
- ABELARDO.—Designo para ese cargo á la persona de mi familia más inepta... digo... ¡qué tonto! más apta...
- HORT.—¡Hijo, cómo estás hoy!... Seguiré yo... Se ha empeñado en nombrarme Secretaria... Pero... (Con fingida cordedad.)
- DON PEDRO.—(Turbalísimo, haciendo pabellón en su oreja.) No se oye... ¿Qué ha dicho?
- HORT.—Como la modestia es mi norte, y no me gusta figurar, delego mis funciones en mi querida hija y en el ilustre caballero Terranova, que pronto será su esposo... Ambos han estudiado á fondo este asunto cristiano y social. (Don Pedro Minio queda suspenso, paralizado y sin voz.)
- TERRANOVA.—(Con emoción y cierto énfasis oratorio.) Cúmpleme declarar, siquiera sea someramente, brevemente, mi gratitud á esta noble familia, no sólo por dar satisfacción y acogimiento á mis anhelos purísimos, vehementísimos, anhelos del corazón...
- ABELARDO.—Amén.
- TERRANOVA.—Sino por conferirme, en unión de Fanny, un elevado cargo, superior á mis méritos; un cargo, señores, que...

- FANNY.—Te embarullas, Pepe. Déjame á mí. Aceptamos agradecidos la Secretaría, y nos estrenaremos declarando la sagrada obligación de amparar decorosamente al tío de nuestro fundador, al ingenioso viejo don Pedro Minio, que, como es natural, pasará de esta casa á la nuestra.
- LADISLADA.—(Alto; vivamente.) No pasará, no pasará.
- DON PEDRO.—(Trémulo de emoción.) Aguardemos á ver...
- FANNY.—Tenemos en cuenta el parentesco...
- HORT.—El parentesco... Sigue tú, Abelardo.
- ABELARDO.—(Aturcido.) Me he quedado... mudo... No puedo hablar.
- HORT.—El señor de Minio será tratado con todo miramiento. Ha de saber que los Capuchinos se encargan de cuidar á los ancianos, de aleccionarlos, de dirigirlos hacia el bien. Y sepa, además, que nuestra fundación es exclusivamente para la ancianidad masculina. No creemos decente la convivencia de los dos sexos, ni aun en esa edad caduca y fría.
- DON PEDRO.—(Con acritud y enojo.) ¿Hombres no más? ¿Y allí voy á estar yo sin ver más que las caras tétricas de los Capuchinos, con sus barbas hasta aquí?
- HORT.—Así ha de ser.
- DON PEDRO.—¿Ni verá Hermanitas jóvenes y guapas como las de acá?
- FANNY.—(Jovial.) No verá más que frailes bien barbados que sepan hacerse respetar.
- DON PEDRO.—Dios sea conmigo.
- HORT.—Vivirá usted en la santa casa; se le dará trato de preferencia; vestirá con humildad decente.
- FANNY.—Comerá usted con los Padres... que se dan buena vida.
- DON PEDRO.—¿Y qué falta me hace á mí comer con esos Padres ó Abuelos, ni qué saco yo de verlos delante mientras como? Perderé el apetito; me moriré de miedo, me moriré de hambre. (Todos ríen.)
- MARQUÉS.—¡Pobre Minio! No se conforma... no.
- DOCTOR.—¡Buena le ha caído!
- HORT.—Las conversaciones ociosas y livianas se prohibirán rigurosamente. Hablará usted algún ratito con los reve-

rendos frailes, y sólo de los temas que éstos quieran plantear. (Risas y burlas.)

LADISLADA.—(Burlona y triunfante.) ¡Ay, qué divertidísimo va á estar mi don Perico en el Asilo grandioso con todos los adelantos!

DON PEDRO.—(Desesperado.) Sobrino mío, señora Marcolfa... digo, doña Hortensia, señorita Fanny, ¿es que quieren hacer de mí un presidiario, un esclavo, un cadáver?

HORT.—¿Para qué quiere usted libertad y habladorías, pobre viejo inútil, si lo que á usted le conviene es tranquilidad, paz...?

DON PEDRO.—¡Lo que usted me ofrece no es vida tranquila, sino rabiosa; no es paz, sino muerte!... Señor Marqués de los Perdonés, señor Doctor y Hermanas queridas, vuélvanme á su gracia. Yo quiero alegría, comunicación con mis iguales, hablar, reír, comentar lo sucedido, referir lo verdadero y lo falso, convidar á un amigo, bromear con otro, jugar á juegos inocentes, perder y ganar; quiero la ilusión de la vida... ¿Pues qué, señoras y caballeros, el espíritu no es nada, el ideal no es nada, el amor, digamos la amistad, no son nada? Guárdense con mil demonios su fundación tétrica y barbuda. Yo no la quiero; no iré á esa prisión, no y no mil veces. Déjenme á la sombra de mis árboles de la *Indulgencia*.

LADISLADA.—(Palmoteando.) He ganado, he ganado.

DON PEDRO.—¡Desdichado de mí, que me dejé tentar de una ambición loca! «¡Director!» zumbó el diablo en mis oídos. Pedro Minio, Director... ¿de qué? ¡De esta engañifa marcolfiana y capuchinesca! Y más ciego que un topo, no hice caso de la que quiso desengañarme, de ésta mi compañera y amiga. ¡Oh, Ladisla...a! Tú eres la mujer sabia, el iris de paz, la rosa sin espinas; tú eres un ángel, una santa, la diosa Venus, digo... la diosa Razón... digo, no eres Diosa, sino la casta Susana y Dulcinea del Toboso...

HORT.—(Riendo.) ¡Jesús, qué hombre más desatinado! (Se levanta. El Marqués le ofrece el brazo.)

FANNY.—Es un socarrón con trastienda, ó un inocente gracioso.

HORT.—(Dirigiéndose con el Marqués al comedor.) Un rato nos han

divertido estos viejos... La fundación de usted es romántica; clásica la mía.

MARQUÉS.—¡Y tan clásica!

HORT.—¿Cuál, á juicio de usted, será mejor mirada en lo alto?

MARQUÉS.—La mía, señora. La de usted, permítame la franqueza, es deplorable, inhumana.

HORT.—Vamos á cuentas, Marqués. ¿No cree usted que la Humanidad es muy mala?

MARQUÉS.—No es buena... Pero usted quiere hacerla peor.

FANNY.—(Ofreciendo el brazo á Abelardo.) Vamos, papáito...

ABELARDO.—¿A dónde?

FANNY.—Al comedor.

HORT.—(Deteniéndose.) ¿Vienes ó no, impedimenta horrible? (Aparecen los viejos en la puerta del ventanal.)

ABELARDO.—Yo me quedo aquí. Yo no sigo á mi mujer. (Se vuelve hacia el ventanal.) Ancianos de la *Indulgencia*, quiero estar con vosotros.

DOCTOR.—(Cogiéndole del brazo.) Abelardo, ¿ha perdido usted el juicio?

ABELARDO.—No lo pierdo, lo gano. Acójame en la *Indulgencia*. Quiero morir aquí.

DON PEDRO.—(Abrazándole.) ¡Hijo mío!

LADISLADA.—Vendrá, vendrá con nosotros. (Entran los viejos.)

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos de la escena anterior.—POLIDURA, MILAGROS, ETELVINA, PASCASIA, DON TELÉMAGO, BERDEJO. Hablan casi simultáneamente.

POLIDURA.—Que se quede.

MILAGROS.—Que nos le dejen. Criatura, venga acá.

ETELVINA.—Es nuestro premio gordo.

PASCASIA.—Nosotras le cuidaremos.

DON TELÉMAGO.—Amigo, aquí está el descanso.

BERDEJO.—Aquí la gente honrada.

SUPERIORA.—Por Dios, no alboroten. Vuélvanse al jardín.

HORT.—(Estupefacta.) ¿Qué dices? ¿Qué haces?

ABELARDO.—(Agarrándose á don Pedro y Ladislada.) Tío, Ladislada, sostenedme, dadme la voluntad que necesito para mi emancipación.

HORT.—(Imperiosa, tratando de llevarse.) Ven aquí. Apártate de esos desgraciados.

ABELARDO.—No quiero. Estoy en mi casa. Recobro mi personalidad. A pedazos, no de otro modo, me arrancarás de la *Indulgencia*.

HORT.—(Desabrida.) Marqués, ¿usted consiente...?

MARQUÉS.—Si don Abelardo quiere pertenecer á esta familia humilde, no puedo negárselo. Los estatutos permiten la admisión de enfermos incurables, que son ancianos prematuros.

HORT.—Mi marido es rico. Comprendo que su admisión no ofrezca dificultades.

MARQUÉS.—La riqueza es ciertamente un estorbo. Si al nuevo asilado le pesa, puede dejarla fuera, que aquí no se necesita.

HORT.—(Irónica.) Se te traerá tu ropa para que puedas asistir decorosamente á este teatro en los días de moda... dinero para que juegues, y pagues el café á tus compañeros.

ABELARDO.—Un notario es lo que has de traerme... Te cedo la mitad de mis bienes. Recíbela, Hortensia, en pago de mi libertad. De la otra mitad dispondré de acuerdo con mi tío y Ladislada, y le daremos la aplicación que mejor nos cuadre.

DON PEDRO.—(Oficiosamente.) Justo: dispondremos, resolveremos... según nos acomode...

HORT.—La mitad para mí... Indemnización muy natural por mis desvelos y sacrificios...

DOCTOR.—(A las Hermanas.) ¡Valiente pécora!... ¡Y todavía chillará!

HORT.—Señor Marqués, pienso que podremos almorzar tranquilamente... (El Marqués le ofrece de nuevo el brazo.)

ABELARDO.—A mí me servirán en el jardín, con mis nuevos amigos.

VIEJOS.—Sí, sí... venga.

HORT.—(Con afectada expresión de setimiento, llevándose el pañuelo á los ojos.) ¡Ah, ingrato, ingrato!

ABELARDO.—Soberbia y vana mujer, debo decirte... (Falto de respiración.) No puedo. Contéstele usted, tío.

LADISLADA.—Sí: hable, don Pedro, para que todo concluya en santa paz.

DON PEDRO.—(Adelantándose.) Señora sobrina, señorita y caballero: deslumbrado por mi fantasía, quise ir con vosotros, persiguiendo un ideal de caridad. Pero el ideal está aquí. Mi engaño ha servido para desengañar á este infeliz, á este mártir, que viene á participar de la paz y de la dulce alegría de nuestra casa. Hermanos, acogedle, abrazadle con amor. (Abelardo abraza á viejas y viejos, uno por uno.)

VIEJOS.—Sí, sí... Es nuestro.

DON PEDRO.—Volved á vuestro mundo, donde disfrutáis el poder, la riqueza y los goces sin medida, y dejadnos en este amado retiro, donde gozamos la ilusión de lo que tuvimos ó de lo que nos faltó en los mejores años. Aquí la suprema piedad nos ha dado la paz, la fraternidad y el santo amor á la vida, todo lo que Dios ha concedido á la humanidad, para que sea menos doloroso su paso por este mundo.

FIN DE LA COMEDIA



VOLUNTAD
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA: TOMOS EN 8.º A DOS PESETAS

Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartin.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Toda la obra, pagada en la Administración, 125 y 155. Idem a plazos, 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y a plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas a peseta cada uno.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

TOMOS EN 8.º

Doña Perfecta.—Un tomo, 2 ptas.
Gloria.—Dos tomos, 4 pesetas.
Marianela.—Un tomo, 2 pesetas.
La familia de León Roch.—Tres tomos, 6 pesetas.
El amigo Manso.—Un tomo, 3 ptas.
La desheredada.—Dos tomos, 6 pts.
El doctor Centeno.—Dos tomos, 6 pesetas.
Tormento.—Un tomo, 3 pesetas.
La de Briñas.—Un tomo, 3 ptas.
Lo prohibido.—Dos tomos, 6 ptas.
Fortunata y Jacinta.—Cuatro tomos, 12 pesetas.

Miau.—Un tomo, 3 pesetas.
La Incógnita.—Un tomo, 3 pesetas.
Realidad.—Un tomo, 3 pesetas.
Ángel Guerra.—Tres tomos, 9 ptas.
Tristana.—Un tomo, 3 pesetas.
La loca de la casa.—Un tomo, 3 pts.
Torquemada en la cruz.—Un tomo, 3 pesetas.
Torquemada en el purgatorio.—Un tomo, 3 pesetas.
Torquemada y San Pedro.—Un tomo, 3 pesetas.
Nazarin.—Un tomo, 2 pesetas.
Halma.—Un tomo, 3 pesetas.

La Fontana de Oro.—Novela histórica del memorable período de 1820 á 1821 (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.
El Audaz.—Historia de un radical de antaño (1804) (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.
Torquemada en la hoguera etc.—Tomo en 8.º, 3 pesetas.
La Sombra, Celin, Tropiquillos, Theros.—Tomo en 8.º de 360 págs., 2 ptas.

Realidad.—Drama en cinco actos, arreglo de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.
La loca de la casa.—Comedia en cuatro actos, 2 pesetas.
La de San Quintín.—Comedia en tres actos, 2 pesetas.
Los Condenados.—Drama en tres actos y un *Prólogo*, 2 pesetas.
Voluntad.—Comedia en tres actos, 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la casa editorial *La Guirnalda*, San Mateo, 11 duplicado, bajo, Madrid.

VOLUNTAD

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 20 de Diciembre de 1895.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FELIX REYES"
Año. 1920 MONTERREY, MEXICO

MADRID

Establecimiento tipográfico LA GUERNALDA
CALLE DE LAS POZAS NÚM. 12

1896

PERSONAJES

ACTORES

ISIDORA.....	Srta. Guerrero.
DOÑA TRINIDAD.....	Sra. Dominguez.
TRINITA.....	Srta. Blanco.
ALEJANDRO.....	Sr. Díaz de Mendoza.
DON ISIDRO BERDEJO.....	» Jiménez.
DON SANTOS BERDEJO.....	» Carsí.
SERAFINITO.....	Srta. Va'divia.
LUENGO, corredor.....	Sr. Cirera.
DON NICOMEDES, prestamista.....	» Díaz.
BONIFACIO, dependiente.....	» Mendiguchia.
LUCAS, ídem, íd.....	» López Alonso.
UN COBRADOR.....	» Torner.

Director de escena: RAFAEL M. LIERN

La escena en Madrid, calle Mayor.—Época contemporánea.

ACTO PRIMERO

Trascurrida de un establecimiento comercial.



- (a) Puerta que comunica con la tienda y el almacén.
- (b) Puerta que conduce á las habitaciones de los dueños del establecimiento.
- (c) Puerta por donde se sale al portal de la casa.
- (d y e) Mesas grandes, sobre las cuales hay multitud de cajas, piezas de tela, vasos japoneses y otros objetos de comercio.
- (f) Mesa con los libros, papeles y utensilios de escribir de una casa de comercio.

(g) Velador.

(*) Sillas.

Derecha ó izquierda se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

DON ISIDRO, en la mesa, examinando un libro de cuentas, DOÑA TRINIDAD, en el centro, sentada; junto á ella, DON NICOMEDES, sentado como en visita, LUENGO, en pie.

ISIDRO (Dando un gran suspiro, cierra el libro de cuentas.) Si Dios no hace un milagro, no hay salvación para mi casa.

TRIN. (Aflijida.) ¡Jesús nos valga!

LUENGO Querido don Isidro, ánimo. Una retirada honrosa, como dijo el otro, vale tanto como ganar la batalla.

NICOM. Justo. El valor es plata, la prudencia oro. ¿Que no puede usted vencer? Pues se retira en buen orden, y...

LUENGO Y acepta el traspaso que le propuse.

TRIN. ¡Traspasar, rendirse cobardemente! ¡Ay, si viene la miseria no es decoroso que nos entreguemos á ella sin lucha!

ISIDRO (Con gran abatimiento.) ¡Luchar! ¡Qué bonito para dicho! Pero, en fin, luchemos, alma, luchemos. (Reanimándose.) Cierto que aún podríamos... Luen-go querido, don Nicomedes, yo veo un medio de salir á flote, con paciencia, y tiempo por delante... pero necesito del concurso de los buenos amigos...

LUENGO Don Isidro de mi alma, doña Trinidad, bien saben que les quiero como un hijo... ¡Ah, si yo tuviera capital, ya estaba usted salvado! Pero es público y notorio que mis corretajes no me dan más que lo comido por lo servido. El amigo don Nicomedes, á quien hablé esta mañana de parte de usted, ha tenido la bondad de venir conmigo para manifestarles...

ISIDRO ¿Qué?

NICOM. Que lo siento mucho, amigo Berdejo, que lo siento en el alma... Pero me coge sin fondos, absolutamente sin fondos.

ISIDRO ¡Todo sea por Dios! (Con amargura.)

NICOM. (Con afectación de cariño.) Bien sabe que le quiero como un hermano...

TRIN. Sí, sí; todos nos quieren como hermanos, como hijos, pero nos hundimos, y no hay quien nos alargue una mano, un dedo, para que nos agarrremos y podamos salir...

NICOM. ¿Qué más quisiera yo, mis amigos del alma!... (Dudando.) En último caso...

LUENGO (Aparte á don Nicomedes, pasando á la izquierda.) Cuidado; no ablandarse.

NICOM. Imposible, imposible... Busque por otro lado... ¿Por qué no intenta usted algo con su vecino del entresuelo, el amigo Morales?

TRIN. ¡Oh! Morales no hace préstamos.

ISIDRO Es triste cosa que un establecimiento como éste, tan acreditado, tan antiguo, haya existido más de un siglo con vida próspera y robusta, para venir á deshacerse en las manos del último de los Berdejos, tan honrado como el que más.

NICOM. Como el primero, eso sí. Digno sucesor de los honradísimos, de los intachables Berdejos.

ISIDRO Siempre cumplí fielmente mis compromisos. He favorecido á cuantos amigos se acercaron á mí en demanda de apoyo...

LUENGO (Interrumpiendo.) Ahí, ahí duele... En el comercio, queridísimo don Isidro, no hay enfermedad más peligrosa que el reblandecimiento... del corazón.

NICOM. Sí, sí. Yo digo que la bondad, la excesiva bondad y confianza pesan mucho. Son como el oro. Nada; que forrado en esas virtudes, se va uno al fondo.

LUENGO (Riendo.) Está bien.

ISIDRO Como quiera que sea, queridísimo don Nicomedes, venga usted en mi ayuda.

NICOM. ¡Oh! Si pudiera... ¿Qué mayor satisfacción para mí!... Pero crea usted que...

LUENGO A decidirse pronto. Traspase el establecimiento en los términos que le indiqué...

TRIN. No, no. Lucharemos aún. ¿Verdad, Isidro?

ISIDRO (Muy abatido.) Sí... luchar... (Irresoluto.) No sé... Dejarme... Estoy loco.

TRIN. (Viendo entrar por el foro izquierda á Trinita y Serafinito.) ¡Oh! aquí están ya mis niños. (Va á su encuentro.)

ESCENA II

DICHOS: TRINITA, SERAFINITO, que vienen por el foro, vestidos con relativa elegancia.

LUENGO (Por Trinita.) ¡Qué elegantita, la niña de la casa!

TRINITA (Saludando.) Don Nicomedes...

NICOM. ¡Qué monada de chiquilla!

LUENGO (Por Serafinito.) ¡Y dónde me deja usted á este sabio en leche!

SERAF. Quitá allá, ¡bruto! (Con desprecio.)

NICOM. (Saludándole.) Serafin, casi casi estás hecho un hombre. (Serafinito lo saluda con frialdad.)

TRINITA Papá, el tío Santos ha venido del pueblo esta mañana. ¿Cómo no está aquí? (*)

ISIDRO (Distráido.) No sé...

LUENGO Si; yo le ví entrar en su jaco por la calle de Toledo...

TRIN. Es raro que no esté ya en casa.

ISIDRO Ya parecerá.

TRIN. (Á Trinita cariñosamente.) ¡Y qué tal? ¡Venís de casa de las de Cabrales? ¿Cómo va ese ensayo?

TRINITA Divinamente.

TRIN. ¿Acordado ya el programa del concertito?

LUENGO ¡Dichoso programa! Mis sobrinas me traen loco. Purita rompe plaza con la *Marcha fúnebre*.

TRINITA Rosario Cuadrado canta el *Non possó vivere* que le acompaño yo.

LUENGO Y tú tocas el *Nocturno* de Chapa.

TRINITA De Chopin... Luégo la *Danza Macabra* á cuatro manos... Esta noche, no hay remedio... tengo que volver á ensayar. Pero el señorito este dice que no puede llevarme.

ISIDRO ¿Cómo no?

SERAF. (Gravemente.) Papá, no puedo.

(*) Luengo, don Nicomedes, Serafinito, doña Trinidad, Trinita, don Isidro.

LUENGO ¡Ah! es verdad. El chiquitín habla esta noche en el *Círculo histórico literario*.

NICOM. Sí; ya lo decía anoche el periódico: «tiene pedida la palabra el joven orador don Serafín Berdejo»

ISIDRO Ah, sí... la discusión de la Memoria de tu amigo Porras.

SERAF. Sobre la Solidaridad de las funciones sociales. Anteanoche, Pepe Canseco, que se metió en la Antropología Criminal, me aludió de un modo tan transparente... Me llamó «el ilustre degenerado...» Porque yo soy un lombrosista furibundo.

TRIN. ¡Qué rico! Eres *lombrocista*... ¡Qué criatura, qué prodigio!

ISIDRO Me dan miedo estos chicos del día. Nacen sabiendo lo que antes ignoraban los viejos más estudiosos.

TRIN. Pues niña, esta noche, tu hermano no puede acompañarte... Ya ves...

TRINITA (Displicente.) ¡Y me fastidio yo por estas simplezas de los discursos de sonsonete, y de las Memorias pegadas con saliva?

SERAF. Simplezas tus conciertos, y tus soirées de niñas cursis. Unas aporrean teclas, otras imitan el canto de los grillos, y todas han declarado la guerra á la musa Euterpe, y á los tímpanos de la pobrecita humanidad.

TRINITA Cállate, sabibondo huero, mico de la Filosofía, y de la Antropo... potro... no lo digo.

SERAF. Cállate tú, lumbreira de la ignorancia, oráculo de la insustancialidad...

TRIN. (Apaciguándoles.) Vaya, no reñir. Vete á estudiar el *Nocturno*, y tú á prepararte...

TRINITA ¡Qué fastidio! Este lo que quiere... (Siguen disputando.)

SERAF. Es ella la que...

TRIN. ¡Silencio! (Llévándoles hacia la izquierda.)

TRINITA No se le puede aguantar.

TRIN. Juicio, niños. Mirad que no estamos hoy para

bromas. (Van los dos hermanos hacia la puerta de la izquierda riñendo. Doña Trinidad trata de calmarles amorosamente. Sale Bonifacio, que se dirige á don Isidro. Luengo y don Nicomedes bajan al proscenio.)

ESCENA III

DICHOS, menos los dos chicos; BONIFACIO

ISIDRO ¿Qué buscas?
 BONIF. Muselinas negras.
 ISIDRO Me parece que aquí... (Busca en la anaquelera del pasillo del fondo.)
 LUENGO (Con don Nicomedes en el proscenio.) Francamente, temía que usted se ablandara...
 NICOM. ¿Yo...? Me llamo Guijarro.
 LUENGO Porque esta pobre gente se hunde.
 NICOM. Y no hay más que dejarles bajar, dejarles caer, y cuando estén en tierra, ya entrarán en razón.
 LUENGO Y traspasarán, no lo dude usted, en condiciones ventajosísimas...
 NICOM. Para nosotros... y para ellos también... pues ¿a qué más podrían aspirar?... (Contemplando al local.) ¡Hermoso establecimiento! y abarrotado de artículos de Europa y Asia.
 ISIDRO (Cansado de buscar.) Veamos aquí. (Pasa con Bonifacio á la mesa de la derecha.)
 NICOM. ¿Y no podría suceder que recibieran auxilio de la otra hija, Isidora?
 LUENGO Imposible. No se tratan con ella.
 NICOM. (Dudando.) Hum. ¿Estás seguro? Lo averiguaremos.
 ISIDRO (Con displicencia.) Pues se acabaron. Dí que no hay. (Vase Bonifacio. Vuelve don Isidro al proscenio, y doña Trinidad, después de despedir á los chicos por la izquierda.)
 TRIN. ¡Ay, qué criaturas!
 LUENGO Están ustedes babosos con los tales críos (*).
 ISIDRO La niña es una monada, tan finita y tan...

(*) Luengo, don Nicomedes, doña Trinidad, don Santos.

TRIN. El niño sí que es mono, con tanto talento, y ese pico de oro... Otro más oradorcito no le hay á su edad.
 NICOM. Sí, monísimos los dos. Pero yo le diré á usted, amigo don Isidro, si no se enfada, que este par de mocosos, el uno con su ciencia de huevito pasado, la otra con sus tocatas y sus perifollos, no valen para descalzar el zapato á la hija mayor de usted... ¡ah! aquella Isidorita tan reguapa, tan simpática y hacendosa...
 ISIDRO (Anigido.) ¡Ay, amigo mío!
 TRIN. ¡Hija de mi alma!
 NICOM. Sí, ya sé cuánto han sufrido ustedes...
 ISIDRO Es como si la hubiéramos perdido, perdido para siempre.
 TRIN. (Deseando cortar la conversación.) No nos hable usted... por Dios...
 ISIDRO Renueva usted la tremenda herida.
 TRIN. ¡La queríamos tanto!...
 ISIDRO La adorábamos.
 NICOM. Y que lo merecía.
 ISIDRO Porque usted no puede figurarse, señor don Nicomedes, mujer de cualidades más extraordinarias.
 LUENGO Un talento de primer orden.
 TRIN. Y á más del talento, una energía colosal.
 LUENGO ¡Y una gracia! ¡Ay, qué gracia, y qué ángel, y qué...!
 ISIDRO ¡Y una disposición para todo!... Hace dos años, cuando caí malo, tomé á su cargo el establecimiento, y llevaba los negocios de un modo admirable. Mejor, mejor que yo.
 NICOM. Lo creo.
 TRIN. Y para mí era un descanso... porque gobernaba la casa... vamos, mejor que yo misma.
 NICOM. También lo creo. Y de la noche á la mañana, el amor, el gran disolvente, vino á trastornar todas esas perfecciones y á reducirlas á cero.

- ISIDRO Como por brujería ó encantamento, sí. Aquella hijita tan buena, aquélla que parecía la razón misma hecha mujer, ve á un hombre en casa de nuestros amigos los Vallejos, le habla, le trata dos ó tres semanas, se enamora de él pérdida-mente, se ciega, enloquece...
- TRIN. Y llega hasta el extremo de huir de nosotros, de abandonar padres, familia, esta honrada casa...
- NICOM. ¡Qué desdicha! Y el tal es Alejandro Hermann, hijo de aquellos alemanes que tuvieron el negocio de maquinaria...
- LEENGO Un sonámbulo, con la cabeza llena de fantasma-gorías, palabra engañadora, buena figura... simpático él, eso sí.
- NICOM. ¡Hombre rico?
- ISIDRO Así parece.
- LUENGO Heredó un buen capital. Pero como no mira por sus intereses, y es una mano rota, ya se le ha filtrado más de la mitad. No piensa más que en cosas de esas... de esas que no se ven, que no se tocan... en toda esa música que anda por los espacios imaginarios.
- NICOM. Pues á ese paso...
- LUENGO Gasta, se divierte, viaja, sueña despierto, adora la música, los cuadros, los libros que hablan de... de... de todo aquello que no se ve, vamos.
- NICOM. ¿No es ese el que tiene su dinero en poder de Guevara?
- LUENGO Justamente.
- NICOM. (Á don Isidro.) Y jamás le pide cuentas ni se ocupa... ¿qué le parece?
- ISIDRO No sé... A mí no me pregunte usted nada de ese hombre.
- TRIN. No nos tratamos.
- NICOM. ¿Pero de veras, no se tratan ustedes con su hija?
- TRIN. No señor... ¡no faltaba más!
- ISIDRO Para nosotros, como si no existiera. Nuestra dig-

- nidad no nos permite transigir en ninguna forma con el oprobio.
- NICOM. A menos que el alemán se case...
- ISIDRO Cuando no lo ha hecho ya... (Con pena.) Yo les suplico que no me hablen más de... (Oyese la voz de don Santos.)
- SANTOS (Antes de salir grita en la tienda.) ¡Mis alforjas, gandules...! ¡Dónde están mis alforjas...!
- TRIN. ¡Ah! ya está aquí tu hermano.
- NICOM. El buen don Santos.
- ISIDRO Como siempre, alborotando la casa.

ESCENA IV

DICHOS: DON SANTOS

- SANTOS Mis alforjas... ¡Ah! aquí están... acabáramos (En la puerta del foro. Recibe las alforjas de manos de un dependiente.)
- TRIN. Hombre, no grites.
- ISIDRO A ver. ¿Qué traes ahí?
- SANTOS (Saludando fríamente.) Señores... (Saca un par de perdices de las alforjas.) Mirad.
- TRIN. ¡Qué hermosura!
- SANTOS Parecen pavas. Esta mañana las maté. (Saca otros dos pares.) Nos las pones estofadas.
- TRIN. Venga. (Recoge las perdices, y se va por la izquierda.)
- LUENGO ¡Bien por los grandes cazadores! ¿Y no convida?
- SANTOS Á tí no.
- NICOM. ¿Y á mí?
- SANTOS Tampoco. ¿Está bien que salga yo á despernar-me por esos campos, para que el fruto de mi trabajo y de mi habilidad vaya á parar á las manos del rico avariento? (Risas.) Ustedes, cazadores de negocios, cuando apuntan bien y ponen la res patas arriba, ¿me convidan á mí... é monedas de cinco duros?
- NICOM. ¡Já, já!... (Ríen don Nicomedes y Luengo.)
- LUENGO ¡Qué don Santos!
- NICOM. Siempre tan bromista...

SANTOS ¿Y qué tal? (Á su hermano.) ¿Se arregla eso?... ¿Estos señores...?

ISIDRO (Con tristeza.) No hemos hecho nada.

SANTOS (Con sarcasmo.) Naturalmente. (Á don Nicomedes.) Tiene usted sus capitales colocados... justo... lo mismo que yo, que todo mi dinerito lo tengo dado á rédito, en condiciones ventajosísimas, estupendas, fabulosas... Figúrese usted, don Nicomedes: poseo en Móstoles las finquitas que heredé de mi esposa... nada... cuatro terruños... una decencia pobre... ó una pobreza decente, como usted quiera. Pues todo lo que saco del trigo y de las patatas, lo pongo en un saquito...

LUENGO ¡Qué celebre!

SANTOS Y lo voy dando á los pobres del pueblo que lo necesitan... hasta que se acaba... y entonces ya no doy más. Dicen que esos dineros pasan á las arcas de Dios, y allí se constituyen en deuda consolidada, y que en bienaventuranza y gloria le dan luego á uno los intereses... á razón de tantos miles de millones por ciento. Con que ya ve... qué negocio se pierde usted.

NICOM. (Riendo.) ¡Famoso! ¡Qué viejo más salado!

SANTOS Con que, hermano mío, no te apures. Si viene la catástrofe, y se te cae la casa al suelo, ya sabes que en la mía de Móstoles, que es bien grande y desahogada, no faltará un hueco para vosotros, ni en la mesa las buenas calderadas de patatas, las riquísimas migas, el excelente cabrito... Luego salgo yo á dar un paseo con mi escopeta... y púm... la cena. Adoba todo esto con la paz del alma y la amenidad campestre, échale encima unos granitos de olvido, y un buen espolvoreo de conformidad con la voluntad de Dios, y tendrás la vida más deliciosa y más santa que un hombre puede soñar.

NICOM. ¡Bien, bravísimo...! Que se deje de imposibles luchas, y se retire á descansar.

LUENGO Que acepte el traspaso...

ISIDRO (Meditabando.) ¡Imposible!

SANTOS Con lucha ó sin lucha, querido hermano mío, tú nunca has de ser rico.

ISIDRO Ni lo pretendo.

SANTOS (Bruscamente, queriendo despedirse.) ¡Con que... queridísimos amigos...!

NICOM. ¿Pero nos echa?

SANTOS Como echarles, no, pero estoy deseando que se larguen. Tengo que hablar con mi hermano de un asunto reservado.

LUENGO En ese caso...

SANTOS De un asunto doméstico.

TRIN. (Que vuelve por la izquierda, y oye las últimas expresiones.) ¡Qué sorá!

NICOM. Don Isidro, no olvide que en caso de traspasar, yo...

SANTOS (Impaciente.) ¡Ea, despéjenme el terreno!

LUENGO Ya, ya nos vamos.

NICOM. ¡Qué don Santos! ¡Nos expulsa, después del increíble desaire de no querer convidarnos!

SANTOS ¡Hombre, no! Si fué broma. Vengan á probar las perdices.

NICOM. Sí que vendremos... ¡já, já!

SANTOS Me gusta á mí ver comer á los tacaños, que en las mesas ajenas despliegan un apetito formidable.

NICOM. ¡Já, já...! No lo dirá por mí, que en mi casa tengo un diente...

SANTOS Como que lo está usted aflando siempre... en las casas de los amigos... Vaya, adiós.

NICOM. Vamos ahora á ver á Rodríguez, que también traspasa.

SANTOS Sí; el abuelo se retira con más dinero que pesa.

TRIN. Pues si van á la tienda de Rodríguez, salgan por el portal. (Les indica la puerta de la derecha.)

LUENGO Sí, por aquí. Abur. (Dirigense á la puerta.)

ISIDRO (Llamando á Luengo.) Luengo, hijo mío...

LUENGO (Bajando al proscenio.) ¡Qué?

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GILLES"
25, LEZAMA 1000, BUENOS AIRES

ISIDRO Hazme el favor de pasar por el Juzgado, á ver si el Juez ha decretado el embargo.

LUENGO Creo que sí. Iré por la Escribanía. Pronto le traeré á usted alguna noticia.

ISIDRO (Apenado.) ¡Dios nos tenga de su mano!

LUENGO Hasta luégo. (Váanse Luengo y don Nicomedes por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

DON ISIDRO, DOÑA TRINIDAD, DON SANTOS

SANTOS ¡Adiós, canalla... cuervos que acudís graznando á donde os atraen los olores de muerte...!

ISIDRO (Impaciente.) Dí: ¿de qué querías hablarnos? (*)

TRIN. Has dicho: «de un asunto doméstico.»

SANTOS ¿Pero no lo adivináis?

ISIDRO Buena está mi cabeza para adivinaciones. ¿Es algo que pueda darme esperanza de solución?

SANTOS No es nada de negocios. (Por Doña Trinidad.) ¿A que lo adivina esta?

TRIN. ¿Será...? ¡Dios mío, lo que se me ocurre!

SANTOS ¡Que te quemas!

ISIDRO ¿Pero qué es, por los clavos de Cristo? (Muy impaciente.)

TRIN. Me da el corazón que es algo referente á nuestra hija.

ISIDRO ¡Oh! no quiero saber nada.

SANTOS Pues la pobre...

ISIDRO (Incomodado.) No quiero que me hables de ella, vamos, no quiero.

SANTOS ¿Y por qué no?

TRIN. Yo sí quiero que hable... (Con ansiedad.) A ver, dílo pronto.

SANTOS Pues... me escribió una carta. ¡Pobrecilla! ¡Es tan desgraciada! Hay que tener lástima.

ISIDRO No.

(*) Doña Trinidad, don Santos, don Isidro.

TRIN. Sí. Lástima por lo menos...

SANTOS Total: que ha caído de sus ojos la venda que la cegaba. ¡Ah! la amorosa fiebre, el ansia de lo ideal, enfermedad tan horrible como pasajera, y que se cura con otra dolencia, con un buen empucho de la realidad de las cosas.

ISIDRO Es tarde. En fin, ¿qué...?

SANTOS Que pues la tenemos sinceramente arrepentida, no debemos regatearle el perdón.

ISIDRO Santos, Santos, ya vienes tú con tus componendas. No transijo con la deshonra.

TRIN. Soy madre, y no puedo tener ese rigor. ¡Pobre hija de mi alma! ¿Pero está de veras arrepentida?

SANTOS Dejadme seguir. Fui á verla esta mañana en cuanto llegué del pueblo. ¡Infeliz muchacha! Ya ve claro su inmenso desvarío, y aquella inteligencia superior se ha despejado de las nieblas que la obscurecían. Voy, y me la encuentro en su ser antiguo. Parece milagro. Creí verla despertar de un sueño, recobrase de su estúpida embriaguez. Es otra vez tu Isidora, nuestra Isidora, tan simpática, tan dulce, tan inteligente...

ISIDRO Bheno, bueno, la perdonamos. Pero aquí no tiene que volver.

TRIN. Hay que pensarlo.

SANTOS No, si ya está pensado y resuelto. Volverá.

ISIDRO ¡Santos!

SANTOS ¡Isidro!

ISIDRO En mi casa mando yo.

SANTOS Tú mandas, sí... pero no te obedecemos.

ISIDRO (Incomodado.) ¡Digo que no!

SANTOS ¿Pero á qué te sofocas?

ISIDRO (Respirando con dificultad.) No me exasperes tú. Ya ves... Estoy que no puedo respirar.

SANTOS Calma, calma.

TRIN. Isidro, por Dios, que vuelva, que recobre nuestro afecto, y un puesto en esta pobre casa... Pues

si nosotros la rechazamos, ¿qué va á ser de esa infeliz?

ISIDRO Pero dime... Ese miserable...

TRIN. Ese bandido...

SANTOS Poco á poco... Ese hombre...

ISIDRO (Irritado.) Pero qué... ¿también eres capaz de defenderle?

SANTOS No le defiendo. Se ha portado mal, muy mal. Ya véis: contábamos con que al fin se casaría. Pero la niña se ha cansado de esperar, y ahora es ella la que le abandona á él, y jura y perjura que no quiere casarse con él ni con nadie.

ISIDRO ¡Y ese infame se quedará riendo! ¡Oh!

SANTOS Infame no; Yo le llamo desdichado, y sostengo que es más digno de lástima que de rencor. Cuando él era un jovencuelo, yo le trataba mucho. Como que era yo muy amigo de su padre, el bonísimo don Guillermo.

ISIDRO Un extravagante, un misántropo, que el día en que perdió su fortuna se pegó un tiro.

SANTOS Cabal. No se resignaba á ser pobre. Todo lo perdió y dijo: hago dimisión de la vida. Cada uno tiene su manera de ver las cosas. Yo soy benévolo hasta con los suicidas.

TRIN. ¡Jesús!

SANTOS También conocí á su hermano don Federico, tío de Alejandro, el que le dejó su riqueza...

TRIN. Pues la madre del seductor de mi hija, también debió de ser loca.

SANTOS Fué que le dió por aprender á volar. Se tiró por un balcón. ¡Pobre doña Margarita!

ISIDRO Familia de dementes, degenerados, idiotas, ó no sé qué... ¡Oh, qué rabia siento!

SANTOS Fuera rabia, fuera resentimientos. Preparaos á recibir á la hija pródiga, que vuelve al hogar.

ISIDRO Imposible, aquí no entra.

TRIN. ¡Isidro, por la Virgen Santísima!... Sí, sí, que venga. ¡Hija de mi alma! Tres meses que no la

hemos visto. (Le abraza.) Es nuestra hija, es buena. Ha padecido un grave error. Al error todos estamos sujetos. Perdonemos para que nos perdone Dios. (Llora.)

ISIDRO (Con viva emoción.) ¡Qué débil soy! Siempre haréis de mí lo que queráis.

TRIN. Que venga, sí. Pronto...

ISIDRO Tráela.

TRIN. No tardes. ¡Está lejos!

SANTOS No, muy cerca de aquí.

TRIN. ¡Oh, el corazón me dice que está cerca!... Aquí tal vez. (Mira hacia el foro. Aparece Isidora en la puerta izquierda de la tienda, y allí permanece inmóvil, apretándose el pañuelo contra los ojos.)

ISIDRO Aquí está... ¡oh!

TRIN. ¡Hija de mi alma! (Se echa á llorar, permaneciendo á distancia de ella.)

ESCENA VI

DON ISIDRO; DOÑA TRINIDAD, DON SANTOS, ISIDORA

SANTOS Pasa... no temas.

ISIDRO ¡Qué emoción! (¡Hija querida!... Disimularé. La dignidad es lo primero.) (Procurando dominar su emoción.)

SANTOS Entra, chiquilla. (Avanza Isidora lentamente con el pañuelo pegado á los ojos.)

TRIN. (Sollozando y secándose las lágrimas.) Tu falta es grave... Nos habíamos propuesto ser inflexibles... Pero no podemos olvidar que... Si tu arrepentimiento es verdadero...

SANTOS ¿Verdad, niña mía, que estás arrepentida, atrocemente arrepentida? (Isidora contesta afirmativamente con la cabeza.) ¡Y que reconoces que padeciste extravío, locura...?

ISIDORA (Sollozando.) Sí, señor.

ISIDRO (Esforzándose en aparecer sereno.) No volverás á ser lo que fuiste para nosotros.

- TRIN. Siéntate. (Presentándole una silla.)
SANTOS Descansa. No la atormentéis ahora. Ya véis cuánto padece.
TRIN. ¡Pobrecilla! (La hace sentar, y se sienta á su lado.) (*)
ISIDRO Por tí, hemos pasado grandes amarguras.
SANTOS Dejáos ahora de amarguras. No podéis negar que os alegráis de verla.
TRIN. Sí, sí... Vaya; no se llora más.
SANTOS Basta ya; no más lágrimas, no más pucheros.
ISIDRO Y sepámos ahora á qué se debe la sana resolución que has tomado.
SANTOS Pues... nada... que... En fin, quédese la historia para otra ocasión.
ISIDRO No, no: yo quiero saber...
TRIN. Es que al fin, algo tarde, abriste los ojos, y viste que ese malvado te llevaba al abismo. ¿No es eso?
SANTOS ¡Malvado! No exagerar. Exaltación en las ideas, una fantasía desenfrenada, falta de disciplina en la conducta, como persona criada con demasiada libertad...
ISIDORA Eso es. Carácter imposible, malvado no. Pero yo no podía seguir á su lado. Resistí, luché algún tiempo, creyendo, ó queriendo creer que mi error podía en sí mismo encontrar remedio. ¡Qué desengaño! Tomada la resolución de abandonarle, por dos ó tres veces no encontré vigor en mi espíritu para realizarla. Al fin, Dios quiso devolverme la voluntad en toda su fuerza, y cerré los ojos, y adelante, y esto se hace, y esto debe hacerse, y lo hice, y aquí estoy.
TRIN. Bien, hija, bien.
ISIDRO ¡Pero la causa determinante...? Celos quizás...
ISIDORA (Sollozando.) Pues... sucedió que... (Se levanta y va hacia su padre, á quien besa la mano. Siéntase en una silla próxima á la mesa.)
SANTOS Repito que no hacen falta historias ni lloriqueos.

(*) Don Santos, doña Trinidad, Isidora, don Isidro.

- ISIDRO ¡Qué locura, qué locura has hecho, hija mía! (*)
SANTOS ¡Dale!
ISIDRO Por lo mismo que eras tan adorable, tan juiciosa, que no parecía sino que el método, el don de gobierno, la gracia y la simpatía se habían encarnado en tí, por privilegio de Dios, por eso, por eso mismo fué más extraña la locura que te entró tan de improviso, como una infección contagiosa.
TRIN. Si, porque trastornarse la razón misma, y torcerse las voluntades muy derechas, son cosas que difícilmente tienen explicación.
SANTOS Pues son cosas muy naturales y que caen bajo el fuero de lo común. Un momento de debilidad, ¿quién no le tiene? Los santos pecaron, y los más rectos se torcieron alguna vez. San Pedro negó á Cristo, y el Santo Rey David... En fin, ya lo saben ustedes.
ISIDORA Yo reconozco mi error. No me disculpo. Vi en aquella persona un conjunto de cualidades, que me parecieron admirables, realzadas por una imaginación... ¿cómo diré? brillantísima, y una palabra tan, tan...
SANTOS Seductora, vamos.
ISIDORA Me arrastraba, me atraía con una fuerza poderosa, contra la cual nada pudo entonces mi razón, nada el respeto de mis padres, á quienes adoraba y adoro, nada tampoco la opinión del mundo. Todo se me empequeñecía ante la grandeza... ¿cómo diré...?
SANTOS Soñada.
ISIDORA Soñada; ante la grandeza soñada, ilusoria, de la persona que me llamaba, que me...
SANTOS Sugestión es eso.
ISIDORA Luego, en la realidad, ví todas las cosas de otro modo. ¡Ay! de las cualidades que yo soñaba, no

(*) Doña Trinidad, don Santos (betrás de la mesa), Isidora, don Isidro.

encontré más que algunas. Las reconozco y las reconozco. Otras no existían sino por obra y gracia de mi pensamiento; y en su lugar vi defectos gravísimos.

ISIDRO ¡Pobre víctima! Tan buena eres, que aún defiendes á tu verdugo...

TRIN. Y ves en él cualidades.

ISIDORA Porque las tiene: no puedo negarlo. Al separarme de él para siempre, porque gracias á Dios, he llegado á horrorizarme del deshonor, y á sublevarme contra la humillación, veo muy claro lo bueno y lo malo que hay en él, y lo juzgo con frialdad. No es un monstruo, no; no es un perverso; es un...

SANTOS Temperamento borrascoso.

ISIDORA Justamente. Y un soñador incorregible. (Siguen hablando madre é hija. Don Santos pasa á la derecha junto á don Isidro.)

ISIDRO (Aparte á don Santos.) Mira tú si es desgracia la nuestra. Ahora, con esta resolución de la niña, que hay que aplaudir... sí, hay que aplaudirla... se dificulta más el matrimonio. Ese pillo dirá: «Pues ella me abandona...»

SANTOS Deja, deja correr los acontecimientos.

ISIDORA (Á doña Trinidad.) No, mamá, yo no quiero casarme ya, ni con él, ni con nadie. Hoy no tengo más aspiración que vivir obscura y olvidada en un rincón de mi casa, procurando ayudar á mis padres, y hacerles olvidar la terrible pena que les he causado.

TRIN. ¡Pobre alma mía!

ISIDRO (Muy triste.) Vuelves á nosotros en circunstancias muy tristes.

ISIDORA (Levantándose resuelta.) Sí, he oído que la casa no anda bien. No hay que desanimarse. Yo os ayudaré.

ESCENA VII

DICHOS; TRINITA, SERAFINITO por la izquierda.

TRINITA (Que se sorprende y se corta al ver á su hermana!) ¡Isidora... ah!

SERAF. Mi hermana... (Cohibido.)

ISIDORA (Va hacia ellos, y don Isidro y doña Trinidad quedan al otro lado, proscenio derecha.) Yo soy, yo.

SANTOS Abrazad á vuestra hermana, tontos. (Se abrazan los tres. Queda este grupo con don Santos en el proscenio izquierda.) Teniais ganitas de verla, ¿verdad?

TRINITA Sí que las teníamos.

SERAF. Vuelves á casa... ¡qué alegría!

ISIDORA (Á Trinita.) ¿Y qué tal, estudias mucho?

SANTOS Ya se sabe todita la *Danza Macabra* á no sé cuántas manos.

TRINITA Estoy estudiando un *Nocturno* precioso para el concierto que dan el domingo las de Cabrales.

ISIDORA ¿Y tú? (Á Serafinito.) Ya sé que estás hecho un sabio.

SANTOS Y un orador capaz de volver tarumba al Verbo Divino.

SERAF. Hablo regular. Me voy soltando.

ISIDORA Ya he leído, sí...

SANTOS Ya le llaman *el joven pensador*.

TRINITA (Burlándose.) Y *el precocísimo filósofo*...

SERAF. Calla, simple.

SANTOS ¡Pero si para él la Filosofía es una antigualla! ¿Verdad, monín?

SERAF. Me gusta más la Sociología, la ciencia social. Mis ídolos son Durkheim, Novicow, Aquiles Loria, Greef...

TRINITA ¡Uy, qué nombres!

SANTOS ¡Pero estos muñecos del día lo que saben!

SERAF. (Á Isidora.) Oye: vas á decirle á mamá, yo no me atrevo, que me compre las obras completas de Lombroso, Garófalo y Mandsley.

SANTOS ¡Atiza! ¡Bueno está ahora tu padre para esas bromas!

ISIDORA Los negocios de la casa van mal. Es necesario que ayudemos todos.

TRINITA ¡Pobre papaito, cuánto cavila!

SERAF. Pues yo haré oposición á una cátedra, la ganaré, tendré mi sueldo, y...

SANTOS Sí, hijo, sí; gánala, aunque sea por intrigas, que los tiempos están mal. Si esto no se arregla, tendréis que veniros todos conmigo á Móstoles, á comer sopas de ajo. A tí (Serafita) te dedicaremos á la carrera eclesiástica. Tú (Por Isidora) serás maestra de escuela; y á tí, (Trinita) la perla de la familia, te casaremos con el hijo del Alcalde, un charrón muy bruto y que no cabe por esa puerta, pero que tiene mucho trigo... (Siguen hablando.)

ISIDRO (Á doña Trinidad, en el proscenio derecha.) Pues sí, me atormenta esa idea. Hace poco, cuando le hablamos de nuestra situación, dijo ella: «No desanimarse; yo os ayudaré.»

TRIN. Sí que lo dijo. A ver si has pensado lo mismo que yo.

ISIDRO Yo he pensado... No me atrevo á decirlo, porque si el pensarlo sólo me abochorna, el decirlo, figúrate...

TRIN. «Yo os ayndaré» quiere decir, «yo tengo dinero, y con él podréis salir de vuestros apuros.»

ISIDRO Eso quiso decir sin duda. Pero yo, primero pidó limosna por los caminos, que admitir dinero que nuestra hija recibió del hombre que nos ha deshonrado.

TRIN. Sí que es vergonzoso.

ISIDRO Si lo tiene, que se lo guarde.

TRIN. Es verdad. Interrogala tú. Dile, que si pretende salvarnos de la ruina con el precio de su deshonor, no podremos tenerla en casa.

ISIDRO Díselo tú. Mi conciencia se subleva.

TRIN. Es más propio que se lo digas tú... (Llamándola.) ¡Isidora!...

ISIDORA (Corriendo hacia ella.) ¡Qué, mamá?

TRIN. (Colibida.) Tu padre quiere hablarte.

ISIDRO (Asustado.) No, yo no... tu madre...

TRIN. ¡Yo! Pues yo tampoco me atrevo. No, no era nada... Que... (Don Santos continúa disputando con los chicos en el proscenio izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS; BONIFACIO, por el foro.

BONIF. Don Isidro, me piden sedas chinas en colores.

ISIDRO Creo que no hay.

ISIDORA ¡Que no hay? ¡Cuánto habéis vendido! Hace tres meses, había como unas doscientas piezas en el almacén.

ISIDRO Busca en el almacén. ¿Hay mucha gente en la tienda?

BONIF. Alguna hay.

ISIDRO Voy yo. (Vase don Isidro á la tienda, y Bonifacio sale por la puerta de la derecha.)

ISIDORA (Con doña Trinidad, en el proscenio, centro.) Y de las sedas crudas de medio ancho, bien me acuerdo, había en el almacén una existencia enorme.

TRIN. Se ha vendido mucho, según creo. En fin, no sé. Hija, hablemos de otra cosa.

SANTOS (Que ha sostenido una viva discusión con los chicos.) Vaya, me dejo conquistar por estos pillos, y les llevo á dar un paseo.

TRINITA ¡Qué gusto!

SERAF. ¡Bravisimo! (Aplaudiendo.)

TRIN. Me parece bien. Vayanse á dar una vuelta.

TRINITA Y de paso me compro el fichú que necesito. Voy por mi sombrero. (Vase.)

SERAF. Y entraremos un momento en la librería.

TRIN. Pero no pienses en comprar libros.

SERAF. No hace falta. Veo los títulos, hojeo un poco, leo los índices...

SANTOS Y esta noche largas un par de citas, y les dejas

con la boca abierta. ¡Buena está la ciencia en manos de estos angelitos...!

TRINITA (Que sale de sombrero, poniéndose los guantes.) Ya estoy.

SANTOS Con que... Me llevo á esta tropa.

TRIN. Y vuelvan pronto... Hasta luego.

SANTOS Adiós... Soy feliz con las criaturas. (Vanse por el foro.)

ESCENA IX

DOÑA TRINIDAD, ISIDORA, DON ISIDRO, que se asoma por la puerta de la tienda, y escucha y observa.

ISIDORA ¿Qué tienes que decirme?

TRIN. Nada, hija... (¡Qué trabajo me cuesta!) Hay algo que ha nublado la alegría de verte.

ISIDORA (Sorprendida.) ¿Qué, mamá?

TRIN. Cuatro palabras tuyas. Dijiste: «no hay que desanimarse; yo os ayudaré.»

ISIDORA (Sin comprender.) Con alma y vida.

TRIN. Pues si esa ayuda que nos ofreces, significa... ¡No, que vergüenza! Isidora, hija de mi alma, no podemos, no podemos admitir tu apoyo.

ISIDORA ¿Pero qué has creído? ¡Mamá, por Dios...!

TRIN. Como has vivido á lo grande, en atmósfera tan distinta de la modestia y rectitud que de nosotros aprendiste, has llegado á creer que el dinero lo resuelve todo. ¡Ay! el tuyo por la malicia de su procedencia, no nos sirve á nosotros más que para agravar nuestras desdichas.

ISIDORA ¡Dinero!... Pero, mamá, si no tengo nada; ni un céntimo. Todo cuanto allí disfruté, allí lo he dejado.

TRIN. Bien, bien. No queremos ver señal ninguna, ni rastro siquiera de nuestro deshonor.

ISIDORA Dinero, alhajas, vestidos, objetos preciosos regalados por él ó comprados por mí... todo se quedó allá... No he traído más que lo puesto, lo mismo que llevaba cuando fui...

ISIDRO (Que ha oído el diálogo, sale.) ¡Ah! ¡Ya respiro! Hija mía, eres grande en tu arrepentimiento. Así te quiero. (La abraza y la besa.)

ISIDORA Pero, papá querido, ¿es cierto que estás tan mal? Pues si de algún alivio puede servirte que yo trabaje hasta que no pueda más, cuenta conmigo. Ya sabes que cuando estuviste enfermo, no lo hice tan mal.

ISIDRO Pero aquéello era coser y cantar. Entonces todo iba como una seda. Ahora la casa se agrieta, se hunde...

ISIDORA Un espíritu diligente y valeroso puede mucho. El mío, que flaqueó en un solo caso, en uno solo, desconcertado por una pasión, ahora no flaqueará, yo te lo juro.

TRIN. (Que se ha sentado, abatida y cavilosa.) Con que me ayudes á mí, basta.

ISIDORA (A su padre.) Pero dime, ¿qué has resuelto ante el peligro?

ISIDRO (Confuso.) Nada... no sé... veremos...

ISIDORA Papá, ese «no sé», ese «veremos», han sido y son tu perdición. Yo no digo eso nunca.

TRIN. (Con desaliento.) Porque no estás, como nosotros, cansados de luchar inútilmente de dos meses acá.

ISIDORA ¿Tú también te acobardas?

TRIN. (Con muestras de fatiga.) Sí, no puedo más. El gobierno de la casa me abrumba. Somos ahora cinco de familia y cinco dependientes... No tengo ya cuerpo ni espíritu para tanto trajín.

ISIDORA (Con decisión.) Dame las llaves.

TRIN. (Dándole un manajo de llaves.) Tómalas.

ISIDORA Desde hoy, gobierno yo. (Doña Trinidad se ha levantado. A su vez, síntase don Isidro muy abatido.) Vamos, papá, no te amilanes.

ISIDRO ¿Qué pronto se dice!

ISIDORA ¿Y qué conflicto es ese que nos amenaza?

ISIDRO Pues no es cosa... Un embargo.

ISIDORA ¡Embargo!

- ISIDRO Sí. Salí fiador por Romualdo Samaniego. El pobreillo no puede pagar, y yo...
- ISIDORA Tienes que pagar por él.
- ISIDRO Justo. El acreedor no quiere dar prórroga, y en eso estamos.
- ISIDORA Pero en fin, ¿ese embargo?...
- ISIDRO Lo tengo por inevitable.
- ISIDORA ¿Cuándo?
- ISIDRO No sé... Mañana quizás.
- ISIDORA Pues hay que evitarlo, papá; evitarlo á todo trance.
- TRIN. ¡Hija, con qué frescura lo dices!
- ISIDRO ¿Y cómo, desventurada?
- ISIDORA Ahora digo yo como tú: «no sé, veremos...» Dime: ¿el establecimiento está bien surtido?...
- ISIDRO Eso sí.
- ISIDORA Tengo yo que ver... ¡Oh! No me parece imposible enderezarte, pobre casa mía, amparo y gloria nuestra, primerita de la China... y del mundo entero.
- ISIDRO ¡Enderezarla! (Con gran desaliento.) ¡Ay! Es demasiado peso para esta osamenta cansada y caduca.
- ISIDORA (Con entusiasmo.) La mía es vigorosa, y además, sangre joven, músculos de acero, nervios muy despabilados, y una inteligencia... que no es paja, aunque me esté mal el decirlo.

ESCENA X

DICHOS, BONIFACIO, que vuelve por la derecha con unas piezas de tela.

- BONIF. Pues sí, había sedas chinas en colores. Lo que no hay es sedas crudas de medio ancho.
- ISIDORA Tonto, si había tres fardos de ellas que no llegaron á abrirse, porque dijisteis que se le cedían á los Sobrinos de Gandiola.
- ISIDRO No se cedieron... me parece... (Recordando.)
- ISIDORA ¿Los habéis vendido?

- BONIF. No.
- ISIDRO Creo que no.
- ISIDORA (Con extrañeza.) Pero aquí nadie sabe nada. ¿Qué casa es esta? ¿Qué comercio es este?
- ISIDRO Los fardos, sí, allí están.
- BONIF. Pero son de percalinas ordinarias.
- ISIDRO (Dudando.) Habrá que verlo...
- TRIN. Pues sería gracioso que acertara ésta.
- ISIDRO Vamos allá. (Levantándose.)
- BONIF. No, yo iré. (Vase Bonifacio por la derecha.)
- ISIDRO Sí... no puedo moverme. (Se vuelve á sentar fatigado.) Luego, esta maldita asma... En cuanto me agito un poco, no puedo respirar (*).
- ISIDORA Pero, papá, con este abandono, ¿cómo quieres prosperar? ¡Si tus dependientes y tú mismo desconocéis lo que hay en la casa!
- ISIDRO (Con displicencia.) Hija, ¿tú qué sabes?
- TRIN. Déjala, hombre, déjala. ¡Vaya si sabe!
- ISIDORA Y juraría que tienes multitud de cuentas por cobrar. El mal antiguo de esta casa. La pereza de los cobros. Toda la diligencia la guardas para los pagos.
- ISIDRO Hija, bien comprendes que...
- BONIF. (Volviendo por la puerta de la derecha.) Tenía razón la señorita... He abierto los fardos, y son de sedas chinas.
- TRIN. ¡Oh!
- ISIDORA ¿Lo véis, lo véis?
- BONIF. Señora, yo...
- ISIDORA (Muy nerviosa, paseándose.) Y habrá más, mucho más, género riquísimo, mientras hacéis pedidos de mantas. Si digo que aquí no hay cabeza... Que no la hay, vamos, que no la hay.
- ISIDRO (Atorrido, levantándose.) Déjame; no acabes de volverme loco.
- TRIN. Pues sí, tiene razón la niña...

(*) Don Isidro, doña Trinidad, Isidora.

- ISIDRO (Incomodado.) Vete á la tienda .. y otra vez... que no vuelva á pasar. (Vase Bonifacio.)
- ISIDORA Papá, por Dios, déjame que mangonee, que me meta en todo... Quiero enterarme, disponer, gobernar...
- ISIDRO Bueno, entérate, dispón, gobierna cuanto quieras. Ojalá que tú...
- TRIN. (A su marido.) No le pongas trabas. Verás qué bien se desenvuelve. Tiene un talento y una energía...
- ISIDORA (Que ha ido al escritorio, y abriendo la carpeta, saca de ella un fajo de papeles.) ¿Pero qué es esto? ¿Cuentas por cobrar...?
- ISIDRO Echales un galgo.
- ISIDORA Lo que debe echarse es los tiempos al que no pague. (Examinando rápidamente las cuentas.) Pero si veo aquí casas, familias que pagan siempre muy bien. Es que os dormís, papá, es que lo dejáis todo para mañana, es que no servís para nada. (Al dejar las cuentas, da un fuerte golpe sobre la carpeta.)
- ISIDRO No... si se cobrarán... algunas, otras no... Habrá que esperar.
- ISIDORA El comercio no espera. (Coge un libro que examina rápidamente.) A ver el libro de facturas. (Viene al proscenio con el libro y lo hojea.) En el tiempo que yo lo llevé, mira, mira que clarito todo...
- ISIDRO Después... notarás algún desorden...
- ISIDORA (Hojasando.) ¡Jesús!... ¡Qué barbaridad!... (Lee.) Pañuelos alfombrados... doscientos, trescientos...
- ISIDRO Es que...
- ISIDORA (Con sorpresa y enojo.) Y aquí se ven algunos claros... partidas en que falta la cifra de precios... ¡Qué atrocidad!... ¡Qué desorden! (Llamando.) ¡Bonifacio!
- ISIDRO (Con timidez.) Hemos tenido tantos quebraderos de cabeza, que el libro de facturas no está como debiera. El género de la China, lo anotamos en otro libro. (Coge otro libro del escritorio y se lo da. Isidora lo hojea rápidamente.)
- BONIF. (Por la tienda.) ¿Qué manda?

- ISIDORA (Con autoridad bondadosa.) Mi padre debiera reñiros por tener los asientos tan descuidados. Esto es escarnecer el buen nombre de la casa, destruirla, deshonorarla, ¡la casa, Bonifacio, que es vuestra madre, y os da la vida, el pan!
- BONIF. (Asustado.) Nosotros, la verdad... somos pocos. ¡Hay tanto trabajo!
- ISIDORA ¡Tanto trabajo! Lo que hay es pocas ganitas de trabajar.
- TRIN. ¡Holgazanes!
- ISIDORA Ya, ya saldrá quien os haga sacudir la pereza.
- BONIF. (¡Vaya un geniecillo!...) Señorita, descuide, que ahora...
- ISIDRO Sí... todo se hará en regla... (A Bonifacio.) Ya ves, ya ves... Aprended...
- ISIDORA (Examinando el libro.) ¡Bueno, está todo! (Asombrada de lo que lee.) ¡Dios nos asista! Tenemos género de la China para un siglo.
- BONIF. ¿Me retiro?
- ISIDORA (Deja el libro, va al escritorio y saca las cuentas por cobrar, todo esto con mucha rapidez.) Aguarda... Os ha caído que hacer... Puesto que mi padre me permite mandaros, ya veremos si jugáis conmigo... ¡ingratos, que no miráis con interés la prosperidad y el crédito de la casa!... (Los donas Dependientes se asomnan asustados á las puertas del foro.)
- ISIDRO (Reprendiéndoles.) ¿Oís...? ¿eh?... lo mismo que os digo yo todos los días.
- ISIDORA (Revolviendo entre las cuentas y escogiendo algunas.) A ver... pronto... Manda á Pepe que vaya á cobrar estas facturas... Esta, ésta, esta otra... ¡Pronto... volandol... (Vase Bonifacio á escape con las cuentas. Se retiran los otros de las puertas.) ¿Y el libro de Caja?
- ISIDRO Aquí lo tienes. (Con indolencia.) ¡Por Dios, no marees!
- TRIN. Si no es marear, es enterarse...
- ISIDORA (Hojasando un libro pequeño.) Salidas, salidas... Aquí todo se vuelve salidas... No entra nada.

ISIDRO Te diré... Las entradas, las tengo yo bien fijadas en mi memoria.

ISIDORA (Lee.) Vencimientos... El día 15... Hoy... ¿Con que es hoy cuando vence...? (Continúa en el escritorio con don Isidro. Doña Trinidad en el proscenio.)

ESCENA XI

DICHOS; LUENGO por el foro.

LUENGO Isidora, bienvenida. (Con adulación.) Mi enhorabuena, queridísimos don Isidro y doña Trinidad. Ya sabía yo que habían recobrado ustedes á su adorada hija.

ISIDORA (Sin hacerle caso.) Gracias, amigo Luengo.

ISIDRO (Con ansiedad.) ¿Qué hay...? ¿Malas noticias?

LUENGO No serían malas, ciertamente, si usted aceptara el traspaso honroso que le propuse.

ISIDORA (Saliendo del escritorio.) ¡Traspasar, rendirnos! ¡Nunca!

LUENGO ¿Tú que sabes, ni qué dispones tú?

ISIDORA (Con firmeza.) Dispongo. Mi padre me permite aconsejarle en sus negocios, más que aconsejarle, dirigirle.

LUENGO ¡Ay, qué gracioso...! ¿Pero tú entiendes...?

ISIDORA Me parece que sí.

LUENGO ¡Vaya unas ínfulas que se trae la niña!

ISIDORA (Con autoridad, llamando.) ¡Bonifacio, Lucas! (Se asoman á la puerta los dos Dependientes.) Hoy mismo tenemos que hacer el inventario del género de la China. Veremos todos si es preciso.

ISIDRO ¿Inventario? No es mala idea.

TRIN. Sí, sí.

LUENGO A buenas horas, mangas verdes. Isidora, hija mía, no te tomes ese trabajo... Yo, que les quiero de veras...

ISIDORA Si usted nos quisiera de veras, nos ayudaría, en vez de echarnos el dogal al cuello.

LUENGO No soy yo quien lo echa, es el señor Juez, que ha decretado el embargo.

ISIDRO ¡Ay de mí!

TRIN. ¡Jesús me valga!

ISIDORA (Á sus padres.) ¡Valor, tesón, alma para afrontar las dificultades...!

ISIDRO ¡Pero, hija, si es imposible...!

ISIDORA Déjame á mí... ¿Me dejas, si ó no?

ISIDRO (Atrevido.) No sé... estoy loco.

TRIN. Que la dejes... Verás tú.

ESCENA XII

DICHOS; DON NICOMEDES, por el foro. Luego DON SANTOS. TRINITA y SERAFINITO, que entran con él, se quedan en el fondo, como asustados de lo que pasa, y hablan con los dependientes, que se asoman á las puertas. Desp. es UN COBRADOR de casa de Banca, con gorra galonada y cartera.

NICOM. Amigo mío, ya sabe usted por Luengo...

ISIDRO ¿Y cuándo?

NICOM. Mañana á la una se procederá al embargo. Por no querer seguir el consejo de un amigo desinteresado...

SANTOS (Que pasa al proscenio izquierda.) ¡Bien por los amigos desinteresados, que vienen á recoger el último aliento de la víctima...!

NICOM. ¡Oh, no...!

SANTOS ¡¡Canalla, víboras...!

ISIDORA Pues digo que el embargo... no se verificará.

LUENGO ¿No lo crees?

NICOM. ¿Lo duda? Pues aquí tenemos al cobrador de Ruiz Ochoa que está bien informado. ¡Eh, Felipe! (El Cobrador que estaba en la puerta de la tienda con los dependientes, entra, descubriéndose.) ¿Es ó no cierto que mañana...?

COBR. Desgraciadamente es cierto, señor don Isidro. Vengo de casa del escribano. Mañana á la una.

ISIDORA No hay embargo.

ISIDRO ¿Qué dices?

ISIDORA (Con energía.) ¡He dicho que no!

SANTOS ¡Anda, valiente!... Pílos, atreves con ésta.)

ISIDRO ¿Pero, hija, de dónde sacáremos...?
ISIDORA De aquí, de la casa. Con energía, con ingenio, con firmeza de carácter, aquí mismo encontraremos la salvación. (Asombro de todos.) Usted... ¡eh! ¿no es usted el cobrador de Ruiz Ochoa, á quien debemos...?

COBR. Sí señora.

ISIDORA Pues mañana á las doce... ¡á cobrar!

ISIDRO (Asustado.) ¡Hija!

ISIDORA Se pagará... He dicho que se pagará.

ISIDRO ¿Pero de dónde?

TRIN. ¿Cómo?

ISIDORA Aún no lo sé... Pero se pagará. (Estapor en todos.)

NICOM. (Pasando al lado de don Isidro.) ¿Pero está loca?

ISIDRO No sé... porque dinero no ha traído á casa.

NICOM. ¿No? (Asombrado.)

ISIDORA Pero he traído lo que hacía más falta aquí. ¿No sabéis lo que es? Ya lo iréis viendo (*).

FIN DEL ACTO PRIMERO

(*) { Don Santos y los chicos y dependientes.
{ Don Isidro, don Nicomedes, Luengo, Cobrador, doña Trinidad, Isidora.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

BONIFACIO arreglando cajas de pañuelos; después LUCAS y ALEJANDRO

BONIF. (Mirando por la izquierda.) Se ha ido á comer... ¡Ah, (Dejando de trabajar.) gracias á Dios que puedo respirar un poco!... ¡Qué mujer, qué actividad, qué ardor para el trabajo! Desde que se puso al frente de la casa, andamos de coronilla los pobres dependientes. Verdad que vemos y tocamos el fruto de su inteligencia y de su energía; y da gusto, sí señor, da gusto ver prosperar la casa en que uno aprende para comerciante... Vale la niña, sí señor, vale...

LUCAS (Por el foro.) ¡Bonifacio!...

BONIF. ¿Qué quieres, hombre?... ¿qué hay?

LUCAS Un señor en la tienda, que ya me tiene loco. Le he mostrado cien biombos, y aún quiere ver más, los mejores.

BONIF. Aquí están.

LUCAS ¡Si quiere entrar á verlos aquí! ¿Sabes que sospecho...?

BONIF. (Inquieto.) ¿Qué señas tiene? (Mirando hacia la tienda.) ¡A ver!... (Aparece Alejandro en la puerta del foro y examina el local sin traspasar la puerta.)

LUCAS Caballero, no se puede entrar aquí.

ALEJ. (Con alegría.) ¡Si está aquí Bonifacio! (Entra.)

BONIF. Allá le llevaremos los biombos.

ISIDRO ¿Pero, hija, de dónde sacáremos...?
ISIDORA De aquí, de la casa. Con energía, con ingenio, con firmeza de carácter, aquí mismo encontraremos la salvación. (Asombro de todos.) Usted... ¡eh! ¿no es usted el cobrador de Ruiz Ochoa, á quien debemos...?

COBR. Sí señora.

ISIDORA Pues mañana á las doce... ¡á cobrar!

ISIDRO (Asustado.) ¡Hija!

ISIDORA Se pagará... He dicho que se pagará.

ISIDRO ¿Pero de dónde?

TRIN. ¿Cómo?

ISIDORA Aún no lo sé... Pero se pagará. (Estapor en todos.)

NICOM. (Pasando al lado de don Isidro.) ¿Pero está loca?

ISIDRO No sé... porque dinero no ha traído á casa.

NICOM. ¿No? (Asombrado.)

ISIDORA Pero he traído lo que hacía más falta aquí. ¿No sabéis lo que es? Ya lo iréis viendo (*).

FIN DEL ACTO PRIMERO

(*) { Don Santos y los chicos y dependientes.
{ Don Isidro, don Nicomedes, Luengo, Cobrador, doña Trinidad, Isidora.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

BONIFACIO arreglando cajas de pañuelos; después LUCAS y ALEJANDRO

BONIF. (Mirando por la izquierda.) Se ha ido á comer... ¡Ah, (Dejando de trabajar.) gracias á Dios que puedo respirar un poco!... ¡Qué mujer, qué actividad, qué ardor para el trabajo! Desde que se puso al frente de la casa, andamos de coronilla los pobres dependientes. Verdad que vemos y tocamos el fruto de su inteligencia y de su energía; y da gusto, sí señor, da gusto ver prosperar la casa en que uno aprende para comerciante... Vale la niña, sí señor, vale...

LUCAS (Por el foro.) ¡Bonifacio!...

BONIF. ¿Qué quieres, hombre?... ¿qué hay?

LUCAS Un señor en la tienda, que ya me tiene loco. Le he mostrado cien biombos, y aún quiere ver más, los mejores.

BONIF. Aquí están.

LUCAS ¡Si quiere entrar á verlos aquí! ¿Sabes que sospecho...?

BONIF. (Inquieto.) ¿Qué señas tiene? (Mirando hacia la tienda.) ¡A ver!... (Aparece Alejandro en la puerta del foro y examina el local sin traspasar la puerta.)

LUCAS Caballero, no se puede entrar aquí.

ALEJ. (Con alegría.) ¡Si está aquí Bonifacio! (Entra.)

BONIF. Allá le llevaremos los biombos.

ALEJ. Déjame á mí de biombos. No han sido más que un pretexto...

BONIF. ¡Don Alejandro, por Dios!

ALEJ. Al fin entro... ¡Y qué?

BONIF. (Á Lucas.) Vete á la tienda.

LUCAS (El es sin duda.) (Vase.)

ESCENA II

ALEJANDRO, BONIFACIO

ALEJ. Te explicaré...

BONIF. No me explique usted nada, y considere que aquí no puede estar. No es prudente...

ALEJ. No será prudente, pero es preciso. Suceda lo que quiera, he de verla hoy mismo. Dos semanas hace que me abandonó. Esperaba yo que volviese á mí... pero ¡ay! tanto tarda, que no resisto más el deseo, la ansiedad de verla. ¿Está sola?

BONIF. ¡Si está con toda la familia! Hace un rato se han sentado á la mesa.

ALEJ. ¿Y don Santos? Ese me conoce: fué muy amigo de mi padre.

BONIF. Don Santos y don Isidro han ido á almorzar á casa de Rodríguez, el de la tienda próxima. Pueden venir de un momento á otro...

ALEJ. ¿Qué me importa! Todo lo arrostro, el escándalo, la violencia... (Con arrobo.) ¡Oh, aquí vive, aquí respira, aquí trabaja... y éstos son sus libros de cuentas! (Revolviendo en el escritorio, coge un libro, que abre.) ¡Oh, deliciosos números, materia vil: la mano de esa divina mujer os anima, os da existencia espiritual, hermosa, poética!... Su mano... sí... aquí la veo... su inteligencia reposada, su serenidad encantadora. (Besa con efusión el libro, y, muy abierto, lo aplica á su rostro.) ¡Oh, qué números! Me los bebería... (Dejando el libro.) Ríete de mí si quieres, Bonifacio, al verme hacer estas locuras.

BONIF. No me río yo de usted, señor don Alejandro.

Además, que ya estoy hecho á sus rarezas. Cuando yo era escribiente de su señor padre... ¿se acuerda?

ALEJ. Sí, hombre.

BONIF. Usted me quería mucho, me contaba cosas de novelas y dramas, y me enseñaba versos, y qué sé yo... Y cuando don Guillermo me reñía por cualquier falta, usted me defendía, y hasta se declaraba autor de mis travesurillas para evitarme el castigo.

ALEJ. Ya me acuerdo, sí. Pues ahora, si por permitirme estar aquí, te despiden los Berdejos, yo te colocaré con más sueldo, en otra casa.

BONIF. Bueno... convenido.

ALEJ. Con que... ¿podré verla...?

BONIF. ¿Aquí?

ALEJ. ¿Y á solas?

BONIF. Lo dado.

ALEJ. Entonces... tendré que volver...

BONIF. Calma. Si después de comer, doña Trinidad echara una siestecilla, y los chicos se pusieran á estudiar...

ALEJ. (Impaciente.) En fin, ¿qué debo hacer? ¿Vuelvo, ó me quedo?

BONIF. Aguarde usted á que concluyan de comer. (Mira por la puerta de la izquierda.)

ALEJ. ¿Tardarán mucho?

BONIF. Un ratito.

ALEJ. (Con afán.) ¡Ay, mis ojos anhelan su rostro, como el ciego la luz! Sin oír su voz, pareceme muda toda la Naturaleza. Quiero que hablemos, que riñamos, que nos arrojemos de boca á boca ternezas ó injurias.

BONIF. Según oí, parece que usted y ella no congeniaban... no casaban, como quien dice.

ALEJ. Pues por lo mismo, tonto, parecíamos destinados, ó condenados, como quieras, á eterna concordia.

BONIF. ¡Sí! ¡Cosa más rara!

ALEJ. Ella es el reposo, la exactitud, la apreciación clara y justa de las cosas visibles, la paz, la dulzura; yo la fantasía, el ensueño, el más allá, la hipóbole, la querencia del ideal... en fin, que somos el sí y el no, el alfa y la omega, el fin y el principio, y por lo mismo, del choque, de la fusión de nuestras almas, debiera resultar la perfectísima y hermosa síntesis... Pero tú no me entiendes... No sabes lo que es síntesis...

BONIF. Quiere decir, que... vamos, como esos tejidos en que la urdimbre es seda, y la trama lana... de lo que resulta una tela hermosa, verbigracia, como el poplín de cuatro pesetas la vara.

ALEJ. *Grasso modo* lo has expresado bien. ¿Pero cuál de los dos es la seda? Creo que la seda soy yo.

BONIF. No; la seda es ella... que es lo que brilla... ó no, la lana, que es lo que abriga, y da cuerpo... En fin... vale mucho esa mujer. ¡Cristo me valga! Creo que no ha nacido hembra de más disposición.

ALEJ. Ya oí... Ha salvado la casa.

BONIF. Por lo menos, camino de eso va.

ALEJ. Todo ello desplegando su actividad ardiente, su energía, su inteligencia.

BONIF. Verá usted. Lo mismo fué llegar á esta casa, quince días há, que empezó á brujulear y á querer gobernarlo todo. Nos refiamos... pero pronto conocimos que la cosa iba de veras. Anunciaron el embargo para el día siguiente. Pues la niña se cuadró, y dijo: «se pagará» ¡Cristo, y se pagó!

ALEJ. Esa sí que es buena. ¿Y cómo...?

BONIF. Valiéndose de mil arbitrios, todos de la mejor ley. Desenbró porción de género que teníamos olvidado, y realizó una excelente operación con el saldistá. Luégo se dió sus mañas para negociar dos pagares, uno á fecha próxima, otro á fecha lejana. ¡El demonio de la niña! A fuerza de constancia, prontitud y astucia, ha conseguido

cobrar multitud de cuentas atrasadas, saldando de este modo muchos débitos de la casa. ¿Pues y las ventas? Conoce y halaga el gusto de las señoras, sabe explotar la moda y el capricho del día... Baja los precios de las maúlas, refuerza los artículos de gran salida, y con su gracia y su mónica, atrae la parroquia de un modo increíble. Entra el dinero en casa que da gusto.

ALEJ. ¡Incomparable, divina mujer! Pero en su divinidad no es menos soñadora que yo. Porque toda esa energía, esa inteligencia, ¿a qué conducen, amigo Bonifacio?

BONIF. ¡Toma, á salvar la casa!

ALEJ. ¿Y qué importa que la casa se salve ó perezca? ¿A qué tanto afán por este montón de trapos? ¿Qué vale esto, ni qué significa lo que vemos aquí?

BONIF. ¡Cristo, es la vida, el crédito, el honor de una familia!

ALEJ. ¡Qué inocente! Fíjate bien, medita en ello un poco, y comprenderás que cuanto en el mundo impresiona tus sentidos es pura ilusión. Vivimos en medio de fantasmas, de representaciones quiméricas, unas bonitas y otras no...

BONIF. [Atolado.] ¿Qué?...

ALEJ. Lo que te parece real, lo que ves y tocas, es tan ilusorio como lo que sólo habla á nuestro espíritu.

BONIF. Vamos, desvaríos de hombre rico y desocupado. Si tuviera usted que trabajar para ganarse el pan, no pensaría esas cosas.

ALEJ. ¡Trabajar... yo! No sirvo para emplear la vida en afanes, que al fin siempre resultan inútiles. Por mi suerté, ó mi desgracia, que esto no lo sé, no he trabajado nunca. Todo me lo encontré hecho. Mis padres me criaron en la holganza. Al quedarme solo, no pensé más que en el único trabajo productivo y consolador: vivir.

BONIF. Vivir... para vivir. Ya lo creo... con mucho *parné*...

ALEJ. ¡El dinero! ¡Ficción, convencionalismo! Lo aprecio como un medio de satisfacer mis necesidades físicas y espirituales. Pero no sé crearlo, ni quiero. No sé ganarlo, vamos... y mientras lo tenga, vivamos... viviendo.

BONIF. Pues por ese caminito, fácil es que vaya usted...

ALEJ. ¿A dónde?

BONIF. A San Bernardino.

ALEJ. ¡La miseria! ¡Bah!... Otra ficción, como la riqueza. Y en último caso, a mí no me espanta. El día en que yo no pueda vivir, no viviré.

BONIF. Se matará... ya... Le viene de familia.

ALEJ. ¡La muerte... ah! (Meditabundo.)

BONIF. (Vivamente.) ¿Otra ficción?

ALEJ. No, esa no es ficción, Bonifacio. Hay dos verdades, aparte de la fundamental, Dios... Dos verdades: el amor y la muerte... En ésta, si te fijas bien, no verás más que cambios de vida. ¿Se nos hace imposible la presente? Pues nos dirigimos a otra por un procedimiento que aterra a los cobardes; pero que a mí no me hace pestañear. Cuestión de carácter, de raza...

BONIF. ¡Cristo me valga, qué loco!

ALEJ. ¿Quieres oír un par de consejos de grande eficacia para la vida? Pues allá van: vive de lo que tengas, y despójate de toda ambición. Continúa en ese oficio vulgar, mientras la necesidad te obligue a ello, privándote de la vida fácil, libre y sin humillación. Pero si te cae herencia ó lotería, ó te encuentras algún tesoro, no trabajes, Bonifacio: sacude esa esclavitud tan dura como tonta. Cultiva la dignidad, la estimación de tus actos; no admitas favores, ni protección, ni auxilio de nadie, con lo cual evitas la gratitud, que es otra cadena de una pesadez intolerable. Haz todo el bien que puedas a tus inferiores. Busca tu recreo en la Naturaleza y en las Artes, las cuales nos proporcionan goces que no tenemos que agrade-

cer. Y, sobre todo, y esta es la regla más práctica, Bonifacio: no te cases nunca, nunca, porque si el amor es lo más bello que el cielo nos ha concedido, el matrimonio es la más execrable invención de la tiranía social.

BONIF. No es mala doctrina; pero... (Buscamente, sintiendo ruido por la izquierda.) ¡Ya salen!...

ALEJ. ¿Ella?... ¿Sola?...

BONIF. No, no... con toda la familia. Ahora es imposible...

ALEJ. ¿Y a qué hora crees que la encontraré sola?

BONIF. (Inquieto.) No sé. Lo mejor es que suba usted al entresuelo.

ALEJ. ¿A casa de mi amigo Morales? Sí.

BONIF. Y si luégo, a media tarde, han salido todos, como creo...

ALEJ. Me avisas.

BONIF. Pero váyase pronto, que vienen. Salga por el portal, (Le lleva a la puerta de la derecha.)

ALEJ. ¿Y por aquí volveré?

BONIF. Sí.

ALEJ. De modo que me avisas...

BONIF. Mandaré un recado con el chiquillo.

ALEJ. ¿Tendré que llamar?

BONIF. Dejaré abierto... Pronto...

ALEJ. Bueno. En tí confío. (Vase por la derecha.)

BONIF. Ya están aquí... Y la maestra con las disciplinas en la mano.

ESCENA III

ISIDORA, DOÑA TRINIDAD, TRINITA, SERAFINITO, ^(R)ésto comiendo el postre, y leyendo en un libro.

ISIDORA (A su hermana, con severidad.) ¡Que no consiento esto, vamos, que no lo consiento!

TRIN. Bonifacio, a comer. (Vase Bonifacio por la izquierda.) Déjala que estudie.

TRINITA Pero lo que digo: antes quisiera acabar mi ves-

tido. (A Isidora.) Y no me has dado el rasete color malva, ni el pedazo de surah para la combinación.

ISIDORA ¡Yo no tengo rasete, ni surah, ni paciencia!

SERAF. (Duro en ella.)

TRIN. Pero, hija, la niña...

TRINITA (Con mimo.) ¡Y ahora que estamos sin doncella! También es tema haber despedido á la Calixta, que me ayudaba.

ISIDORA La he despedido, porque no servía para nada.

TRIN. Amalia, que no sabe cocinar, la pobre, será doncella desde hoy, y esta tarde misma tomaremos muchacha para la cocina.

ISIDORA No, no. Ni esta tarde, ni mañana, ni nunca.

TRIN. ¿Y cómo nos vamos á arreglar?

ISIDORA A ver. ¿Soy yo la que manda aquí?

TRIN. Hija de mi alma, desde que con tu energía, determinación y talento extraordinario salvaste la casa, tu padre y yo hemos delegado en ti nuestra autoridad.

ISIDORA Pues mamá, no te molestés en buscar cocinera, que ya la tenemos.

TRIN. ¿Quién?

ISIDORA Esta (Coge á su hermana del brazo.) (*)

TRINITA ¿Yo? ¡Qué barbaridad!

SERAF. (Cerrando el libro.) (Prepárate... Cuando las barbas de tu vecino veas arder...)

TRIN. Pero, hija, ¿lo dices de veras?

ISIDORA ¡Y tan de veras! Estamos amenazados de ruina. Aquí no hay ya señoritos.

SERAF. (¡Ay, Dios mío!)

ISIDORA Todos somos criados de todos. Se acabaron los perifollos elegantes, incompatibles con nuestra pobreza; se acabó el piano, y...

TRINITA ¡Pero si yo no sé guisar! (Llorqueando.)

ISIDORA Aprendes... Más fácil es hacer un pisto sabroso

(*) Doña Trinidad, Trinita, Isidora, Serafín.

en la cocina, que hacerlo malamente en el piano... con la Rapsodia húngara!

SERAF. (Riendo.) ¡Divino, delicioso!

ISIDORA Mamá sabe cocinar. Yo también. Verás qué pronto te enseñamos.

TRIN. Bueno, bueno; pero me parece que...

TRINITA (Llorando.) Yo no quiero.

ISIDORA Pues si no se conforman todos... dimito.

TRINITA No, no.

TRIN. Dimitir no. (Asustada.) ¡Jesús! Estás demostrando una disposición colosal para el gobierno. Debes obedecerte sin reparar en lo que mandas.

ISIDORA Nada, nada. Real decreto nombrando á la niña cocinera. Anda, ponte el delantal grueso. Se acabaron los rasetes, crespones y muselinas. Dispongo el descanso de las pobrecitas teclás, condeno á destierro los *Nocturnos* y *Fantastías*, y á muerte á las *Marchas Fúnebres* y *Danzas Macabras*.

SERAF. (Riendo.) ¡Já, já!... ¡Estupendo, colosal! (Haciendo burla de su hermana.) ¡Cocinera! Pues lo que es yo, no cenó aquí esta noche.

ISIDORA ¿Que no?

TRIN. Vale más que cenar con tus amigos. Ya sabes que esta noche tiene que hablar...

ISIDORA Pero antes he pedido yo la palabra... En fin, ¿mando ó no mando?

TRIN. Tú mandas, sí... pero el niño...

SERAF. (Con terror cómico.) ¡Ay, pobre niño!... Ya estás en capilla.)

ISIDORA Pues si mando...

SERAF. (Yo me escabullo.)

ISIDORA (Agarrándole por un brazo.) Ven acá, mequetrefe. (*)

TRINITA (Burlándose de él.) ¡Já, já! ahora le toca al sabio.

TRIN. Pero ya sabes cuánto le alaban...

ISIDORA ¡Vaya una ciencia la de estos micos! Pedantería.

(*) Trinita, doña Trinidad, Serafín, Isidora.

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
1944-1955 MONTECARMEN, MADRID

ideas y frases sueltas, tomadas de aquí y de allá, oídas en los corrillos, ó pescadas en lecturas rápidas...

TRINITA (Burlándose.) El precocísimo filósofo, el joven pensador... ¡Já, já!..

SERAF. (A Trinita.) Verás tú...

ISIDORA Mamá, no te forjes ilusiones. No es más que uno de tantos niños habladores, huecos y cargantes, que hacen aborrecibles el arte y la ciencia. Tiempo tiene de aprender con fundamento. Condeno á reclusión temporal los libretes que tú no entiendes. Que los estudios sociológicos y antropológicos se vayan á hacer compañía á la *Marcha Fúnebre* y á la *Danza Macabra*. Esta noche me copiará el niño sabio unas cincuenta facturas, y me escribirá veinte ó más cartas.

TRINITA ¡Já, já!..

SERAF. Bueno. (Cortado.) Lo haré cuando vuelva.

ISIDORA No; si de aquí no sales ya. Voy á ponerte el grillete. Mamá, sácale unos manguitos.

TRIN. ¡Jesús, el niño al mostrador!...

ISIDORA ¿Que no?... Pues dimito.

TODOS (Asustados.) No, no.

ISIDORA ¿Y por qué no ha de salir al mostrador? ¿No salgo yo?

TRINITA Y yo también si hiciera falta.

ISIDORA No, tú á la cocina.

TRIN. (Consolando á Serafín.) Hijo, resignate hasta que pasen estas circunstancias.

ISIDORA (A Serafín afectuosamente.) Mira: para que la transición no sea brusca, hoy te dedico á tareas fáciles. Ven acá. (Va al escritorio.) Empieza por ir al correo. Certificas estos dos paquetitos de muestras sin valor. Y á la vuelta, te pasas por casa del comisionista alemán...

TRIN. Hartmann.

SERAF. ¿El autor de la *Filosofía de lo inconsciente*?

ISIDORA No sé de qué es autor. Tú vas, y le pides el mues-

trario de percalinas asargadas, y me lo traes.

SERAF. Bien. Haré todo lo que mandes.

ISIDORA (Avanzándole.) Cabecita llena de viento, no se estudia sólo en los libros. Hay que aprender antes un poco de ciencia de la vida, en la vida misma.

SERAF. Bueno, hermana. Tú nos subyugas, nos fascinas; tienes sobre todos tal poder sugestivo, que no hay manera de resistirte.

TRIN. ¡Pero qué dirán sus amigos del *Círculo de Historia y Literatura*!

ISIDORA ¡Valiente caso hago yo de la opinión de los señores discursistas! ¡Que vengan, que vengan aquí con sus retóricas á salvarnos de la miseria, y á enseñarnos cómo se restaura el crédito de una casa, y se da de comer á una familia!

SERAF. No hay más que hablar.

ISIDORA Ya estás andando.

TRINITA Y yo á mi cocina.

TRIN. Empezarás por dar de comer á los chicos.

TRINITA (A Serafín.) Adiós, hortera precocísimo.

SERAF. Fregatriz *dilettante*, hasta luego.

ESCENA IV

ISIDORA; DOÑA TRINIDAD; DON ISIDRO; DON SANTOS, por la derecha.

TRIN. ¿Y qué tal os ha tratado el viejo Rodríguez, nuestro vecino?

ISIDRO Un almuerzo de príncipes.

SANTOS (A Isidora.) ¡Ah, si supieras qué sorpresa te traemos!... ¿Se lo digo?

ISIDRO No, es una locura, un delirio. Somos muy prácticos.

TRIN. Pero dílo, hombre.

ISIDRO Luego. Esta me ha enseñado el método, y...

ISIDORA Sí, lo primero á nuestro negocio. A ver...

ISIDRO Pues fui á casa de Requejo á proponerle que nos

tome las existencias de sedas bordadas, que no necesitámós.

ISIDORA Con el 25 por 100 de rebaja sobre el precio de factura...

ISIDRO (Con timidez.) No, hija; no me atreví á tanto, y le propuse el 35.

ISIDORA ¡Ay, papá; siempre eres lo mismo! Por esas timideces estás como estás... Considera que las sederías han subido de precio. Míralo; convéncete.

(Los dos pasan al escritorio, donde examinan papeles.)

TRIN. (Con don Santos, en el centro.) ¡Y qué?

SANTOS Toda la mañanita, desde que llegué de Móstoles, he andado como un azacán buscando á ese caballero. No sé dónde demonios se mete.

TRIN. Dicen que al entresuelo viene á menudo.

SANTOS ¿A casa de Morales? Subiré. Pero antes veré á los Guevaras, que son sus íntimos. Como que en poder de ellos tiene todo su capital. ¡Demonio de chico!

TRIN. Dicen que sale á su padre, buen hombre, pero que si apostaba á extravagante, no había cristiano que le ganara.

SANTOS Pues éste da quince y raya al padre, á la madre, y á toda la familia.

TRIN. ¡Ay, Santos, Dios te dé buena mano!

SANTOS Pulso y ojo de cazador machucho.

TRIN. Eso es, sí... Me voy á dar á la pequeña la primera lección de cocina. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

DON ISIDRO, ISIDORA, DON SANTOS

ISIDRO Tienes razón. Se hará como dices (Bajan los dos al proscenio.) Si Requejo acepta, ya estamos de la otra parte. No nos metamos en más honduras. Contentémonos con conservar lo presente...

SANTOS Alientos tiene la niña para mucho más.

ISIDORA ¡Ya lo creo!

ISIDRO Yo no: mis aspiraciones son modestísimas.

ISIDORA Las mías pican alto.

ISIDRO No tengo ambición.

ISIDORA Yo sí. Y además constancia, tenacidad en mis propósitos.

SANTOS ¡Viva el águila del comercio matritense! No le cortéis las alas, y veréis hasta dónde se remonta. Yo que tú, aceptaría sin vacilar la proposición de Rodríguez (*).

ISIDORA (Curiosísima.) ¿Qué, qué es?

SANTOS ¿No se lo has dicho?

ISIDRO No, porque temo que pierda la chaveta, y quiera meterse en aventuras peligrosas.

ISIDORA (Muy impaciente.) ¿Pero qué es? Díganmelo.

ISIDRO Nada, que el viejo Rodríguez, nuestro vecino, está loco contigo...

ISIDORA ¿Prendado de mí?

SANTOS De tu talento, de tu disposición para los negocios...

ISIDRO Ya sabes que se retira. Desea que nosotros nos quedemos con su establecimiento.

ISIDORA ¿Es de veras? (Batiendo palmas.) ¡Jesús, qué dicha! ¡La camisería! ¡El colmo de mis anhelos!... Pero las condiciones serán duras.

SANTOS ¡Quiá! Excelentes.

ISIDORA Pues aceptado. ¿Pero, papá, tú lo dudas?

ISIDRO Hija de mi alma: temo que sea carga demasiado gravosa para nuestros hombros, que aún están muy débiles.

ISIDORA (Vivamente.) ¿Te dió el abuelo las condiciones escritas?

SANTOS Sí; ahí las tiene.

ISIDORA Dámelas.

ISIDRO Luégo... ten juicio... No olvidemos el asunto más urgente... Requejo... ese no espera.

(*) Don Isidro, Isidora, don Santos.

ISIDORA Es verdad. Vete pronto allá. No podemos descuidarnos.

ISIDRO Allá me voy, y mientras discuto con él las condiciones del descuento, tu lo dispones todo, y nos mandas...

ISIDORA La nota de las piezas de seda bordada, con los precios de factura, y otra nota de los cincuenta pañuelos de crespón que le cedemos.

ISIDRO Pero pronto, hija mía.

ISIDORA A proritud nadie me gana.

ISIDRO Ahí tienes el *vendi* firmado por mí. Añades las...

ISIDORA Sí, si... Allá irá todo, y si el saldista acepta, que aceptará, no te vengas sin traer todo ultimado; y recoges el pagaré.

ISIDRO Corriente...

ISIDORA Te mandaré también la nota del pedido de género alemán, para que á la vuelta...

ISIDRO Perfectamente. Abur...

ESCENA VI

ISIDORA; DON SANTOS; LUENGO, que entra receloso y mal humorado.

LUENGO ¡Felices!

ISIDORA ¿Qué hay?

SANTOS ¿Qué trae por aquí nuestro diligentísimo corredor y zurupeto?

LUENGO Pues... supe que haces más pedidos.

ISIDORA Sí... ¿y qué?

LUENGO Que ni tú ni tu padre os dais por vencidos...

SANTOS ¡Rendirse está! ¡já, já!

ISIDORA Para mí no hay más que dos términos: la victoria ó la muerte.

SANTOS ¿Qué tal?

ISIDORA Soy como los defensores de Zaragoza. No me rindo. Los sitiadores, si entran, pisarán mi cadáver.

SANTOS (Aplaudiendo.) ¡Bravísimo por la heroína!

LUENGO Bravísimo... Y ha corrido el rumor... por eso vengo... pero ¡quía! debe de ser broma. ¡Lo que me rei cuando me lo dijeron!

ISIDORA ¿Qué?

LUENGO Que no contentos mis queridísimos amigos los Berdejos con las dificultades que les agobian, aspiran á quedarse con la camisería del vecino... ¡já, já!...

ISIDORA No reirse, amiguíto.

LUENGO ¿Pero no es broma?

SANTOS ¿Qué ha de ser? El abuelo Rodríguez es quien pretende...

LUENGO (Con estupor.) ¡Pero si el chico de don Nicomedes y mis sobrinos contaban con ese traspaso!... El abuelo les prometió...

ISIDORA Pues será en el caso de que nosotros rehusamos...

LUENGO (Sulfurándose.) ¡Esto es increíble! ¿Qué gente más aprovechada! ¿Y don Isidro será capaz...?

ISIDORA Como siempre, mi padre teme; yo no.

LUENGO (Con desprecio.) ¿Y te crees con bríos para...?

ISIDORA Para eso y para mucho más. Conseguiré todo lo que me proponga. ¿Cómo? Poniendo en todas mis acciones la energía perseverante que me ha dado Dios. ¡Ay, que no me la quite! ¡No me la quites, Señor!

LUENGO (Con ira, marcando mucho la palabra.) ¡Voluntariosa!

ISIDORA No es eso... Pero sí: admito la palabra, á falta de otra.

SANTOS Eh... ¿qué tal?

LUENGO (Desconcertado. Su hipocresía no es bastante á encubrir su cólera.) ¡Pues no lo consentiremos!... digo... si me opongo... es por el bien de esta familia que tanto quiero... ¡Vaya un egoísmo! Pues no será, digo que no será... Queridísimo don Santos, no me niegue usted que...

SANTOS Pero ven acá... (Signen disputando en voz baja.)

ESCENA VII

DICHOS; SERAFINITO, por el foro.

SERAF. (Entra rápidamente con varios muestrarios.) Aquí estoy. Me pediste un muestrario y te traigo tres (*).

ISIDORA Bien: así me gusta.

SANTOS (Con Luengo, á la derecha.) No hay quien pueda con esta chica.

LUENGO Es un demonio.

SANTOS Un demonio que anda demasiado suelto, y yo pienso atarle.

LUENGO ¿Cómo?

SANTOS Con una cuerda, sogá ó cabezal, según los casos, que se llama marido.

LUENGO ¡Un marido!

SANTOS En eso ando.

LUENGO Ya... tratos y contubernios. Boda en perspectiva. Ahora comprendo... Por eso echan tantos humos, y quieren apandar todos los negocios... Claro: trinean al sonámbulo, que aún tiene dinero. (Con misterio.) Pues oiga, don Santos... No hay que fiarse.

SANTOS ¿Qué dices?

LUENGO Que si se confirma cierto run run, esa boda podría ser para ustedes un negocio detestable.

SANTOS ¡Ya empiezas?... ¡Envidioso!

LUENGO Pues, no digo nada... Al tiempo.

SANTOS ¡Bah!... La envidia te come. (Retirándose.) ¿Vienes tú?

LUENGO (Pensativo, buscando un pretexto para quedarse.) Todavía no. Quiero ver esos muestrarios...

SANTOS Pues abur... Que te alivies. (Vase por el fondo.)

ISIDORA Ahora te vas á la tienda... No te muevas de allí hasta que yo te llame.

SERAF. Allí estaré. (Vase á la tienda.)

(*) Don Santos, Luengo, Serafinito, Isidora.

ESCENA VIII

ISIDORA, LUENGO; al final de la escena, BONIFACIO

ISIDORA (Con indiferencia, dirigiéndose á la mesa-escritorio.) ¿Aún está usted ahí?

LUENGO Tengo que hablarte.

ISIDORA (Sorprendida.) ¿A mí?

LUENGO (Con misterio.) Sí; de un asunto muy reservado, pero muy reservado.

ISIDORA ¿A ver, hombre?

LUENGO He sabido que Guevara anda mal... La noticia es de buena tinta. Corre la voz de que suspende pagos.

ISIDORA (Con frialdad.) ¿Y á mí qué?

LUENGO (Con malicia.) Una persona que á tí te interesa...

ISIDORA ¿A mí?

LUENGO Vamos, una persona que no puede serle indiferente... tiene todo su dinero en poder de Guevara. Ya ves... ¡qué peligro!

ISIDORA (Comprendiendo.) Ah... ya. (Con serenidad.) En efecto, yo lo sentiría... pero...

LUENGO ¡Ay, hija, con qué calma lo tomas! ¿Pero de veras, no te da frío ni calor que esa persona, esa... estimadísima persona, se quede en la miseria?

ISIDORA No puedo mirarlo con indiferencia. Al menos, por humanidad...

LUENGO ¿Por humanidad nada más? (Asombrado de la calma de Isidora.) ¿Pero tú...? Vamos, ten franqueza con el mejor amigo de la casa. Díme: ¿no tienes tú planes, nobilísimos planes... algún proyectillo tocante á ese sujeto?

ISIDORA ¿Planes yo? No por cierto.

LUENGO (Hipócrita, ¡qué bien fingel!) Pues te dije lo de Guevara... porque tú previnieras á...

ISIDORA (Vivamente.) Pero si yo no tengo trato ni relación alguna con él. No he vuelto á verle.

LUENGO ¡Que no! (¡Ay, qué embustera!) Pues tengo en-

tendido que el gran cazador don Santos anda detrás de esa fierecilla para echarle el lazo, y traértela.

ISIDORA ¡Qué enredo! (Con desprecio.) ¡Déjeme usted en paz!

LUENGO Y entiendo que Alejandro estuvo aquí.

ISIDORA (Asustada.) ¡Aquí!

LUENGO Aquí, en tu casa.

ISIDORA ¡Cuándo?

LUENGO Hoy.

ISIDORA (Con vehemencia.) ¡Eso no es verdad! ¡Déjeme usted! ¡No quiero oírle!

LUENGO (Con hipocresía, humillándose.) Perdona, hija, no te enfades. Ya me voy. Yo soy tu amigo, amigo leal de la familia, y en prueba de ello, volveré á traer noticias, á saber de tí, de tus planes... Adiós... A trabajar la niña... Adiós.

ISIDORA Adiós, sí... Y no vuelva por acá... (Me da miedo este hombre.) (Vase Luengo. Sale Bonifacia por la puerta de la derecha, con piezas de tela.)

BONIF. (Ya está sola.) (Al cerrar la puerta, no echa el pasador; la deja entornada; Márquese este movimiento.)

ISIDORA Que no pase nadie. Tengo que trabajar.

BONIF. Está bien. (Vase á la tienda; cierra las vidrieras.)

ESCENA IX

ISIDORA; poco después, ALEJANDRO

ISIDORA (Afanada, sentándose en el escritorio.) ¡Dios mío, lo que tengo que hacer!... Aquí está el *vendí*... Pongamos la nota del género cedido. (Escribe.) Primero: doce piezas de... (Se detiene preocupada.) Ese pillo de Luengo... No, imposible que Alejandro se atreviera á venir aquí. (Escribe.) Seis piezas de á metro sesenta de ancho... No sé por qué, hoy no puedo apartarle de mi memoria. (Entra Alejandro cautelosamente, y se desliza por el fondo de la escena.) Hacen un total de metros noventa, que arrojan, pesetas 1.350. Bien... (Pensando.) Sí, le tengo aquí, aquí... Imposible ol-

vidarle. Y lo que yo digo, ¿se acordará de mí? (Venciendo su distracción, se obliga al trabajo.)

ALEJ. (Contemplándola desde el fondo, junto á una de las mesas grandes.) Allí está la pobre, navegando en un océano de números. ¡Qué bella, qué encantadora en su afán de hormiga diligente! Es la loca del trabajo. Padece la más inútil y vana demencia de las muchas que afectan á la desdichada humanidad.

ISIDORA (Escribiendo.) Pesetas 1.037. (Pensando.) No sé qué siento hoy. Hay en mi cabeza como un deseo de descanso, de... No sé qué es esto. Si tendrá razón Alejandro, que sostiene que estos afanes embrutecen el alma, amargan la vida, y secan la fuente del ideal y de los goces puros, y tal y qué sé yo. Ello será así; pero como no vuelva la edad de oro, en que se mantiene la gente con bellotas, habrá que trabajar. Eso le contestaba yo; y él se reía, y decía unas cosas tan saladas... (Dominando su pensamiento.) Anda, hija, no te duermas. (Escribe.) Añado los cincuenta pañuelos crespón clase P. 14, P. 15. Veamos los precios. (Coge una nota entre los varios papeles que tiene delante.)

ALEJ. (Avanzando un poco hacia la izquierda.) ¡Linda criatura, esclava de ilusorios deberes, de una abnegación artificiosa! Mujer hechicera, atacada de la epidemia humana, ó sea la plétora de leyes y principios... ¡Dichosos los salvajes, los pastores, los vagabundos, emancipados por la divina pobreza, por la bendita ignorancia!

ISIDORA (Contemplando gozosa su escritura.) ¡Qué bonitos números! Aquí tengo tres cinco, tan gallardos, con sus plumachos en la cabeza, y debajo un seis muy panzudo, agarrado de un tres, que parece desternillarse de risa... ¡Oh! no sé qué tengo hoy... Ya me equivoqué tres veces. Es la pícara imaginación, que se me quiere insurreccionar... (Oprimiéndose la frente.) Imaginación, ten juicio... no en-

tendido que el gran cazador don Santos anda detrás de esa fierecilla para echarle el lazo, y traértela.

ISIDORA ¡Qué enredo! (Con desprecio.) ¡Déjeme usted en paz!

LUENGO Y entiendo que Alejandro estuvo aquí.

ISIDORA (Asustada.) ¡Aquí!

LUENGO Aquí, en tu casa.

ISIDORA ¡Cuándo?

LUENGO Hoy.

ISIDORA (Con vehemencia.) ¡Eso no es verdad! ¡Déjeme usted! ¡No quiero oírle!

LUENGO (Con hipocresía, humillándose.) Perdona, hija, no te enfades. Ya me voy. Yo soy tu amigo, amigo leal de la familia, y en prueba de ello, volveré á traer noticias, á saber de tí, de tus planes... Adiós... A trabajar la niña... Adiós.

ISIDORA Adiós, sí... Y no vuelva por acá... (Me da miedo este hombre.) (Vase Luengo. Sale Bonifacia por la puerta de la derecha, con piezas de tela.)

BONIF. (Ya está sola.) (Al cerrar la puerta, no echa el pasador; la deja entornada; Márquese este movimiento.)

ISIDORA Que no pase nadie. Tengo que trabajar.

BONIF. Está bien. (Vase á la tienda; cierra las vidrieras.)

ESCENA IX

ISIDORA; poco después, ALEJANDRO

ISIDORA (Afanada, sentándose en el escritorio.) ¡Dios mío, lo que tengo que hacer!... Aquí está el *ven...* Pongamos la nota del género cedido. (Escribe.) Primero: doce piezas de... (Se detiene preocupada.) Ese pillo de Luengo... No, imposible que Alejandro se atreviera á venir aquí. (Escribe.) Seis piezas de á metro sesenta de ancho... No sé por qué, hoy no puedo apartarle de mi memoria. (Entra Alejandro cautelosamente, y se desliza por el fondo de la escena.) Hacen un total de metros noventa, que arrojan, pesetas 1.350. Bien... (Pensando.) Sí, le tengo aquí, aquí... Imposible ol-

vidarle. Y lo que yo digo, ¿se acordará de mí? (Venciendo su distracción, se obliga al trabajo.)

ALEJ. (Contemplándola desde el fondo, junto á una de las mesas grandes.) Allí está la pobre, navegando en un océano de números. ¡Qué bella, qué encantadora en su afán de hormiga diligente! Es la loca del trabajo. Padece la más inútil y vana demencia de las muchas que afectan á la desdichada humanidad.

ISIDORA (Escribiendo.) Pesetas 1.037. (Pensando.) No sé qué siento hoy. Hay en mi cabeza como un deseo de descanso, de... No sé qué es esto. Si tendrá razón Alejandro, que sostiene que estos afanes embrutecen el alma, amargan la vida, y secan la fuente del ideal y de los goces puros, y tal y qué sé yo. Ello será así; pero como no vuelva la edad de oro, en que se mantiene la gente con bellotas, habrá que trabajar. Eso le contestaba yo; y él se reía, y decía unas cosas tan saladas... (Dominando su pensamiento.) Anda, hija, no te duermas. (Escribe.) Añado los cincuenta pañuelos crespón clase P. 14, P. 15. Veamos los precios. (Coge una nota entre los varios papeles que tiene delante.)

ALEJ. (Avanzando un poco hacia la izquierda.) Linda criatura, esclava de ilusorios deberes, de una abnegación artificiosa! Mujer hechicera, atacada de la epidemia humana, ó sea la plétora de leyes y principios... ¡Dichosos los salvajes, los pastores, los vagabundos, emancipados por la divina pobreza, por la bendita ignorancia!

ISIDORA (Contemplando gozosa su escritura.) ¡Qué bonitos números! Aquí tengo tres cincos, tan gallardos, con sus plumachos en la cabeza, y debajo un seis muy panzudo, agarrado de un tres, que parece desternillarse de risa... ¡Oh! no sé qué tengo hoy... Ya me equivoqué tres veces. Es la pícara imaginación, que se me quiere insurreccionar... (Oprimiéndose la frente.) Imaginación, ten juicio... no en-

redes, hija, no enredes... (Pensando.) ¡Vaya con lo que me dijo Luengo! ¿Será cierto que estuvo aquí? ¡Pobrecillo! Sin duda está loco por verme... Pues que se fastidie. (Recordando.) ¡Ay, lo que me falta todavía!... ¡El pedido de género alemán! (Levántase, y rápidamente va al otro lado.) Aquí dejé los muestrarios. (Los examina. Alejandro se ha ocultado en el fondo tras cualquier objeto.) Este no es. Aquí está el que pedí, (Hojeándolo.) con las señales de lápiz que puse la semana pasada. Bonitas telas... ¡qué novedad de colores!... De este color era el último vestido que me compró Alejandro... ¡Es raro esto, que no pueda hoy apartarle de mi memoria! (Quédase absorta y se sienta en una silla baja, junto á la mesilla. Alejandro se desliza paso á paso por el fondo, va al escritorio y se sienta en la banqueta.) Paréceme que le estoy viendo. (Dominándose.) ¡No, si no quiero verle! (Con energía.) ¡No, no! (Francisión.) Bah... ¡Cómo miente una, cómo miente, aun hablando consigo misma! Tenemos la mentira tan metida en el alma, que ni discurrendo á solas dejamos de decirnos algo que no es verdad... (Recobrándose.) Ea, que el tiempo vuela, Isidorita. A trabajar. (Dirigese al escritorio. Al ver á Alejandro en el sitio que ella ocupaba antes, dá un grito, quédase después suspensa, aterrada, inmóvil y muda, como no creyendo á sus ojos, ó si se hallara en presencia de una visión.)

ALEJ. (Sonriendo.) Sí, yo soy... ¿Me tomas por un fantasma?

ISIDORA (Da algunos pasos retrocedo.) No, no eres... no eres... ¡Alejandro!... (Acercándose más.) ¿Eres tú de veras?

ALEJ. Yo, sí, que me recreo, que me extasio mirándote.

ISIDORA ¡Oh, qué absurdo!... ¡tú... en mi casa!... ¡Por Dios, vete, vete pronto de aquí! Pueden venir mis padres, mi tío...

ALEJ. Sosiégate... Me iré si tú lo mandas... Pero no sin decirte que me abandonaste caprichosamente y sin motivo. Sabes muy bien que no amo á la que fué causa de tu arrebató de celos; sabes que, de

cuantas mujeres existen en el mundo, no puedo amar más que á una sola, á ti.

ISIDORA Déjame, déjame. Te tengo miedo. Guárdate tu amor, que para mí es tan incomprendible como tus ideas. Tus palabras bonitas no me trastornarán otra vez. Estoy curada de esa enfermedad que llaman ensueño.

ALEJ. Es que en medio de estas realidades en que tú vives, piensas en mí... No lo niegues.

ISIDORA ¡Fátuo!

ALEJ. Que no lo niegues, Isidora.

ISIDORA Bueno: pues que piense alguna vez, ¿eso qué significa?

ALEJ. Significa, sí... significa que tengo motivos para envanecerme... Mi fatuidad, como tú dices, mi orgullo, como digo yo, se funda en eso...

ISIDORA ¿En qué?

ALEJ. En que este soñador, este delirante, que aborrece los negocios, las carreras, la política y el matrimonio, que sólo ama las ideas puras, que es religioso á su modo, poeta á su modo, sin hacer versos, artista por entusiasmo, tiene y tendrá siempre un lugarcito en el pensamiento de la mujer práctica. No podrás, no podrás desterrarme de tí, Isidora, no podrás, no podrás... Y cuando más engolfada estés en tus números y más amarrada á la realidad por tus obligaciones... dejarás volar tus miradas por el vago espacio, buscándome á mí, al ensueño... No puedes, no, no puedes...

ISIDORA (Haciendo un supremo esfuerzo para vencer la sugestión.) ¡Si podré! (Apelando al último recurso.) Me impides trabajar... Trabajo urgentísimo, de que depende quizás la salvación de mi casa (1). *

ALEJ. Eso no. Tú trabajas... y yo te admiro.

(1) La parte de diálogo entre asteriscos puede suprimirse en la representación, para no prolongar la escena.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

- ISIDORA No puedo. Tu presencia me trastorna.
- ALEJ. Yo te ayudaré. (Además de sentarse en el escritorio.) Díc-tame.
- ISIDORA No, no; déjame el sitio. (Le echa del escritorio y se sienta alla.) Acabaré la nota para el saldista.
- ALEJ. ¿Quieres que dicte yo? (Da la vuelta y se pone al otro lado del escritorio, vuelto hacia Isidora.)
- ISIDORA (Escribiendo rápidamente.) No, no es preciso. ¡Qué malo eres!
- ALEJ. No soy malo. Soy un hombre que se ha formado solo, que nunca conoció el trabajo, ni las dificultades de la vida.
- ISIDORA (Muy nerviosa, escribiendo á prisa, y procurando abstraerse, pero sin conseguirlo.) Doce mil setecientos y... ¡Ah! me olvidaba. (Buscando un papel.) Estoy en Babia. Y tú robándome la tranquilidad, el tiempo. (Escribe.) Además, cincuenta pañuelos de crespón...
- ALEJ. ¿Que yo te robo los pañuelos?
- ISIDORA No... digo... Cincuenta, desde 130 á 800 pesetas... Sigue. ¿Qué decías?
- ALEJ. Quedé huérfano y rico. Ni mis padres ni mi tutor supieron hacer de mí lo que llamáis un hombre útil. No es que yo me queje de este abandono.
- ISIDORA Vives en un mundo imaginario.
- ALEJ. Y tú en otro, porque eso que haces es tan imaginario y tan vago como las nubes que corren por el cielo, obscuras unas, otras iluminadas por el sol.
- ISIDORA ¿Ves? Ya me equivoqué por culpa tuya. Escribírelo otra vez. Treinta varas á... ¿Con que las nubes?... ¿el rayo de sol?... á 12,50... Anda: ya equivoqué los números.
- ALEJ. ¿Qué más da? Todos los números y cifras son iguales. Podrán parecernos distintos; pero en la cuenta final y total, no son más que una sucesión infinita de ceros.
- ISIDORA (Escribiendo con agitación.) Con la rebaja del 30 por 100...

- Estás loco y quieres que yo también lo esté. Déjame á mí en la realidad, y vete tú á tus nubes.
- ALEJ. Todo es nubes, eso y lo mío.
- ISIDORA Ahora, el pedido. Coge el muestrario y me vas dictando las cifras de las telas que verás marcadas al margen con lápiz azul.
- ALEJ. (Coge el libro.) Todo es cielo, espacio sin fin, la materia tan infinita como el espíritu, la diligencia tan ociosa como la ociosidad. (Dictando.) 747.
- ISIDORA (Muy excitada, escribiendo con grandísima rapidez.) ¡Pobre visionario!... De ésta pido treinta piezas... Sueñas con el arte que no posees.
- ALEJ. 749... Lo poseo admirando á los que lo cultivan. 781.
- ISIDORA Arte... ¡qué bonito! (Calculando.) Cuarenta y cinco piezas... Más á prisa.
- ALEJ. 801 bis, Sueño con el amor, cuyo ideal encontré en tí.
- ISIDORA Anda, morena. (Burlándose.) ¡El amor, valiente tontería!... (Calculando.) De ésta ochenta piezas.
- ALEJ. 810.
- ISIDORA Si al menos te ajustaras á la realidad de las cosas... Treinta y cinco.
- ALEJ. Eso es mucho pedir.
- ISIDORA ¿Qué? (Creyendo que se refiere al pedido de género.) ¡Mucho?
- ALEJ. No, digo... 812. La realidad y yo no hacemos buenas migas. 847 bis. Mis ideas, ya sabes...
- ISIDORA (Impaciente.) Dame acá: yo acabo más pronto.
- ALEJ. No, vida mía. 849.
- ISIDORA Dame el libro. (Se lo quita.)
- ALEJ. (Señalando donde él quedó.) Aquí estábamos.
- ISIDORA Me sé de memoria tus ideas. (Escribe.) 850. (Repitiendo burlescamente conceptos de él.) «¡Abajo la vulgaridad! ¡Muera todo lo convencional y rutinario!... Las jerarquías sociales, el matrimonio, la...» ¡já, já!... 855... Cuarenta piezas.
- ALEJ. Eso mismo.
- ISIDORA ¿Sabes lo que significa toda esa monserga? .

Pues no es más que una forma de orgullo... Si señor. 857.

ALEJ. De dignidad, digo yo.

ISIDORA De soberbia satánica... Cuarenta piezas. Vaya, he concluido. Gracias á Dios. (Metiendo los papeles dentro de un sobre.) Tengo que mandar esto á mi padre. (Sale del escritorio. Diríjese á la puerta de la tienda y llama.) ¡Bonifacio! (Sale Bonifacio.) ¿Está ahí Serafin?

BONIF. Aquí está.

ISIDORA Que lleve esto... pero volando... á papá... en casa de Requejo. (Da el pliego á Bonifacio, y vuelve al proscenio. Bonifacio se va y cierra.) Y ahora, Alejandro, por Dios y por la Virgen... (Señalándole la puerta de la derecha.) *

ALEJ. ¡Vida mía, cuánto me duele verte en este ardiente afán! Para librarte de él y salvar tu casa, dispón de lo mío.

ISIDORA Gracias. No puedo aceptarlo. Eres mi perdición... Lo has sido, lo serías otra vez... No, no quiero. (Asustada, se aparta de él.) Tu apoyo es mi muerte. (Cae en una silla, como fatigada y abatida.) Vete, y no pienses más en mí.

ALEJ. Ah, no... No pensar en tí. ¡Imposible! Es poco ya decirte que te adoro; déjame decirte que te admiro, noble y grande heroína. Quieres luchar sola, fiando en tu voluntad poderosa.

ISIDORA Luchar sola y honradamente es mi orgullo. No me prives de esta satisfacción, la más noble que puede tener un alma. (Se levanta.) Concédeme esto, y... (Mirándole con afecto.)

ALEJ. (Que se había mantenido á respetuosa distancia, da algunos pasos hacia ella.) ¿Qué?

ISIDORA Te querré.

ALEJ. (Con júbilo.) ¡Qué me querrás, que volverás á quererme!... No soy ya tan desdichado. El pobre soñador se consuela con esa esperanza, y hace de ella la verdad de su vida.

ISIDORA (Retrocede asustada.) ¡Cómo me seduce el pícaro!

ALEJ. (Con entusiasmo.) En mi corazón pongo un altar y en

el altar un símbolo, uno solo: tú, tú, en alma y cuerpo...

ISIDORA ¡Me arrastra, me fascina!

ALEJ. Y allí te adoraré... No te desdigas. ¡Volverás á quererme!... Es que subsiste en tí el cariño... (Isidora le mira amorosamente sin decir nada.) Más que cariño, amor...

ISIDORA (Dando algunos pasos hacia él con deseos de abrazarle, que reprime.) Sí.

ALEJ. Si es ley que nos amemos, ven á mí.

ISIDORA Sí. (Se abrazan.) Es ley.

ALEJ. Si no existiera la disparidad de caracteres, no existiría el amor, el sentimiento universal que mueve los mundos.

ISIDORA Te quiero, sí. (Con abatimiento, apoyando su frente en el pecho de él.) Eres mi muerte moral, la muerte de mi voluntad. Desde que estás aquí, las ideas de orden se me han ido de la cabeza. (Entorna los ojos, como sufriendo un desvanecimiento. Alejandro la sostiene en sus brazos. Ambos están en pie.)

ALEJ. Mejor. Las ideas de orden, los números, la regularidad son el desierto de la vida, que hay que atravesar con sed y fastidio. Al fin, ¿qué se encuentra? Nada, fastidio, sed... La sed no se acaba, ni el desierto tampoco.

ISIDORA (Como dormida sobre el pecho de Alejandro, los ojos cerrados.) Sí... el desierto... sed.

ALEJ. Reconoce que estas luchas de la realidad á nada conducen, y que vale más dormir, soñar, entregarse al dulce acaso...

ISIDORA (Como en sueños.) Soñar... vivir...

ALEJ. Y que fuera del arte, del amor, de la poesía, nada existe que merezca nuestra atención.

ISIDORA ¡Oh, qué delirio! (Despréndese de los brazos de Alejandro.) ¿Estoy soñando?... Alejandro, me matas.

ALEJ. Te resucito.

ISIDORA Déjame, te lo suplico.

ALEJ. ¡Oh, alma mía! ¿Qué he de hacer yo más que

obedecerte? Pero á cambio de mi sumisión...

ISIDORA ¿Qué?

ALEJ. Una palabra, una sola... Dime que deseas unirme nuevamente á mí.

ISIDORA (Aturdida y desconcertada.) ¡NO!... (Con vacilación angustiada.) Sí... No sé... (Con puna hondísima.) ¡Dios mío, ya no tengo voluntad! Déjame, déjame ahora... Te lo suplico... Quisiera mandártelo; pero ya no puedo, no puedo mandar. (Con infantil desconsuelo.) No sé qué pasa en mí... Alejandro, te lo ruego... (Luchando por recobrar su voluntad.) Te pido que salgas de aquí... ¿Quieres que me arrodille para suplicártelo? (Hace ademán de arrodillarse.)

ALEJ. No, no... Adiós... Soy feliz. (Se retira y retrocede.) Un momento más.

ISIDORA No, no... ¡Vete, por Dios!

ALEJ. Obedezco... Adiós. (Vacila; al fin se decide á partir.) Hasta luego... Te espero... adiós.

ISIDORA. Adiós. (Cae anonadada en una silla, sollozando.)

ESCENA X

ISIDORA; DON SANTOS, que entra presuroso por el foro izquierdo en el momento de salir Alejandro, y le ve.

SANTOS ¡El aquí... y yo loco buscándole! Voy tras él.

ISIDORA (Sin moverse de su asiento, muy abatida.) No, no...

SANTOS (Advirtiendo su turbación.) ¿Pero qué... hija mía, qué te pasa?

ISIDORA Nada, nada.

SANTOS ¡Si supieras lo que ocurre! Una gran desdicha.

ISIDORA (Asustada.) ¿Qué?...

SANTOS Es cosa de él... Y yo acechándole en casa de Guevara... y la casa de Guevara... ¡Oh, cuánto pillo en este mundo!

ESCENA XI

ISIDORA, DON SANTOS, DON ISIDRO; luego DOÑA TRINIDAD

ISIDRO (Por la tienda, presuroso, muy sofocado.) Hija mía, ¿pero qué te pasa?... ¿Estás loca?

ISIDORA ¿Pero qué?...

ISIDRO (Con dificultad en el aliento.) Que me has puesto en ridículo. Requejo ha creído que nos burlábamos de él. Se pasó la hora, y tus notas no llegaron.

ISIDORA (Aturdida.) Ahí están.

ISIDRO (Mirando los papeles que toma de la mesa.) Todo equivocado... confundidas las cifras, trocadas las marcas. ¿Qué suma es esta?

ISIDORA ¡Qué desatino! ¡Jesús!

ISIDRO ¿Pero tú cómo tienes la cabeza?

ISIDORA (Abigada.) Trastornada, ¡ay! enteramente trastornada...

TRIN. (Que entra por el foro izquierdo y se aproxima al grupo.) ¿Qué es eso? ¡Isidora! (Isidora, paralizada por la estupefacción, no contesta.)

ISIDRO Y nada hemos podido hacer. Requejo furioso. Yo aturdido...

ISIDORA No sigas. ¡Qué vergüenza!

ISIDRO Estamos perdidos. Requejo no espera... No podemos cumplir... La casa se hunde.

ISIDORA (La mirada perdida en el espacio.) La casa se hunde. (Con terror.) ¡Perecemos todos!

TRIN. ¿Pero, hija, tú sueñas?

ISIDORA Sueño, sí. (Cae en una silla, fatigada y sin aliento. Todos la rodean atidos.)

ISIDRO ¡Dios de mi vida!

SANTOS Y Guevara, ¿sabes? lo que yo temía, Guevara...

ISIDRO Se ha fugado... ya lo sabía... dejando descubiertos horribles.

SANTOS Alejandro... todo lo ha perdido...

ISIDRO Hija mía, ¿oyes? Todos caen, y en algunos la caída es castigo del Cielo.

ISIDORA (Como despertando. Transición del aturdimiento á un vivo terror.) ¡Ah...! ¡Caemos todos... nosotros... él!

ISIDRO Niña querida, recobra tu sér.

TRIN. Vuelve en tí.

ISIDORA ¡Oh, no puedo, no puedo!... Le quiero... Y ahora más, más... (Llorando.) Padre, madre, hermanitos míos, arrojadme de vuestro lado... Ya no soy vuestra Isidora,... soy la otra, la otra... la suya.

ISIDRO Pero, hija de mi alma, ¿dónde está tu santa energía?

SANTOS ¿Tu bendita voluntad?

ISIDORA (Con desvario, mirando á todos.) ¿Mi voluntad...?

TRIN. ¿Con él?

ISIDRO ¿Con nosotros?

ISIDORA (Que pretende dominar la turbación de su mente. Pansa. Ansiosa se interroga.) ¿Con él... con vosotros? (Entregándose á la desesperación por no poder conciliar sentimientos contradictorios.) ¡Ay de mí!... ¡no lo sé! (Tolón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos primero y segundo. Entra el acto segundo y tercero transcurren algunas horas. Es de noche. Luz eléctrica en el escritorio y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

BONIFACIO, TRINITA, SERAFINITO; el primero arregla las piezas de tela en las mesas grandes; los dos segundos colocan en sus cajas algunos pañuelos de Manila que estaban sobre la mesa, y se los van dando á Bonifacio; DOÑA TRINIDAD, que siede por la izquierda con mantilla; al fin de la escena, ISIDORA

TRIN. ¿Qué enredáis ahí vosotros?

TRINITA Mamá, ayudamos á Bonifacio.

TRIN. No perdáis el tiempo en tonterías. Tomad ejemplo de vuestra hermana, siempre esclava de su obligación...

SERAF. Pues esta tarde... (Bonifacio se retira al fondo.)

TRINITA Dí, mamá: ¿qué le pasó á Isidora esta tarde?

TRIN. (Sin saber qué decir.) Pues...

SERAF. Que su admirable máquina volitiva se descompuso un momento, y...

TRIN. Nada... un ligero accidente... algo á la cabeza... El excesivo trabajo, sin duda. Pero ya habéis visto. ¡La pobre, luchando fieramente consigo misma, y dominando su turbación, ha vuelto á ser la mujercita inteligente y hacendosa de siempre. Y al despejarse sus facultades, rehizo de prisa y corriendo las notas, con lo cual se pudo ultimar la operación con Requejo.

TRINITA Pero después del arrechucho se ha quedado tan triste... ¿Qué le pasa?

ISIDRO Hija mía, ¿oyes? Todos caen, y en algunos la caída es castigo del Cielo.

ISIDORA (Como despertando. Transición del aturdimiento á un vivo terror.) ¡Ah...! ¡Caemos todos... nosotros... él!

ISIDRO Niña querida, recobra tu sér.

TRIN. Vuelve en tí.

ISIDORA ¡Oh, no puedo, no puedo!... Le quiero... Y ahora más, más... (Llorando.) Padre, madre, hermanitos míos, arrojadme de vuestro lado... Ya no soy vuestra Isidora,... soy la otra, la otra... la suya.

ISIDRO Pero, hija de mi alma, ¿dónde está tu santa energía?

SANTOS ¿Tu bendita voluntad?

ISIDORA (Con desvario, mirando á todos.) ¿Mi voluntad...?

TRIN. ¿Con él?

ISIDRO ¿Con nosotros?

ISIDORA (Que pretende dominar la turbación de su mente. Pansa. Ansiosa se interroga.) ¿Con él... con vosotros? (Entregándose á la desesperación por no poder conciliar sentimientos contradictorios.) ¡Ay de mí!... ¡no lo sé! (Tolón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos primero y segundo. Entra el acto segundo y tercero transcurren algunas horas. Es de noche. Luz eléctrica en el escritorio y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

BONIFACIO, TRINITA, SERAFINITO; el primero arregla las piezas de tela en las mesas grandes; los dos segundos colocan en sus cajas algunos pañuelos de Manila que estaban sobre la mesa, y se los van dando á Bonifacio; DOÑA TRINIDAD, que siede por la izquierda con mantilla; al fin de la escena, ISIDORA

TRIN. ¿Qué enredáis ahí vosotros?

TRINITA Mamá, ayudamos á Bonifacio.

TRIN. No perdáis el tiempo en tonterías. Tomad ejemplo de vuestra hermana, siempre esclava de su obligación...

SERAF. Pues esta tarde... (Bonifacio se retira al fondo.)

TRINITA Dí, mamá: ¿qué le pasó á Isidora esta tarde?

TRIN. (Sin saber qué decir.) Pues...

SERAF. Que su admirable máquina volitiva se descompuso un momento, y...

TRIN. Nada... un ligero accidente... algo á la cabeza... El excesivo trabajo, sin duda. Pero ya habéis visto. ¡La pobre, luchando fieramente consigo misma, y dominando su turbación, ha vuelto á ser la mujercita inteligente y hacendosa de siempre. Y al despejarse sus facultades, rehizo de prisa y corriendo las notas, con lo cual se pudo ultimar la operación con Requejo.

TRINITA Pero después del arrechucho se ha quedado tan triste... ¿Qué le pasa?

- SERAF. Es que mi hermana padece esa perturbación encefálica y nerviosa que el vulgo llama amor, y los fisiólogos...
- TRIN. Calla tú, mocoso.
- TRINITA Mamá, Isidora no pudo trastornarse sin algún motivo...
- TRIN. Yo también sospecho... Dime, Serafín. (Con secreto.) Tú, que estabas en la tienda esta tarde, ¿no viste si alguien entró...?
- SERAF. ¿Aquí?... No sé. Las vidrieras estaban cerradas... Pero parecióme oír voces... Bonifacio sabrá.
- TRIN. (Ese lo sabe, sí... pero no dirá nada; es muy zorro.) ¡Bonifacio!
- BONIE. Señora.
- TRIN. Sospecho que Isidora tuvo esta tarde alguna visita... desagradable.
- BONIE. ¿Desagradable? No recuerdo...
- TRIN. Mala memoria tienes. ¿No se apareció por aquí algún fantasma? ..
- BONIE. ¡Fantasmas en la trastienda! ¿Y cree usted que Isidora se asusta de fantasmas? ¡Quía! Tiene tal valor y presencia de ánimo, que las apariciones no le causan miedo.
- TRIN. Cuéntame...
- BONIE. Aquí viene. (Sale Isidora por la izquierda.)
- ISIDORA Ea, la gente menuda no tiene nada que hacer aquí. (A Serafín.) Tú, a la tienda.
- TRINITA Ya he cocido las perdices, como me mandaste, con hierbas de estrago, achicorias, perejil, tomillo, acederas, hinojo...
- TRIN. Pues ahora las sacas de la cazuela...
- ISIDORA Las machacas, las picas muy menudito, muy menudito...
- TRINITA ¿Y qué más?
- ISIDORA Ya te lo diré después. Vete a la cocina.
- TRIN. Y yo a la noveña. (Aparece don Santos por la derecha.)
- ISIDORA Hasta luego, mamá. (Vase doña Trinidad por el fondo y también Bonifacio y Serafín. Trinita por la izquierda.)

ESCENA II

ISIDORA; DON SANTOS

- ISIDORA (Con ansiedad.) Tío, ¿qué hay? ¿Le ha encontrado usted?
- SANTOS Sí.
- ISIDORA ¿Dónde?
- SANTOS Arriba, en casa de Morales. Ahí está desde que salió de aquí.
- ISIDORA ¿Y qué le pasa?
- SANTOS Nada; está muy triste, como si presintiera su desgracia...
- ISIDORA (Sorprendida.) ¿Pero no lo sabe?
- SANTOS Nadie se atreve a decírselo. Morales y su mujer temen, como yo, que cuando sepa la verdad de su ruina lastimosa, inevitable, seguirá el camino de su padre.
- ISIDORA (Dolorida.) ¡Ay, yo también lo temo; casi lo tengo por seguro! Conozco, como nadie, aquel carácter inflamable, aquel orgullo que rinde culto idólatrico a la dignidad, a una dignidad falsa y mentirosa... ¿Pero qué hace?
- SANTOS Nada; jugar con los chicos... Les está armando un teatro... ¡Créelo, me daba pena verle tan ignorante de su desdicha! Morales cree que sólo tú puedes evitar en él los terribles efectos de la desesperación...
- ISIDORA Sí, yo sólo puedo consolarle en este infortunio, fortalecer su espíritu... Voy allá.
- SANTOS (Deteniéndose.) Aguarda, hija. No es conveniente...
- ISIDORA ¿Por qué?
- SANTOS Sin contar con tus padres, no debes...
- ISIDORA Yo les diré a mis padres que esto es un deber...
- SANTOS Con todo, reflexiona...
- ISIDORA Iré a su casa.
- SANTOS Menos.
- ISIDORA Pues vuelva usted arriba... Prevéngale...

SANTOS Ya sabes á lo que voy. Francamente, hija, no está el hombre en situación de que yo le diga: «O te casas con mi sobrina, ó te pego un tiro.» Y él me contestaría: «¡Soberbio! Así me ahorra usted el trabajo de pegármelo yo.»

ISIDORA (Displacente.) Déjese usted de tiros, por Dios. Otra cosa: si al bajar entrara aquí un momento...

SANTOS No me parece bien.

ISIDORA Mamá en la novena...

SANTOS Tu padre vendrá de un momento á otro...

ISIDORA Si pasara por aquí, yo le daría la noticia y... (Gozosa, con una idea feliz.) ¡Ah!... ¡Ya... ya la tengo! Tío, tío de mi alma, ¡qué idea se me ha ocurrido!... ¡Oh, qué ideal!...

SANTOS A ver, á ver...

ISIDORA Dice usted que no sabe su ruina...

SANTOS No la sabe.

ISIDORA ¿Está usted seguro?

SANTOS Segurísimo.

ISIDORA ¡Pues verá usted qué idea tan atrevida, tío, qué idea tan soberana! Le pongo dos letras diciéndole... (Va al escritorio y se pone á escribir.) que necesito dinero, qué... El me hizo esta tarde ofrecimientos, como siempre... Le conozco: su generosidad es ilimitada, rasgo capital de su carácter, como el odio al matrimonio...

SANTOS ¿Y crees seguro?..

ISIDORA Como tenerlo en la mano. Ya está. (Cierra la carta. Ahora, tío, usted que es tan bueno, hará que llegue á sus manos... Pero en seguida, sin perder un minuto... antes que se nos escape.

SANTOS Venga... Se la daré al criado de Morales... (Coge la carta.)

ISIDORA Usted me ayuda ó no me ayuda... Soy tremenda, ¿verdad? fastidiosísima; pero este es un caso en que...

SANTOS (Viendo venir á don Isidro por el foro.) Tu padre... Me voy por aquí. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

ISIDORA; DON ISIDRO

ISIDRO Hijita mía... ¿Sigues bien? (Se sienta fatigado.)

ISIDORA Ya usted ve.

ISIDRO Y contenta, ¿verdad?... Me parece mentira que tan pronto recobraras tu energía, tu facultad sublime...

ISIDORA ¿Al fin, lo arreglaste todo?

ISIDRO Atropelladamente; pero se arregló... y la casa está salvada... por el momento.

ISIDORA Y por siempre, papá. Ten fe, valor, confianza en tí mismo, en mí, en Dios que no nos abandona.

ISIDRO (Besándole la mano.) ¡Qué hija, qué perla!

ISIDORA Pero no perdamos el tiempo. ¿Traes la proposición de Rodríguez?

ISIDRO (Sacando un papel del bolsillo.) Sí; aquí la tienes.

ISIDORA La examinaré...

ISIDRO Sospecho que en este negocio nos crearemos enemistades...

ESCENA IV

DICHOS; LUENGO, poco después DON NICOMEDES

LUENGO (Que entra presuroso, con mal ceño, por el foro, y oye la última frase de don Isidro.) Diga usted que sí...

ISIDRO ¡Oh, Luengo, destemplado vienes!

LUENGO ¡Furioso!... (Isidora se va tranquilamente al escritorio y se pone á leer y escribir.)

ISIDRO ¿Qué mosca te ha picado?

LUENGO ¡Contento tienen ustedes á don Nicomedes Guizarro, en gracia de Dios!...

ISIDORA (Sin dejar de escribir, con tranquilidad.) ¿Nosotros?... ¿por qué?

LUENGO Por que don Nicomedes, hombre muy cabal, y con su aquél de negra honrilla, no soporta que Rodríguez, faltando á su palabra, traspase á us-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

ted su establecimiento, ni menos tolera que usted...

ISIDRO Si es cosa de ésta, que gusta de acumular dificultades para vencerlas...

LUENGO ¡Otra más cabezuda!

ISIDRO Es que ella sabe, discurre, ambiciona... Nuestro vecino, admirador como todo el barrio, de las dotes de mi hija, quiere protegerla, dar elementos á su extraordinaria capacidad.

LUENGO (Cargado de tantos elogios.) ¡Oh, sí, la octava maravilla, la undécima musa, y la prima hermana de los siete sabios de Grecia!

NICOM. (Por el foro, con desenfado y grosería, sin ver á Isidora.) Ya tenemos todos el talento de la niña, las dotes de la niña, y las facultades de la niña, montados en la nariz. (Viendo á Isidora.) ¡Ah!... estaba aquí.

ISIDORA (Con calma.) Sí, señor, aquí estoy, oyendo á usted con el gusto de siempre.

NICOM. ¡Gracias!

ISIDRO (Modesto, queriendo apaciguarle.) Amigo don Micomedes, ya lo arreglaremos...

NICOM. Amigo don Isidro, Rodríguez prometió cederme su establecimiento para mi chico, y los sobrinos de éste...

LUENGO Y ahora se vuelve atrás.

NICOM. Aquí no hay más arreglo que decirle ustedes: «no aceptamos.»

ISIDRO Bueno... y veremos...

ISIDORA No, papá, no hay veremos... ya lo hemos visto.

NICOM. ¿De modo que...?

ISIDORA Mucho siento que usted se sofoque, señor don Nicomedes, pero no desistimos.

LUENGO Ángel de Dios, reflexiona...

ISIDORA Lo siento; pero...

NICOM. Le anuncio á usted, señor don Isidro, que tendremos un disgusto. (Aparece don Santos por la derecha.)

LUENGO Como amigo... de corazón, te anuncio un desastre.

ISIDORA (Levántase y sale del escritorio.) ¡Si á la Providencia le da por protegerme! Vean, vean cómo está mi tienda. ¡Si sólo con entrar yo aquí ha crecido la parroquia hasta un punto increíble! Y es por el ángel que tengo, porque vienen los compradores á mi casa como las moscas á la miel... Ea, señores, hemos concluido.

ESCENA V

DICHOS; DON SANTOS

NICOM. (Á Luengo, aturdido y rabioso.) ¡Es un demonio!

LUENGO Nos trae locos la dichosa niña.

SANTOS (Avanzando junto á Isidora.) Sobrinita, ya tienes á la envidia junto á tí con las uñas muy afiladas. Era el único florón que faltaba á tu corona.

ISIDORA ¡Valiente caso hago yo de los envidiosos!

ISIDRO Señores, calma... No desconfío de encontrar una fórmula de concordia...

NICOM. Déjenos usted de fórmulas. Se empeñan en ternos por enemigos, y enemigos seremos.

LUENGO Yo bien quisiera...

NICOM. (Desenmascarando su cólera.) Soy muy claro, y cuando me ofenden, ofendo á cara descubierta. Señor de Berdejo, no cuente usted ya con género de la China, por la casa de comisión inglesa... á menos que lo pague al contado.

ISIDRO (¡Esta es otra!)

LUENGO Crea usted, don Isidro de mi alma, que esto me aflige...

SANTOS (Con arrogancia á don Nicomedes.) Pues yo le digo á usted que se meta en el bolsillo todo el género chino, porque mi sobrina es muy capaz de traerlo directamente, y de entenderse...

NICOM. ¡Já, já!... ¿Con quién?

SANTOS ¡Con el Emperador de la China, rayos!

NICOM. ¡Patraña!

ISIDRO (Caviloso.) No sé qué pensar... (Luengo y don Nicomedes se retiran un poco hacia el foro, como para deliberar.)

ISIDRO (A Isidora y don Santos.) Mi parecer es que no debemos indisponernos...

ISIDORA ¡Siempre la vacilación, siempre el miedo! ¡Ay, no sé á quién salgo yo! (Entregando á su padre el papel que antes le dió éste.) Aquí tienes la proposición de Rodríguez. Aceptamos las condiciones. Trato hecho.

ISIDRO ¡Y yo...?

ISIDORA Vas allá. Él te espera. Si está conforme con lo que indico en mi nota, cierras trato, y la camisería es nuestra.

ISIDRO (Como resignándose.) Bueno.

NICOM. En vista de esa obstinación temeraria y provocativa, señor de Berdejo... (Amenazador.) lo dicho dicho.

ISIDRO (¡En la que nos hemos metido!)

LUENGO Don Isidro, yo me lavo las manos...

NICOM. Yo no... digo, también yo...

SANTOS (Por mucho que te las laves, nunca las tendrás limpias.)

NICOM. Pues quieren guerra... ¡guerra!

ISIDORA (Con solemnidad.) Dios amparará mi derecho, y fortalecerá mi voluntad. (Sale por la tienda.)

ISIDRO (Viéndoles salir.) ¡Ah, gracias á Dios!

ISIDORA (Impaciente.) Y tú, papaito querido, ya sabes... Vas á casa del abuelo y cierras trato con él.

ISIDRO (Fatigado.) Sí, hija mía... Voy... (Sale por el portal.)

ESCENA VI

ISIDORA; DON SANTOS

ISIDORA (Vivamente.) ¿Y la carta?

SANTOS En su poder está. Se la dí al chiquillo mayor de Morales...

ISIDORA ¿Vendrá?

SANTOS No sé... (En actitud de cazador.) Aquí me estoy... en el puesto. Tú eres el reclamo... Veremos si entra.

ISIDORA Pero no hay que tirar.

SANTOS Pues cóbrale... mátales tú, es decir, hazle tu marido.

ISIDORA (Desalentada.) ¡Mi marido!... Ahora más difícil que nunca... ¡El arruinado, yo en vías de prosperidad! Basta decirlo, para ver ensanchado hasta lo infinito el abismo que nos separa. (Creyendo sentir pasos, se acerca á la puerta del portal.) Paréceme sentir...

SANTOS No, hija. Oyes los latidos de tu corazón, y crees que son sus pasos.

ISIDORA (Con la mano en el corazón.) Es verdad. Esta noche estoy inspirada, tío. Siento que mi inteligencia, después de aquel desmayo, se despierta y afina más. Y sobre todo, campea mi voluntad, más briosa que nunca.

SANTOS (Con entusiasmo.) ¡Firme, hija, firme!

ISIDORA Sí. Dios protege á los tercios. (Creyendo sentir ruido en el portal.) ¡Ah!... ahora sí...

ESCENA VII

ISIDORA, DON SANTOS, ALEJANDRO

ALEJ. (Entreabre la puerta de la derecha, y se asoma.) Isidorilla, ¿puedo entrar?...

SANTOS Pase, pase.

ALEJ. (Entrando.) ¡Ah...! Está aquí don Santos.

ISIDORA ¿Has recibido...? (Afectando vergüenza.)

ALEJ. Pero, vida mía, ¿por qué no me lo dijiste esta tarde?

ISIDORA No me atreví... Me daba vergüenza...

SANTOS Es muy vergonzosa...

ALEJ. ¡Tontuela!

ISIDORA ¿De modo que accedes...?

ALEJ. Ahora mismo.

ISIDORA ¿Tienes ahí tu libro de cheques...?

ALEJ. (Sacándolo.) Sí.

ISIDORA ¡Ay, qué vergüenza!... ¡No sé cómo tengo cara...!

ALEJ. Bah... Entre nosotros... (Prepárase á extender el cheque.)

SANTOS Alto... No puedo consentir... Esto no ha sido más que una estratagema de la niña para traerle á usted aquí, á fin de evitar...

ALEJ. (Suspense.) ¿Qué?

SANTOS Conviene que sea ella quien le dé á usted la terrible noticia...

ALEJ. ¿De qué?...

SANTOS Señor mío, es muy triste, muy doloroso tener que decirle...

ALEJ. (Impaciente.) ¿Se burlan de mí?... ¿Pero qué hay, vive Dios!

SANTOS Hay... que está usted arruinado.

ALEJ. ¡Arruinado!

SANTOS Guevara, su amigo de usted, ha tomado las de Villadiego, dejando en la miseria á los que le habían confiado sus intereses.

ALEJ. ¿Qué dice? ¿Pero es verdad?

ISIDORA Sí.

ALEJ. (Aturdido y lleno de zozobra.) Quiero cerciorarme... quiero saber... (Intenta salir. Isidora le corta el paso.)

ISIDORA (Imperiosamente.) No saldrás.

ALEJ. La noticia puede ser falsa... Voy.

ISIDORA No lo es.

ALEJ. Quiero asegurarme...

ISIDORA Basta que yo lo diga. Te prohíbo salir.

ALEJ. ¡A mí!...

ISIDORA Sí... Que no sales te digo. Quiero que estés aquí, en mi casa... al lado mío... (Cariñosamente.)

SANTOS (Cogiéndolo del otro brazo.) Al lado nuestro.

ALEJ. (Como volviendo en sí.) Dejadme salir.

ISIDORA ¿Para qué? Ya sabes la triste verdad. Eres pobre. Bruscamente has pasado del bienestar á la miseria.

ALEJ. (Con exaltación gradual hasta el fin del parlamento.) ¡Oh, miseria, miseria; no me tendrás, no, no! Te rechazo como castigo; te detesto como enseñanza. Pavorosa realidad, me rebelo contra tí. No tratéis de convencerme, no tratéis de conquistarme. Dios

me ha hecho incompatible con la miseria; Dios ha puesto en mí la absoluta incapacidad para luchar con ella. No puedo, no puedo, Isidora. Te admiro; pero jamás seré como tú... Honrada familia, y tú, mujer amada, perdonadme todos el mal que os he hecho y que hoy no puedo remediar, hoy menos que nunca. Dejadme, dejadme en poder de mi destino; dejadme en las realidades de mi carácter; no toquéis á mi orgullo, que no admite mano de nadie; que antes quiere la muerte que la humillación. ¡Miseria, infierno de la vida, no me tendrás! Sólo caen en tí los cobardes. Yo sé cómo se libra un hombre de tus horribles tormentos... Yo me salvo, sí; soy libre, libre como el aire, como la idea. (Caen en una silla fatigado y sin aliento.)

ISIDORA ¡Por Dios, qué delirio!

SANTOS Calma, hijo mío. Eso no es propio de un cristiano.

ALEJ. (Restregándose los ojos, como quien despierta de un sueño.) ¡Pobre, miserable!... ¿Estoy soñando, Isidora?

ISIDORA No. Quizás es la primera vez en tu vida que estás despierto. Soñabas cuando eras rico. Has abierto los ojos á la realidad. (Alejandro apoya su cabeza en la mesa, mostrando un gran abatimiento.)

SANTOS (Va de puntillas al lado de Isidora, que contempla con tristeza la actitud lúgubre de Alejandro.) Esta es la ocasión, chiquilla... ¡Fuego en él!

ISIDORA (Desalentada.) ¡Ay, tío, qué poca confianza tengo!

SANTOS Aquí de tus facultades. Yo voy en busca de tus padres. Conviene que se enteren de esto. (Vase presuroso.)

ESCENA VIII

ISIDORA; ALEJANDRO

ISIDORA ¡Qué bien hice en traerte á mi lado! La fierecilla de tu desesperación me da más miedo lejos que

cerca de mí. Dios ha querido que en este trance puedas oír la voz de tu Isidora, que te dice: «Alejandro, morir es ley; matarse es un crimen.»

ALEJ. La vida es el mal; y sólo por excepción y negándose á sí misma, nos ofrece algún bien... Ya para mí se acabaron esas breves excepciones; y no veo más que el mal inmenso, el dolor continuo, las privaciones, la miseria, la humillación, la vergüenza.

ISIDORA Mira bien, que algo más habrá.

ALEJ. Tú, sí... tú, que eres como estrella distante, que brilla en medio de esta inmensidad tenebrosa... Pero estás muy lejos, Isidora, muy lejos.

ISIDORA Pues si soy tu estrella, mírame bien; mírame mucho, y verás cómo me acerco.

ALEJ. Ya miro... y cuanto más te miro, más te alejas. Tus rayos se pierden en la obscuridad, tiemblan, se debilitan, se apagan... (Pausa.) Déjame partir... Sólo me resta decirte que me perdones el mal que te causé. No supe hacer tu felicidad; no supe... y ahora... tampoco podría. Ahora menos que nunca.

ISIDORA (Con tristeza.) Sí, menos que nunca. Porque ahora quieres morir, y yo... aquí permanezco sola, triste, atravesando, como tú dices, el desierto de la vida, donde todo es sed, fastidio... Voy sola. La sed no se acaba, ni el desierto tampoco.

ALEJ. (Vivamente.) En el mío, en mi desierto, yo veo un fin, el descanso.

ISIDORA No; no lo creas. Si las almas son siempre lo que son, la tuya no hallará la paz ni el reposo que busca tras de la muerte, Alejandro. Por librarte de lo que crees humillación, atentas á tu vida, sin considerar que ésta no te pertenece.

ALEJ. ¿Que no?

ISIDORA No. Porque es de Dios... y mía también. Dios, con lo que me ha hecho padecer por tí, me ha dado parte de tu vida, y esta parte mía no la

suelto, no. Me ha costado tantas lágrimas, que ha venido á ser como mi propia vida.

ALEJ. Hablas á mi corazón, y lo commueves y lo desgarras. Pero tu voluntad, con ser tan poderosa, no puede subyugar la mía. (Confuso y luchando.)

ISIDORA Porque no me quieres, porque no me has querido nunca.

ALEJ. No digas tal... Eso no.

ISIDORA Y bien claro se ve ahora en esta crisis de tu egoísmo. Tú me perteneces, yo te pertenezco. Debimos vivir unidos, morir juntos. Tú no quisiste, no quieres... Ni en la vida ni en la muerte deseas estar á mi lado, y te obstinas en morirte solo, sin comprender que...

ALEJ. (Empezando á sentir la fascinación.) ¡Oh!... ¡Isidora!...

ISIDORA (Ejerciendo la influencia sugestiva.) Sin comprender que esos ensueños tuyos, ese buscar el reposo en la muerte, es el mayor de tus errores.

ALEJ. ¡Oh... me domina, me vence!

ISIDORA Reconoce que es mucho más bello que tu idealismo, el luchar sano de la vida, la vida, ¡ay! con sus alegrías y sus desmayos, con el temor, la esperanza, la duda, la fe; con el sacrificio, que ennoblece nuestra alma, y el amor, que la inunda de gozo; con la amistad, con la familia, con Dios, que nos ama, nos guía, y mandándonos esperar, nos espera...

ALEJ. ¡Oh! ¡qué delirio...!

ISIDORA No es delirio... Es la verdad, la verdad. Esto que ves en mí, es la razón soberana, con la cual, valiéndome de la fuerza que me ha dado Dios, hago un lazo y te sujeto y te amarro á la vida.

ALEJ. ¡Oh! Me subyugas, me fascinas con esa misteriosa energía que arrojas de tí, por tus ojos, por tu voz, por todo tu ser. No muero, no, no quiero morir, porque no veo un medio de adorarte fuera de esta vida... Por tu amor vivo. Es el único fin que veo en mi desdichada existencia.

ISIDORA ¡Querirme á mí! ¡Pagar mi amor con el tuyo...!
¡Qué fin más grande y noble?
ALEJ. Amarte... Es toda la vida, la de acá, la de allá, y
todas las vidas posibles.
ISIDORA Eres mío. Vives. Te he ganado.

ESCENA IX

DICHOS; DOÑA TRINIDAD, DON ISIDRO, DON
SANTOS, TRINITA, SERAFINITO

TRIN. (Presurosa, por el foro.) Tu padre viene... Ese hombre...
¡ah!... que salga.
ISIDORA No importa que le vea.
ALEJ. Ya no me voy. Quiero hablarle.
ISIDRO (Por el portal.) Señor mío: ya sé lo que aquí pasa.
Cumplido por parte de mi hija, el deber de informar á usted de su infortunio, no puedo consentir que permanezca un momento más en mi casa el hombre que se obstina en negarnos la reparación que nos debe (*).
ISIDORA No se trata de reparación.
ISIDRO ¿Que no?
TRIN. ¿Cómo?
ISIDORA He conseguido el triunfo inmenso de reconciliarle con la vida, y esto me basta.
SANTOS No basta, no. ¿Verdad?
ISIDRO No me doy por satisfecho con ese triunfo.
ALEJ. Ni yo. Quiero más. La vida mía no es lo que más aprecio. Bien sé que no debo aspirar á vida más completa y dichosa. Soy pobre, nada valgo. No merezco ese bien.
ISIDORA Sí lo mereces... (Pausa.) Cbiquillo: abraza á tus padres.
ISIDRO ¡Oh! sí.
TRINITA (Por la izquierda.) ¿Ves? Se casan.
SERAF. Me alegro... Uno más al trabajo.

(*) Doña Trinidad, Alejandro, Isidora, don Isidro, don Santos.

ISIDORA Serás mi sostén, mi defensa, mi apoyo en esta
lucha formidable; y mi victoria, si la consigo,
será también la tuya.
ALEJ. (Con entusiasmo.) Gracias á Dios. Ya pareció un fin
para mi pobre existencia.
TRIN. ¡Bendigaos Dios!
ISIDRO ¡Hijos míos, mi alegría, mi consuelo!...
SANTOS Y creedlo porque os lo digo yo: los hijos de estos
hijos, serán la perfección humana.
ISIDRO Nuevo milagro es este de tu constancia, de tu
espíritu valiente.
ISIDORA ¡Oh! ¡preciosa fuerza del alma! Aquí te tengo,
aquí. Contigo salvé á los míos de la miseria. Con-
tigo he de hacer aún grandes cosas (*).

FIN DE LA COMEDIA

(*) Trinita, Serafinito, doña Trinidad, Isidora, Alejandro, don Isidro, don Santos.

OBRAS DE LA CASA EDITORIAL LA GUIRNALDA

BIBLIOTECA DE BUENAS NOVELAS

- 1.º **El Quinto**, por H. Conscience, y **Los prisioneros del Cáucaso**, del Comde Xavier de Maistre. Un tomo, 1 peseta.
- 2.º **La batalla de la vida**, de C. Dickens, y **El escarabajo de oro**, del escritor norteamericano Edgar Poe. Las dos en un tomo, 1 peseta.
- 3.º **Julia de Treceur**, del célebre escritor Octavio Feuillet, y **El Mayorazgo**, por Hoffmann. Las dos en un tomo, una peseta.
- 4.º **Miss Hollinford**, por C. Dickens, y **La Posada de los tres ahorcados**, por E. Chatrian. Las dos, 1 peseta.
- La colección de estos 4 volúmenes se dará en Madrid ó se enviará á provincias, sin certificado, por 3 pesetas.

OBRAS DE EDUCACION

- La Biblia de la infancia**.—Historia abreviada del antiguo y nuevo Testamento, por M. Noirlieu.—Tres tomos con 61 grabados, 1,50 pesetas en rústica, y 2 en cartón.
- Compendio de historia universal**.—Tomo I.—Historia antigua, por el Padre Lortiquet, traducción de don José Tamariz y Guerrero: 1 peseta.
- Tomo II. Historia romana**.—1 peseta. Estos libros, del mismo autor y traductor, están aprobados por la censura eclesiástica, y declarados de texto.
- Tomo III. Historia de la Edad Media**, por M. Lefranc: 1 peseta.
- Lecciones de mitología**, por Deville y Leclere, discípulos del abate Gaultier, traducidas de la décima edición francesa, por D. José Tamariz y Guerrero: 2 tomos con 332 páginas, y 25 láminas conteniendo 82 grabados.—Dioses de primer orden y subalternos.—Se vende en rústica á 1,50 pesetas, y 2 en cartón.
- Elementos de Física**, al alcance de todo el mundo, declarado de texto en la Escuela de Institutrices y de la Asociación para la enseñanza de la mujer, por D. Gumersindo Vieuna, catedrático de la Universidad de Madrid.—En 8.º mayor, 364 páginas con 83 grabados, 3,50 pesetas en Madrid, 4 en provincias.
- Calor y frío**.—Lecciones dadas en Londres á un auditorio compuesto de jóvenes en las vacaciones de Navidad de 1867, por John Tyndall: 1 peseta.
- Compendio de Geografía General**, por don Justo P. Pavilla (de la sociedad de Geografía de París) con un Prólogo de D. S. Berthelot (antiguo secretario general de la misma). Obra declarada de utilidad para la enseñanza, por Real orden de 20 de Enero de 1880 (2.ª edición.) Volumen en 4.º, de 451 páginas, al precio de 5 pesetas en Madrid, y 5,50 franco de porte y certificado para provincias.
- Cartilla de costura**.—Método para la enseñanza de la costura en las escuelas.—Un tomo en 8.º mayor, con diseños de dechados, abecedarios de marcar y muchos grabados, para la mejor inteligencia del texto: 1 peseta.
- La Costurera**.—Manual de la costura en familia, por D. C. Hernando. Obra premiada en varias exposiciones. Un tomo en 8.º mayor de 268 páginas, con su cubierta á tres tintas, 52 láminas que contienen 125 figuras y una gran hoja con las escalas de proporción en tamaño natural para el corte de los vestidos y para trazar toda clase de patrones.—Precio: 2 pesetas en Madrid, y 2,50 en provincias.
- Cartilla de dibujo aplicado á las labores**, por D. J. Magistrix.—Libro indispensable á las señoras Directoras de colegio, Maestras de primera enseñanza, y á todas las niñas que asisten á los centros de instrucción. Precio de la cartilla, 1 peseta; el pliego del papel gráfico, 5 céntimos; la resma, 12,50 pts.
- Monitor de la Bordadora**.—Manual de toda clase de labores, ilustrado con 66 láminas en negro y 24 en colores tiradas aparte, y 84 grabados en el texto, recopilado de lo mejor que se ha publicado en varias naciones, por M***.—Es utilísimo para las señoras Directoras de Escuelas Normales, Colegios y Maestras de niñas—400 págs. de texto, cubierta al cromó.—6 ptas. en Madrid y 6,50 en provincias.

OBRAS VARIAS

- El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**, por Miguel de Cervantes Saavedra.—Edición de bolsillo.—Un tomo en 16.º, de 756 páginas, 5 pesetas.
- Bocetos al templo**.—**La mujer del César**.—**Los hombres de pró**.—**Oros son triunfos**, por D. José María Pereda.—Las tres novelas, de amenísima lectura, forman un tomo en 8.º mayor, de 454 págs. de buen papel, 3 pesetas en Madrid y provincias.
- La hija del cura**, novela moral, por D. J. Castellanos. Un tomo de 292 págs. 1 pta.
- Obras de Mery, «Agib» y Un paseo por Florencia**, traducción de G. G.—Las dos en un tomo 0,50 pesetas.
- Obras de Doña Faustina Saenz de Melgar**.—**El Collar de esmeraldas**, novela original, (4.ª edición.) Tomo de 222 páginas, 1 peseta.—**El Trovador del Turia**, **El hogar sin fuego**, **La bendición paterna**.—Las tres componen un tomo en 8.º de 228 págs. 1 pta.
- Guerra al Adulterio**.—En este folleto se llama la atención sobre la gravedad del adulterio, y se proponen medios de combatirlo y extirparlo: 0,25 de peseta.
- Pendennis**.—Dos tomos en un volumen en 8.º con 724 págs.; novela del célebre escritor inglés Thackeray: 1 pta.
- Obras de Balzac**.—**La niña de los ojos de oro**.—**Una pasión en el desierto**.—Sarrasine. Traducción de
- G. C. Las tres novelas en un tomo, 1 peseta.
- El libro de una madre**, por Mad Pauline L***, traducción de G. C. Precio del tomo 1 peseta.
- Herida en el corazón**, novela de D. J. P. Sansón. Tomo en 8.º de 200, páginas una peseta.
- Manual del Forestal**, por D. R. Beaumont, Ayudante de Montes. Contiene toda la legislación de Montes y la Cartilla del guardia civil.—Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- La Carcoma**, por Andrés Cubi-Mugino.—Esta bonita novela original, en 8.º, de 228 páginas, da á conocer los móviles de nuestras discordias, 1 peseta.
- Pasatiempo**, cuentos y leyendas, por D. Gonzalo Cerrajería.—Un tomo de impresión esmerada y buen papel de 210 páginas. Precio, 2 pesetas en toda España.
- Estudios populares sobre las revoluciones**, por D. S. Orea y D. E. Vera y González, con prólogo de don Francisco Pi y Margall.—Tomo I.—**Revolución francesa de 1789**.—En 8.º, de 228 páginas, 1 peseta en toda España.—Tomo II, 224 páginas, 1 peseta.
- El Pupazrete spagnolo**, ilustrado con 125 preciosas viñetas, por Gaudolin, versión española esmeradamente impresa, para dar á conocer las impresiones que recibieron los periodistas italianos que visitaron la España en Septiembre y Octubre de 1886, y juicio que formó el autor de los tipos y costumbres de nuestro país. 1 peseta.

Administración: San Mateo, 11 duplicado, bajo.—Madrid.

EN PRENSA

DOÑA PERFECTA®

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO TEATRAL DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL FONDO PAVES"
1525 MONTERREY, MEXICO



BÁRBARA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BÁRBARA

TRAGICOMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro Español, de Madrid,
el 28 de Marzo de 1905



Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

B. PÉREZ GALDÓS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

OBRAS DE PÉREZ GALDÓS

132, Hortaleza

1905

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FUND. REVES
1905 MONTESDEMOCA MEXICO

PERSONAJES

BÁRBARA, CONDESA DE TÉRMINI.....	Sra. Guerrero.
HORACIO MADDALONI, Intendente de Siracusa.....	Sr. Díaz de Menázoa (D. F.)
DEMETRIO PALEÓLOGO, caballero griego.....	Sr. Palanca.
LEONARDO DE ACUÑA, Capitán español al servicio del Rey de Sicilia.....	Sr. Díaz de Mendoza (D. M.)
FILEMÓN, anticuario, pedagogo.....	Sr. Santiago.
CORNELIA, su esposa.....	Srta. Cancio.
ROSINA, su criada.....	Srta. Asquerino.
EL ABATE SILVIO.....	Sr. Rivero.
ESOPO.....	Sr. Mesejo.
MONTANARI, juez.....	Sr. Guerrero.
TAORMINA, Asesor general de Justicia.....	Sr. Cirera.
MONSEÑOR SELINONTE, Limosnero de la Intendencia.....	Sr. Carsi.
EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA.....	Sr. Soriano Viosca.
EL COMISARIO DE MONTES.....	Sr. Urquijo.
EL VISITADOR GENERAL.....	Sr. Juste.
UN CAPITÁN DE GUARDIAS.....	Sr. Cayuela.

Curiales, lacayos, criados, guardias, pueblo.

Siracusa, 1815.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

C. de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Sala de la casa de Filemón en la Acradina, suburbio de Siracusa. Puerta pequeña á la izquierda; puerta mayor al fondo. En las paredes, fragmentos de escultura griega, bajo-relieves, metopas, capiteles, brazos, manos y torsos de estatuas, lápidas funerarias, todo colocado con método en gran profusión. Entre los objetos de arte griego, estantes con libros y legajos indican la erudición y estudio del dueño de la casa. A la derecha, primer término, una mesa cubierta de papeles sirve de escritorio á Filemón. Junto á ella un canapé, estilo Imperio. A la derecha, una mesita donde toman la colación Filemón y Cornelia. Es de noche. Una lámpara colocada en la mesa de estudio alumbra la escena; en la mesita una bujía con pantalla.

ESCENA PRIMERA

FILEMÓN, sentado á la derecha terminando un trabajo; CORNELIA, sentada, lee un librote viejo; ROSINA, que entra y sale durante la escena.

CORNEL.—(Suspendiendo la lectura.) Por el bendito San Jenaro y la Santa Virgen de Loreto, descansa ya, Filemón.

FILEM.—(Soltando la pluma, se restrega los ojos.) Por Latona y sus divinos hijos, ya he trabajado bastante. Felizmente, toco al término de mi afán. ¡Si los dioses propicios...!

CORNEL.—(Vivamente, interrumpiéndole.) Dios, querrás decir... el grande y único Dios.

FILEM.—Digo que si Dios prolonga mi pobre existencia un año más ó dos, dejaré perpetuada en caracteres indelebles esta magna obra. (Pone orgulloso la mano sobre un gran rimero de papeles.) ¡Oh... labor de cuarenta años, substancia de toda una vida, que me asegura la gratitud, la admiración de los siglos venideros...!

- CORNEL.—No te ciegue la vanidad, viejecillo mío. Ya sabes mi opinión... Recopilando con arte y paciencia todas las mentiras gentílicas, ¿qué has hecho más que una obra de puro pasatiempo?...
- FILEM.—(Recreándose en sus manuscritos.) Aquí, amada Cornelia, se resume aquel mundo de ideal poesía, la deificación de las fuerzas naturales, origen de todo arte, fuente de toda belleza.
- CORNEL.—*Vade retro*. No hay arte ni belleza fuera de nuestra sagrada fe.
- FILEM.—Distingo... Dice Platón en sus *Definiciones*...
- CORNEL.—Al diablo Platón y todos los filosofastros...
- FILEM.—*Kalon ti ágaton*...
- CORNEL.—Que sólo lo bueno es bello. (Burlándose.) Y lo bueno, ¿qué es?
- FILEM.—Pues en el Diálogo Hipias dice el maestro: *Parzenos kale kalon*.
- CORNEL.—¿Y eso qué significa?
- FILEM.—Que lo bello es... una mujer hermosa.
- CORNEL.—¡Qué desvergonzados, qué cínicos eran esos malditos griegos! (Mostrando el libro.) Atengámonos á lo que aquí nos enseña el *Angel de las Escuelas*... *Universalia sunt ante rem et in re*...
- FILEM.—Ya he demostrado á mi sabia esposa que Santo Tomás y el buen Platón no son tan enemigos como parece. En fin, más que disertar sobre puntos tan sutiles, nos tiene cuenta ahora... (Entra Rosina por la izquierda con platos y servicio de mesa.)
- CORNEL.—Cenar.
- FILEM.—¡Ji, ji: cenemos.
- CORNEL.—Vivir es lo primero.
- FILEM.—(A la derecha, ordenando sus papeles.) Benditos sean los dioses (Corrigiéndose); bendito Dios, que me ha dado esta descansada vejez, permitiéndome rematar tranquilamente el trabajo de toda mi vida... ¡Y que no es floja tarea, por Júpiter! (Repetiendo con orgullo el título de su obra.) «*Tesoro enciclopédico, sinóptico y alfabético de las divinidades y mitos celestes, terrestres, infernales, etc., etc., de la antigua Grecia*...» Como tú dices, Cornelia, este saber mío, aunque profano, no debe perderse.
- CORNEL.—De que no se pierda cuidará Horacio, nuestro sabio Intendente...
- FILEM.—El grande artista, el déspota ilustrado que nos gobierna.

- CORNEL.—Cuidará también la Condesa Bárbara, que se digna costear la impresión.
- FILEM.—¡Divina Bárbara! Nuestra bienhechora, incansable en favorecernos, quiere ser mi Mecenas.
- CORNEL.—Y justo será que en el pórtico mismo de tu obra tributes á la Condesa el homenaje de nuestra gratitud.
- FILEM.—(Gozoso, con cierto misterio.) Como que transmitiré su nombre á la posteridad. (Vuelve á coger algún manuscrito de los que apartó antes.) Verás, Cornelia, verás.
- CORNEL.—¿Qué es eso? ¿Algún trabajo nuevo?
- FILEM.—Quería sorprenderte, ¡ji, ji... (Con misterio.) Esto es la noticia biográfica que ha de preceder á la obra... noticias del autor, de mí, que no quiero confiar á nadie, por más que la modestia me obligue á callar más de cuatro cosas...
- CORNEL.—Naturalmente... Pero la verdad ante todo, Filemón. Busca una manera sutil de elogiarte... con muchísima modestia.
- FILEM.—(Leyendo rápidamente, á saltos.) «El profesor Filemón Polidoro, nacido en Palermo, criado en Siracusa... ta, ta... consagró toda su existencia al clasicismo griego... (Rápidamente, casi entre dientes), ta, ta... Rechazó honores, ta, ta, ta... fué un investigador incansable... dió á conocer el mito arcáico de Demeter y Coré; descubrió la Afrodita Urania, ta, ta... Las naciones extranjeras le proclamaron como el más eminente helenólogo y helenógrafo de su siglo... ta, ta, ta... y él... siempre modestísimo, humildísimo, ta, ta, ta...»
- CORNEL.—No tanta humildad, hijo...
- FILEM.—Ahora viene lo más interesante... (Lee con claridad, marcando los conceptos.) «Ya de edad avanzada nuestro autor... me llamo así, *nuestro autor*... «fué solicitado por el Conde de Términi para encargarle la educación de su hija Bárbara. Filemón Polidoro la instruyó en todo lo concerniente á las divinidades del Paganismo, hermosa y sublime ciencia... Y cuando la noble dama entró, por muerte de su padre, en posesión de su corona y riquezas, recompensó los servicios del sabio maestro regalándole este humilde, este plácido retiro...» (Vase Rosina por la izquierda.)
- CORNEL.—(Alegre.) Muy bien, Filemón... que sepa la Posteridad cuánto debemos á Barberina...
- FILEM.—Pues oye lo mejor. (Hojeando otro cuaderno.) Ahora viene la dedicatoria... la gallarda inscripción que se pone en la parte más visible de todo monumento...

CORNEL.—(Curiosa.) A ver, á ver...

FILEM.—«A la excelsa, á la sublimada señora...» tal y tal... Aquí todos los nombres y títulos... «predilecta hija de Minerva...»

CORNEL.—Bien.

FILEM.—A la que de Juno recibió la prudencia; de Diana, el recato; de Venus, las gracias; de Niobe, las virtudes...

CORNEL.—Yo que tú, Filemón, la enaltecería más que por sus gracias, por sus desdichas...

FILEM.—¡Oh! también.

ROSINA.—(Entrando con la cena.) La cena.

CORNEL.—A cenar. (Dirigese á la mesa.)

FILEM.—Indico las desgracias con cierta discreción... (Se sienta á la mesa. Cenan.)

CORNEL.—¡Infortunada Condesa! Y no me digas á mí que su desgracia es obra de eso que llamáis el destino, la fatalidad...

FILEM.—Destino, fatalidad, ¿qué son? Lo que cada sér lleva en su alma: cualidades, defectos... No me negarás que una parte del infortunio de Bárbara tiene su raíz en ella misma.

CORNEL.—En su carácter impetuoso...

FILEM.—En su imaginación, que podríamos llamar volcánica, como si la hubiera forjado el Etna; en su voluntad sin freno...

CORNEL.—Y en su paganismo...

FILEM.—Eso no, Cornelia: no veamos en las desventuras de la Condesa otra causa que su desatinado matrimonio... Culpa fué de los padres, que, sin consultar el corazón de la pobre niña, la casaron con un hombre odioso, con un hombre indigno.

CORNEL.—Estamos conformes. Ese griego infame ha traído la maldición de Dios á la casa de Términi.

FILEM.—Los señores Condes se deslumbraron con las riquezas de Lotario Paleólogo, adquiridas en el comercio; les fascinó también el nombre sonoro que recuerda á los Emperadores de Bizancio; no vieron su brutalidad, su grosería...

CORNEL.—Lo que yo digo: si alguna vileza humana se pierde, búscuena en el corazón de ese degenerado bizantino.

FILEM.—En ese antro donde jamás entró un sentimiento noble.

CORNEL.—No pasa día sin que la pobre Bárbara tenga que sufrir desaires, humillaciones, cuando no los ultrajes más soeces. Ayer mismo... no te hemos dicho nada por no disgustarte. Pero conviene que lo sepas. Rosina, cuenta á tu amo la escena escandalosa que presenciaste ayer en Castel-Términi.

ROSINA.—¡Ah, qué paso!... Espanto me dió de verlo, y con el espanto

vergüenza.. Fuí á llevar á la señora Condesa las estampas nuevas de esa diosa que llaman...

FILEM.—Afrodita... con los amorcillos Eros, Pothos é Himeros.

CORNEL.—Déjala que siga... Verás qué amorcillos andaban alrededor de ella.

ROSINA.—Cuando entré en el palacio, el bruto del Conde se entretiene en castigar á su esposa.

FILEM.—(Indignado, haciendo con la mano indicación de castigo.) ¡Castigar... pero castigar!...

ROSINA.—No con la mano, señor... con la brida de un caballo.

FILEM.—¡Oh!

CORNEL.—¿Ves qué abominación?

FILEM.—¡Horror!...

ROSINA.—La Condesa huyó de sala en sala clamando socorro. El bellaco del Conde, detrás, echaba por aquella boca llamaradas del infierno.

FILEM.—¡Sayón, asesino!

ROSINA.—Eso mismo le dijo la señora... Volvióse contra él como una fiera... (Dando á sus actitudes toda la expresión descriptiva.) «Monstruo—le dijo,—merezo la muerte, sí: debo morir por haber consentido en ser esposa de un salvaje, por haberle creído digno de vivir junto á mí... Pero no me des tú la muerte que merezco... es demasiada ignominia morir á tus manos... Trae un verdugo, trae un león, una serpiente venenosa... pero tú no, no.» Esto dijo. El Conde rugía, rechinaba los dientes, revolvió de una parte á otra su mirada feroz... No sé lo que habría sido de la pobre señora si no acuden los criados, y yo con ellos, á sujetar á la bestia...

FILEM.—¿Hay mayor desventura?

ROSINA.—Dejé las estampas sobre el clave y me vine corriendo á casa.

FILEM.—¡Villano!

CORNEL.—Yo digo: el motivo de esta trapisonda no puede ser otro que los malditos celos.

FILEM.—Por Vulcano, que así ha de ser. Habrá llegado á sus oídos el rumor de los galanteos de ese militar español, Leonardo de Acuña...

CORNEL.—Poco á poco... Que el tal caballero español le haga la corte con finura exquisita, no quiere decir que ella...

FILEM.—Justo, no quiere decir que ella... (Concluida la polenta, comen fruta. Beben vino blanco.)

ROSINA.—Pues yo, con perdón, he oído que...

FILEM.—¿Qué has oído tú, bachillera?

ROSINA.—Nada, señor: una cosa muy natural... que mi señora la Condesa... ama al español... aunque... todavía...

FILEM.—Eh... calla, mala lengua.

CORNEL.—Déjame que te explique, Filemón. Los que á tontas y á locas hablan de ese galanteo, sin quererlo se van de la murmuración inocente á la calumnia mansa. Me consta... nadie tiene que contármelo, porque lo he visto... me consta que todas las entrevistas de Bárbara con el español han sido casuales... No negaré que Bárbara...

FILEM.—¿Qué...? ¿Gusta del caballero?

CORNEL.—Síntomas he visto de que en su corazón ha prendido la llama. Pronto arderá locamente. (Rosina recoge los platos; se retira por la izquierda y vuelve.)

FILEM.—¡Ay, ay!

CORNEL.—Pero el amor de Bárbara es platónico, absolutamente platónico... Como declaro y aseguro que es el español el tipo del caballero enamorado, de aquéllos que adoraban á sus damas en el altar del respeto.

FILEM.—De la cepa de los Orlandos y Amadisés. Ya. Pero aun siendo el galán como le pintas, convengamos en que los celos de Lotario tienen su por qué.

CORNEL.—No lo tendrían si él fuera un hombre amable, bueno... y no una bestia repulsiva. (Suenan un fuerte aldabonazo.)

FILEM.—¡Ay! (Súbito espanto en los tres.)

CORNEL.—¡Jesús!

ROSINA.—¿Qué será esto?

CORNEL.—¿Quién llamará á estas horas?

FILEM.—Es la primera vez, en cinco años, que el aldabón viene á turbar nuestro sosiego. (Otro aldabonazo.)

ROSINA.—¿Abro?

CORNEL.—No... Podrían ser ladrones... Asómate, mira. (Vase Rosina por el fondo.)

FILEM.—(Muy asustado.) Estos días se habla de una cuadrilla que tiene su madriguera en Monte Lauro.

ROSINA.—(Entrando á la carrera.) Señor, señora...

FILEM.—¿Son muchos?... ¿Vienen armados? (Temblorosos se agrupan.)

ROSINA.—Es una mujer... una señora...

CORNEL.—(Con gran asombro.) ¡Señora!...

ROSINA.—Cubierta con un manto... No puedo distinguir...

FILEM.—No abras, no abras... Esos bribones adoptan los disfraces

más extraños para penetrar en las viviendas. (Aldabonazos repetidos y más fuertes.)

ROSINA.—Bajaré... preguntaré...

CORNEL.—No, no... Mira otra vez... (Vase Rosina.)

FILEM.—(Confuso.) ¡Una mujer! ¿Será...? No... Imposible.

CORNEL.—Alguna infeliz que pide socorro... ¡Hay tanta miseria en todo el campo de Catania y en estos valles!

ROSINA.—(Entrando presurosa, sin aliento.) Señor... Es la señora Condesa.

CORNEL.—¡Bárbara!

ROSINA.—La he conocido en la voz. Al verme en la ventana gritaba: «Abrid, abrid... por Dios.»

FILEM.—¿Sola?

ROSINA.—Sola.

CORNEL.—Abre. (Corriendo tras de Rosina.) Voy...

FILEM.—(Deteniéndola.) No, no; tú no. Los salteadores suelen imitar la voz de personas honradas para... Iré yo.

CORNEL.—(Deteniéndose.) Tampoco tú. Aguardemos.

FILEM.—Si es, en efecto, la Condesa... ¿qué puede motivar esta visita?

CORNEL.—Tan á deshora... ¡Dios mío... Virgen Santa de la Cadena!... Preveo una gran desdicha...

ESCENA II

FILEMÓN, CORNELIA.—BÁRBARA, que entra despaavorida. En la falda y abrigo cierto desorden y desgarraduras; desorden también en el cabello y peinado á la griega. El rostro lívido y desencajado, la mirada terrorífica, el paso vacilante, la respiración cortada, sin aliento. Acuden á ella Filemón y Cornelia: la rodean, la acarician, la sostienen. Pausa.

FILEM.—¡Bárbara, hija mía!

CORNEL.—¡Niña del alma! (Bárbara, aterrada, vuelve sus miradas hacia la puerta.) Nadie entrará.

FILEM.—¿Has cerrado bien abajo? (Vase Rosina por el fondo.)

CORNEL.—¿Qué ha ocurrido? (Bárbara, ahogada, no responde. Revuelve sus miradas por toda la estancia.) ¿Qué es esto? (Pausa.)

FILEM.—(Entrando.) Cerrado todo... Dinos ahora...

CORNEL.—Te ha maltratado tu esposo, ¿es eso?

BÁRB.—No... (Corrigiéndose vivamente.) Sí... No sé... no sé...

CORNEL.—Sin duda te ha injuriado...

BÁRB.—Sí.

FILEM.—De palabra... quizás de obra. ¡Monstruo!

CORNEL.—¿Y tú?

BÁRB.—Yo... yo... No sé... no sé... (Como indicando que no puede hablar.)

CORNEL.—Descansa, pobre alma. (Llevándola entre los dos al canapé.) ¿Se ha repetido esta noche el altercado de ayer?

BÁRB.—(Después de una pausa en que les mira atónita, divagando, como quien pierde la memoria.) ¿Ayer? ¿Qué deciais de ayer? (Mira al suelo como buscando un rastro de pisadas. Extiende sus miradas en dirección de la puerta por donde entró.)

FILEM.—¿Qué miras, ángel?

CORNEL.—¿Temes que alguien entre?...

FILEM.—Sin duda has venido perseguida... Lotario... dí... Lotario... Ese hombre execrable...

BÁRB.—No sé cómo deciros... Mis palabras están aquí. No quieren, no quieren salir... (Con repentina efusión.) Cornelia, Filemón, traedme un confesor. (Se levanta bruscamente; recorre la escena con gran excitación, las manos en la cabeza.)

CORNEL.—Sosiégate, por Dios... Ángel, ven aquí.

FILEM.—Siempre hemos creído que tu genio arrebatado te traería no pocos males. (Ambos la sujetan, la acarician, la obligan a sentarse de nuevo.) Procura serenarte, recobrar la claridad de tu juicio...

CORNEL.—(Queriendo animarla con palabras familiares, humorísticas.) Y al fin resultará que todo ello no es más que alguna simpleza, pequeñeces, que agranda tu imaginación desbordada.

FILEM.—Sí, sí; eso es. (Fingiéndole jovialidad para animarla.) Tu padre decía: «Tenemos en Sicilia dos volcanes: el Etna y mi querida hija.»

BÁRB.—Dios me hizo á semejanza del volcán de nuestra isla. No puedo contener dentro de mí la verdad. Mis pasiones, mis odios y afectos, brotan de mí en ráfagas ardientes... Soy sincera. No sé disimular; no sé tragarme á mí misma. Sin duda soy mala. (Excitándose.) ¿Verdad que soy mala?

CORNEL.—No, hija mía.

FILEM.—Quizás tu culpa no sea tan grave.

BÁRB.—¡Oh! sí; grave culpa. (Con idea fija.) Traedme un confesor.

CORNEL.—A esta hora no es fácil. Mañana...

FILEM.—Pon tu confianza en mí, en tu viejo preceptor, que si no podrá absolvarte, podrá al menos consolarte...

CORNEL.—(Examinando los desgarrones de la ropa.) Bien claro está que la reyerta ha sido violentísima...

FILEM.—Ese vil... Ante todo, dime... ¿En ese altercado...? La verdad, hija mía, la verdad. Has dicho que eres sincera.

BÁRB.—Nada ocultaré.

FILEM.—Pues dime: ¿ha figurado, ha tenido parte en ese... en ese escándalo el capitán español don Leonardo de Acuña, que... que... te requería de amores?

BÁRB.—(Sorprendida.) No, Leonardo no...

CORNEL.—¿De veras? Tú le favorecías con amor contemplativo, platónico; lo sé... pero amor al fin... me lo has dicho... y muy arraigado en tu corazón.

BÁRB.—(Vivamente, protestando.) Leonardo no. He sido yo, yo sola... El capitán salió esta mañana de Siracusa. ¿No sabéis que el Gobierno... el Rey... le ha mandado á la costa de Albania á reclutar gente, hombres, soldados para...?

FILEM.—Para organizar partidas volantes, sí, sí... que hostiguen á las tropas de Murat, rey intruso de Nápoles. Esto se ha dicho.

CORNEL.—De modo que... ¿Pero de veras partió...?

BÁRB.—Sí... Yo bajé á la ciudad muy temprano, y desde el muro de la ciudadela de Carlos V, que domina el puerto, ví al capitán en el muelle... Le despedían los Franciscanos, que son sus mejores amigos... le ví entrar en la embarcación... La embarcación, momentos después, dió al viento todas sus velas... Triste, mirando siempre al mar, volví yo á Castel-Termini, y en mi balcón... en mi balcón pasé no sé cuánto tiempo viendo la nave... viendo la nave avanzar lentamente por el mar azul... Mis ojos la siguieron hasta que las velas blancas no eran más que un punto muy chiquito en el horizonte... Desapareció, y aún lo veía yo... (Suspirando, vuelve sus miradas al suelo, apoya los codos en las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos. Filemón y Cornelia se miran y suspiran hondamente.)

CORNEL.—¿Y antes de su partida, ayer, en los días últimos, el capitán no tuvo algún encuentro, algún choque...?

BÁRB.—Nada. (Vivamente.) Os lo aseguro... Ningún choque... No, no es eso...

CORNEL.—(Impaciente.) Descartado el español, dinos...

BÁRB.—(Como trastornada.) ¿Pero no lo sabéis ya? ¿Es forzoso decirlo palabra por palabra? ¿No comprendéis?

CORNEL.—Casi lo adivinamos.

FILEM.—El ogro maldito llegó tal vez á extremos de brutalidad...

CORNEL.—Y en un momento de obcecación, de arrebató...

FILEM.—Pero, al fin, reconocerá su falta.

CORNEL.—Se arrepentirá...

BÁRB.—No se arrepentirá. (Con voz grave.) Ya no puede arrepentirse... ya no puede... (Cierra los ojos, como queriendo sustraerse á una visión penosa.)

FILEM.—(Aterrado.) ¿Pero qué ha sucedido?

CORNEL.—¿Dónde está tu esposo?

BÁRB.—¡Esposo...! (Con voz tétrica.) El lazo que nos unía, para él como una rienda, para mí como un dogal, se ha roto... lo he roto... yo. (Estupor de Filemón y Cornelia.)

FILEM.—¡Tú!

CORNEL.—¿Cuándo?

BÁRB.—(Mirando al suelo.) Yo me hallaba sola...

CORNEL.—¿Sola... dónde?... Explica...

BÁRB.—Sola estaba yo... (Confusa.) Os he dicho que salí de mi casa.

FILEM.—No lo has dicho.

CORNEL.—Bueno: saliste de tu palacio... ibas sola... De pronto se presentó Lotario ante tí... Sentiste sorpresa, disgusto...

BÁRB.—Sentí...

FILEM.—No precipitar el relato... ¿Tú saliste de Castel-Términi antes de anoecer?

BÁRB.—Sí... Ansiaba encontrarme sola en la Acradina al morir de la tarde, al nacer de la noche... Salí de Castel-Términi sin que nadie me viera. Fui á las ruinas del Teatro griego; del Teatro pasé al Nimfeo; de allí al bosque sagrado...

FILEM.—(Vivamente.) ¡Oh! es lugar harto solitario, peligroso...

CORNEL.—(Con tristeza.) En aquella soledad paseabas una tarde conmigo... Encontramos al galán español... Sospecho que se hizo el encontradizo... Te ofreció un ramito de flores rústicas, cogidas en el templo de Ceres.

BÁRB.—(Como atelada, afirmando vagamente.) Sí... amapolas, adormideras.

FILEM.—Adelante.

BÁRB.—Atravesé el bosque de pinos y subí á la roca cercana para ver el Cielo. Ya era de noche... Resplandecía Venus al Poniente... La constelación del Cisne y su hermosa Cruz brillaban sobre mi cabeza; por Oriente, el caballo de Pegaso siguiendo á Perseo y Andrómeda. Yo amo las estrellas; las creo divinidades vivas... No me cansaba de contemplarlas... les pedí

que mantuvieran la serenidad del Cielo, la quietud de los vientos y de la mar.

CORNEL.—Al mar y al Cielo pedías que en toda esta noche fueran propicios á los navegantes.

FILEM.—¿Y después?

BÁRB.—Pasé junto á la Necrópolis... descendí de nuevo al bosque... Al entrar en la sombra del follaje espeso, tuve miedo...

FILEM.—Lo creo: es lugar obscuro, misterioso...

BÁRB.—Por los claros de los árboles ví las ventanas de Castel-Términi... mis habitaciones alumbradas... No me daba prisa por volver á mi casa. Aborrezco mi propia casa... ¿Veis qué desdicha? Oíó el lugar de sufrimiento, la cárcel de mi alma...

FILEM.—En la selva tenebrosa se te presentó de improviso Lotario.

BÁRB.—(Excitándose.) Allí, allí. (Gradualmente va bajando la voz hasta llegar á un tono de secreteo medroso.) Noté que el rumor de mis pisadas sobre las hojas no sonaba solo. Otras pisadas sentí. Eran las suyas. Se acercó con andar de gato, vomitando injurias; se irguió ante mí de improviso. Vestía traje griego con arreos de caza... Un pavor que no puedo expresaros se apoderó de mí. Tanto como le odiaba, le temía...

CORNEL.—¡Infeliz mujer!

BÁRB.—Hizo presa en mi brazo con fuerza brutal. Tiró de mí para llevarme á Castel-Términi... casi me arrastraba... En su hablar atropellado, restallaban los terminachos más soeces... Ved mis ropas desgarradas y manchadas del lodo del suelo, menos inmundo que el alma de Lotario.

FILEM.—¡Oh, ya veó!

CORNEL.—Tu horroroso espanto no te permitió defensa alguna, ni protesta.

BÁRB.—No podía nada... La cobardía me paralizó. «No me maltrates, no me injuries,» le dije. Y él... ¡villano! Al verme sumisa, su maldad cambió de forma... sus caricias repugnantes, acompañadas de palabras groseras, despertaron en mí la energía... ¡un pudor frenético, instintos de fiera, furor de destrucción! (Alzando la voz briosa.) ¡Oh, qué alegría ser salvaje, poder morder, desgarrar con mis uñas, con mis dientes al bestial monstruo que quería profanarme!... Forcejamos un instante; resbaló, cayó al suelo. Al cinto llevaba un cuchillo de monte... En menos que se dice, yo... (Indica con un gesto la acción de arrebatar el cuchillo.) Mi mano ágil, mi mano fuerte... (Indica la acción de matar.) ¡No fué mi mano; fué un rayo del cielo!

CORNEL.— ¡Jesús, Jesús! (Consternados ambos.)

FILEM.— ¡Desdicha inmensa! (Pausa.)

BÁRB.— No se si retiré el acero... Creo que no. Huí desfavorida.

CORNEL.— ¿Pero estás segura de haberle dado muerte?

BÁRB.— Volví á donde Lotario yacía... No sé por qué volví. Me movió un sentimiento, no sé... piedad, lástima... Acerqueme despacio, queriendo ver, temiendo ver, y ví... Como tonel abierto, el cuerpo se desangraba, inundando el suelo... En sangre nadaban las hojas secas... Yo temblé... La compasión me llenaba el alma... ¡Oh, pobre Lotario!... (Reproduciendo mentalmente la escena.) ¿Quién te dió muerte? Mi mano fué movida de una fuerza que venía... qué sé yo... de arriba quizás... ó de los profundos abismos. No me culpes, no me mires... Quiero resucitarte... quiero que tus ojos cuajados recobren su brillo... Resucita, Lotario... resucita. (Da algunos pasos como si huyera de una visión.) No, no; déjame... no vivas, no me mires, no corras tras de mí... Vuelve al charco de sangre, bárbaro, verdugo mío. Vete. (Se tapa los ojos, los oídos.) No quiero verte, no quiero oírte.

FILEM.— Acodiendo á ella.) ¡Hija mía!

CORNEL.— No delires. (Ambos la abrazan.)

BÁRB.— Llévame lejos... escondedme en lugar hondo, obscuro.

FILEM.— Sí... ven... nada temas.

BÁRB.— (Con súbito terror, mirando su ropa.) ¡Mi vestido... manchado...!

CORNEL.— (Examinando su falda.) De fango, de sangre no.

FILEM.— Miraremos bien... No, no hay manchas de sangre.

BÁRB.— Mirad, mirad bien. (Examinanle los brazos, las manos.)

FILEM.— (Queriendo llevarla al canapé.) Ven aquí... sosiégate.

BÁRB.— (Bruscamente, mirando la suela de uno de sus zapatos, en la cual cree ver mancha de sangre.) ¡Ah! aquí... Mirad. (Se quita el zapato y lo arroja lejos.) Pisé las hojas encharcadas. (Se mira el otro zapato, y quitandoselo, lo arroja.) Aun descalza, mis pasos irán estampando por toda la tierra la imagen de Lotario muerto. (Da algunos pasos, descalza, por la escena.) ¡Oh! escondedme... quiero dormir, quiero olvidar.

CORNEL.— ¡Sí, pobre alma! (La conducen al canapé.)

FILEM.— Quiéraslo ó no, has de descansar.

BÁRB.— Obligadme, sometedme.

CORNEL.— Aquí... Reclínate. (La obligan á recostarse.)

FILEM.— Así, así. (Le pone un cojín en la cabecera.)

CORNEL.— (Suspendiendo los pies de Bárbara, la coloca en postura horizon-

tal.) ¡Así, pobrecita mía!... Te arroparemos. (Cubriéndola de rodillas abajo con el chal.) Así, así.

BÁRB.— (Con ternura y acento infantil.) Filemón, Cornelia, acariciadme, arrulladme como cuando era niña...

CORNEL.— Sí, sí... Pero antes... (Dirigese á la izquierda y rápidamente da órdenes á Rosina.)

FILEM.— Te arrullaremos, te adormeceremos.

BÁRB.— (Dolorida, echando de menos á Cornelia.) Cornelia, ¿dónde estás?

CORNEL.— (Voliendo presurosa.) Aquí, mi vida.

BÁRB.— Volvedme al dulce tiempo de mi niñez. Cuando, rendida del trajín de mis lecciones y de corretear locamente por el jardín, me entregaba al descanso, tú, Cornelia, me agasajabas en mi camita, me hacías rezar, rezando tú...

CORNEL.— Y ahora lo mismo. (Entra Rosina con una poción. Va Cornelia á recogerla, y vuelve junto á Bárbara.)

BÁRB.— Tú, Filemón, me referías el cuento de los pobres niños extraviados en el monte obscuro y salvados por el hermanito... Tú, Cornelia, me arrullabas con aquel dulce cantar... (Repite un canto de dormir niños.)

CORNEL.— (Repitiendo el canto y ofreciéndole la poción.) Bebe, y el sueño será contigo.

BÁRB.— Tú me bendecías, me arrullabas, llamabas al Ángel de la guarda para que velara junto á mí... me hacías creer... (Bebe) me hacías creer que el ángel extendía sus alas sobre mí (Se inicia en ella el desvanecimiento), y yo... escondía mi cara entre las plumas... me agarraba á las plumas...

FILEM.— Y dormías con dulce sueño.

CORNEL.— Ahora también. (Repite el canto de niños.)

BÁRB.— (Vencida gradualmente de la sedación.)... Me rinde el cansancio... me desvanezco... se me duermen las ideas... se me duerme la memoria... ¡Oh, memoria, duérmete!

FILEM.— ¿Ves qué efecto saludable...?

CORNEL.— Velaremos tu sueño.

BÁRB.— (Adormeciéndose.) ¡Oh, dulcísima pereza...! Mi cuerpo desmaya, se rinde... ¿Es esto dormir, es esto morir?

CORNEL.— (Repitiendo quedamente el canto, le pone la mano sobre los ojos.) Duerme, niña mía, duerme con el ángel. (Bárbara, rendida, se adormece. Filemón y Cornelia, andando de puntillas, se apartan á la izquierda.)

FILEM.— (Hablan entre sí en voz muy queda.) El caso es gravísimo. Lo arreglaremos de modo que cuando se descubra la muerte del

desdichado Lotario, no recaigan en la Condesa ni aun las sospechas de los más maliciosos... Engañaremos al tirano mismo, al sutil Horacio.

CORNEL.—Diffícil será. (Sigilosa, acercándose á Bárbara.)

FILEM.—Parece que su pobre cuerpo goza de algún descanso...

CORNEL.—Duerme. ¡Venturoso sueño! (Vuelve junto á Filemón.)

BÁRB.—(A media voz, sin moverse ni abrir los ojos.) Arrulladme, adormecedme.

CORNEL.—(En voz muy baja.) La verdad quedará oculta.

FILEM.—Diremos, probaremos... que la Condesa vino á visitarnos por la tarde... y...

CORNEL.—¿Pero lo creerán?

FILEM.—Créanlo ó no, lo mismo da. ¿Quién osará, quién, acusar á la Condesa?

CORNEL.—Nadie. Resultará que el Conde ha muerto á manos de salteadores...

BÁRB.—(En sueños.) Venus, hermosa Venus, astro de la tarde... Espléndidas luces del Cisne...

CORNEL.—Sueña con las estrellas... Ya descansa.

FILEM.—¡Infame Lotario... todos te aborrecen! No habrá un solo siciliano que quiera esclarecer tu muerte con la luz de la pura justicia.

BÁRB.—(En sueños, con voz apagada.) Leonardo.

FILEM.—Nombra al capitán.

BÁRB.—(Moviéndose en el lecho, como á punto de despertar y con voz entonada, amorosa.) Leonardo.

CORNEL.—Le llama con voz amante.

BÁRB.—(Levantándose súbitamente, desfavorida, con fuerte voz y desconociendo el sitio en que se encuentra.) ¡Leonardo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Vestíbulo de la residencia del Intendente Horacio Maddaloni. Al fondo, cuatro columnas dóricas ó jónicas, restos de un templo griego, aprovechados en las nuevas construcciones. A la derecha, dos puertas: la de primer término conduce á la biblioteca, la otra á las oficinas. A la izquierda, segundo término, puerta que conduce á las habitaciones privadas de Horacio. Al fondo, fuera de las columnas, alguna estatua ó grupo, trípodes y monumentales vasos griegos. En todo se revela el buen gusto y las aficiones del dueño de la casa. El foro es un paisaje combinado de rocas y grupos de papiros. A derecha é izquierda del foro, paso para el exterior. Mesas y sillones de estilo Imperio. Suelo de mosaico. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

HORACIO, seguido de SILVIO, sale por la izquierda y va al encuentro de DEMETRIO, que llega por el foro derecha.

HORACIO.—Sea bien venido el poderoso señor, Demetrio Paleólogo.

DEMETRIO.—¡Horacio Maddaloni! (dándole los brazos) ¿eres tú?... El demonio que te conozca.

HORAC.—Vuestro amigo de otros días...

DEMET.—¡Y que no has variado poco, por Cristo! (Mirándole bien.) Eras humilde, pobretón... y ahora...

HORAC.—Obra de mis años, de mis buenos servicios...

DEMET.—Te casaste, ¿verdad?

HORAC.—Casado soy... y feliz.

DEMET.—Bien, Horacio, bien. (Observando el edificio.) Vives en grande... ¡Qué transformación!... Todo es nuevo para mí en Siracusa, después de quince años de ausencia.

HORAC.—¿Y habéis tenido un viaje feliz?

desdichado Lotario, no recaigan en la Condesa ni aun las sospechas de los más maliciosos... Engañaremos al tirano mismo, al sutil Horacio.

CORNEL.—Diffícil será. (Sigilosa, acercándose á Bárbara.)

FILEM.—Parece que su pobre cuerpo goza de algún descanso...

CORNEL.—Duerme. ¡Venturoso sueño! (Vuelve junto á Filemón.)

BÁRB.—(A media voz, sin moverse ni abrir los ojos.) Arrulladme, adoradme.

CORNEL.—(En voz muy baja.) La verdad quedará oculta.

FILEM.—Diremos, probaremos... que la Condesa vino á visitarnos por la tarde... y...

CORNEL.—¿Pero lo creerán?

FILEM.—Créanlo ó no, lo mismo da. ¿Quién osará, quién, acusar á la Condesa?

CORNEL.—Nadie. Resultará que el Conde ha muerto á manos de salteadores...

BÁRB.—(En sueños.) Venus, hermosa Venus, astro de la tarde... Espléndidas luces del Cisne...

CORNEL.—Sueña con las estrellas... Ya descansa.

FILEM.—¡Infame Lotario... todos te aborrecen! No habrá un solo siciliano que quiera esclarecer tu muerte con la luz de la pura justicia.

BÁRB.—(En sueños, con voz apagada.) Leonardo.

FILEM.—Nombra al capitán.

BÁRB.—(Moviéndose en el lecho, como á punto de despertar y con voz entonada, amorosa.) Leonardo.

CORNEL.—Le llama con voz amante.

BÁRB.—(Levantándose súbitamente, desfavorida, con fuerte voz y desconociendo el sitio en que se encuentra.) ¡Leonardo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Vestíbulo de la residencia del Intendente Horacio Maddaloni. Al fondo, cuatro columnas dóricas ó jónicas, restos de un templo griego, aprovechados en las nuevas construcciones. A la derecha, dos puertas: la de primer término conduce á la biblioteca, la otra á las oficinas. A la izquierda, segundo término, puerta que conduce á las habitaciones privadas de Horacio. Al fondo, fuera de las columnas, alguna estatua ó grupo, trípodes y monumentales vasos griegos. En todo se revela el buen gusto y las aficiones del dueño de la casa. El foro es un paisaje combinado de rocas y grupos de papiros. A derecha é izquierda del foro, paso para el exterior. Mesas y sillones de estilo Imperio. Suelo de mosaico. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

HORACIO, seguido de SILVIO, sale por la izquierda y va al encuentro de DEMETRIO, que llega por el foro derecha.

HORACIO.—Sea bien venido el poderoso señor, Demetrio Paleólogo.

DEMETRIO.—¡Horacio Maddaloni! (dándole los brazos) ¿eres tú?... El demonio que te conozca.

HORAC.—Vuestro amigo de otros días...

DEMET.—¡Y que no has variado poco, por Cristo! (Mirándole bien.) Eras humilde, pobretón... y ahora...

HORAC.—Obra de mis años, de mis buenos servicios...

DEMET.—Te casaste, ¿verdad?

HORAC.—Casado soy... y feliz.

DEMET.—Bien, Horacio, bien. (Observando el edificio.) Vives en grande... ¡Qué transformación!... Todo es nuevo para mí en Siracusa, después de quince años de ausencia.

HORAC.—¿Y habéis tenido un viaje feliz?

DEMET.—Así, así... La mar brava, como á mí me gusta... ¿Podré marchar pronto á Palermo?

HORAC.—(Á Silvio.) ¿Has dispuesto el viaje?

SILVIO.—Todo á punto, señor.

HORAC.—El Rey quiere que partáis sin demora.

SILVIO.—¿Comerá el señor antes de partir?

DEMET.—No me opongo: hay que mirar por la vida.

HORAC.—(Presentando á Silvio.) Mi sobrino y secretario el abate Silvio, teólogo, políglota, poeta... Sus buenas prendas y mi protección le llevarán pronto á un principado de la Iglesia...

DEMET.—Adelante, hijo, y por San Nicéforo, no te quedes corto.

HORAC.—Que dispongan la comida en la sala de Hércules.

SILVIO.—Al instante. (Vase Silvio por la derecha.)

ESCENA II

HORACIO, DEMETRIO: se sientan ambos.

DEMETRIO.—No me canso de mirarte... de admirarte. ¿Con que... el aventurero de aquellos días de revueltas y libertinaje es hoy nada menos que el árbitro de la justicia en Siracusa?

HORACIO.—Así lo ha querido nuestro augusto Rey Fernando IV, hoy Fernando I de Sicilia.

DEMET.—La Intendencia que gobiernas abraza dos valles...

HORAC.—Tres: Siracusa, Notto y Catania. Su Majestad me ha confiado la parte más díscola de su pequeño reino.

DEMET.—(Riendo.) ¡Y el revolucionario de ayer, el discípulo de los jacobinos franceses, hoy!... Déjame que me ría.

HORAC.—Es el tiempo, señor, que del sedimento de las revoluciones hace las tiranías.

DEMET.—Tiranuelo eres... y como tiranuelo, curioso... Vamos: rabiando estás por saber á qué vengo yo á Sicilia.

HORAC.—Venís á traer al Rey los auxilios de dinero que, para sostener la guerra, le ofrecen los sicilianos que habitan en Egipto y en Asia Menor.

DEMET.—Vengo á eso... pero no á eso sólo. Rabia: no lo aciertas.

HORAC.—Venís á recoger la parte que os toque en la herencia de vuestro desgraciado hermano Lotario, Conde de Términi.

DEMET.—Rabia, rabia. La herencia de mi hermano me interesa poco.

HORAC.—Nada supone para vos: sois riquísimo... Venís tal vez á reiterar las indagaciones, á perseguir... el descubrimiento de los matadores de Lotario.

DEMET.—Doy por válida y concluyente la versión de que pereció á manos de ladrones. Calabria los cría y Sicilia los junta.

HORAC.—Es cierto.

DEMET.—Dime otra cosa: ¿amabas tú á mi hermano?

HORAC.—Permitidme, señor, que no os oculte la verdad. Nadie le amaba en Siracusa.

DEMET.—Su carácter duro y sus modos brutales no ganaban los corazones. Era, como yo, áspero, poco sufrido, despótico.

HORAC.—Os rebajáis, señor. Sois demasiado modesto.

DEMET.—(Altanero.) ¿Modesto yo? ¡Mala peste con la modestia!... (Fosco y tenaz.) Soy siempre el mismo: eternamente joven, eternamente bárbaro y eternamente insaciable en mis apetitos.

HORAC.—Para satisfacerlos, contaréis con Dios, con la Providencia...

DEMET.—Eso sí. (Transición á la santurronería.) ¡La protección divina!... (A media voz, sacando del pecho unas medallas, pendientes de una cadena.) Concédanme su favor los benditos San Isaac y San Nicéforo, y la Madona de Sitza. (Besa las medallas, mascullando un rezo.)

HORAC.—(Esperando á que acabe el rezo.) Sois religioso.

DEMET.—(Guardando las medallas.) Son religiosos los que nada poseen y los que tienen mucho que perder.

HORAC.—(Avivada su curiosidad.) Pues sed también sincero, y decidme á qué venís á Siracusa á más de...

DEMET.—Dime tú antes: ¿la aplicación de la justicia un día y otro, no te hace desgraciado?

HORAC.—Señor, la justicia tiene sus encantos. Os diré más: la justicia es un arte...

DEMET.—¡Un arte! (Escandalizado.) ¡Oh!

HORAC.—No me refiero á la justicia perfecta, ideal, que no existe más que en el Cielo. La de la tierra es de pura relación, y nunca puede ser un acto de estricta conciencia.

DEMET.—Ya...

HORAC.—Actúa con mil trabas, anda siempre del brazo de la oportunidad, del interés del mayor número; se apoya también en sentimientos tan nobles como la amistad; en la belleza misma, en el buen gusto...

DEMET.—(Comprendiendo.) ¡Ah, truhán! Ahora recuerdo que eres artista. Antes coleccionabas pucheros, medallas y monedas, camafeos baratos...

- HORAC.**—Hoy poseo estatuas griegas de primer orden, esmaltes bizantinos, magníficas armas... El arte es mi pasión.
- DEMET.**—(Sentándose.) Bien, Horacio: ya voy entendiendo tu arte de la justicia, y por dónde se te ha de coger. Tu corrupción es bella. No eres un gobernante vulgar.
- HORAC.**—Creo lo mismo.
- DEMET.**—¿Me darás lealmente los informes que voy á pedirte?
- HORAC.**—(Sentándose junto á él.) Preguntad, señor.
- DEMET.**—Has dicho que nadie amaba á mi hermano.
- HORAC.**—Nadie le ha llorado.
- DEMET.**—No dirás eso por su mujer, que, según pública voz, está inconsolable...
- HORAC.**—Transcurridos los meses de luto, la pobre Condesa continúa en su vida solitaria, melancólica. Aunque no tenía motivos para amar á su esposo, ha sentido su muerte; le ha llorado y le llora.
- DEMET.**—Bárbara es buena... al menos como tal me la figuro yo.
- HORAC.**—Remedo fiel de la divina Penélope, que personifica la fe conyugal.
- DEMET.**—(Con bárbara ingenuidad, que le hace parecer infantil.) Así lo creo. Figúrate mi indignación, cuando llegaron á mis oídos los infames rumores...
- HORAC.**—(Curioso.) ¿Qué... qué decían por allá?
- DEMET.**—En Esmirna, hallándome de estación con mi caravana, un siciliano vil se atrevió á decirme que Bárbara había pagado un asesino...
- HORAC.**—(Con fingido espanto.) ¡Para dar muerte á su esposo! ¡Qué villana impostura!
- DEMET.**—¡Virgen de Sitza, no sé lo que me pasó al oírlo!... Me cegué...
- HORAC.**—Le arrancaríais la lengua...
- DEMET.**—No quise entretenerme. Fué más expedito cortarle la cabeza.
- HORAC.**—Muy bien.
- DEMET.**—(Resolviéndose á una confidencia importante, que le cuesta trabajo.) En fin, Horacio... ya no quiero hacerte rabiar más. (Con timidez de hombre salvaje.) Ello es que... no sé cómo decírtelo.
- HORAC.**—Señor, ¿me permitís que me adelanto? ¿No os incomodáis si adivino vuestro pensamiento?
- DEMET.**—¡Con mil demonios, no me incomodo!... Al contrario.
- HORAC.**—Mi arte es general, y de la justicia se extiende á todo el rei-

- no de las pasiones humanas. En cuanto hablásteis de la viuda de vuestro hermano, comprendí que os gusta, que...
- DEMET.**—No la he visto desde que era niña. No sé si ella se acuerda de mí: yo nunca he podido olvidarla... Corrieron los años. Cuando supe que se casaba con Lotario, la envidia entró en mí. Lléveme el diablo si oculto la verdad... Una envidia sorda, roedora... polilla que me iba taladrando el corazón. Por no volver á Sicilia, por no ver á Lotario casado con esa divina hembra, me metí más en los trajines del comercio, y extendí mis expediciones al Oriente remoto, á la Persia, al Afghanistan, á la India... Al saber la muerte de Lotario á manos de bandidos, en mi corazón se daban de cachetes... así, así, dos sentimientos bien distintos, como el día y la noche... la pena por mi hermano muerto, la alegría de ver á Bárbara libre... Esta es la humanidad.
- HORAC.**—Así es: la presentáis en todo el esplendor de su bella desnudez.
- DEMET.**—En Corfú, los días últimos, no me hartaba de contemplar el magnífico retrato de Bárbara, vestida á la griega antigua, que posee mi tía la Condesa Cataldi.
- HORAC.**—A la hermosura que habéis contemplado en efigie, supera la realidad como el sol á la luna.
- DEMET.**—(Con gran viveza, apretándole el brazo.) Bien, Horacio: ya que ahora no puedo verla, por estas condenadas prisas de mi viaje á Palermo, quiero que tú...
- UN CRIADO.**—(En la puerta de la izquierda.) El señor tiene dispuesta la comida.
- DEMET.**—(Levántase.) Voy. (Oyese rumor de voces en el foro.)
- HORAC.**—¿Qué voces son esas? (Dirigese hacia el fondo.)
- DEMET.**—(Para sí, perplejo.) ¿Qué me llama con más fuerza, la querencia de entenderme con Horacio, ó el hambre? (Después de una corta vacilación.) Comeré. (Da algunos pasos hacia la izquierda.)

ESCENA III

HORACIO, DEMETRIO; SILVIO por el foro derecha.

- SILVIO.**—Señor, los Padres Franciscanos solicitan veros.
- HORAC.**—(Contrariado.) ¿Otra vez el pordioso de esos insufribles cogullas?

DEMET.—(Parándose.) ¿Qué piden?

SILVIO.—Se les acabaron los recursos, y se les han vaciado las despensas. Pretenden que les deis pan y legumbres para la semana.

HORAC.—(Iracundo.) No puedo... no hay fondos.

DEMET.—(Retrocediendo.) Ea, por San Isaac, no chilles tanto. Yo les doy víveres para tres meses.

HORAC.—Ilustre señor, sois la Providencia de estos infelices mendicantes... Comed tranquilo. Ya os habéis ganado vuestro pan de cada día.

DEMET.—¡Sí que me lo he ganado, sí, por Cristo...! (Vase mascullando un rezo.)

SILVIO.—También os pide audiencia el capitán Leonardo de Acuña.

HORAC.—(Con súbito interés.) ¡El español! ¿Ha venido con los frailes?

SILVIO.—Con ellos viene el que con ellos vive. Recíbidle, hablad con él, y confirmaréis lo que os he dicho.

HORAC.—¡Oh, sí! Tengo su visita por muy interesante. ¿Has hablado con él?

SILVIO.—Dos palabras no más. Ya sabéis que es poco comunicativo. Por lo que he podido entender, esta visita es para deciros que abandona el servicio de Su Majestad.

HORAC.—¿Es indolencia... ó es locura?

SILVIO.—Atacado está, según dicen, de locura mística. ¿Le mando pasar?

HORAC.—Sí, que pase al instante. (Vase Silvio. Queda Horacio meditando.) Capitán Acuña, ¿qué significa esa determinación? Lo que sea necesito saberlo sin demora.

ESCENA IV

HORACIO, LEONARDO; después SILVIO, MONTANARI y ESOPÓ. Entra Leonardo por el foro derecha, de uniforme. Saluda cortesmente. Espera que se le mande pasar.

HORAC.—Adelante, señor Capitán: tanta honra como placer recibo de vuestra visita. Sabed que accedí, con creces, á las peticiones de esos buenos religiosos, por vos, antes que por ellos. Son

vuestros amigos; os han dado asilo. ¿Qué mejor motivo para que yo, en nombre de Dios, les ampare?

LEONARDO.—Señor Intendente de los tres valles, me honráis mucho más de lo que merece este pobre soldado.

HORAC.—Por vuestro noble comportamiento en la guerra y en las difíciles comisiones que habéis desempeñado, digno sois de todos los homenajes.

LEONARDO.—(Inclinándose.) Señor...

HORAC.—Y en nombre del Rey os doy expresivos parabienes. (Inclinase de nuevo Leonardo.) Y satisfecha la cortesía, ahora entra la severidad. ¿Es cierto lo que oí...? ¿que dejáis el Real servicio?

LEONARDO.—A eso vengo, señor: á suplicaros que transmitáis á Su Majestad mi resolución de abandonar la vida militar.

HORAC.—Al Rey os liga un sagrado juramento.

LEONARDO.—El plazo de mi compromiso con el Rey de Sicilia ha espirado ya. Desde ayer soy libre.

HORAC.—(Severo.) Está bien... Decidme: ¿desde que volvéis de Albania os encerrásteis en los Franciscanos?

LEONARDO.—Sí, señor.

HORAC.—La vida claustral, sombría y tediosa, pugna ciertamente con la libre alegría militar.

LEONARDO.—(Con calma y tristeza en toda la escena.) Desconozco, señor Intendente: esa libre alegría.

HORAC.—¿Habéis tenido algún disgusto grave antes ó después de vuestro viaje á la costa de Albania?

LEONARDO.—La vida humana, bien lo sabéis, no es un tejido de venturas.

HORAC.—Muy extraño me parece que en todo este tiempo no se os haya visto en Siracusa por parte alguna.

LEONARDO.—Anhelaba la quietud, el silencio.

HORAC.—Y en esa soledad lúgubre, habéis madurado el propósito de cambiar de vida.

LEONARDO.—Sí, señor.

HORAC.—Permitidme que sea indiscreto... que penetre atrevidamente en vuestro interior... (Mirándole fijamente.) Veo, Capitán, veo... una conciencia turbada.

LEONARDO.—Tal vez.

HORAC.—Y relaciono ese estado particular de conciencia con la exaltación que, según me han dicho, padecéis... Me figuro que os aferráis demasiado al rigor de los principios. Esto no es prác-

tico, caballero Acuña. Conviene huir de las abstracciones; conviene que nos acomodemos á la realidad...

LEONARDO.—Así lo hago yo. No hay realidad para mí fuera de los dos sentimientos esenciales: el Honor, la Fe.

HORAC.—Sí; muy santo, muy bueno; pero...

LEONARDO.—(Vivamente.) Fe y Honor fueron siempre la inquebrantable ley de mi familia. Yo no hago traición á mi nombre ni á mi raza. (Conteniéndose.) Perdonadme... os importuno... Si queréis, os explicaré los motivos de mi renuncia...

HORAC.—No es ocasión. Ya hablaremos despacio. Entre tanto, aceptaré vuestra renuncia *sub conditione*. Pero he de reteneros mientras no sepa que el Rey se digna daros licencia. Comprenderéis que es forzoso emplear ciertas formalidades.

LEONARDO.—Me someto gustoso á cuantas formalidades estiméis necesarias.

HORAC.—Extenderéis vuestra renuncia alegando los motivos... Si no tenéis prisa, me permitiré rogaros que aguardéis á que yo despache asuntos más perentorios. (Entran Montanari, con papeles de un proceso, Silvio y Esopo.)

LEONARDO.—Estoy á vuestras órdenes.

HORAC.—Dignaos pasar á la biblioteca. Mis libros, mis colecciones artísticas y numismáticas, harán más breve el rato que os tenga de espera.

LEONARDO.—Gracias, señor.

HORAC.—Acompáñale, Silvio, y vuelve aquí. (Saluda Horacio; Leonardo se va con Silvio por la derecha, primer término.)

ESCENA V

HORACIO, MONTANARI, ESOPÓ; después SILVIO, DEMETRIO.

MONTANARI.—(Dirigiéndose á Horacio.) Esta causa...

HORACIO.—Aguarda. (Permanece frente á la puerta, siguiendo los pasos á Leonardo y Silvio.)

MONTAN.—(Retrocediendo al fondo.) Esopo, ¿ocurre alguna novedad?

ESOPÓ.—Los Padrotes han vuelto al convento; el Capitán no.

MONTAN.—Si no vuelve, mejor para tí.

ESOPÓ.—(Displicente.) Es muy aburrido vigilar frailes.

MONTAN.—De mejor gana vigilarías á las monjas, ¿eh?

ESOPÓ.—Ni monjas ni frailes divierten al hombre solitario.

MONTAN.—Sobre todo, desde que se les han secado las bodegas.

HORAC.—(Á Silvio, que vuelve por la derecha.) ¿Ha dicho algo?

SILVIO.—Ni una palabra. Con vago mirar examina las colecciones.

HORAC.—(Acercándose á Esopo y Montanari.) ¿Quién de vosotros afirmó que Bárbara no le ha visto en los Franciscanos?

MONTAN.—Yo dije que le ha visto de lejos, en el coro, en los Oficios.

ESOPÓ.—Y le miraba como miran las beatas al santo que adoran en la cornisa.

HORAC.—¿Aseguráis que no se han visto de cerca, que no se han hablado?

ESOPÓ.—El lego Sempronio, encargado allí de espantar á las mujeres, me ha dicho que la Condesa quiso entrar...

MONTAN.—Pero es evidente, lo sé, que el Prior no le dió permiso.

HORAC.—Está bien.

SILVIO.—¿Queréis que vuelva yo á la biblioteca? Procuraré entablar conversación.

HORAC.—No es preciso. Dejémosle... Fijaos en mis órdenes. (Da las órdenes en voz baja.)

DEMETRIO.—(En la puerta de la izquierda, mascullando una fruta del postre.) ¿Se han ido ya esos reverendos moscones? ¡Peste del mundo! Acosado por ellos vengo desde Palestina.

MONTAN.—(Aparte á Horacio.) ¿Nada más?

HORAC.—Nada más. Sacas del archivo la causa del Conde Lotario... y... (A Silvio y Esopo.) Vosotros, ya sabéis... (A un signo de Horacio se retiran los tres.)

ESCENA VI

HORACIO, DEMETRIO.

DEMET.—¿Has concluido?

HORAC.—Perdonadme, señor. Daba las órdenes para que se anuncie á los Franciscanos vuestra limosna. Estáis empeñado en una empresa espiritual... No es prudente menospreciar las influencias de los de arriba...

DEMET.—(Meditabundo.) El Cielo... lo espiritual... mujeres piadosas... frailes que rezan. (Vivamente.) Horacio, aumenta la li-

- mosna. Dales sustento para seis meses... Y ahora, solos otra vez, ¿podremos seguir tratando del negocio mío?
- HORAC.—Abordémoslo, señor, con toda claridad. (Permanece en pie.) Amáis á la viuda de Lotario y queréis hacerla vuestra esposa.
- DEMET.—Tú lo has dicho.
- HORAC.—¿Y cuál es vuestro plan?
- DEMET.—¿Mi plan? Ninguno. Todo lo harán mis santos tutelares y tú.
- HORAC.—Pero...
- DEMET.—(Vivamente, con autoridad ejecutiva.) Horacio Maddaloni, cuando yo vuelva de Palermo, todo debe encontrarse resuelto y concluído. Quiero que á mi regreso sepa Bárbara mi adoración de su persona; que sus vacilaciones, si las hubiere, estén reducidas á un decidido consentimiento, y no te digo más.
- HORAC.—Bien, señor. Ya sabe la Condesa que sois muy rico.
- DEMET.—Mucho más que lo fué mi hermano.
- HORAC.—Monopolizáis el tráfico de granos...
- DEMET.—Monopolio de granos, de pieles, de telas y drogas de Oriente, y de... (Mete la mano en el pecho y saca unas bolsitas que abre.) Espérate un poco... ¿Entiendes de perlas?
- HORAC.—Entiendo y colecciono. Poseo algunas muy lindas.
- DEMET.—(Muestra un hilo de gruesas perlas, suspendido de sus dedos.) ¿A que no son como las mías?... Observa esa igualdad, ese oriente.
- HORAC.—Esto es un sueño, señor. Lleváis aquí una millonada.
- DEMET.—(Sacando gruesas perlas.) Vaya, truchimán: escoge una pareja, y de ahí no pases.
- HORAC.—(Examinando las perlas.) Señor, si vuestra generosidad no pone límites á mi buen gusto...
- DEMET.—Aprovechate... ¡Cuándo te verás en otra!...
- HORAC.—Pues tomo... éstas. (Las toma.)
- DEMET.—(Coge vivamente la mano de Horacio para mirar lo que ha elegido.) A ver... á ver. ¡Ah! perro, me has quitado dos pedazos del alma.
- HORAC.—Vos me las dais... No quito nada.
- DEMET.—A fe que no eres tonto.
- HORAC.—Ya lo sabíais, señor.
- DEMET.—Tengo más, mucho más de lo que has visto: diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros... (Guarda las bolsitas.)
- HORAC.—Ya veo, ya veo el deslumbrador camino para llegar al corazón de la viuda. Señor, poned en mis manos este negocio, y...

- DEMET.—¿Lo arreglarás conforme á mi deseo?
- HORAC.—Dadme libertad y tiempo...
- DEMET.—¿Y dándote libertad, plenos poderes y tiempo...?
- HORAC.—Bárbara será vuestra.
- DEMET.—Bien. Pero este servicio... Hablemos claro... no será gratuito.
- HORAC.—Naturalmente. Habrá que buscar cierta armonía entre vuestra opulencia y la enorme dificultad de la empresa que acometeré por vos.
- DEMET.—(Comprendiendo.) Ya, ya... He de tratarte á lo comerciante. Así me gusta á mí. (Suenan una campana lejana. El sonido trae á la mente de Horacio una idea.)
- HORAC.—¿Queréis ver á la Condesa?
- DEMET.—(Turbado, con gran desasosiego.) ¿Cuándo... dónde?
- HORAC.—La veréis, sin que ella os vea.
- DEMET.—(Inquieto y medroso.) Aun así, temo que he de turbarme. Mi tosquedad, mi barbarie, me hacen tímido. ¿Y dónde, dónde?
- HORAC.—Todas las tardes va á los Franciscanos.
- DEMET.—(Señalando por la derecha.) Que están ahí.
- HORAC.—Sale de Castel-Términi apenas suena el esquílon...
- DEMET.—Ya ha sonado, ya... (Vuelve á sonar la campana.) Sale de Castel-Términi...
- HORAC.—Por aquí la veo pasar siempre. (Mirando al fondo.) Aún no viene. Sería lástima que hoy faltase...
- DEMET.—(Mirando también.) No la veo...
- HORAC.—Aguardaremos.
- DEMET.—Sí, y en tanto... (Muy inquieto y nervioso.) Por la Madona de Sirza, dime pronto tus condiciones... (Vivamente.) ¿Quieres estatuas, pinturas, camafeos, armas...?
- HORAC.—En Rodas, lo sé, comprásteis por poco dinero una estatua mutilada.
- DEMET.—¡Ah! sí... Dicen que es Diana en el baño.
- HORAC.—¡Un torso espléndido... admirable expresión de pudor...!
- DEMET.—¡Pero si no tiene cabeza!
- HORAC.—No importa: por el dibujo que he visto, parece obra de Praxiteles.
- DEMET.—Te advierto que tampoco tiene manos. En Corfú la dejé, arrumbada con otros pedazos de mármol... Y ahora que me acuerdo... También le faltan los pies.
- HORAC.—Pues manca y coja y acéfala, esa figura será para mí.

DEMET.—Para tí... Y que la Madona de Sitza aumente tus colecciones.

HORAC.—*Amén.* También poseéis una Venus *Callipige.*

DEMET.—(En la actitud de una mujer que se levanta la falda mirando hacia atrás.) ¿Una que está así?

HORAC.—Es linda, picante. La tengo por obra de Scopas.

DEMET.—Del mismo diablo será. A mí esas bellezas de piedra no me dicen nada. Si no supiera que valen dinero, las cambiaría por cualquier aldeana viva, aunque fuera mal formada, bizca y con el aliento... impuro. En fin, tuya es la Venus.

HORAC.—(Que ha mirado por el fondo.) ¡Ah! ya viene.

DEMET.—(Con nervioso estremecimiento.) ¡Bárbara!

HORAC.—(Señalando al foro izquierda.) Miradla... allí.

DEMET.—¿Dónde, cuerno de Satanás?

HORAC.—Más allá... cerca del Calvario, junto a un grupo muy alto de papiros.

DEMET.—(Con espasmo de admiración.) ¡Oh, señora mía! ¡Cuánta nobleza en vuestra persona! ¡Qué andar majestuosos!

HORAC.—Bárbara es un ángel desterrado del Cielo.

DEMET.—(Vivamente.) ¡Pues que no vuelva, no!... al Cielo, no... Y perdone la Madona de Sitza. (Se persigna y murmura una oración.)

HORAC.—Sosegaos, señor. La angelical dama será vuestra.

DEMET.—Mía será. ¿Cerramos trato?

HORAC.—Cerramos trato. Basta por una parte y otra la palabra honrada. (Se dan las manos.)

DEMET.—Valga la palabra como escritura. Y si faltaras a tu compromiso, ¡ay de tí, artista de la justicia y gobernador de las pasiones! (Le aprieta la mano.) Si me burlas, encomiéndate a Dios, encomiéndate al Diablo. (Apretando más, le sacude la mano. Horacio protesta.)

HORAC.—¡Ay, ay! (Dolorido.) Soltad, por Cristo. Me lastimáis.

DEMET.—Para que te quede memoria de mí, de nuestro convenio. Lo dicho, dicho.

HORAC.—Y hecho.

DEMET.—Vuelo a Palermo... veo al Rey... vuelo después hacia acá. (Entra Filemón por el foro, y se desliza por la izquierda sin que le vean.)

HORAC.—Adiós; os acompañaré hasta que montéis a caballo. La Fortuna es vuestra.

DEMET.—Mía siempre: oro, fuerza, valimiento...

HORAC.—Todo lo humano.

DEMET.—(A gritos.) No me basta. Quiero también lo divino: ¡Bárbara!
(Vase por el foro derecha seguido de Horacio.)

ESCENA VII

SILVIO, FILEMÓN; después HORACIO.

FILEM.—(Con gran curiosidad.) Ese bruto... ¿es Demetrio Paleólogo?

SILVIO.—Hablad con más respeto.

FILEM.—Por Cástor y Pollux, ¿sabes a qué viene?

SILVIO.—Antes decidme vos qué buscáis aquí.

FILEM.—(Turbado, dudando.) Pues... querido abate... venía... vengo...

SILVIO.—Hace un rato íbais con la Condesa hacia los Franciscanos.

FILEM.—Sí.

SILVIO.—Y perdisteis el viaje.

FILEM.—No lo niego.

SILVIO.—Os dijeron que el interesante caballero...

FILEM.—(Vivamente.) Está aquí. ¿Ha venido el Capitán por su propio impulso, ó es que...? ¿Le ha llamado el Intendente? (Entra Horacio.)

SILVIO.—No sé. Mi señor y jefe os lo dirá.

FILEM.—(Saludando a Horacio.) Señor ilustrísimo...

HORAC.—Tranquilícese mi buen anticuario... Ya he visto que vuelve tu señora. (Señalando el fondo izquierda.)

FILEM.—Desolada.

HORAC.—Corre a calmar su desasosiego. Dile que en mi casa puede ver al Capitán...

FILEM.—Volaré a su encuentro. ¡Pues no agradecerá poco...! (Vase presuroso por el foro.)

SILVIO.—¿De veras consentís que aquí...?

HORAC.—¿Por qué no? (Con misterio.) Para fines de justicia, de supremo arte de justicia: tú no comprenderás esto, pobre Silvio... Necesito saber si, en efecto, la excelsa señora arde en amoroso fuego...

SILVIO.—¿Y aquí la observaréis?

HORAC.—Yo no: tú. Mientras hablan el caballero español y la Condesa, tú entretienes con pláticas amenas a la esposa de Filemón. No seas huraño, hijo, y haz un discreto hermanaje de la galantería y la religión.

SILVIO.—Ya, ya... La señora Cornelia es mujer lozana...
 HORAC.—Te la llevas á dar una vuelta por el jardín y las rocas már-
 móreas... y desde allí observas con ojos de lince y oído sutil...
 SILVIO.—Ya vienen.

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—BÁRBARA, CORNELIA y FILEMÓN.

FILEM.—(A Bárbara, que viene presurosa, inquieta.) ¿No lo crees? Pues aquí tienes á nuestro poderoso amigo...
 BÁRB.—¡Horacio!
 HORAC.—(Con gran reverencia.) Gran señora, celebro con el alma esta nueva ocasión de rendiros todos mis homenajes.
 BÁRB.—(Que aún permanece inquieta.) ¡Oh!... buen Horacio, sabes corresponder á los beneficios que recibiste de mi padre y de mí.
 HORAC.—(Con mayor rendimiento.) No necesito ofreceros una vez más mi persona y mi valimiento.
 BÁRB.—(Melancólica.) Gracias. Mi tristeza me mueve á la gratitud más que me movería la felicidad si la tuviera.
 HORAC.—(Cariñoso, llevándola aparte para hablarle á solas.) ¿Por qué no confiáis á vuestro leal amigo las penas que os amargan?
 BÁRB.—No gusto de acercarme á los poderosos.
 HORAC.—Si me hubiérais dicho: «Horacio, quiero esto... deseo hablar con una persona que...» yo, creedme, os habría franqueado la puerta de los Franciscanos.
 BÁRB.—(Con emoción.) ¡Oh, gracias! ¿Con que tú...?
 HORAC.—Sí: una eventualidad favorable me permite facilitaros la entrevista que deseáis.
 BÁRB.—Gracias otra vez y mil, Horacio. Vivo en mortales dudas... Quiero verle para saber... Perdona que no entre en más explicaciones...
 HORAC.—Ni yo las necesito. Apremia el tiempo, señora. Permitid ahora que me retire.
 BÁRB.—(Pasando junto á Cornelia, gozosa.) ¡Cornelia, al fin...!
 HORAC.—(Cogiendo del brazo á Filemón.) Si el primer helenólogo de Sicilia quiere ver mis últimas adquisiciones... (Coge del brazo á Filemón y se le lleva por la derecha.)

ESCENA IX

BÁRBARA, CORNELIA, SILVIO, LEONARDO.

SILVIO.—(A Cornelia, con urbanidad refinada, cultista.) Más sonoros que los murmullos de vuestra modestia, señora, son los gritos de la fama pregonando vuestro saber.
 CORNEL.—(Con extremos de modestia.) ¡Oh!...
 SILVIO.—¿Conocéis mi disertación sobre la abstinencia de los goces, ilustrada con lugares de San Gregorio Nacianceno, de San Hilario y de los profanos Filón y Aristóteles?
 CORNEL.—La he leído, y me habéis parecido más fuerte en la erudición que en la doctrina.
 BÁRB.—Señor abate, decidme: ¿esperaré aquí mucho tiempo?
 SILVIO.—No, señora mía. (Le señala la puerta de la derecha.) Mirad á esa puerta, que es el Oriente por donde aparecerá el sol que anheláis.
 BÁRB.—Por ahí... (Fija los ojos en la puerta.)
 CORNEL.—(Completando su juicio.) Prodigáis las citas; bien se os pueden aplicar las palabras de San Pablo: *Græcis ac barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum*.
 SILVIO.—(Modesto y galante.) Acato y agradezco vuestro sabio dictamen.
 BÁRB.—(En expectación ansiosa, clavados los ojos en la puerta.) ¡Por allí...! Días pasados desde que no le veo, ¿cuántos sois? Ya mi memoria no sabe contaros... No veo nada... ¡Oh, sí! Alguien viene. (Pausa. Medrosa se acerca más á la puerta. Aparece Leonardo y se detiene en el umbral. Ambos se miran perplejos, silenciosos. Silvio y Cornelia se alejan hacia el foro.) ¡Leonardo!
 LEONARDO.—(Inmóvil, como deslumbrado.) ¡Visión celestí!
 BÁRB.—¡Al fin...! (Corriendo hacia él con arranque amoroso.)
 LEONARDO.—(Avanzando.) Dios lo quiere. (Se abrazan, permaneciendo mudos, vencidos de la emoción.)
 SILVIO.—(En el fondo.) Respetable y lozana señora; si gustáis de contemplar los restos de la antigüedad pagana...
 CORNEL.—El gentilismo no es de mi devoción. Enseñadme monumentos cristianos, la tumba de algún mártir...
 SILVIO.—Por aquí. (Se alejan; desaparecen por el foro.)

ESCENA X

BÁRBARA, LEONARDO.

BÁRB.—¡Suprema dicha después de agonía tan larga!

LEONARDO.—Verte es el bien; verte es la luz, el Cielo... (Se sientan frente á frente.)

BÁRB.—Ingrato, ingrato... ¿Por qué desde tu regreso de Albania has permanecido oculto en el convento?... ¿Por qué evitabas verme?

LEONARDO.—Razones de suprema delicadeza... razones de conciencia me movían á encerrar nuestro amor dentro del puro pensamiento escrito.

BÁRB.—Tus cartas, sobre todo las últimas, me revelan exaltación, desvarío, una tristeza fúnebre...

LEONARDO.—Las tuyas me han revelado una turbación hondísima; miedo á la verdad, Bárbara; á una verdad funesta que ni yo ni tú osábamos mencionar por escrito. Ya es tiempo de que abordemos, así... así... tu rostro frente al mío; mis miradas cruzadas con las tuyas, el espantoso infortunio que nos ha traído la Fatalidad.

BÁRB.—(Con grande aliento.) Sí, Leonardo mío: pon frente á mí la verdad que estremece y anonada. Acúsame... Aquí me tienes... De tí acepto el fallo terrible... el castigo si es menester.

LEONARDO.—¡Si te acuso menos de lo que crees! ¡Si no te condeno!... En rigor, no debo condenarte.

BÁRB.—(Con espontaneidad repentina y seca.) ¿Cómo lo supiste?

LEONARDO.—Enterado del suceso mucho antes de salir de Albania, no necesité más para tener exacto conocimiento de todo... de todo, amada mía... ¿No sabes que yo te llevaba en mi alma, que tus sentimientos eran los míos, tus ideas mis ideas?

BÁRB.—Del mismo modo te llevo yo á tí en mi alma... ¡Siempre conmigo, Leonardo... siempre tu pensamiento en el mío!

LEONARDO.—Mi voluntad en tu voluntad. ¿Qué mejor explicación puedo darte de que yo adivinara...? Separados estaban nuestros cuerpos. Nuestras almas, comunicadas y regidas por efluvios misteriosos, formaban un alma sola, y de todos sus impulsos, de todos sus actos, eran igualmente responsables. ¡Si

la tragedia estaba en mi voluntad, cómo no adivinar la tragedia!

BÁRB.—(Con estupor, viendo venir la idea.) Pero... no pensarás que...

LEONARDO.—Culpable fuiste... yo lo fui más.

BÁRB.—(Espantada.) No, no... tú no.

LEONARDO.—¿No te acuerdas, amada mía? El día anterior á tu delito nos vimos en el pórtico del Teatro griego, al caer de la tarde. Noche serena descendió sobre nosotros, rodeándonos de soledad y misterio. Habló nuestro amor saltando de labio en labio.

BÁRB.—Habló nuestro amor, declarando su pureza immaculada... (Nerviosa, se levanta.)

LEONARDO.—Mientras existiera entre nosotros la barrera del honor, del deber...

BÁRB.—Sí, sí... y nombramos al monstruo, y yo dije...

LEONARDO.—(Vivamente los dos, quitándose uno á otro la palabra de la boca.) Fui yo quien dijo: «Es preciso matarlo.»

BÁRB.—Yo, yo lo dije antes que tú.

LEONARDO.—No, no: yo fui el primero que expresó la idea terrible... yo, yo.

BÁRB.—Falso. Recuerda bien. Yo dije esto: «¿Para qué viven los que en la tierra no producen ningún bien, ninguna alegría?»

LEONARDO.—Y yo contesté: «Deben morir, deben perecer.»

BÁRB.—Pero no dijiste que se le matara.

LEONARDO.—Sí, lo dije.

BÁRB.—No, no.

LEONARDO.—Lo dije con toda el alma. Mi ciega pasión anhelaba destruir todo obstáculo.

BÁRB.—No, mil veces no. Yo fui quien habló de muerte. Aquí está mi memoria para dar testimonio...

LEONARDO.—(Con solemnidad.) Aquí está mi conciencia, que con voz clara y terrible me dice que fui el verdadero matador de Lotario.

BÁRB.—(Protestando airada.) Falso... No es verdad.

LEONARDO.—Un espíritu dueño del tuyo, dueño también de tu voluntad, dió el impulso á tu mano.

BÁRB.—Pero ese espíritu no pudo ser el tuyo. (Con gran ternura.) Tú eres generoso y bueno...

LEONARDO.—(Con intensa melancolía.) Pongamos en nuestro amor la piedad que uno y otro merecemos... Soy criminal... Por criminal me tuve al conocer la muerte de Lotario; y cuando volví

de Albania y pisé tierra de Sicilia, los remordimientos encendieron en mí las llamas del Infierno... Luchaban mi amor y mi conciencia como fieras incansables, á cual más iracunda... En mi soledad, tu imagen bella no me abandonaba... Te veía sumisa, triste, menos culpable que yo, mucho menos... pobre mujer, débil y amante, que obedecías por exaltación de amor el mandato mío. Del fuego de ese amor me valí yo infamemente para encender en tí la llama del delito... Matarle yo por mi propia mano siempre habría sido acción criminal, pero en algún modo noble, caballeresca... Pero incitar al crimen á la mujer amada... ¡oh, cobarde, villana acción! No, no puede ser... El hombre es el que mata... la mujer nunca.

BÁRB. — ¡Oh! calla, calla, por Dios: ten piedad de mí. Recobra tu serenidad, recobra la paz de tu alma.

LEONARDO. — Ya estoy sereno, ya... Recobro la paz de mi alma entregando mi vida miserable á la justicia humana.

BÁRB. — ¡Entregarte tú... inocente!

LEONARDO. — (Con exaltación.) He faltado al honor, he atropellado las leyes del honor que mi padre grabó en mi alma... He pisoteado la ley cristiana que me enseñó mi santa madre... Abrazado á la memoria de aquella mujer de inmaculada virtud, he podido buscar y hallar en la fe religiosa el consuelo de mi espíritu y el alivio de mis tormentos.

BÁRB. — (Consternada, echándole los brazos al cuello.) Por Dios, Leonardo, vuelve en tí; despierta de ese horrible delirio...

LEONARDO. — Yo no deliro, amada mía.

BÁRB. — ¡Acusarte tú, Leonardo!... No puede ser, no será... no lo consiento.

LEONARDO. — (Con firme convicción.) Debo y quiero hacer por tu alma y la mía lo que hizo Cristo por toda la Humanidad.

BÁRB. — Padecer.

LEONARDO. — Padecer y amar... todo es lo mismo.

BÁRB. — (Apartándose de él.) ¡Ah! Ya olvidaba que eres español, de esa raza de hidalgos extravagantes, enloquecidos por la leyenda caballeresca; de esa raza en que hombres vigorosos se lanzan á ideales batallas contra enemigos imaginarios, y consumen su vida en ensueños de perfección ó de santidad insana.

LEONARDO. — Caballero soy, caballero cristiano, y como cristiano y como caballero he de restablecer en el altar de mi alma lo que villanamente arrojé de él: el Honor y la Fe.

BÁRB. — Pero no harás lo que has dicho. Acusarte no.

LEONARDO. — Mi resolución es inquebrantable. No te obstines en disuadirme de ella.

BÁRB. — No lo harás.

LEONARDO. — Lo haré: tan cierto como nos alumbró el sol.

BÁRB. — (Afligida, desesperada.) No me amas, no me has amado nunca.

LEONARDO. — Con loca pasión te amé. Quiero reanudar el vínculo de amor en mejor espacio...

BÁRB. — ¿Dónde?

LEONARDO. — Allí donde sin sombra de mal alguno pueda el amor nuestro ser divino, inefable.

BÁRB. — Divino, inefable, puede ser aquí. (Le abraza, queriendo conquistarle por la ternura y la pasión humana.) Idolo ingrato... ¿no te halaga la idea de pasar junto á mí toda la vida que nos resta? ¿Tan poco vale esta mujer que no la sobrepones á tu loca idea del Honor y de la Fe?... ¿No me ves? ¿Mi rostro, mi aliento, la luz de mis ojos, no son nada para tí?

LEONARDO. — (Dejándose vencer por un instante, como si cediera á los halagos de ella.) Encanto mío, ilusión mía: tu rostro, tu aliento, tu mirada, son toda la Naturaleza, son toda la vida terrenal... son... (Rechazándola de improviso.) No, no... Yo quiero para los dos vida más alta.

BÁRB. — Fundémosla en nuestro amor, en nuestra unión eterna... Huyamos.

LEONARDO. — (Con bravura.) ¿Huir yo? ¡Qué locura! Soldado, jamás volví la cara al peligro; pecador, miro con semblante sereno la expiación que Dios me envía.

BÁRB. — (Con más energía.) Huyamos. (Le coje de un brazo; quiere llevarsele.)

LEONARDO. — Imposible.

BÁRB. — Salgamos sin que nadie nos vea.

LEONARDO. — No. (Forcejean.)

BÁRB. — Yo lo quiero, yo lo mando. (Aparece Horacio en la puerta de la izquierda, segundo término.) ¡Horacio!

ESCENA XI

Los mismos. — HORACIO.

HORAC. — Perdonadme, señora. Vengo á cumplir un deber de justicia.

BÁRB. — Bella y soberana es la justicia cuando practica la divina ley.

HORAC. — Vos amáis la ley.

BÁRB.—Tanto como temo á los ciegos que la ejecutan.

HORAC.—Indagaciones recientes nos han revelado al matador de vuestro esposo. Capitán, sois culpable.

LEONARDO.—Vos lo decís y basta.

BÁRB.—Falso, falso... Yo soy la única culpable.

HORAC.—Señora, por salvarle os acusáis... ¡Hermosa abnegación!

BÁRB.—No es abnegación... es la verdad.

LEONARDO.—(Con entereza.) La verdad he dicho. El culpable soy yo.

HORAC.—Os creo, Capitán; creo en vuestra culpa.

BÁRB.—(Consternada, suplicante.) Horacio, compadéceme. Quiero su libertad, la pido, la reclamo.

HORAC.—La tendréis... Calmaos. Soy vuestro mejor amigo. Confíad en mí. (A Leonardo.) Daos preso. (Leonardo saca su espada para entregarla.)

BÁRB.—(Con grande aflicción.) ¡Quiero su vida... que es mi vida!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Explanada entre el palacio de la Intendencia y el jardín de Horacio.

Dan sombra á la escena corpulentos pinos, que se extienden hasta un término lejano formando bosque.—A la izquierda, la Intendencia, de estilo Renacimiento, con pórtico saliente y doble escalinata: una de las ramas de ésta se desarrolla frente al público. En primer término, junto á la Intendencia, un edificio estrecho, de estilo normando, con una sola pueria, reforzada de hierros: es la cárcel.—A la derecha, en un muro adornado con bajo-relieves de la antigüedad helénica, la puerta del jardín de Horacio. Rosales trepadores plantados dentro extienden sus ramas floridas por el caballete.—Hacia el fondo, á la derecha, en una clara del Pinar, se ven las ruínas del templo de Ceres.—A mayor distancia, por entre los troncos de pinos, se divisa la ciudad de Siracusa, y tras ella una faja de mar.—En primer término, frente al jardín de Horacio, un banco de piedra. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

SILVIO, EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA, EL COMISARIO DE MONTES, EL VISITADOR GENERAL, que salen del palacio de la Intendencia; después ESOPÓ. Oyese rumor lejano de alegría popular.

CONTADOR.—(Mirando á la ciudad.) Veloz como el rayo corre la noticia por toda Siracusa.

COMISARIO.—Y según el parte, fué la más descomunal batalla que ha visto Europa.

SILVIO.—Feroz pelea entre titanes.

VISITADOR.—Repetid, querido abate, pues ya lo olvidé, el nombre de ese pueblo glorioso.

BÁRB.—Tanto como temo á los ciegos que la ejecutan.

HORAC.—Indagaciones recientes nos han revelado al matador de vuestro esposo. Capitán, sois culpable.

LEONARDO.—Vos lo decís y basta.

BÁRB.—Falso, falso... Yo soy la única culpable.

HORAC.—Señora, por salvarle os acusáis... ¡Hermosa abnegación!

BÁRB.—No es abnegación... es la verdad.

LEONARDO.—(Con entereza.) La verdad he dicho. El culpable soy yo.

HORAC.—Os creo, Capitán; creo en vuestra culpa.

BÁRB.—(Consternada, suplicante.) Horacio, compadéceme. Quiero su libertad, la pido, la reclamo.

HORAC.—La tendréis... Calmaos. Soy vuestro mejor amigo. Confíad en mí. (A Leonardo.) Daos preso. (Leonardo saca su espada para entregarla.)

BÁRB.—(Con grande aflicción.) ¡Quiero su vida... que es mi vida!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Explanada entre el palacio de la Intendencia y el jardín de Horacio.

Dan sombra á la escena corpulentos pinos, que se extienden hasta un término lejano formando bosque.—A la izquierda, la Intendencia, de estilo Renacimiento, con pórtico saliente y doble escalinata: una de las ramas de ésta se desarrolla frente al público. En primer término, junto á la Intendencia, un edificio estrecho, de estilo normando, con una sola pueria, reforzada de hierros: es la cárcel.—A la derecha, en un muro adornado con bajo-relieves de la antigüedad helénica, la puerta del jardín de Horacio. Rosales trepadores plantados dentro extienden sus ramas floridas por el caballete.—Hacia el fondo, á la derecha, en una clara del Pinar, se ven las ruínas del templo de Ceres.—A mayor distancia, por entre los troncos de pinos, se divisa la ciudad de Siracusa, y tras ella una faja de mar.—En primer término, frente al jardín de Horacio, un banco de piedra. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

SILVIO, EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA, EL COMISARIO DE MONTES, EL VISITADOR GENERAL, que salen del palacio de la Intendencia; después ESOPÓ. Oyese rumor lejano de alegría popular.

CONTADOR.—(Mirando á la ciudad.) Veloz como el rayo corre la noticia por toda Siracusa.

COMISARIO.—Y según el parte, fué la más descomunal batalla que ha visto Europa.

SILVIO.—Feroz pelea entre titanes.

VISITADOR.—Repetid, querido abate, pues ya lo olvidé, el nombre de ese pueblo glorioso.

SILVIO.—Waterlío.

LOS TRES.—(Repitiendo con acento solemne.) ¡Waterlío...!

CONTAD.—Horacio estará contentísimo.

SILVIO.—Como que este suceso viene á dar realidad á sus ideas. Dice Horacio... (Agrúpanse los tres, ansiosos de oírle) que la caída del coloso cambiará la faz del mundo.

COMISAR.—Que todo volverá al estado primero, ¡justo!

SILVIO.—Que en las naciones europeas, hombres y cosas serán lo que fueron antes de la funestísima Revolución francesa. (Asienten todos con aspavientos.)

ESOPO.—(Sofocado, por el foro: trae en el cinto un manojo de llaves.) Por mi bendita madre, qué hacía falta este Waterlío... falta hacía... para quitar penas. El mundo es cada día más triste. (Se limpia el sudor de la frente.)

SILVIO.—Esopo, ¿has comunicado todas las órdenes?

ESOPO.—Si hablaran mis piernas, os dirían lo que han corrido. Orden al puerto para que empavesen los barcos; orden á la Ciudadela para que hagan salvas; orden á frailes y monjas para que repiquen las campanas; orden á la Santísima Catedral para que se cante el *Te Deum*...

SILVIO.—Falta la orden al Síndico para que mande poner en cada plaza un tonel de vino.

ESOPO.—(Con viveza.) Por Baco y sus pellejos, esa orden no me dís-teis.

SILVIO.—Creí que la adivinabas, que la presentías.

CONTAD.—Ya estás andando, buen Esopo.

VISITAD.—¡Alegría pública, vino libre!

ESOPO.—El hombre solitario no se alegra con el pueblo.

COMISAR.—En tu casa te alegras tú.

ESOPO.—En mi cueva celebro yo la paz de Europa. (Flemático, dirigiéndose á la puerta de las prisiones.)

CONTAD.—Clavero de la cárcel, el gemir de los presos arrulla tus borracheras. (Esopo abre; recoge una cesta, que alguien le da desde dentro, y vuelve á cerrar.)

SILVIO.—(Impaciente.) Pero esa orden... ¿A qué esperas?

ESOPO.—(Con calma y acritud.) De paso tengo que hacer mis provisiones. Piernas, volad. (Vase sin prisa, canturreando una canción triste.)

SILVIO.—No descuidarse, amigos. Horacio ha dispuesto que al *Te Deum* asista el personal completo de la Intendencia, Magistratura, Policía, Recaudación, Clases sedentarias.

VISITAD.—De gran gala.

CONTAD.—De rigurosa etiqueta.

SILVIO.—Naturalmente. Cada cual se vista con su mejor ropita... Encargad á todos que no olviden ponerse cuantas cruces tengan á mano, así extranjeras como nacionales.

COMISAR.—¿Y el que no las posea, ó las haya... extraviado?

SILVIO.—Que las supla ó las imite con medallas religiosas de las más lucidas. Vaya, no hay que perder tiempo. A las once, aquí todo el mundo. (Se dirige al jardín.)

LOS TRES.—Vámonos, vámonos... (Vanse por el foro izquierda. Aparece Bárbara por el foro derecha.)

ESCENA II

BÁRBARA, CORNELIA, ROSINA.

BÁRB.—(Llamando.) ¡Silvio, abate Silvio! (Este no la oye y entra en el jardín.)

CORNEL.—No te ha oído.

BÁRB.—Locos andan todos aquí con eso de Waterlío. (A Rosina.) Vuélvete á las ruínas. Alimentadme vosotras la hoguera; observad los colores de la llama y los giros del humo... Busca el brezo rojo y la anémona silvestre.

ROSINA.—Allí los hay. (Recoge flores silvestres entre los pinos.)

CORNEL.—Hiciste voto de no acercarte más á estos lugares tristes, y ya estás otra vez frente al odioso caserón de la Justicia.

BÁRB.—La Justicia me aterra y me atrae. Aquí vengo sin querer venir. (Señalando la puerta baja de la izquierda.) Esta puerta guardada de tantos hierros, conduce á la prisión de Leonardo... Allí reside el execrable Tribunal que le ha sentenciado, y aquí... (Señala á la derecha.) Este es el jardín de Horacio, de la estinga, á quien he pedido una solución sin obtener respuesta.

CORNEL.—(Cariñosa.) Bárbara querida, vuelve tus ojos al Dios de Misericordia y de Justicia, pidiéndole...

BÁRB.—A ese Dios, y á todos los dioses pido, y ninguno me escucha.

CORNEL.—¿Y crees que esos ritos supersticiosos, esas hogueras en altares rotos, olvidados, te revelarán el porvenir obscuro?

BÁRB.—Creo y no creo...

ROSINA.—(Vuelve, mostrando unas matas.) ¿Es esto, señora?

BÁRB.—Sí. Cuando la hoguera esté muy viva, echaremos en ella rosas deshojadas... ¿No hay por aquí rosas? (Mirando á las enredaderas del muro. Abrese la puerta del jardín, y aparece Horacio. Trae en la mano un gran ramo de rosas.)

ESCENA III

Los mismos.—HORACIO.

BÁRB.—(Asombrada de verle.) ¡Horacio!

HORAC.—Rosas hay; pero éstas no son para el fuego.

BÁRB.—¿Sabías...?

HORAC.—(Bondadoso.) El tirano todo lo ve, todo lo oye y todo lo sabe.

BÁRB.—(A Horacio.) Tu semblante risueño, tus palabras dulces, me parecen de feliz augurio. ¿Puedo esperar...? ¿Es ya ocasión de que me digas tus condiciones...?

HORAC.—Ocasión es, señora... He salido á buscaros...

BÁRB.—¿Quieres que vayamos á Castel-Términi?

HORAC.—Dispongo de poco tiempo... Hablaremos aquí.

CORNEL.—(Aparte á Rosina.) Estorbamos... (Se van por el fondo.)

ESCENA IV

BÁRBARA, HORACIO.

HORAC.—Sentaos aquí, señora. (Le señala el banco de mármol.) Y antes que yo tenga el honor de sentarme á vuestro lado, dignaos aceptar estas rosas, que para vos he cogido en mi jardín. Son de rosales traídos de Jerusalén, y plantados aquí por mi propia mano.

BÁRB.—(Recelosa, deteniendo su mano al intentar coger el ramo.) ¡De Jerusalén!

HORAC.—Del lugar sagrado que vió la pasión y muerte de Nuestro Redentor. (Bárbara no se decide á coger el ramo.) Tomadlas sin recelo.

BÁRB.—(Con lentitud.) Del Redentor... sí, sí. (Coge al fin las rosas.)

HORAC.—He procurado quitarles las espinas; pero alguna quedará

tal vez que se clave en vuestros dedos y os cause un leve dolor... y la pérdida de una gota de vuestra preciosa sangre... Pero eso no es nada...

BÁRB.—¡Qué hermosas son!... ¡y qué rica fragancia!... Si estas flores significan tu conformidad con mis deseos, aunque me impongas algún sacrificio, bendito seas, Horacio.

HORAC.—Vuelvo á decíroslo: yo miro siempre á vuestro bien, á vuestra paz.

BÁRB.—Pues mi paz y mi bien sólo puedes conseguirlos declarando inocente á Leonardo y poniéndole en libertad.

HORAC.—Ya sabéis que el Tribunal le ha sentenciado...

BÁRB.—Entre nosotros, que bien nos conocemos, no significan nada esas sentencias terroríficas. En una de tus manos está la muerte, en otra la vida.

HORAC.—Aunque así sea, señora... yo me atrevo á preguntaros: ¿por qué dais tanto valor á la libertad de ese hombre, un loco, un místico, que os haría más desgraciada?...

BÁRB.—Sobre esto no admito razonamientos. Quiero su libertad, quiero su vida. Si él es místico, yo también, á mi modo... Hablemos con toda claridad: sabiendo, como sabes, la verdad de aquel terrible suceso, ¿por qué no persigues al verdadero criminal hasta sacarlo á luz y darle el castigo que merece...?

HORAC.—Porque eso sería sacrificar la Justicia eficaz á la Justicia abstracta, y alterar sin ningún resultado práctico la armonía de las cosas.

BÁRB.—¿Y qué entiendes por armonía de las cosas?

HORAC.—El sostener hechos y personas en el estado que toman por sí, con la espontaneidad de su propio destino. Una larga experiencia me ha enseñado el fundamental principio de todo gobierno.

BÁRB.—¿Cuál es?

HORAC.—Conducir los sucesos con el arte necesario para que las cosas estén siempre donde estuvieron... Ya habéis visto que me pedían reformas y más reformas... «Que todo está malo y es preciso que esté mejor.» Yo he tenido que hacer reformas, pero de pura apariencia y palabrería... Parece que he reformado y no es verdad. Todo es como fué.

BÁRB.—(Reflexiva.) ¡Volver siempre al estado primero! ¿Y cuando los sucesos se van á donde quieren?

HORAC.—Se les tuerce, se les encarrila... para que tornen á su principio... Ya veis: la Historia misma me da la razón. Este

Waterlóo que hoy celebramos no es más que el grito de un mundo que dice: «Quiero ser lo que fui.»

BÁRB.—Sofista, no te valen tus enredos. Por delicadeza, hoy no pensaba yo apelar á tu venalidad... artística. Pues tú lo quieres, allá voy... Pon precio á mis deseos. Ya sabes que poseo obras de arte de mérito extraordinario; tapices persas, cuadros, joyas...

HORAC.—(Vivamente.) No sigáis, señora. Si la armonía que persigo afectase á mi particular interés y á mis gustos de artista, no vacilaría en aceptar. Pero no me habéis comprendido. En este caso, Condesa, miro á la armonía vuestra con el mundo, con la sociedad.

BÁRB.—¿Qué quieres decir? ¿Qué armonías son esas? (Sublevándose con impetu altanero se levanta, conservando en su mano el ramo.) No más, no más, diablo de la Justicia.

HORAC.—Calma, señora mía, calma: os lo suplico.

BÁRB.—Concluye... Quiero una palabra seca, terminante.

HORAC.—La tendréis... ¿Sequedad me pedís? Pues... la libertad de Leonardo habéis de comprármela con vuestra libertad.

BÁRB.—(Ehándose atrás.) ¡Con la mía!

HORAC.—(Refinado y sutil.) Con parte de la vuestra... porque, en rigor, sólo perderéis vuestra libertad en lo formal y externo. ¿Queréis que os lo explique mejor, ó me habéis entendido ya?

BÁRB.—Entiendo, sí. En suma, el precio de tu misericordia es... que yo contraiga segundas nupcias.

HORAC.—Sí, señora. Mis condiciones, ya lo veis, se inspiran en la idea de vuestro bienestar.

BÁRB.—¡Casarme... que me case! (Airada.) ¿Y con quién?... No, no y no.

HORAC.—Lo siento por vos. No podré evitaros una pena hondísima.

BÁRB.—¿Y es condición indispensable para que Leonardo...?

HORAC.—(Con firmeza categórica.) Absolutamente indispensable, señora Condesa.

BÁRB.—¡Horacio! (Pasando del enojo á la consternación.) Horacio... sé generoso; no tritures mi corazón debajo de esa piedra de molino, debajo de tu horrible poder. ¿Qué daño te hice para atormentarme así? ¿Y quién es, quién, dímelo pronto, ese otro diablo, ese otro diablo con quien quieres unirme? ¿Y qué razón hay para eso? Alguna razón habrá... dímela pronto.

HORAC.—(Patético.) Llorad, Condesa, llorad por vos dolorida, por mí justiciero... (Aparece Silvio presuroso por la puerta del jardín de Horacio.)

ESCENA V

BÁRBARA, HORACIO, SILVIO.

SILVIO.—(Avanzando.) Señor, Demetrio Paleólogo ha regresado de Palermo.

BÁRB.—(A media voz, casi sin aliento.) Demetrio... el hermano... de...

HORAC.—¿No le recordáis?

BÁRB.—(Absorta, como alelada.) No... no le conozco...

HORAC.—¿Viene contento?

SILVIO.—Su Majestad ha colmado de obsequios y honores á su amigo ilustre; le ha concedido el título de Príncipe de Candía.

HORAC.—Habréis adivinado, gran señora, que es mi propósito hacer os Princesa de Candía.

BÁRB.—(Sublevándose, altanera.) ¡Oh! burla es ésta cínica y malvada. (Apártase velozmente de Horacio.)

HORAC.—(Inmóvil.) Reflexionad.

BÁRB.—(Fuera de sí, frente á Horacio y á bastante distancia.) ¡Villano! (Arroja al suelo con fuerza el ramo de rosas.) Mira, mira cómo te contesto. (Pisotea con furia el ramo.) ¿Ves lo que hago con tus rosas? Lo mismo haría contigo... contigo lo mismo. (Marcando cada pisotón con una palabra airada.) ¡Vil... renegado... verdugo!

HORAC.—Injusta sois. (Sin perder ni un momento su serenidad.)

BÁRB.—Apártate de mí; vete... déjame. (Pausa. Hace Horacio una gran reverencia y se retira hacia su jardín.)

SILVIO.—(Aparte á Horacio, asustado.) Furibunda está, señor... es una leona.

HORAC.—(Benévolo, calmoso.) Sus dioses la convertirán en mansa cordera. (Vanse por el jardín.)

ESCENA VI

BÁRBARA, ESOPPO.

BÁRB.—(Dirigiendo sus imprecaciones al jardín de Horacio.) Traficante en vidas, en muertes; chalán de estatuas, de honras... (Con gran agitación recorre la escena.) Escribiré al Rey... Pero ya será tar-

de. Fatalidad, tiempo, ¿por qué os habéis unido contra mí? (Fatigada se sienta en el banco. Oyese el canto triste de Esopo que aparece por el fondo. Dirígese á las prisiones; trae colgado del brazo el cesto con viveres y botellas. Bárbara, animándose al oírle, le sale al paso.) ¡Esopo...!

ESOPO.—¿Qué mandáis, señora? (Su embriaguez tétrica no turba completamente sus facultades ni le priva por entero de la seguridad del paso.)

BÁRB.—Tengo que hablarte.

ESOPO.—Aquí tenéis mis oídos. Echad en ellos lo que queráis. (Deja la cesta en el suelo.)

BÁRB.—(Queriendo congraciarse.) ¿Llevas ahí tu comida?

ESOPO.—(Alzando los brazos.) ¡Waterlío!

BÁRB.—¿Qué quieres decir con Waterlío?

ESOPO.—Que hemos de celebrar el gran suceso por el cual todo el mundo volverá á ser lo que fué. El mundo da vueltas (Gira sobre sí mismo y se para ante Bárbara), y vuelve á estar donde estaba.

BÁRB.—(Impaciente.) Deja ahora las vueltas del mundo, y respóndeme: ¿cuándo será llevado á la Ciudadela el capitán Leonardo de Acuña?

ESOPO.—(En el tono habitual de su misantropía.) Sus días acaban aquí esta tarde... Le quedan las horas de la Ciudadela.

BÁRB.—(Sin aliento.) Las horas... de... la Ciudadela.

ESOPO.—Horas largas por ser tristes... cortas por ser contadas.

BÁRB.—¿Y crees tú que... una vez conducido á la Ciudadela... el pobre Capitán...?

ESOPO.—En el foso... ya sabéis... verá el Capitán la cara de la Eternidad... mañana... antes que el sol nos dé los buenos días.

BÁRB.—(Dominando su angustia.) ¿Sabes que es inocente?

ESOPO.—Más inocente era Jesucristo, y ya sabéis lo que le pasó.

BÁRB.—Te pregunto si crees en la inocencia del Capitán.

ESOPO.—(Llevándose la mano al pecho.) Creo.

BÁRB.—Bien, Esopo. El desdichado Capitán pagará con su vida la culpa de otro, si no le salvamos tú y yo.

ESOPO.—(Asustado.) ¿Yo, señora? ¿Dónde?

BÁRB.—Aquí ó en la Ciudadela, donde sea menos difícil. Tú podrás...

ESOPO.—Ni aquí ni allí podré.

BÁRB.—Esopo; bueno y sencillo Esopo, no me niegues tu auxilio... La recompensa que á tu favor daré será tal, que puedas retirarte á una vida descansada, honrosa, feliz...

ESOPO.—(Apartándose asustado, tembloroso.) Por mi madre santísima, no me tentéis... (Deja la cesta en el primer peldaño de la escalinata.)

BÁRB.—(Mirando á todos lados.) ¿Qué temes? Nadie nos ve ni nos oye. Vente luego á Castel-Términi, y acordaremos...

ESOPO.—(Se aparta más.) No, no. Dejad en paz al hombre solitario.

BÁRB.—(Va tras él; le coge por un brazo; trata de ganar su voluntad, evocando recuerdos de ternura dolorosa.) Oye... ven aquí... desgraciado Esopo. ¿Ya no te acuerdas de la primera vez que me viste? Era yo niña...

ESOPO.—(Secamente, sin mirarla.) Me acuerdo... En Belpasso... al pie del Etna... Allí tenía vuestro padre una villa.

BÁRB.—Paseando una tarde con mi buen padre, vimos un cuadro de inhumanidad y salvajismo que jamás se borrará de mi memoria: vimos á una pobre mujer arrastrada con befa y griterío infernal por una turba de hombrachos feroces, que parecían demonios. VÍ sus brazos magullados, sus piernas en carne viva. Mujeres más crueles que los hombres la escupían, le arrojaban lodo y cuanta inmundicia encontraban á mano. La sangre que velaba el rostro de la pobre víctima no me dejaba ver si era hermosa y joven. Después supe que era de mediana edad, bien parecida, y que se llamaba... (No recordando bien.)

ESOPO.—(Con viva emoción durante el relato, la interrumpe sollozando.) Tolemáis... mi madre...

BÁRB.—Detrás de la horrible procesión iba un muchacho, un joven, también vapuleado y escarnecido por mujeres como furias y chiquillos soeces.

ESOPO.—(Cae sentado en la escalinata, y llora.) No sigáis... era yo. Crecí agotada el agua de mis ojos por tanto y tanto como he llorado esa desdicha... y otras... pero no lo está... ya veis... lloro... Mi madre... nació en Egipto. Ya mujer y casada con un griego, vino á Sicilia. Era, por decirlo de una vez, hechicera... pero hechicera honrada que no hacía mal á nadie. (Besando la cruz que hace con los dedos.) ¡Por ésta! Curaba animales y hasta personas cristianas... Hacía bebedizos... con honradez, señora... para encender ó apagar el fuego de amor... Ello es que nos acusaron de robar niños: calumnia y malquerencia de envidiosos, de donde vino el que aquellos perros nos arrastraran...

BÁRB.—No perecisteis aquel día por intercesión mía y de mi padre. Dí, ¿no me lo agradeciste?

ESOP. —Agradecemos, sí... nos alegrábamos de vivir...

BÁRB. —¡Ay, Esopo! Conseguí de mi padre aquel beneficio á fuerza de ruegos... á fuerza de lágrimas... Este rostro que ves... mírame (Asombrado, la mira Esopo), este rostro se ha bañado en llanto por tu madre, por tí... ¿Y no agradeces caridad tan grande?

ESOP. —(Se retira asustado.) Agradezco, señora... el beneficio.

BÁRB. —(Con grande energía.) Pues págamelo... págamelo ahora, ó te tendré por un monstruo de ingratitud.

ESOP. —¡Por mi madre santísima!

BÁRB. —Invócala, invócala, para que no falte en tu alma la compasión.

ESOP. —Mi madre es mi conciencia, mi religión; ella me gobierna y me dice todo lo que tengo que hacer.

BÁRB. —Murió aquella infeliz...

ESOP. —Murió, sí. En el Purgatorio la tenéis, limpiándose de sus culpas, y todas las noches viene á verme, y me dice...

BÁRB. —¡Y crees eso! ¿De veras la ves, la oyes...?

ESOP. —¡Que si la veo! Su cuerpo y cara son pura ceniza blanca; sus ojos como dos carbones encendidos. Ella me cuenta sus martirios en aquel fuego que nunca se apaga; yo á ella mis amarguras en esta soledad.

BÁRB. —Pues si tu madre es tu conciencia, te habrá dicho que tengas compasión del pobre reo.

ESOP. —(Displicente.) No me ha dicho eso: que no, que no.

BÁRB. —Esopo, amigo, ten piedad. (Queriendo despertar en él la codicia.) Oye, oye. (En voz baja.) A los guardias de aquí, como á los de la Ciudadela, puedes desde luego ofrecer en mi nombre todo el oro que quieran... y á tí... (Afectando jovialidad para ponerse á su nivel.) Oye... sé que te gusta el vino... No me conformaré con darte un tonel del mejor que poseo... Te daré, á más del vino, la viña que lo produce.

ESOP. —(Con cierto embeleso.) ¡La viña!

BÁRB. —¿Te acuerdas de aquella viña de Belpasso? ¡Soberana viña, que da el mejor vino de Sicilia!

ESOP. —(Como en éxtasis, asociando el *Waterlòo* á la idea de embriaguez.) ¡Waterlòo!

BÁRB. —¡Incomparable licor, que colma de alegría el alma del mortal dichoso que lo bebe!

ESOP. —(Con gran esfuerzo sobre sí para librarse de la sugestión.) No, no... no me tentéis... Tentaciones y malos pensamientos, huid del hombre solitario.

BÁRB. —(Iracunda.) Miserable, ¿qué dices?

ESOP. —Atribulado, invocando al Cielo.) ¡Ampáreme Dios! ¡Madre mía, socórreme!

BÁRB. —Menguado, sé compasivo, y tu madre te bendecirá.

ESOP. —No, no... Mi madre no quiere. (Se golpea el cráneo.) Mi madre no me deja ser compasivo.

BÁRB. —¡Imbécil!

ESOP. —Mi madre no quiere que salve al Capitán.

BÁRB. —¿No has dicho que le crees inocente?

ESOP. —¡Pues por inocente, señora!

BÁRB. —¡Redomado bribón, asesino!

ESOP. —Mi madre ¡por ésta! me ha dicho ayer... echando de sus ojos lágrimas de fuego, que para que acaben sus penas, es preciso... es preciso... ¡por ésta! que mueran en Siracusa, por mano de la justicia, muchos inocentes.

BÁRB. —(Atónita.) ¡Morir la inocencia! ¡Qué repugnante superstición!

ESOP. —Así lo ha determinado Dios... Dios, Dios le ha dicho á mi madre que por cada inocente que aquí muera, le quitará cien años de Purgatorio...

BÁRB. —¡Blasfemo, impío!

ESOP. —Por cada culpable que muera, no le quita más que... tres años.

BÁRB. —¡Bellaco, alma de hienal!

ESOP. —Sangre de inocentes es la que salva... Mi madre lo sabe; vos, que estáis llena de pecados, no sabéis esto. (Coge su cesta para retirarse.) Yo no desobedezco á mi madre... ¡por ésta! Ved por qué no quiero serviros, no quiero... (Alejándose.) En todo cede un hombre; pero en cosas de religión no puede ceder, no... en cosas de religión, no...

BÁRB. —(Horrorizada, á la derecha, viéndole partir.) ¡Inmunda charca llena de podredumbre es tu religión, y tu madre una sabandija del Infierno!

ESOP. —(En la puerta.) En cosas de religión, no. (Suenan el primer cañonazo de la salva que anuncia el *Te Deum*. Esopo sufre una sacudida, y exclama con fuerte voz.) ¡Waterlòo! (Abre la puerta por dentro. Entra Esopo canturriando.)

BÁRB. —(Viéndole desaparecer.) Borracho, vuelve á tu soledad tenebrosa... Alguien sale... Es Montanari.

ESCENA VIII

BÁRBARA, MONTANARI; después SILVIO.

MONTAN. — (En la puerta de la prisión. Viste toga negra, peluca blanca.) Señora, si teméis las impresiones penosas, debéis retiraros.

BÁRB. — ¿Qué hay, Montanari?

MONTAN. — Pues no vienen órdenes en contrario, cumplo las que ya se me dieron. Mando al reo á la Ciudadela.

BÁRB. — (Con grande entereza.) Alma, no me abandonés. Le veré partir. (Colócase á la derecha, segundo término. Sale Silvio del jardín de Horacio.)

MONTAN. — ¿Hay contraorden, Silvio?

SILVIO. — No.

MONTAN. — ¿Ni aplazamiento siquiera?

SILVIO. — No. (Mirando al interior de la Intendencia, donde se supone que van entrando, por otra parte del edificio, los altos funcionarios que luego se indican.) Ya llegan los señores que se reúnen aquí para asistir al *Te Deum*. (Entra en la Intendencia.)

BÁRB. — (Observando desde la derecha.) Los primates de la Justicia; el viejo Taormina, Asesor general, y el venerable Selinonte, Limosnero de la Intendencia. (A Montanari, indicándole su deseo de hablarles.) ¿Podré...?

MONTAN. — No pidáis clemencia á los que ya sentenciaron. A Horacio debéis pedirla.

BÁRB. — (Señalando las rosas pisoteadas.) He pisoteado al monstruo... Miralo.

MONTAN. — (Con dulzura.) Dominad vuestra ira. Entendeos con Horacio.

BÁRB. — Quiero hablar con la Justicia.

MONTAN. — (Deteniéndola.) Será inútil.

BÁRB. — (Intentando ganar su voluntad.) Montanari, óyeme...

MONTAN. — Ahora no. (Compadecido.) Os suplico, señora, que no estéis aquí. (Inquieto, mirando á la izquierda, por donde saldrá Leonardo.)

BÁRB. — Déjame. Sé mirar mi dolor frente á frente. (De la prisión salen dos guardias; tras ellos, entre otra pareja de guardias, Leonardo. Viste traje civil. Su aspecto es de gran sufrimiento y extenuación.)

ESCENA IX

BÁRBARA, MONTANARI, LEONARDO y GUARDIAS;
después CORNELIA.

BÁRB. — (Asustada, retrocede á la derecha, de cara á Leonardo.) ¡Leonardo, pobre mártir! (Se defiende la comitiva.) No esperabas verme en tu camino doloroso.

LEONARDO. — (Con voz apagada.) Caminos floridos ya no hay en el mundo para mí... ni para tí, Bárbara.

BÁRB. — Entre los santos has querido colocarte.

LEONARDO. — (Austero y triste.) No aspiro á la santidad. Aspiro á mi redención y á la tuya. (Detiéndose un instante.) Sigue mi ejemplo... No temas el deshonor, ni la ignominia, ni la muerte misma.

BÁRB. — (Con pasión, protestando.) Muerte no. Amo mi vida y la tuya. La tuya defenderé. No desespero aún.

LEONARDO. — ¡Pobre alma, ríndete á la verdad!

BÁRB. — (Valerosa.) No me rindo. Lucharé hasta el fin.

MONTAN. — (A los guardias.) Seguid.

LEONARDO. — Adiós. (Suena el segundo cañonazo de la salva. Sigue la comitiva presurosa por el foro.)

BÁRB. — (En el proscenio, viendo desaparecer á Leonardo.) ¡Oh, iniquidad, sarcasmo de la Justicia!... ¡Inspíreme Dios; inspiradme, deidades del Cielo y de los abismos! (Montanari retrocede y entra en el palacio. Viene Cornelia por el foro.)

CORNEL. — ¡Hija del alma! ¿Has tenido valor para presenciar...?

BÁRB. — Valor tengo: ya lo ves.

CORNEL. — ¿Qué esperas? Vámonos de aquí. (Empiezan á salir de la Intendencia los personajes que van al *Te Deum*.)

BÁRB. — No, no; de aquí no me muevo.

CORNEL. — (Queriendo consolarla.) No pierdas la esperanza. Algún medio habrá...

BÁRB. — (Mirando á los personajes.) Há y uno, el mejor, el infalible. (Aparecen Taormina, con toga roja, apoyado en el brazo de un Oficial de la Guardia, y Selinonte, en traje episcopal, seguido de dos pajes. Siguen dos curiales, con toga negra y peluca blanca; el Contador, el

Comisario y el Visitador, en traje civil de gala con bandas y cruces; algún militar viejo; guardias. Por el fondo acuden hombres y mujeres del pueblo que se agregan á la procesión.)

ESCENA X

BÁRBARA, CORNELIA, SILVIO, MONTANARI, TAORMINA, SELINONTE,
FUNCIONARIOS DE LOS ÓRDENES JUDICIAL, CIVIL Y MILITAR.

CORNEL. — (Queriendo llevarse á Bárbara.) Hija mía, dejemos pasar esta mascarada.

BÁRB. — (Desprendiéndose de los brazos de Cornelia.) Suéltame. (Avanza al encuentro de la comitiva.) Perdonad, señores, á esta mujer infeliz que os detenga un instante.

MONTAN. — (Imponiéndole discreción con un gesto.) Señora Condesa...

TAORMINA. — (Que apenas ve, pregunta á los que le rodean.) ¿Qué pasa? ¿Quién es?

BÁRB. — Soy yo. ¿No me conoce el noble Marqués de Taormina, el fiel amigo de mi padre? Y vos, Selinonte, amigo y deudo, ¿tampoco me conocéis?

SELINONTE. — Permitidnos... Vamos á la Santa Catedral...

BÁRB. — Sí... ya sé... á dar gracias á Dios por la derrota del Imperio. Ya consideramos la paternal atención con que el Dios Omnipotente oirá vuestras voces graves, las más graves que suenan en el mundo. Hasta nosotros llega el eco que tendréis en la inmensa majestad de los Cielos.

MONTAN. — Señora, dejad paso...

TAORM. — Condesa Bárbara, ¿tenéis algo que pedirnos?

BÁRB. — Os pediría justicia. ¿Pero á qué pedirlo lo que no sabéis dar?

SELINONTE. — Ea, basta ya. Llevadla.

BÁRB. — Una palabra sola. Vos, Selinonte, que representáis un Tribunal más alto, como ministro que sois del que llamamos Dios de Justicia, alzad la voz conmigo para preguntar á estos Jueces la razón de haber condenado á un inocente sabiendo que lo es.

MONTAN. — Señora, respetad...

TAORM. — Respetad, para que no se olvide el respeto que por vuestro linaje merecéis.

BÁRB. — Taormina, han condenado á un inocente sabiendo que lo

es, y vos habéis confirmado la sentencia inicua. Desdecíos, volveos atrás, retirad vuestro nombre ilustre de ese fallo infamante. Vuestras canas, vuestro cuerpo encorvado, que se inclina ya sobre el sepulcro, dicen que pronto habréis de comparecer ante el Juez grande. ¿Qué le diréis, Taormina? No está bien que digáis: «Señor, prevariqué porque el tiranuelo me daba un estipendio con que remediar mi ruina.»

TAORM. — (Con amargura.) Quejas de mujer... intolerables quejas.

SILVIO. — (Aparte á Cornelia.) Llevadla de aquí.

SELINONTE. — (Con ánimo de seguir.) Apartad, señora...

BÁRB. — Un momento, un momento solo, para decir una verdad que ha de esclarecer vuestras conciencias ofuscadas.

MONTAN. — No es ocasión.

BÁRB. — Ocasión es... ¡Grande, fenomenal rareza es para vosotros la verdad!... No sabéis decirla ni escucharla. Pues oidla de mí, oidla de quien conoce mejor que nadie la trágica muerte de Lotario... ¿Sabéis quién mató á Lotario Paleólogo? (Pausa.) Yo. (Suena el tercer cañonazo.)

TAORM. — Llevadla, encerradla...

BÁRB. — (Con fuerte voz, avanzando.) Yo. (Vuélvese en redondo para encarar con todos los presentes.) Yo. (Pausa.) ¿Os asombráis?... Soy la única culpable.

CORNEL. — (Vivamente, sobreponiéndose á la sorpresa.) No es cierto.

TAORM. — No sabéis lo que decís, desventurada.

BÁRB. — ¿Pero no me creéis? ¿Ni aun acusándome me creéis?

SELINONTE. — Yo sostengo que no decís la verdad.

BÁRB. — La repetiré, agregando las más graves imputaciones de mí misma. Dí muerte á Lotario porque le aborrecía. No quiero atenuar la gravedad de mi delito. El hombre que habéis condenado es inocente. Aquella noche no estaba en Siracusa.

TAORM. — Señora, permitidme deciros que vuestro juicio está turbado.

BÁRB. — (Fuera de sí.) ¿Pero estáis ciegos, ó he de dudar de que hay Dios en los Cielos, de que es la tierra este suelo que piso?

MONTAN. — No creemos lo que decís.

BÁRB. — ¿Dudaréis de este sol que nos alumbra? ¿No creéis que yo, yo sola, dí muerte á Lotario?

TODOS. — No.

BÁRB. — ¿Creéis que le mató Leonardo?

TODOS. — Sí.

BÁRB. — (Frenética.) Pues yo niego lo que afirmáis, y afirmo lo que ponéis en duda.

TAORM.—El Tribunal que supo apreciar la verdad de los hechos, aprecia en este instante la verdad de vuestra demencia. Oídme, señores ilustres, la explicación de este desvarío. Inocente es la Condesa del crimen que confesó Leonardo; pero es culpable de la flaqueza de amor.

BÁRB.—¿Qué dice?

TAORM.—Amáis al criminal... Pero éste es un delito no comprendido en el fuero de la ley. (Desfilan lentamente.)

SELINONTE.—Se acusa por salvar al verdadero culpable. (Con admiración, pasando junto á Bárbara.) Inaudito caso de sacrificio por el amor... Vuestro mentir, señora, es un bello mentir, más propio para ser tratado por los poetas que por los Jueces.

CONTAD.—¡Delirio de abnegación! (Avanza la comitiva hacia la derecha, y se interna por detrás del jardín de Horacio.)

SELINONTE.—No es delito el amor que ofrece su vida por la ajena.

TAORM.—Amor exaltado es ese... amor digno de admiración, no de castigo.

BÁRB.—(Viéndoles desfilan.) ¡Jueces falsos...! ¡sacerdotes de la mentira! ¡Me creen demasiado buena... me creen heroína! (Con nuevo arrebató quiere soltarse de los brazos de Cornelia.) Déjame... quiero ir tras ellos. (La comitiva va desapareciendo. El pueblo la sigue.)

CORNEL.—(Conteniéndola.) No... ¿Qué intentas?

BÁRB.—Quiero, quiero... la única venganza que puedo tomar de esos despreciables maniqués... Quiero arrancar de esos pechos envilecidos todos los emblemas creados para premiar la virtud y el honor: cruces, bandas, collares. Quiero que caiga al suelo esa quincalla, adorno de los corazones corrompidos... al suelo, sí, para que pueda yo pisotearla á mi gusto... (Suena el cuarto cañonazo. Aparece Horacio por la puerta de su jardín.)

ESCENA XI

BÁRBARA, CORNELIA, HORACIO; después DEMETRIO.

HORAC.—Señora...

BÁRB.—(Acudiendo á él consternada.) Horacio... me acusé. No me han creído.

HORAC.—Ni os creerán. Previsto estaba todo.

BÁRB.—Quise corromper á tus sicarios... nada conseguí.

HORAC.—Cuanto intentéis será inútil. Aceptad, señora...

BÁRB.—(Poseída de frenesí, agarrando convulsivamente los brazos de Horacio.) Tú, falsario, dijiste á los Jueces que soy una mujer heroína, que yo me acusaba para salvar á un inocente. ¡Mentira! Corre, Horacio, corre; díles la verdad. Criminal soy. Dios lo sabe: díselo tú á los hombres. Que me condenen á muerte... que muramos los dos.

HORAC.—¡Absurdo! Fuera de lo que os propuse, no hay solución.

BÁRB.—¿No existe aquí más poder que tú?

HORAC.—No hay más poder que el mío.

BÁRB.—Tú eres la Justicia, tú eres la Ley.

HORAC.—Yo soy todo.

BÁRB.—(Cae de rodillas con súbito desfallecimiento. Permanece agarrada á los brazos de Horacio.) ¡Ay... triste de mí!... No puedo más. Estoy muerta. En el límite del padecer humano, me entrego al Destino... me entrego á tí.

HORAC.—(La levanta tirando de sus brazos suavemente.) Rendíos... Descansad en mí.

BÁRB.—(Casi sin aliento.) Acepto... tu trato... acepto. Diablos del Paganismo, del Cristianismo, de toda creencia en que hay demonios, tráeme... tráeme á ese hombre...

HORAC.—Es bueno, es sencillo...

BÁRB.—Aunque su fealdad exceda á la de la jimia, y su fiereza á la del león, seré... seré su esposa, seré su víctima. No es Demetrio, no. Tú, espíritu infernal y justiciero, has resucitado á Lotario para mi castigo.

HORAC.—Desechad, señora, esas ideas. Os doy la vida, la paz. (Bárbara, agarrada á los brazos de Horacio, oculta entre ellos el rostro. Aparece Demetrio en la puerta del jardín: deteniéndose allí. Horacio con un gesto le manda avanzar.) Vedle aquí. (Suena el quinto cañonazo.)

BÁRB.—(Al levantar el rostro y ver á Demetrio, se estremece.) ¡Es él! (Retrocede aterrada, sin quitar de él los ojos. Horacio contiene á Demetrio, que intenta ir tras ella. Ambos permanecen perplejos en el prosencio derecha.) ¡Lotario vivo!... (Busca las vueltas entre los pinos para alejarse.) No me toques. (Trémula, medrosa.) Vuelve al charco de sangre, bárbaro, verdugo mío... No volveré á ser tuya... Te aborrezco... ¡Tuya nunca, nunca! (Da un grito y desaparece en la selva de pinos. Cornelia va tras ella. Mudos y consternados, la siguen con la vista Horacio y Demetrio.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Lujoso gabinete de Bárbara en Castel-Términi. En el primer término, á la derecha, puerta pequeña que conduce á la alcoba; frente á ésta, primer término de la izquierda, puerta grande por donde se va hacia la capilla del palacio. Ambos huecos se cubren con riquísimo y ancho cortinaje. Al fondo, gran arco que da á una galería por donde entran los que vienen del exterior. Por las ventanas abiertas de la galería se ve el jardín. Sillas y mesas de estilo griego; adorno de estatuas de mármol y bronce. Es de noche. Lámparas magníficas alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

HORACIO, impaciente, paseándose y hablando solo; SILVIO esperando órdenes.

HORAC. — ¡Restablecer el derecho perturbado! Difícil problema... el más grave que me han planteado en fatal combinación personas y cosas. Quiero hacer perdurable mi amistad con el Príncipe; quiero la paz de la Condesa...

SILVIO. — ¿Ordenáis algo más?

HORAC. — Dirás en casa que no me muevo de aquí, de Castel-Términi, hasta que... (Vuelve á caer en su meditación.)

SILVIO. — ¿Habéis determinado que esta noche...?

HORAC. — Esta noche y mañana saldrán de Siracusa dos naves... dos gallardas naves...

SILVIO. — Ya... Irán hacia Oriente.

HORAC. — No... cada cual tomará su rumbo. (Cambiando bruscamente de idea.) Pero esa mujer, esa mujer... ¿Todavía no han podido Cornelia y Filemón sosegarla, traerla á su palacio?

SILVIO. — Ya os he dicho que al anochecer se había calmado la exalta-

ción de la Condesa. Divagaba por campos y ruínas acompañada del arqueólogo y su mujer... El Príncipe la seguía, ¿Queréis que vuelva yo...?

HORAC. — No... Vete á la Ciudadela. Ya estarán allí Monseñor Selinonte y Montanari con órdenes precisas referentes á ese místico exaltado, á ese español sin seso... Entérate de lo que han hecho y ven á decírmelo... Pronto.

SILVIO. — Al instante. (En la puerta del fondo.) Aquí llega el Príncipe.
HORAC. — ¿Solo?

SILVIO. — Con el Capitán de Guardias que habéis puesto á sus órdenes.

HORAC. — Que el Capitán espere en la galería. (Entra Demetrio. El Capitán que le acompaña y Silvio desaparecen en la galería.)

ESCENA II

HORACIO, DEMETRIO.

DEMET. — Horacio, ¿dónde te metes?

HORAC. — Aquí estoy esperándoos... Contadme... Fuisteis tras la Condesa... La alcanzasteis al fin en las ruínas del templo de Ceres.

DEMET. — Sí. (Rabioso.) ¡Por San Isaac bendito! ¿Crearás que cuando la tuve al alcance de mi mano me sentí medroso, sobrecogido?

HORAC. — ¡Ay, ay!... Mal sienta al gigante la timidez.

DEMET. — Es mi rudeza, mi barbarie, que me ata la lengua y me enciende el rostro cuando tengo que requerir por lo fino á una mujer de alta clase. (Da una patada.) ¡Maldita cortedad!

HORAC. — ¿Y ni siquiera supisteis observar...?

DEMET. — La ví, Horacio, bien de cerca; la escuché... Lléveme el diablo si no está su razón enteramente perdida.

HORAC. — No penséis tal, Príncipe; no, no.

DEMET. — (Con fiereza.) Cállate, renegado, y no me busques el genio. Hicimos un trato, que por tu parte no has cumplido.

HORAC. — Bárbara será vuestra.

DEMET. — (Remedándole.) ¡Bárbara será vuestra! ¡Ah, marrullero! Al cambiarte mis estatuas por una mujer, entendí que esta mujer había de estar en su sano juicio. ¿Pues qué, mis estatuas no son de ley? ¿Porque á alguna de ellas le falte la cabeza, has querido tú encajarme una mujer sin seso?

HORAC. — Por Dios, Príncipe, no hay tal locura. Trátase de una desazón fugaz. Es lo que la moderna ciencia llama *vapores*, turbación que de las entrañas sube al cerebro. Afectadas de este achaque suelen estar las viudas; pero se curan cuando dejan de serlo.

DEMET. — Según eso, yo...

HORAC. — Seréis sin duda su mejor médico. Bárbara os amará; seréis dichoso.

DEMET. — (En éxtasis.) ¡Ah!

HORAC. — Lo aseguro, lo garantizo; fijaos en que está necesitada de cariño, de homenajes persistentes, delicados. Poned gran empeño en no pareceros moralmente á vuestro hermano, ya que en la figura y rostro sois semejantes.

DEMET. — Ya, ya... Mi semejanza...

HORAC. — No fué otro, señor, el motivo de la grave turbación de la Condesa esta tarde...

DEMET. — (Caviloso.) ¡Mi semblante, mi fachal!

HORAC. — ¡Padeció tanto la infeliz en su primer matrimonio!

DEMET. — Pero en mi corazón, en mi... en mi trato familiar no hallará, no, la misma semejanza.

HORAC. — Cierto. Mas para eso, aprended á prodigar la ternura, el halago, el mimo...

DEMET. — ¿Y cómo es el mimo?

HORAC. — El amor os lo irá enseñando.

DEMET. — ¡Mimos yo, con esta cara... y estas manazas...!

HORAC. — Vuestra misma rudeza os dará naturalidad, y el aire ingenuo que tanto agrada á las hembras.

DEMET. — ¿De veras? (Con risa infantil.) ¡Yo!... ¿Crees...?

HORAC. — Seguid, seguid contándome... Bárbara salió de las ruínas y con paso incierto corrió por el campo.

DEMET. — Con ella iban Cornelia y Filemón... yo detrás. Llegamos á un ribazo todo cubierto de flores... Era como un tapiz lindísimo... amapolas, adormideras, narcisos silvestres. Entre tantas flores, Bárbara escogía las adormideras y llenaba con ellas su falda.

HORAC. — Nada más que adormideras?

DEMET. — Nada más... Después, sentada al pie de un ciprés de tronco robusto, de follaje espeso, tan alto que parecía tocar el cielo, se adornó con flores la cabeza, el seno... ¡Qué divinidad! En ello empleó un rato, presumida, risueña, colocando cada flor con esmero, con arte.

HORAC. — (Vivamente.) Desgraciado, ¿no vésteis la ocasión de acercaros, de hablarla?

DEMET. — Sí, Horacio, sí... me acerqué despacito, despacito. Volvió Bárbara la cabeza y me vió...

HORAC. — No extrañarías que se asustara un poco...

DEMET. — No se asustó. Su mirada me revelaba curiosidad, compasión; miedo no...

HORAC. — Debísteis proceder con bizarría, inclinándoos respetuoso, cogiéndole una mano...

DEMET. — Pues mira, lo pensé, lo pensé. Alargué yo mi mano para coger la suya... pero... no me atrevía... me atrevía... vuelta atrás. No hice más que tocar su mano con mis dedos, y al punto los retiré como si me hubiera quemado.

HORAC. — ¡Qué simpleza! ¡Si llego yo á estar allí...! Y por supuesto, no dijisteis nada.

DEMET. — Sí, sí... dije... «Bárbara.» Pero la voz me salió tan bronca, que de oírlo me asusté yo mismo. Ella se levantó de súbito, dió algunos pasos, volvió á mirarme sin temor, Horacio, sin temor ninguno... y cuando yo me acerqué de nuevo, tomó la palabra Filemón para endilgarle un sermoncillo pagano, que ella escuchaba muy atenta.

HORAC. — En efecto: encargué yo severamente á Filemón que aproveche las aficiones paganas de la Condesa para sosegar su espíritu y...

DEMET. — (Interrumpiéndole furioso.) ¡Por David y su arpa, no... no!... Los embustes gentílicos, antes que medicina, son mayor veneno para las molteras trastornadas. ¡Al diablo Júpiter y toda su parentela... dioses ladrones... diosas impúdicas!

ESCENA III

Los mismos. — FILEMÓN, presuroso por el fonfo. [®]

FILEMÓN. — ¿Qué decís, señor, de los pobrecitos dioses?

DEMET. (Iracundo.) Digo... que si vuelve ó no á su casa la señora Condesa.

HORAC. — Eso te pregunto: ¿por qué no la traéis ya?

FILEMÓN. — Calma, señor Intendente; calma, Serenísimo señor... Bárbara recobra poco á poco su sér normal. Todo ha sido un desvario pasajero, producido por la sorpresa, por la emoción, por...

DEMET.—Por vuestros delirios mitológicos... (Iracundo, altanero.) Ea, basta de monsergas... Entre el arte pagano y el arte de la justicia, también á mí me estáis volviendo loco... No más, no más. Horacio, hicimos un pacto... ¿Lo cumples ó no?

HORAC.—Lo cumplo.

DEMET.—¿Cuándo?

HORAC.—Más pronto de lo que creéis.

DEMET.—Mira lo que dices.

HORAC.—Sé lo que digo. Me dísteis plenos poderes...

DEMET.—Sí.

HORAC.—Me dísteis autoridad sobre vos mismo.

DEMET.—Sí: yo prometí obedecer ciegamente tus disposiciones... ¿Qué debo hacer ahora?

HORAC.—Ir á mi casa, á la vuestra, y recoger y ordenar, guardándolo en cajas y estuches, vuestro inmenso caudal de perlas, de piedras preciosas... Ya me dijísteis que pensábais ofrecerlo á Bárbara como regalo nupcial...

DEMET.—Cierto... (Suspense, receloso.) ¿Pero es tan urgente...?

HORAC.—Sin duda...

DEMET.—¿De veras...? Horacio, ¿crees tan próximo, tan inmediato mi...?

HORAC.—Inmediata veo vuestra felicidad cuando os digo que dispongáis todo como si fuérais á emprender un viaje.

DEMET.—Por la cabeza de Holofernes, quieres embarcarme, quieres zafarte de mí...

HORAC.—Os he dicho que pronto cumpliré lo pactado.

DEMET.—¿Mañana?

HORAC.—Antes... Esta noche.

DEMET.—(Estupefacto, siempre receloso.) Esta noche... ¿Te burlas, Horacio? ¿Cómo es posible...! ¿Sueñas tú? ¿Sueño yo?

HORAC.—Esta noche ó nunca.

DEMET.—Repítelo, (Acercando su rostro al de Horacio.) Vea yo de cerca tu rostro... Repítelo...

HORAC.—(Gravemente.) Esta noche ó nunca.

DEMET.—Mira que nadie en el mundo se ha mofado impunemente de este hombre sencillo y fiero... Mira que si me burlas no te valdrá tu poder, no te valdrá tu autoridad... Explicame... ¿Qué harás... qué...?

HORAC.—(Con arrogancia.) No explico nada... Obedeced ciegamente como prometísteis.

DEMET.—¿Bárbara...? ¿Dices que esta noche...?

HORAC.—Será vuestra esposa.

DEMET.—¿Con libre consentimiento?

HORAC.—Sí.

DEMET.—¿Y de la cabeza...?

HORAC.—Bien. Llevará su juicio sano... juicio de mujer.

DEMET.—Tú me engañas... ¿Qué tramas, qué intentas? Debo saberlo, debo enterarme... Aquí me planto.

HORAC.—Iréis á casa... y volveréis cuando yo lo determine; antes no.

DEMET.—Con pretexto de mis alhajas quieres alejarme. (Bufando.) Bien: en tu casa te espero. ¡Ay de tí si...! (Dirigese al foro.)

HORAC.—Aguardad, que aún tengo algo que mandaros.

DEMET.—(Furioso, descompuesto.) ¿Qué es esto? ¿Que me vaya, que vuelva...! ¿Me tomas por un zarandillo? ¿Estoy aquí de mornigote para que juegues conmigo y hagas reír á la gente? (Gritando.) Ya no sufro más tus burlas... Entiéndelo, truhán. Soy quien soy... sé imponer respeto á los inferiores, aunque sean Intendentes... (Rugiendo.) ¡Por Judas, por Jonás, yo te juro que si me irritas...! (Sigue vociferando y gesticulando.)

FILEM.—(Aparte á Horacio, al otro extremo del proscenio.) Señor, ¿no teméis que se desborde su ira?

HORAC.—(Aparte á Filemón.) No hay cuidado... Verás á la fiera obediente al látigo del domador. (Alto, con acento paternal, cariñoso.) Príncipe... venid aquí.

DEMET.—(Sigue rugiendo, crispados los dedos, la mirada feroz; sus voces son casi inarticuladas.) ¡Si me burlas te arranco el alma... y te...!

HORAC.—(Con voz serena, de autoridad sugestiva.) Acercaos... os lo mando.

DEMET.—(Se acerca lentamente, con más sofocados rugidos, encorvando el cuerpo, apretando los puños.) ¡Por la Madona de Sitza!... ¡Por las ternillas de Júpiter!... (Llega junto á Horacio.)

HORAC.—Venid á mí... dejaos acariciar de vuestro amigo. (Le da palmaditas en el hombro.) Serenaos. Oid mis nuevas órdenes. Sé que tenéis en el puerto alguna de vuestras naves...

DEMET.—(Cambiando súbitamente de la ira á la sorpresa.) Tengo tres; entre ellas la mejor que poseo.

HORAC.—Disponed que esté lista para darse á la vela...

DEMET.—¿Cuándo?

HORAC.—Antes de amanecer. Partiréis en ella con vuestra esposa...

DEMET.—(Con gran viveza.) ¿Es verdad lo que dices? (Efusivo y sin cólera.) ¡Horacio, gran Horacio...!

HORAC. — Partiréis digo...

DEMET. — ¡Y saldremos ella y yo en mi barco por el libre mar! ¡Oh delicia! (Recluso otra vez.) ¡Horacio, Horacio!

HORAC. — Haced lo que os manda el que es por esta noche vuestro tirano.

DEMET. — (Vivo y alegre.) Sí: todo estará dispuesto. Y partiremos para Oriente... Visitaremos Constantinopla, Egipto, Palestina...

HORAC. — Permitid al tirano que os marque la derrota que habéis de seguir. Iréis hacia Poniente...

DEMET. — Bueno, bueno... Malta, Túnez, Argel...

HORAC. — Y no perdáis tiempo.

DEMET. — Tiempo, tiempo, no te me escapes... (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA IV

HORACIO, FILEMÓN.

FILEM. — ¿Y no teméis que algún indiscreto le revele esta noche la peligrosa historia... el español Acuña... la pasión de Bárbara...?

HORAC. — (Inquieto, paseándose.) Todo está previsto. El Capitán de guardias que le acompaña tiene orden de cerrar el paso á las indiscreciones... Nadie le dirá lo que no debe saber. Debajo de esas apariencias de hombre terrible que se come el mundo, se esconden la inexperiencia y la credulidad de un niño. Corazón excelente... alma sencilla... Si así no fuera, ¿crees tú que yo...?

FILEM. — Sois la suprema agudeza.

HORAC. — ¡Inmenso problema, Filemón!

FILEM. — Si... no es mal nudo el que habéis de desatar, por Jano y sus caras.

HORAC. — Ilumíneme Dios... Y tú has de ayudarme... ayúdeme también tu esposa... Cuenta con que yo... mejor dicho, el Príncipe, te costeará la impresión.

FILEM. — ¡Oh! *Tesoro Enciclopédico, Sinóptico y...* Adelante, señor. Contad conmigo. (Entran Silvio y Montanari por el foro.)

ESCENA V

LOS MISMOS.—MONTANARI, SILVIO.

HORAC. — (Vivamente.) ¿Qué hay?

SILVIO. — Todo está hecho como lo mandásteis.

HORAC. — (A Montanari.) ¿Fué contigo Monseñor Selinonte?

MONT. — Sí, señor: confesó al reo como si se le dispusiera para una bella muerte...

HORAC. — Y una vez confesado, le notificaste su indulto...

MONT. — Fundado en que de las nuevas indagaciones resulta dudosa su culpa...

HORAC. — Indultado con la condición precisa de que ha de partir con los peregrinos franciscanos que salen para Tierra Santa... Aceptaría esta solución con gratitud, con júbilo.

MONT. — Sólo dijo: «Hágase la voluntad del Señor.»

SILVIO. — Y no vimos en su rostro ascético señal de alegría ni de pena.

HORAC. — Bien: la peregrinación sale mañana.

FILEM. — Esta noche: me lo ha dicho el Prior. Al Calvario vendrá en procesión la Comunidad franciscana. De aquí bajarán los peregrinos al puerto, donde tienen prevenido el barco que ha de conducirles á Jafa.

HORAC. — Allá nos esperen luengos años.

SILVIO. — Oid, señor, lo restante.

HORAC. — ¿Qué?

MONT. — Lo de mayor interés... Recatándose de nosotros, habló Leonardo de Acuña con Monseñor Selinonte.

SILVIO. — Fué como una segunda confesión.

MONT. — Luego pidió pluma y tinta... sacó del pecho un librito, en cuya primera hoja escribió breves palabras.

SILVIO. — (Sacando de su bolsillo el librito.) Vedle aquí. Escrito lo que veréis, dió el libro á Monseñor, rogándole que lo ponga en manos de la Condesa... Monseñor me ha hecho portador del encargo para que vos...

HORAC. — (Con viva curiosidad.) ¡Oh, precioso mensajero...! (Contemplando en la tapa la Cruz dorada, que indica que es libro religioso.) Es un Kempis.

FILEM. — La Imitación de Cristo...

HORAC. — (Con religioso respeto, abriendo el librito.) Aquí expresó el espa-

ñol amorosa despedida... quizás la voluntad postrera ó la sana recomendación del hombre que abandona para siempre las vanidades del mundo... (Lee en voz queda.) «Dios quiere que yo viva... Abrazo vida de penitencia.» (Cierra violentamente el libro.) No... Ni vosotros ni yo debemos leer esto. No profanemos el íntimo secreto de dos almas que deshacen su abrazo de amor y se separan, se divorcian, con resolución de no encontrarse jamás en los caminos del mundo. ¿Conocéis algo más digno de respeto que el adiós de dos amantes que al separarse se dan cita en la Eternidad?... Esto es hermoso y triste... ¡Oh, vida humana! ¿qué hay en tí que no sea tristeza? (Con súbita animación, guardando el libro.) Ea, las horas vuelan... La Condesa tarda... Corre, Filemón, y tráela al instante.

FILEM.—Al instante.

HORAC.—(A Montanari.) Tú, manda preparar la capilla. Que venga Monseñor... pronto, pronto.

FILEM.—(Desde el foro.) Ya llega la Condesa... ya entra en el jardín.

HORAC.—(Con más prisa.) Que venga toda la clerecía... toda la curia.

MONT.—Está bien. (Vase por el foro.)

HORAC.—(A Silvio.) Corre á casa. No pierdas de vista al Príncipe... Aquí le aguardo. (Saca el libro, y lee un instante para sí. Aparece Bárbara con Cornelia y Rosina. Detiéndose en la puerta... Trae la cabeza y seno adornados con adormideras. Horacio, de espaldas al foro, no la ve. Cierra el libro; gozoso pronuncia breves palabras.) ¡Venturoso pensamiento! ¡divino mensaje! (Al ver á Bárbara, se coloca á la izquierda.)

ESCENA VI

LOS MISMOS.—BÁRBARA, CORNELIA, ROSINA y DOS CRIADAS de la casa de Términi. Estas y Rosina, á una señal de Cornelia, se retiran por la galería.—Entra Bárbara con paso lento, el mirar triste. Desde la puerta, fija en Horacio sus ojos con temor y de él no los aparta. Avanza lentamente, como una estatua que anda. Toma la dirección de la alcoba, queriendo evadirse de Horacio.

HORAC.—¿Qué teméis, señora?

CORNEL.—En tu casa no hallarás sino amigos fieles... (Sigue Bárbara avanzando lenta y muda, como estatua. Alza la cortina de su alcoba. En tal actitud vuelve á mirar á Horacio.)

HORAC.—Señora, vuestros amigos más cariñosos os rodean. ¿No queréis vernos? ¿No queréis recibir nuestros homenajes? (Bárbara permanece en la misma actitud. Filemón acude á ella.)

FILEM.—Ven, hija mía; descansa entre nosotros. (Suelta Bárbara la cortina.)

CORNEL.—(Aparte á Horacio.) La fuerza de su delirio ya pasó. Está serena y triste, dominada por la idea de un morir próximo.

HORAC.—No combatamos por el momento esa fúnebre idea. (Cornelia y su marido llevan á Bárbara á un sillón de respaldo bajo. Al dejarse caer en el asiento, lanza un gran suspiro, fijando su mirada en el suelo.)

CORNEL.—(Colocada detrás del sillón, la acaricia.) Angel, por tí velamos; no nos separaremos de tí...

HORAC.—(Acercándose á Bárbara con respeto y cariño.) Y aunque no queráis, señora, os daremos la salud, la paz.

FILEM.—¿No ves á Horacio?

CORNEL.—¿No quieres verle? (Bárbara no aparta del suelo sus ojos.)

HORAC.—Ya no conoce á sus más fieles amigos.

BÁRB.—(Alza la vista; abandona su mano en la de Horacio.) Te conozco, sí... Eres el Destino.

HORAC.—El Destino soy si así lo queréis.

BÁRB.—El Destino, que tiene encadenado al Tiempo y lleva los días presentes á los días pasados.

HORAC.—En muchos casos, esta retroacción del Tiempo es inevitable, salvadora... Decidme: habéis espaciado vuestro espíritu en el campo florido, en las ruinas donde vagan las sombras de los Dioses...

BÁRB.—En el campo mismo donde Plutón arrebató á Proserpina para llevarla á los Infiernos, he recogido adormideras. He recogido las flores de esta planta humilde, consoladora. Son las flores del descanso, del olvido, del sueño... Miralas, Horacio. Miradlas en mí.

FILEM.—Y por cierto que con ellas te has engalanado graciosamente.

CORNEL.—¡Ah! sí...

HORAC.—Poseéis un arte supremo para realzar vuestra hermosura.

BÁRB.—Sí que poseo ese arte... ¡Qué lindo adorno para entrar en el reino de la eterna quietud, donde el descanso no tiene fin y el pensamiento se recrea en sí mismo... siempre, siempre!...

CORNEL.—¡Oh! no hables de morir.

FILEM.—De muerte no.

HORAC.—Vuestra juventud, vuestras gracias, pertenecen á Dios, y Dios dispone que viváis.

BÁRB.—(Excitándose.) No lo dispone. Horacio, no dispone lo que dices... No hay más camino para mí que entregarme al Destino, dejar morir al ser amado.

HORAC.—Eso nunca: vos, generosa y grande, le salvaréis por los medios que os propuse.

BÁRB.—El Destino manda que muera él, que muera yo... El y yo somos culpables. Homicida fué aquel día el Amor moviendo la voluntad de Leonardo y el brazo mío. Hoy es el amor justiciero, condenándonos á morir juntos.

FILEM.—Pero... (Horacio impone silencio á Cornelia y Filemón.)

HORAC.—Callad... (A Bárbara.) La idea de expiación, sinceramente lo digo, me parece una idea saludable. No seré yo quien os desvíe de ella.

BÁRB.—En mí se ha clavado esa idea. Desde que vino á mi mente, me sentí consolada... he visto mi liberación del tremendo castigo que querías imponerme.

HORAC.—No es castigo: es sentencia dictada por la única lógica que poseemos los humanos... ¿Qué habláis de morir? Aunque con terquedad y violencia intentéis abandonar este mundo, no seré yo quien lo consentiremos.

CORNEL.—No lo permitiremos.

FILEM.—A la fuerza, como se sujeta á una criatura rebelde, te amarraremos á la vida.

HORAC.—Sois una existencia preciosa que á todos nos es necesaria.

BÁRB.—(Con mayor viveza y energía.) Yo os aseguro que moriré... ¿Quién podrá impedírmelo?

HORAC.—Yo, señora, yo. El tirano os prohíbe atentar á vuestra existencia; pero no que sofoquéis vuestra ilusión y acabéis por matarla... no os prohíbe el sacrificio, del cual bien puede salir ilusión nueva, más duradera que la pasada.

BÁRB.—¡Otra vez!... Déjame... Dejadme... quiero estar sola. (Se levanta; quieren contenerla; forcejea.) No estéis á mi lado... os aborrezco á todos... á tí también, Cornelia; á tí, maestro... (Se tapa los ojos.) No quiero veros. Devolvedme mi soledad... quiero estar sola.

HORAC.—Oidme, señora.

BÁRB.—Nada oigo... quiero el silencio... la soledad,

HORAC.—Yo os dejo morir, yo os permito que muráis. Mas no partiréis de este mundo sin recibir un mensaje que me han dado para vos.

BÁRB.—(Sobresaltada.) ¡Mensaje!... ¿Qué...? (Pausa. Horacio saca el librito y se lo muestra de lejos. Espanto y alegría de Bárbara, que retrocede.) Esa cruz... ese libro... es de Leonardo... es mío... (Ansiosa y suplicante, alarga las manos.) Dámelo... dámelo... (Al cogerlo, lo agasaja contra su seno.) ¡Oh, prenda dulcísima!

FILEM.—(Sin poder contenerse.) No te aflijas, hija del alma. Sabrás que...

HORAC.—(Imperioso.) ¡Silencio!

CORNEL.—No la atormentéis, señor...

BÁRB.—(Besa el libro. Desfallecida, cae en el sillón.) Es él, él mismo. Viene á mí en espíritu. (Besa el libro otra vez... lo contempla con arrobamiento.) Divino libro, divino por lo que contiene y por ser suyo... Hace un momento estabas en sus manos... en sus manos ahora yertas... En esta cruz clavó sus ojos... ahora cerrados á la luz terrenal. (Intención de abrir el libro; levanta la tapa; la mantiene entreabierta, con suave presión de los dedos...) Aquí se extasiaba su alma, prisionera del mundo... ahora libre en la eternidad... (Abre el libro y fija en lo escrito sus ojos... Lee rápidamente el primer concepto.) «Dios quiere que yo viva...» ¿Es verdad lo que leo?... ¿Estoy soñando?

CORNEL.—Vive... ¿no lo ves?

FILEM.—Y va en la peregrinación á Tierra Santa.

BÁRB.—(A Horacio.) Has sido al fin magnánimo.

HORAC.—Pretendo ser justiciero. Ayudadme, señora.

BÁRB.—(Ahogada en llanto.) ¡Oh, corazón mío, no esperabas esto! (Con emoción infantil, solicitando las caricias de Cornelia y Filemón.) Alegraos conmigo... llorad de alegría conmigo... Decidme que soy feliz, que merezco serlo.

CORNEL.—Y lo serás.

BÁRB.—Leonardo vive... y yo no moriré... (Lee.) «Abrazo vida de penitencia y expiación. Sigue mi ejemplo, amada mía... aprende de la resignación que nuestras propias culpas nos imponen...» ¡Padecer, qué triste destino!

CORNEL.—La dulce conformidad te traerá la paz.

HORAC.—Leed el fin.

BÁRB.—(Lee.) «Busca la paz. Si al ir tras ella te sale al encuentro la adversidad, acéptala con dulzura... Adiós para siempre...»

(Pausa. Queda absorta, con grande emoción. Repite el último concepto.) «Acéptala con dulzura...»

HORAC.—Vivid, señora, y acceded á lo que os propuse.

BÁRB.—(Repitiendo, como en éxtasis.) «Busca la paz...»

HORAC.—¿Vacilaréis aún?

BÁRB.—¡Oh! no sé... (Con horrible turbación, luchando con las dos ideas que se disputan su voluntad.) ¡La paz... la adversidad...! No sé... (Entran Montanari y Silvio. Para hablar con ellos, Horacio se aparta de Bárbara.) No sé, no sé...

CORNEL.—¿Qué determinas?

FILEM.—¿Qué sientes?

BÁRB.—(Apretándose las sienas.) Una duda... quiero... no quiero... un dudar horrible... siento... no sé... como si estuvieran aquí los ejes del mundo y se movieran... La paz... la adversidad... El mundo se cae... el mundo se sostiene...

FILEM.—Decídet.

BÁRB.—(Recordando lo que ha leído.) No rechaces la adversidad... acéptala con dulzura...

HORAC.—(Aparte á Montanari.) Di á Monseñor que prepare todo...

MONTAN.—Creo que nada falta ya en la capilla.

SILVIO.—El Príncipe está aquí.

HORAC.—Que entre. (Vase Silvio por el foro.) ¡Supremo instante! (Vuelve junto á Bárbara. Aparece Demetrio en la puerta del foro, seguido de Silvio.)

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISIMOS.—DEMETRIO, SILVIO, MONTANARI, ROSINA,
SERVIDUMBRE DE TÉRMINI.

HORAC.—Señora, el magnánimo Príncipe de Candia viene á solicitar vuestra mano. Dad con vuestro consentimiento un día feliz á estos leales amigos, que os adoran, y á la noble ciudad que os vió nacer. (Avanza Demetrio. Bárbara se levanta sostenida por Cornelia. Su actitud es grave, de intensa emoción serena. Vuelve el rostro hacia Demetrio y le mira fijamente, sin expresar ningún temor.)

DEMET.—(Turbado, tembloroso.) Bárbara... mujer... señora... aquí está Demetrio Paleólogo, el hombre sencillo, áspero, que anhela ser tu esposo... No te inspiren miedo mi fealdad, ni mis modales rudos, ni el oscuro color con que han pintado mi rostro los aires del desierto y de la mar...

BÁRB.—(A Horacio, con voz queda y dulce.) El rostro sombrío de la adversidad ya no me causa miedo.

DEMET.—El amor que me llama hacia tí, más es para sentido que para expresado... No sé decir ternezas... no sé poner en mis palabras la miel de la galantería... Ante tu hermosura, ante la nobleza de tu persona, soy torpe... tímido... ya lo ves... Amar sé... no sé enamorar... Pero á falta de términos floridos, te ofrezco un corazón sencillo y bueno... un propósito firme de hacerte la vida grata, dichosa.

BÁRB.—(Con idea fija.) «Adversidad, bien venida seas.»

DEMET.—Toma este corazón, toma esta voluntad mía, que no tiene más que dos anhelos: ser tu señor, ser tu esclavo.

BÁRB.—(Alarga su mano lentamente hacia Demetrio. Con expresión grave y actitud de éxtasis, la voz apagada y trémula.) Busco la paz... Al encuentro me sales tú... te acepto con dulzura. (Demetrio toma la mano de Bárbara y la besa con profundo respeto.)

HORAC.—(Expresando con la mirada y gesto el orgullo y la alegría del triunfo.) ¡Ah, victoria, ya te tengo, ya!

DEMET.—¡Mía es ya la diosa, la estatua viva!

BÁRB.—(Abrazando á Cornelia.) Deme Dios conformidad; deme fortaleza.

HORAC.—Monseñor espera en la capilla... (Impaciente.) Vamos... (Entran por el foro diferentes personas de la servidumbre; lacayos con librea, criadas.)

DEMET.—Antes de amanecer partiremos en una hermosa nave.

BÁRB.—Sí. Llévame al mar grande... al ancho espacio del mundo.

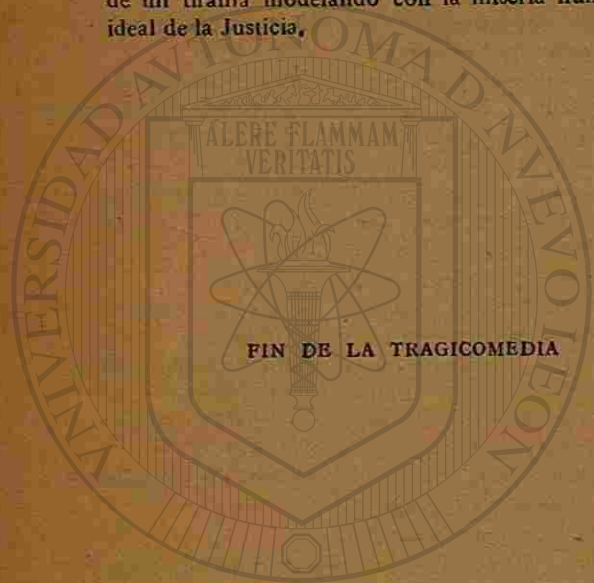
HORAC.—(Impaciente.) En marcha... pronto. (Oyese el coro de peregrinos que van al Calvario. Quedan todos suspensos. El coro avanza con ritmo grave.)

CORNEL.—(A Bárbara.) Son los peregrinos que van á Tierra Santa...

HORAC.—Vamos. (Demetrio da la mano á Bárbara. Marchan lentamente hacia la capilla. Siguen Cornelia, Montanari, Silvio, servidumbre. Avanzan acomodando el paso al ritmo del coro. Bárbara estrecha contra su seno el librito de Leonardo.)

FILEM.—(A Horacio, que al otro extremo del proscenio contempla el desfile.) Admirable, señor. Sois el supremo gobernante.

HORAC.—Artista, Filemón; artista no más.. (Recorrida la mayor parte del proscenio, Bárbara se detiene, eleva sus ojos al cielo, oyendo el coro. Disminuye la intensidad de las voces.) Seguid. (Siguen hacia la capilla. Horacio termina la frase interrumpida.) Entretengo los ocios de mi tiranía modelando con la miseria humana la estatua ideal de la Justicia.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

